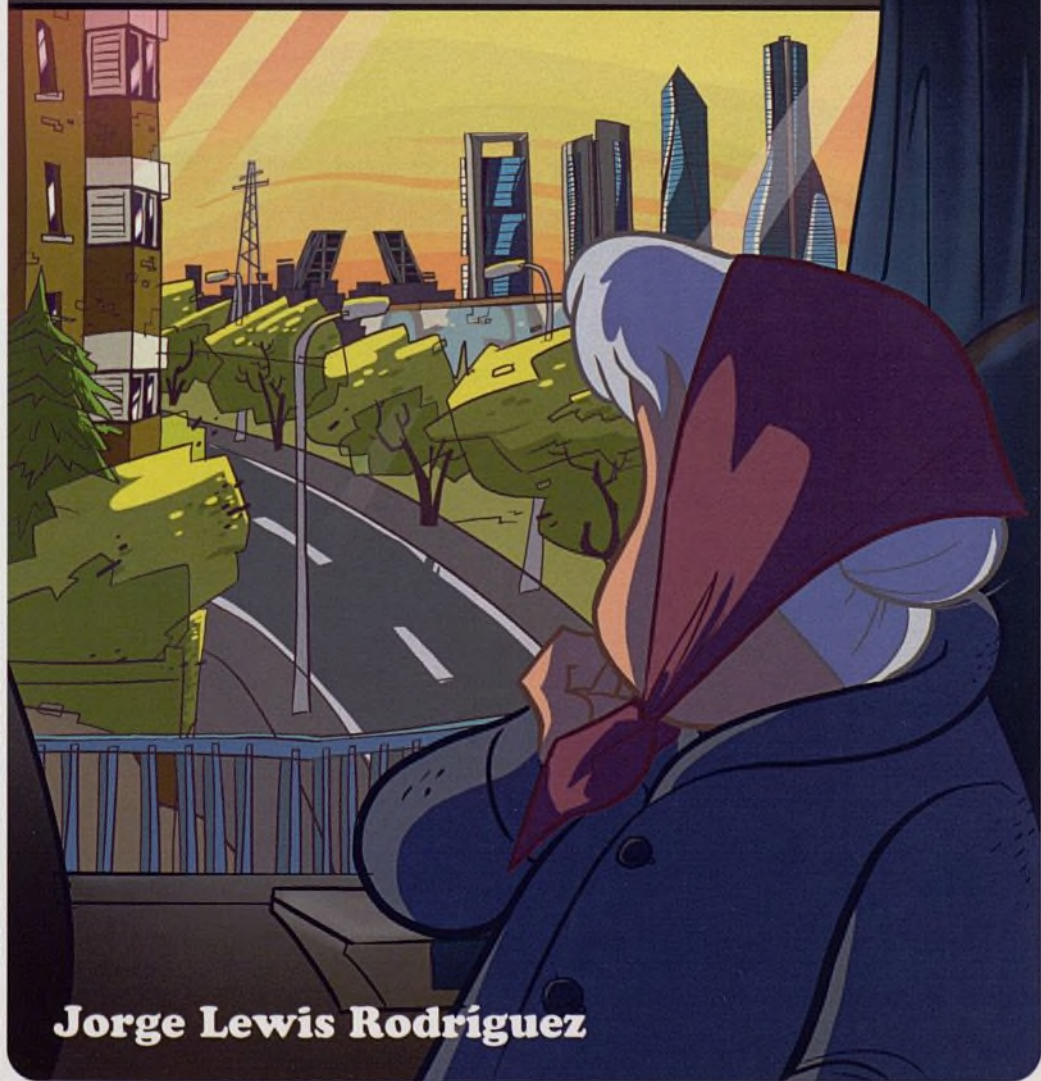


# Meils desde la Ciudad



**Jorge Lewis Rodríguez**

Ayuntamiento de Madrid



## Meils desde la Ciudad

R 401851235

Todos los derechos de la obra escrita "Meils desde la Ciudad" pertenecen a **Jorge Luis Rodríguez Espigares.**

Portada y contraportada ilustradas por **Aitor Iñaki Eraña Basterra.**

Correcciones realizadas por **Irene Brezmes Diez.**

Maquetación realizada por **Álvaro Sarraseca Garrido y Jorge Luis Rodríguez Espigares.**

El autor pide disculpas por adelantado por si pudiera haber alguna errata o fallo y asume toda la responsabilidad de los mismos.

Depósito Legal: B .10270-2014

Impreso en Fullcolor-Printcolor S.L.

## Índice

Prólogo	7
Primer correo	17
Segundo correo	57
Tercer correo	85
Cuarto correo	111
Quinto correo	145
Sexto correo	179
Epílogo	221

# Índice

Prólogo	7
Primer curso	17
Segundo curso	37
Tercer curso	57
Cuarto curso	77
Quinto curso	97
Sexto curso	117
Epilogo	137

*A mi familia, a Rosa, a las creadoras del caos... y a todos aquellos que me  
soportáis sin caer en la tentación de echarme un cubo de aceite hirviendo  
por encima (aún).*

## Prólogo



—¿Qué cosa callaron de una vez? —gritó Cecilia a las señoras para que pasaran de ellas. Estas se sumieron en sus sillas, antes de sentir que la criada se echaba en el caso de poner de nuevo de la vergüenza. Las señoras y niñas que seguían en silencio al arzobispo las miraban con curiosidad y respeto al mismo tiempo.

—Déjalo, mujer... Es normal que se enfadara. Hace mucho que no salían del Oficio. —Dijo Ángela mientras las miraba secretamente, recordando que varios siglos atrás ella había sido una pequeña hija atolondrada como ellas.

—¿Que las dejó? ¿Ves cómo las condicione el mundo? Luego me toca a mí hacer siempre el papel de uña. —se quejó Cecilia, mientras no las quitaba de ojo, no quería para que no molestasen a los legados.

—¿Y acaso no te gusta? —preguntó Teresa con su misma malicia, mientras se acercaba a ellas con su habitual coque. —Yo creo que se te da muy bien ser nuestra superiora.

—A ti sí que me va a dar un buen golpe cuando te vea. —respondió Cecilia acercándosele con la mirada. Teresa se echó un momento, aunque sin darse cuenta.

—Es que no te avergüenza golpe? —

—¿Por qué? —Cecilia es la que parece. —

los unipersonal —respondió malhumorada Cecilia, antes de que le hablara Ángela. —No crees que va siendo hora de que se le quite la toquilla?

—Es la prima, Cecilia. Si no la molestas...

—Además, me da un buen momento. —dijo Teresa a su compañera suplicándole que se fuera a ver la mudición de la muerte.

—No voy a ir de quita. —respondió Cecilia mirando a

## Prólogo

# Prólogo

—¿Queréis callaros de una vez!? —gritó Cecilia a las novatas para que parasen de chillar. Éstas la miraron sorprendidas, antes de asentir con la cabeza y sentarse en el muro de piedra de detrás de la marquesina. Los vecinos y niños que esperaban también al autobús las miraban con curiosidad y recelo al mismo tiempo.

—Déjalas, mujer... Es normal que estén agitadas. Hace mucho que no salían del Círculo —dijo Ángela mientras las miraba sonriente, recordando que varios siglos atrás ella había sido una pequeña bruja atolondrada como ellas.

—¿Que las deje? ¿Ves como las consientes demasiado? Luego me toca a mí hacer siempre el papel de mala —se quejó Cecilia, mientras no les quitaba un ojo de encima para que no molestaran a los lugareños.

—¿Y acaso no te gusta? —preguntó Teresa con sonrisa maliciosa, mientras se acercaba a ellas con su habitual cojera—. Yo creo que se te da muy bien ser nuestra superiora.

—A ti sí que te voy a dar un escobazo superior cuando volvamos —respondió Cecilia atravesándola con la mirada. Teresa retrocedió un momento, aunque sin dejar de sonreír.

—¿Es que no te avergüenza golpear a una inválida?

—¿Inválida? ¡Cuento es lo que tienes tú, que te niegas a echarte los ungüentos! —respondió malhumorada Cecilia, antes de girarse hacia Ángela—. ¿No crees que va siendo hora de que se le quite la tontería?

—Es su pierna, Cecilia. Si no le molesta...

—Además, me da un toque interesante —cortó Teresa a su compañera rápidamente, sólo para ver la reacción de la mayor.

—... Me sacáis de quicio —respondió Cecilia mientras se

tapaba la cara con la mano. Las otras dos brujas sonreían mientras, disfrutando como siempre que se burlaban de su amiga. De pronto ésta levantó la mirada ligeramente y se giró hacia el grupo que estaba al lado del poste de la parada—. ¡Verónica! ¡Manuela! ¡Dejad de cuchichear y venid aquí!

—¡Vale, superiora! —respondió la primera de ellas, antes de ir corriendo. Manuela por el contrario se acercó lentamente, con la apatía que la caracterizaba.

—Estaos por aquí cerca y dejad de hablar ya con las estudiantes, que vuestro lugar es éste —les dijo sin apenas mirarlas, mientras se acomodaba de nuevo en el banco de espera para el autobús.

—¡De acuerdo, Cecilia! —respondió Verónica con energía, antes de dirigirse a Ángela—. ¿Quieres que te subamos las maletas cuando llegue? ¡Que no nos cueste nada!

—Luego me echáis una mano, no te preocupes —dijo Ángela sonriendo a la que en su día había sido su aprendiz. Los sesenta y muchos años que habían pasado desde que superase la prueba de estudiante no sólo no habían minado su vitalidad, sino todo lo contrario.

—Sí... —respondió Verónica, antes de observar las maletas con cierta tristeza—. Aún me cuesta creer que vayas a irte a la ciudad.

—Ya lo hemos hablado, Vero... Hace falta dinero para mantener el Círculo y allí dicen que se consigue más fácil —dijo mientras miraba a su pupila con cariño—. Es lo mejor para todas.

—Lo que no quiere decir que tengas que hacerlo sin otra opción —dijo Cecilia tras carraspear.

—¿Le dices eso después de ser tú la que propusiera que alguna se fuera allí para ganar más? —preguntó Teresa sarcásticamente.

—¡Cuando lo dije esperaba librarme de ti o alguna de esas locas durante un tiempo! —respondió Cecilia con cierta sorna mientras señalaba con un gesto a las estudiantes. Después volvió a estar seria—. Lo que menos me esperaba es que fuera Ángela la que se marchase.

—Pues aquí me ves, dispuesta a pisar los “madriles”. Ya será menos —sonrió ella, tratando de animar un poco al grupo.

—Pero oye, Ángela... —empezó Manuela sin mucha convicción—. ¿Cómo vas a solucionar lo de la edad?

—¿Me estás llamando vieja? —la miró seria, antes de reírse.

—¡No es eso! —levantó ligeramente la voz Manuela, antes de seguir—. Pero aun usando el mismo conjuro de rejuvenecimiento todas al mismo tiempo, no hemos conseguido que parezcas menor de cincuenta o sesenta años...

—La edad de la sabiduría y experiencia, dicen los humanos normales —contestó ella.

—Y del paro del que no se sale, también dicen —dijo Teresa mirando para otro lado.

—¡No seas agorera! ¡Seguro que sabrá cómo hacer las cosas! —respondió enfadada Verónica.

—Eh, a mí no me mires, que yo soy de maldiciones... Hazle tú algún conjuro de energía de los tuyos, a ver si así se le disimulan las arrugas —se rio con maldad Teresa, a lo que Ángela reaccionó también riéndose, para sorpresa de las demás.

—No seas mala, Tere... —la miró con cariño, antes de dirigirse a Verónica—. No te preocupes, Vero, que ya iré viendo cómo me apaño... Las personas se fían mucho de sus sensaciones, así que jugaré con eso.

—Bueno... De acuerdo —se conformó ésta, antes de que Cecilia retomase de nuevo la palabra mientras miraba las maletas.

—¿Comprobaste bien entonces cómo son los de la casa a la que vas?

—Sí, lo hice... O al menos todo lo que me permite un conjuro de intenciones por teléfono —resopló Ángela, recordando lo complicado que le había resultado mantener temas de conversación mientras la pócima revelaba la voluntad de sus interlocutores al otro lado de la línea.

—¿Y son buenos todos? —preguntó Manuela.

—Malos desde luego que no —respondió ella, antes de hacer una pausa—. Aunque sus pensamientos eran complicados de comprender... Estaban a muchas cosas al mismo tiempo.

—Gente de ciudad y sus preocupaciones —se burló Teresa—. Lo mismo deberías buscar trabajo de psicóloga y olvidarte de la magia.

—¿Y te manejarás bien con lo grande que es? —preguntó Verónica, ajena a la broma de su compañera.

—Mujer, tengo mapas e información —frunció el entrecejo Ángela, antes de seguir—. Si fuera necesario utilizo algún hechizo

de orientación y ya está.

—Bueno, recuerda que allí en muchas partes apenas se ve el cielo. Ten cuidado —interrumpió Cecilia, mirando a las nubes que comenzaban a cerrarse.

—Ya, eso sí... —respondió Ángela, sin saber muy bien qué más decir. Aunque intentara tranquilizar a sus amigas lo máximo posible, lo cierto era que ella también sentía intriga ante cómo sería la ciudad ahora. La última vez que la pisó apenas fueron unas horas a finales del siglo XVIII, y la verdad era que aquella capital bien poco se parecía a las fotos que habían visto en el ordenador del centro cultural. Bien porque había muchos edificios nuevos, bien porque no existían ya los que ella había conocido... pero sin duda le resultaba una Madrid completamente nueva.

—Bueno, por allí viene por fin —cortó el silencio Teresa, señalando hacia el cochambroso autobús que se acercaba hacia ellas.

—¡Mirad, el autobús, el autobús! —gritó la novata más joven mientras daba un salto del muro y se acercaba a la carretera. Las demás también miraron sonrientes y sorprendidas, aunque la mirada endemoniada de Cecilia las convenció de no seguir a su ingenua compañera. Al otro lado de la parada, también las estudiantes miraban con curiosidad, aunque intentaran fingir que para ellas no era algo tan novedoso.

—Dejamos primero que suban los demás vecinos, ¿no? —le comentó Ángela a Cecilia, sin dejar de mirar cómo el vehículo frenaba a su lado.

—Sí, mejor... Así podrás lanzar el hechizo de tranquilidad nada más entrar y ya quitarte preocupaciones de que te anden curioseando.

—Sí... —contestó ella, mientras comenzaba a acercar las maletas a su vera.

—Vaya nombre más tonto, ¿no? Pues claro que avanza. ¿Qué va a hacer, retroceder? —comentó jocosamente Verónica, intentando disimular los nervios. Teresa se le acercó lentamente y le puso una mano en el hombro.

—Pues será tonto, pero ya es la única empresa de autobuses del país según dicen —siguió sonriendo, aunque con molestia—. Forman parte de esa idea que tanto le gusta a los humanos normales ahora que es el "monopolio".

—Tienes razón. Ahora que lo dices, recuerdo que cuando yo

fui a Oviedo iba en uno diferente —respondió Verónica, pensativa.

—Ya bueno, pero aquel no cuenta, que llevaba hasta gallinas en el tejado —se rio Teresa—. Aquello fue en los sesenta, Vero.

—Sí, claro, pero... No sé, es un autobús, ¿no? —se quedó mirando fijamente cómo las puertas tanto del equipaje como de pasajeros se abrían costosamente, haciendo un sonido realmente desagradable—. No entiendo qué diferencia hay para que antes hubiera muchos diferentes y ahora sean todos éstos.

—Bueno, son cosas complicadas... —contestó Teresa con cierto misterio, si bien ella tampoco tenía ni idea de por qué era así. Ser la que más utilizaba el ordenador del Círculo de todas ellas le permitía a veces dárse las de lista con las noticias del mundo, pero en realidad normalmente no se leía más que los encabezados de los artículos.

—Dejad de hablar y apartaos, que estorbáis —les dijo Cecilia mientras se incorporaba, visto que los viajeros ya habían empezado a formar cola para entrar y ellas estaban en medio.

—¡Ah! Perdonen —se giró Teresa hacia ellos sonriendo forzosamente, gesto que algunos le devolvieron, mientras otros la ignoraron por completo.

—Pues es el momento... —dijo por lo bajo Ángela al ver que ya sólo quedaban dos personas por subir al autobús aparte de ella. Se disponía a agacharse para recoger las gigantescas maletas cuando Verónica y Manuela se lo impidieron.

—¡Nosotras! —dijo Verónica con decisión, mientras se cargaba una maleta a cada hombro. Manuela por el contrario cogió como pudo el asa de la tercera y la fue arrastrando costosamente hasta el maletero. Ángela se quedó mirándolas mientras sonreía, hasta que notó una mano en su hombro. Al girarse vio la poco habitual sonrisa de Cecilia, aunque sus ojos fueran más bien tristes.

—Vieja amiga, ten buen viaje —dijo de forma escueta, antes de abrazarla.

—Lo tendré, lo tendré —respondió al separarse, antes de que Teresa se le acercara también.

—Ten suerte o te maldeciré, tú verás —se rio mientras le daba también un abrazo.

—¿Aún más? —se rio ella, antes de que Verónica y Manuela volvieran de dejar las maletas. Manuela le dio un abrazo fuerte para lo que era ella, pero sin decir nada. Verónica por el contrario se

quedó mirándola fijamente, antes de que se le compungiera el rostro y empezara a llorar.

—¡Ten mucha suerte, maestra! —le gritó mientras la abrazaba, haciendo que le doliese el oído—. ¡Mándanos “meils” de esos siempre que puedas! ¡Promételo!

—¡Pues claro que os los enviaré, tonta! —le respondió con fuerza el abrazo, intentando contenerse las lágrimas ella también. El claxon del autobús sonó de pronto, haciendo que se separara rápido de su amiga y fuera corriendo a la escalera, evitando mirar demasiado atrás.

—¡Venga, señora! —le gritó el orondo hombre que se embutía a duras penas entre sillón y volante, mientras masticaba algo—. ¡Que si llegamos tarde me quitan 20€ del sueldo!

—¡Disculpe, disculpe, ya voy! —subió rápidamente las escaleras. Mientras el conductor comprobaba su billete, realizó rápidamente el hechizo de tranquilidad y discreción con las manos. El hombre de pronto se quedó mirándola, extrañado por los gestos que hacía.

—Pero... ¿qué está haciendo? —preguntó mientras la miraba fijamente, acción que también realizaban los pasajeros de las primeras filas. Ella se quedó callada mientras proseguía sus juegos de manos, hasta que finalmente bajó los brazos. Tras un momento de silencio, se dirigió por fin a él.

—¿Que hago el qué?

—Eh... No, nada, no sé por qué dije eso —respondió el hombre, desconcertado. Ángela sonrió y se giró hacia el resto de pasajeros, los cuales también habían retirado ya todos la vista de ella.

—Perfecto. Sin fallo —dijo para sus adentros mientras andaba sobre los baches del pasillo, hasta llegar a su sitio. La raja en la tapicería y el muelle que salía por uno de los laterales del asiento no hacían presagiar un buen viaje para las próximas siete horas, pero en esos momentos no atendía demasiado a esos detalles. Fuera todas las novatas y las estudiantes la despedían sonriendo y agitando los brazos, realizando un espectáculo de hechizos de fuego azul que sólo ella podía ver. Ella les respondió con un hechizo rápido de chispas y polvos mágicos saliendo de su dedo, a lo que las más jóvenes reaccionaron con aplausos y gritos de admiración, provocando la mirada intrigada de lugareños y viajeros del autobús.

—¡Bueno señores y señoras, allá vamos! —gritó el conductor,

mientras el viejo motor chirriaba y se quejaba con fuerza. Antes de que pudiera darse cuenta ya estaban en movimiento y alejándose de sus amigas y alumnas, si bien se mantuvo en la ventana mirándolas hasta que finalmente las perdió por completo de vista. Finalmente se recostó sobre su respaldo, notando, ahora sí, lo destrozado que éste estaba.

—Allá vamos, sí... —repitió para sí misma las palabras del conductor, mientras veía por última vez en a saber cuánto tiempo el verde paisaje que la había acompañado desde que tenía memoria. Por un momento sintió la congoja y el malestar de la duda, pensando que quizá podría haber habido alguna otra opción que no implicara abandonar su tierra... pero rápidamente se los quitó de la cabeza. Su Círculo necesitaba que alguien tomara la responsabilidad y ella lo había hecho, así que no había vuelta atrás. Todas confiaban en tener unos años de tranquilidad gracias a su labor, así que sólo debía preocuparse de buscarse un buen trabajo, ganar lo suficiente...

... y enviar puntualmente los "meils", por supuesto.

—¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad.

—¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad.

—¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad.

—¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad.

—¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad.

—¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad. —¿Qué le pasa, hijo? —preguntó el hombre, mirándole con curiosidad.



Primer correo

*¡Hola a todas!*

*Sé que quedamos en que os escribiría el correo al acabar la primera semana... ¡pero no pude resistirme! La ciudad es muy diferente a cómo me la imaginaba por las fotos. ¡Y la gente de la ciudad! ¡La gente no tiene nada que ver con los vecinos de las aldeas! Mirad, para que os hagáis idea, el día que llegué...*

A pesar del cansancio del viaje, Ángela no podía evitar estar con la cara pegada al cristal desde que habían empezado a rodear Madrid por la M-30. Todos esos coches, todos esos edificios, toda esa gente por todas partes... Hasta el mismo traquetear del autobús sobre los constantes baches en la carretera le resultaba novedoso.

—Eso debe ser... Sí, aquí viene. ¡Las ruinas de la antigua mezquita! —dijo por lo bajo mientras alternaba su mirada entre el decrepito edificio que se mantenía a duras penas en pie a su izquierda y el folleto turístico que le había conseguido Teresa.

—Y ese tan alto es lo que llaman “el Pirulí”... ¿Por qué lo harían tan enorme? —comentó de nuevo, si bien esta vez más en alto, lo que hizo que algunos pasajeros la mirasen intrigados. Cuando se dio cuenta se giró hacia la ventana, avergonzada.

“Relájate, Ángela, relájate... Recuerda que tienes que aparentar que nada de esto te sorprende tanto. Tienes que adaptarte rápido, como una más...” —De pronto sus pensamientos se vieron truncados por un fuerte frenazo, seguido de un ruido estridente.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —preguntó sobresaltada, mientras el

resto de viajeros también se asomaban sorprendidos al pasillo.

—Parece que un par de coches se metieron un buen trompazo delante de nosotros —le contestó alguna voz desde la parte delantera del autobús.

—¡Oh, no! ¡Vamos a ayudarlos! —gritó ella mientras se aproximaba corriendo a la puerta trasera de salida. Permaneció delante de ella en tensión unos segundos, hasta que finalmente se preguntó por qué no se abría y se giró hacia los demás. Al hacerlo se encontró con la mirada extrañada de varios de ellos.

—Pero mujer... No se preocupe, que ya irá alguna ambulancia en un rato —le dijo por fin la señora mayor que se sentaba al lado de la escalera.

—¡Pero pueden estar malheridos! —respondió Ángela, sorprendida por la frialdad de la mujer.

—No creo, que tampoco íbamos tan rápido —intervino el hombre joven que se sentaba detrás de la mujer. Acto seguido el autobús comenzó a moverse de nuevo—. Mire, ya hasta el conductor vio que podemos continuar.

—Pero... —Ángela se quedó mirándolos un momento, hasta que definitivamente decidió volver a su asiento mientras se preguntaba si no debería lanzar otro conjuro de discreción. Para su sorpresa nadie volvió a girarse hacia ella, así que no fue necesario.

Tras una última parte de viaje en que ya no pudo disfrutar tanto del "paisaje", dado que seguía pensando en el accidente, finalmente llegaron a la estación de Méndez Álvaro. Mientras el conductor discutía acaloradamente con el hombre encargado de abrir la valla que les cerraba el paso, pudo echar un vistazo a los edificios de alrededor. Aunque todos les resultaban tan sorprendentes en su tamaño y forma como los que había visto en el recorrido anterior, el que más le llamó la atención fue uno grande, cuadrado y sin ventanas que ponía "El Corte".

—¿El Corte? —preguntó de nuevo en voz alta. Justo después se tapó la boca, arrepintiéndose de haber vuelto a hablar.

—Sí, señora. El "inglés" se derrumbó hace ya un par de años, pero al parecer no quieren arreglarlo... Les costará demasiados "beneficios", ya sabe —le dijo el hombre que ya estaba de pie a su

lado, a pesar de que el autobús aún no había llegado a su andén.

—Entiendo —mintió, ya que no había comprendido la mitad de las cosas que le había dicho, así como el por qué estaba levantado si el conductor aún no les había dado permiso. El nombre de la empresa le decía algo, pero no recordaba exactamente el qué.

“¿Un mercado de ésos grandes que hay en las ciudades, quizá?... Sí, creo que era algo así.” —Aún le daba vueltas al tema cuando el vehículo se paró en su dársena, haciendo que de pronto todos los pasajeros comenzaran a salir apolonadamente, dejándola a ella para el final. Una vez abajo, se encontró con que una de sus maletas estaba en el suelo de la estación, mientras las otras dos se encontraban en lugares muy distintos del maletero a donde ella las había dejado.

—Supongo que se habrán movido con el ajetreo —comentó para sí misma mientras las recogía. Aunque estuvo tentada de sujetarlas aparentemente como si nada y dejar que fuera la magia la que cargase con el peso, recordó las palabras de Cecilia sobre cómo en la ciudad siempre había alguien mirándote, así que ató dos de ellas y llevó costosamente su equipaje hasta al lado de una máquinas de bebidas. Desde allí echó un vistazo a su alrededor.

—A ver, la salida para ir al metro... Supongo que serán esas puertas de cristal del fondo. ¿Dónde habrá un plano o algo? ¿Por qué será esto tan gigantesco? —Mientras cuchicheaba no podía dejar de maravillarse con lo grande que era la estación, comparada con las pequeñas paradas que había en el pueblo. Tan absorta se encontraba que ni siquiera se percató del hombre con chaqueta y pantalón negro que se le acercaba.

—Señora... —le dijo el hombre, sin que ella se enterase.

—Sí, deben ser aquellas. Veo unas escaleras que bajan —seguía pensando en voz alta.

—Señora —repitió él, esta vez con cierto tono de molestia.

—¿Eh? ¿Es a mí? —se giró Ángela hacia él, preguntándose en qué momento había llegado ese hombre hasta su lado.

—Sí, mire señora... —se paró un momento, cogiendo aire—. Verá, es que tengo que ir a Guadalajara y perdí la cartera el otro día,

así que estoy prácticamente sin nada. Estoy pidiendo dinero a la gente a ver si entre lo que pudieran darme unos cuantos con buen corazón me da para ir antes de la noche, que luego hace mucho frío... Ya sabe, son unos diez euros el viaje, así que cualquier cosa que pudiera darme estaría bien, para juntarlo con lo de otros... Le estaría muy agradecido...

—Espera —lo cortó ella, mirándolo a los ojos. Él se quedó sin apartar la vista, esperando.

“No veo ningún signo de que esté mintiendo... Pobre hombre, ya es casualidad perder la cartera hace tan poco y quedarse en esta situación”—pensó entristecida, mientras le costaba no mostrarse emocionada por su desgracia.

—Vale, te daré lo que pueda, espera un momento —le dijo mientras buscaba en la maleta más pequeña el diminuto bolso de cuero donde había guardado el dinero.

—¡Gracias, señora, gracias! ¡Es usted tan amable! —exclamó él, mientras un par de jóvenes que pasaban por su lado los miraban, antes de reírse y hablar por lo bajo—. No sabe el favor que me hace, que así podré cenar esta misma noche allí, calentito, sin esperar a...

—No se preocupe, que cenará usted allí... Sólo hay un problema —dijo ella mientras sacaba el bolso y lo abría, mostrándoselo a su interlocutor—. ¿Sabe dónde podría cambiar estos billetes a algo con que pudiera darle los diez euros?

—Cambiar... —El hombre se quedó mirando el bolso con los ojos como platos. Dentro de éste se encontraba todo el dinero que habían reunido en el Círculo para que Ángela no tuviera problemas en asentarse hasta que encontrara trabajo. A primera vista podía comprobar cómo dos billetes de cien sobresalían entre varios de cincuenta.

—Sí, cambiar. Es que tengo también algunas monedas, pero si se las doy me dijeron que luego para el metro tendría que... —se encontraba Ángela explicándole la situación al hombre, cuando de pronto notó que algo cambiaba en la esencia de éste.

—¡Traiga aquí! —Antes de que pudiera reaccionar, el le cogió el pequeño bolso y comenzó a correr hacia las escaleras de salida de la estación. Durante un instante se quedó completamente bloqueada,

hasta que por fin las risas de los dos jóvenes que habían pasado anteriormente la sacaron de su ensimismamiento.

—Desde luego, hace falta ser idiota... Que no va y le enseña todos los billetes ahí... —dijo el más bajo de los dos, sin molestarse en disimular la risa.

—Ya te digo... Pero oye, ¿no la vamos a ayudar? Que mírala; está la vieja ahí aún parada —respondió el otro, sin dejar de reírse pero mirándola con pena.

—Bah, que así aprenda. Hay que ser pringada para no darse cuenta de que ese tío le iba a robar la pasta —se rio finalmente, antes de alejarse ambos.

“¿Me acaba... de robar?” —Tras girarse hacia los chicos un momento, volvió de nuevo la vista al hombre, al que quedaba ya poco para llegar a las escaleras. Al hacerlo sintió cómo la rabia se apoderaba de ella, en parte hacia el ladrón que se llevaba su dinero, pero sobre todo hacia sí misma, por haberse fiado únicamente de su intuición de bruja al valorarlo, sin haber pensado que quizá era alguien que sabía disimular las mentiras en su mirada.

—¡Mi dinero! ¡Mi dinero! —Empezó de pronto a correr hacia él, sin entender muy bien por qué lo hacía. La frustración de saber que dentro del bolso llevaba todo el dinero que entre ella y sus compañeras habían recolectado le impedía pensar con claridad, lo que provocó que corriese unos cuantos metros sin demasiada lógica, antes de por fin pararse.

“¡Seré tonta! Lo que la brujería no supo ver, la brujería habrá de arreglar...” —Fingiendo estar agotada por la pequeña carrera, se llevó las manos al pecho, donde nadie pudiera ver los gestos que realizaba con los dedos. Al principio comenzó un hechizo, pero pronto sintió cómo el enfado le hacía cambiar por otro.

“¡Así aprenderá a no robar a la gente que está dispuesta a ayudarlo!” —pensó completamente enfurecida, antes de acabar el último símbolo.

—¡Al ladrón, por favor! —gritó desesperadamente, antes de

alargar el brazo hacia donde se encontraba el hombre. Aunque no hubiera demasiada gente en ese momento, sentía que debía disimular de alguna manera el lanzamiento del conjuro en aquella dirección.

—¡Ostras! —gritó de pronto el ladrón, resbalando con un charco en el suelo y cayéndose al suelo de bruces. Ángela lo vio a lo lejos, alegrándose de que el hechizo hubiera tenido éxito... Mas no le duró mucho la alegría, al ver cómo el hombre se levantaba de nuevo, gritando.

—¡Mi nariz! ¡Mi nariz! —Al principio se quedó parado en el sitio, sujetándose la cara con las manos, pero luego debió recordar por lo que corría y volvió a reanudar la carrera, aunque menos rápido que antes.

—¡Que-Que se va! —dijo en voz alta ella, mientras los curiosos se asomaban a ver qué pasaba con tanto ruido.

“¡Eso es que el conjuro no fue suficiente!” —pensó aun más enrabiada, antes de comenzar un nuevo hechizo en la misma posición de antes, si bien ahora el disimulo era menor. Tras terminar todos los gestos, volvió a alargar la mano de forma teatral hacia su objetivo... aunque no tardó mucho en arrepentirse de haberlo cargado con tanta ira esa vez.

—¡Cuidado! ¡El autobús! —gritó una mujer, mientras todos los de la zona se apartaban. Todos salvo uno.

—¡Eh!? —fue lo único que acertó a decir el ladrón, antes de que el vehículo lo mandara por los aires.

\*\*\*

—Diga lo que diga, nos lo vamos a llevar, así que deje de quejarse —dijo el médico con tono tajante, haciendo que el ladrón por fin se callara.

—Menuda me espera... —atinó finalmente a decir, mientras los otros dos hombres de la ambulancia desplegaban la camilla y lo trasladaban hasta ella. Al lado de la puerta del vehículo lo esperaba Ángela, con la mirada entristecida y el bolso bien agarrado. Él la miró extrañado al pasar por su lado, aunque le resultó aun más chocante escucharla.

—Siento... lo que le ha ocurrido... —dijo en voz baja y con la cabeza gacha, sin atreverse a mirarlo a los ojos. Él se quedó anonadado un momento, antes de soltar un bufido.

—Pero por dios, señora, que le estaba robando... Casi que tendría que alegrarse —contestó riéndose, aunque paró al sentir que hacerlo le dolía bastante.

—Ya, pero es que yo no quería que le pasara esto... Sólo quería mi dinero —volvió a decir por lo bajo, antes de levantar la mirada por fin, avergonzada—. Perdón.

—¿Perdón? —preguntó él sin entender nada, antes de que los dos hombres lo metieran dentro y cerraran la puerta, sin que él dejase de mirarla fijamente.

—Bueno, pues nos lo llevamos. Tiene suerte de poder contarlo. Si al del bus no se le llega a ocurrir tirar del freno de mano... —dijo el conductor de la ambulancia, antes de meterse dentro y arrancar. Todos los presentes se quedaron mirando cómo se iban, antes de posar después sus ojos en Ángela. Ella podía sentirlo aunque no los mirara, así que empezó a andar hacia la entrada al metro, arrastrando su equipaje y con la cabeza hecha un lío.

“No debo abusar de la magia, no debo abusar de la magia, no debo abusar de la magia...” —se repetía una y otra vez, mientras notaba cómo hasta la esencia de los guardias de la estación era extraña cuando ella pasaba por su lado. Le daba en esos momentos tanto miedo tener contacto con ninguna de los cientos de personas que había a su alrededor que incluso evitó pedir ayuda para sacar su billete de metro, aunque para ello tuviera que emplear más de cinco minutos al no entender que las monedas de un céntimo no eran válidas. Tampoco la pediría al preguntarse cómo demonios iba a pasar las maletas por esos tornos tan reducidos.

—¿Quiere ayuda?

—¿Ah!?! —reaccionó sobresaltada, girándose hacia la voz.

—Que... si quiere ayuda —dijo de nuevo el chico, sorprendido tanto por la cara de susto de ella, como porque realmente estuviera intentando hacer pasar ese equipaje por un espacio tan pequeño. Con las dos primeras maletas lo había conseguido a base de empujones, pero la tercera era demasiado grande. Al fondo los encargados del

metro y del cercanías miraban la escena entre risas y comentarios.

—Eh... Gracias. Sí, gracias —intentó mantener la compostura, mientras el chaval levantaba la maleta al otro lado, hasta pasarla por encima de la máquina. Pudo ver en su cara de esfuerzo que en ningún momento se debió plantear que eso pesara tanto, pero aun así agotó todas sus fuerzas hasta que ella pudo cogerla. Se disponía a darle las gracias cuando oyó cómo una voz se dirigía a ella.

—¡Señora! —dijo el encargado del metro, acercándose sonriente—. La próxima vez entre por la puerta habilitada en la esquina, mujer.

—¿Cómo? —preguntó ella, sin entender qué le decía en un principio. Sólo al girarse pudo comprobar que realmente había una entrada más grande al final de los tornos.

—Sí que estuviste eficiente ahí, ¿eh? —se dirigió secamente el chico al hombre, antes de pasar él también el tornó—. Bueno, si no necesita nada más...

—No, ¡gracias! —le contestó Ángela intentando sonreír. Al hacerlo el joven se llevó unos cables a las orejas y se giró, alejándose hacia el andén 2.

—¡Eh, tú! —gritó el encargado enfadado, a lo que el chico ni se giró. Después miró a Ángela con desprecio, antes de volver adonde estaba.

“¿Pero qué le habré hecho yo a ese hombre?” —se preguntaba ella, cada vez más incómoda con la situación mientras andaba hacia las escaleras. Ni el vagón tremendamente abarrotado ni el confuso transbordo en Pacífico ayudaron demasiado a que mejorara. Sólo el salir a la calle tras tres cuartos de hora bajo tierra hizo que por fin se le redujera algo la ansiedad. Aun así se sentía bastante cansada de tantas emociones y tanto arrastrar las maletas, así que decidió sentarse en las pocas maderas que aún quedaban de un banco de la plaza.

—Así que así son las plazas aquí... —dijo mientras observaba a su alrededor. Detrás de ella había lo que parecía la entrada a un garaje, mientras que en el centro de la glorieta se encontraba lo que debió ser una fuente, si bien ahora estaba completamente parada. Los edificios que rodeaban la plaza estaban prácticamente todos

con endeble andamios alrededor, salvo uno en una de las esquinas que tenía todas las ventanas tapiadas y parte de los últimos pisos derruida. En la parte baja de las manzanas había algunos bares y tiendas abiertos, pero la mayoría eran cierres metálicos que tenía pinta que llevaban mucho sin abrirse. Cuando por fin se giró para sentarse normal en el banco, se encontró con que un hombre con gorra, barba y chándal estaba a su lado. Él la miraba también fijamente, así que se quedaron sosteniéndose la mirada unos segundos, hasta que finalmente ella miró el carrito metálico que se encontraba detrás de él, lleno de cosas.

—Oiga, este banco... —empezó a decir él, mientras Ángela aún observaba con curiosidad el carro. Finalmente volvió a mirarlo.

—¿Sí?

—¿Le importa que me siente a su lado? —preguntó él, desconcertado por la naturalidad con que ella lo trataba.

—¡Ah! No, por supuesto... —dijo ella, retirándose a una esquina para dejarle más espacio—. Disculpe, no me había percatado de que quería sentarse.

—Gracias... —dijo él mientras se sentaba, dejando el carro de la compra con sus cosas a un lado. Después se quedó un momento observando cómo ella miraba hacia todas partes, fijándose en la gente, en los bares, sonriendo con cada pequeño detalle... hasta que de nuevo volvió a mirarlo a él—. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota? —preguntó ella, algo avergonzada.

—Podría decirse —se rio él—. La he visto fijarse más en esta plaza en cinco minutos que lo que se fija el camarero de ese bar en un año entero.

—Es que hay tantas cosas... —respondió ella, mirando de nuevo a los coches y bicicletas que pasaban detrás de ellos.

—Así que es de campo —sonrió él—. Mira, al menos allí algo habrá de comer.

—¡Y tanto! En nuestra huerta tenemos zanahorias, cebollas, lechugas... —comenzó ella con energía, aunque rápidamente se paró al escuchar la risa del hombre.

—Sí, sí, desde luego que se nota que no es de aquí —siguió riéndose un poco más, hasta que los dos se quedaron en silencio. Ella se encogió ligeramente, preguntándose qué podría ser lo que

tanta gracia le había hecho.

“Es normal alegrarse de tener una buena huerta, digo yo.” — Estaba aún meditando sobre ello cuando de pronto se dio cuenta de que debía llevar ahí un buen rato, así que miró su reloj. Apenas quedaban quince minutos para la hora en la que había quedado en ir al piso, así que sacó su mapa de la maleta mediana. A pesar de que Teresa le había señalado la calle, no sabía exactamente en qué punto de la glorieta estaba, así que comenzó a mirar nerviosa en todas direcciones, a ver si había salido a un lado o a otro.

—Se va por ahí —le señaló de pronto el hombre, acercándose a ella, pero sin apoyarse—. Es la primera a la derecha según vas subiendo. Ahora mismo estamos aquí.

—Va-Vale, ¡muchas gracias! —respondió ella sonriente, olvidándose rápidamente de la molestia anterior. Acto seguido se levantó, volviendo a coger de nuevo las maletas, descansada y preparada—. Bueno, pues ya me voy. ¡Buenas tardes!

—Buenas sean, mujer —se despidió sonriente el hombre, haciéndole un gesto con la mano mientras ella se alejaba.

\*\*\*

—No puede ser... —Pulsó un par de veces más el botón de llamada del ascensor, pero con el mismo resultado. Estaba claro que el cartel de “averiado” no mentía.

“Bueno, parece que no hay nadie por aquí, así que...” —Aún se sentía un poco culpable por la situación en la estación, pero el pensar en tener que llevar todo ese peso hasta un cuarto piso era algo que superaba cualquier atisbo de conciencia. Tras comprobar primero el hueco de la escalera y doblar luego la esquina del rellano para ver que no hubiera nadie en el portal, comenzó a hacer levitar las maletas un par de pasos por delante de ella, mientras subía los altos escalones. Hasta el descansillo entre el primer y segundo piso no tuvo problemas, pero llegando a este último de pronto una puerta comenzó a abrirse apenas a dos metros de ella.

—No, no, no, no... —se quejó por lo bajo, mientras alargaba ambos brazos para cogerlas sin que resultase sospechoso. Por desgracia para ella éstos no parecían tan preparados como le habría gustado para coger tanto peso, por lo que rápidamente sintió un latigazo en su codo izquierdo. Habría chillado del dolor, pero justo entonces apareció una chica joven delante de ella, mirándola con intriga.

—Hola —dijo mientras cerraba la puerta de su casa, observando a Ángela.

—Hola... —respondió ella como pudo mientras dejaba las maletas en el suelo del piso, dejando paso a su nueva vecina. Ésta pasó a su lado sin decir nada, bajando las escaleras después sin ni mirar atrás. Ángela casi agradeció que lo hiciera, dado que así pudo apoyarse un momento en la pared y llevarse la mano al brazo.

“Creo que me rompí algo... Madre mía, qué dolor.” —Apretando los dientes para evitar gritar, comenzó a pronunciar las sílabas del conjuro de regeneración, importándole ya más bien poco si alguien la veía o no... La alternativa a no hacerlo era presentarse en su nueva casa con el brazo roto, así que dentro de lo que cabía no era mala opción.

—Buuuff... Parece que ya está... —Tras un par de minutos dejando que la magia interna hiciera su efecto, movió de nuevo el brazo, comprobando que tenerlo algo agarrotado era lo único que quedaba de su lesión. Se disponía a seguir subiendo de nuevo cuando de pronto oyó unos pasos bajando a toda velocidad. Tras unos segundos de incertidumbre, finalmente apareció una mujer de unos treinta años ante sus ojos, la cual tuvo que frenar en seco para no abalanzarse sobre ella.

—¡Eh! ¡Tú no serás, Ángela! ¿No? —dijo al verla, sonriendo tan abiertamente que le sorprendió.

—Sí, soy yo...

—¡Ah, pues yo soy Victoria! Había salido a ver qué pasaba que tardabas tanto en subir... ¡Encantada! —exclamó sonriendo aun más mientras le estrechaba la mano desde varios escalones por encima. Por un momento Ángela creyó que tendría que sujetarla para que no se cayera, pero la chica parecía tener la situación controlada.

—Igualmente, Victoria —respondió también sonriendo.

—Madre mía, ¿pretendías subir tú todo esto? ¡Vas lista! Anda, deja que te ayude. —Antes de que pudiera replicar, vio cómo su nueva compañera de piso cogía la más grande de sus malestas y se la cargaba al hombro, antes de empezar a subir—. ¡Jojojo! ¿Qué llevas aquí, un coche escondido?

—Intenté dejarme lo menos posible allí —respondió tímidamente. El ver cómo esa aparentemente frágil mujer había cogido sin demasiado esfuerzo la maleta donde tenía todos sus utensilios de preparación de pócimas la había sorprendido lo suficiente como para no saber qué otra cosa decir.

—Haces bien, haces bien. Que luego las mudanzas son una pesadez —se rio mientras subía enérgicamente las escaleras—. ¿Qué tal el viaje? ¿Todo bien en tu llegada?

—Bueno, sí... Aunque en la estación me intentaron robar —respondió instintivamente, aunque luego se arrepintiese.

—¡Vaya! ¿Y qué pasó? ¿Lo cogieron?

—Bueno... Lo cogió un autobús mejor dicho —dijo ella con voz triste mientras subía.

—Espera, ¿que lo cogió? —preguntó Victoria sorprendida. Ángela pudo notar cómo había parado de andar al hacer la pregunta—. ¿Quieres decir... que lo atropelló?

—Sí... —respondió ella con voz queda. El rellano se quedó en silencio unos momentos.

“Definitivamente no debería habérselo contado... Qué mal estoy haciendo las cosas hoy, leches.” —Se disponía ya a seguir subiendo y decir que sí, que era una desgracia lo que le había pasado a ese hombre y que no se merecía tanto castigo, cuando de pronto Victoria empezó a partirse de risa.

—¡Jajaja!! ¡Que lo atropelló un autobús ahí mismo! ¡Juas! —Ángela pudo escuchar cómo subía los últimos peldaños aun más rápido que los anteriores, hasta el punto de que ya ni siquiera la veía—. ¡Kharma, kharma!... ¡Carlos, sal aquí fuera!

—Pero el pobre hombre... —intentó replicar ella, pero pronto se dio cuenta de que no servía para nada, dado que no la oía. Por el contrario sí escuchó ella la voz de otro hombre.

—¿Qué pasa, Vic? ¿De verdad tienes que gritar tanto? —se quejó Carlos al salir al rellano justo cuando Ángela llegaba al cuarto piso. Era un chico más o menos de la misma edad que Victoria, con pelo largo, barba tupida y extensa, y gafas. Al verla la saludó con un gesto y se acercó a cogerle el equipaje restante—. Buenas. Yo soy Carlos.

—Encantada —respondió ella amablemente mientras dejaba que le cogiera las maletas.

—Siento no haber podido avisarte de lo del ascensor, pero como no tienes móvil no teníamos a dónde llamarte —dijo mientras se giraba, entrando dentro de la casa—. Pero vete acostumbrando, porque, por desgracia, no creo que lo cambien en un tiempo.

—Venga, Ángela, entra. ¡Verás cómo la casa es mucho mejor al natural que en fotos! —le dijo Victoria desde el quicio de la puerta, haciéndole señas claras de que entrase.

A diferencia de lo que le decía la chica, la casa no sólo no le parecía mejor, sino más oscura y pequeña de lo que salía en el anuncio que había visto con las demás en el Círculo. A pesar de ello no le importó demasiado, toda vez que se quedó fascinada cuando vio que el salón tenía dos grandes ventanas que daban a un parque con frondosos árboles y pradera.

—¿Y ese bosque ahí entre los edificios? —preguntó mientras lo miraba con la boca abierta, cortando la explicación que le estaba haciendo Victoria sobre el funcionamiento del Blue-Ray y la televisión.

—¡Ah! ¿El parque? Pues ya lo ves, hecho un desastre. El ayuntamiento decidió hace unos años que no dedicaría más dinero al cuidado de los parques de esta zona... y ahí lo tienes... —paró un momento mientras miraba a Carlos con extrañeza ante la actitud de Ángela—. En otros barrios hay asociaciones de vecinos que intentan cuidarlos ellos, pero aquí no es el caso.

—¿Cuidarlos? ¿Y cómo los cuidan? —volvió a preguntar, sin dejar de mirar.

—Pues ya sabes... Cortar el césped, fumigar los árboles, cuidar que no haya bichos... Un poco de todo.

—¿Césped? ¿Fumigar? ¿Hacer que no haya “bichos”? —Ángela se quedó mirando extrañada a Victoria sin terminar de entender qué quería decir con todo ello, cuando ella veía que esa vegetación estaba genial de salud para estar dentro de una ciudad. Sin embargo su interlocutora no se percató de la mirada, ya que ya se había girado hacia la cocina para seguir explicándole cosas.

Tras un buen rato teniendo que repetirle cómo funcionaba cada aparato electrónico, y después de hacerle entender que la hornilla iba por electricidad y no teniendo que quemar sobre ella, por fin los tres pudieron sentarse un rato a charlar en el sofá del salón. Ahí es cuando pudo saber que Victoria llevaba ya varios años en paro, pero que conseguía apañarse aquí y allá, que Carlos era una especie de “artista” que hacía dibujos y contaba historias por internet, y que Sergio, el otro compañero, no estaba en casa aquel día, hecho que al parecer era habitual en él. Aunque el carácter vivaracho y extrovertido de Victoria (o Vic, como dijo que la llamara) a veces llegaba a agobiarla, y a pesar de que Carlos parecía no dejar de pensar que estaba perdiendo tiempo de su trabajo con todo ese acto social, lo cierto es que ambos le cayeron bastante bien. Tan bien como para compartir sus primeras intrigas con ellos.

—¿Entonces por dónde me recomendáis que comience a buscar trabajo? —les preguntó directamente en un momento en que ambos se habían quedado en silencio. Los dos jóvenes se miraron entre ellos con los ojos muy abiertos.

—Pero Ángela... ¿No vienes ya con un contrato de trabajo? —preguntó finalmente Carlos, mientras acariciaba su barba con la mano.

—No. No tengo. ¿Tan importante es? —preguntó sonriendo, aunque las caras de sus compañeros hicieran que se le borrara la sonrisa al poco tiempo.

—Pues mujer, sí... A tu edad si no... —comenzó a decir Carlos, antes de que Victoria lo cortara.

—¡Bueno, claro que es importante, pero también se puede conseguir! Yo muchos de los trabajos los voy consiguiendo en plan temporal, aquí y allá —respondió enérgicamente, aunque al principio titubease un poco.

—¡Sí, ésa era la idea con la que yo venía! —volvió a recuperar la alegría Ángela tras ese momento de incertidumbre. Tras decirlo cogió esa extraña bebida que le habían servido llamada Coca-Cola y bebió un poco. Las novatas y estudiantes del Círculo siempre le hablaban de ella cuando visitaban los pueblos de alrededor, pero era la primera vez que la tomaba. Tapada por el vaso, no pudo ver las miradas y gestos que se lanzaban entre Carlos y Victoria, los cuales cesaron justo antes de que acabara—. Pero claro, no tengo ni idea de cómo se mueven esas cosas aquí en la ciudad...

—¡Tranquila, que yo te ayudaré! Mañana mismo cogemos el ordenador y empezamos a mirar qué podemos encontrar que se adapte a tu currículum, ¿vale? —dijo sonriente Victoria, antes de que Carlos interviniera.

—Eso sí, ten en cuenta que hay que participar en muchas entrevistas antes de que te den algún trabajo... Si te rechazan muchas veces no te deprimas, que es lo normal... —dijo ante la atenta mirada de Ángela, haciendo caso omiso de los gestos que le hacía su otra compañera al otro lado.

—Entiendo... —dijo Ángela, aunque en realidad no entendiera muy bien por qué era normal que te rechazaran si tenías las características concretas para un trabajo.

“Pero bueno, supongo que así funcionan las cosas en la ciudad.” —Tras estar charlando un rato más, cenar algo llamado “pizza” que realmente no le supo demasiado a nada, y despedirse hasta el día siguiente de sus compañeros, por fin pudo encerrarse en su habitación, bajar las persianas y deshacer el equipaje. Normalmente habría disfrutado cogiendo a mano cada una de las cosas y colocándolas en su sitio, pero estaba demasiado cansada, así que echó un vistazo al armario y los cajones de la mesa de la habitación, y luego se tumbó. Al cerrar los ojos las maletas se abrieron solas, haciendo que la ropa, libros y utensilios fueran volando por encima de ella sin descanso, colocándose cada cosa en el sitio que imaginara para ella. Tras unos minutos depositó mentalmente el último tarro de cristal en el armario, abrió los ojos y comprobó que todo estuviera en su sitio.

—Todo perfecto —dijo en voz baja, antes de volver a tumbarse, mirando el techo. Desde las otras partes de la casa le llegaban sonidos

de Victoria viendo la televisión y Carlos en su cuarto, trabajando con el ordenador. Aunque echaba de menos los sonidos del bosque al lado de su habitación en el Círculo, éstos tampoco le resultaban molestos. En cierto modo hasta le reconfortaba que estuvieran ahí.

“Ya tengo casa. Mañana a ver si consigo trabajo.” —pensó para sus adentros antes de abrir la cama y arroparse. Aunque le intrigaba esa aparente dificultad que habían mencionado sus nuevos amigos, estaba convencida de que podría conseguirlo... con la dosis justa de brujería, claro.

\*\*\*

—¿Y ya está? ¿Ahora tendría que esperar y nada más? —preguntó Ángela, mirando sorprendida a Victoria.

—Pues sí... Si les interesa tu perfil te mandan un correo electrónico diciéndote que vayas para hacer la entrevista... y ya está —respondió su compañera, preguntándose cómo podía ser que la mujer que tenía enfrente no supiera siquiera algo tan básico sobre la forma de encontrar trabajo.

—¿Y si no les interesa?

—Pues... a enviar más toca.

—Pues vaya... —volvió a quedarse callada, mientras veía cómo la chica cambiaba de una página a otra en la pantalla a una velocidad que jamás había visto. Si ya le había sorprendido que existieran ordenadores “portátiles” y no de torre como el que ellas tenían, que lo usara de esa manera ya sí que le parecía verdadera magia.

—Bueno, tu currículum dentro de lo que cabe es bastante bueno. Siendo de campo pensé que... —paró repentinamente al darse cuenta del error que estaba cometiendo. Tras hacerlo miró a Ángela, dispuesta a pedirle perdón si le había ofendido... pero en lugar de eso sólo se encontró su amplia sonrisa.

“Si supieras que es todo mentira y que Cecilia lo hizo a base de conjuros y favores... Bastante tuve con tener que leerme en tan poco tiempo todos esos libros para aparentar que sé de todo eso.” —Estuvo a punto de reírse abiertamente al ver el supuesto feo que le había hecho Victoria, pero prefirió seguir sonriendo, como si no

se hubiera enterado.

—¿Tú crees que me mandarán el correo? —decidió preguntarle directamente.

—Bueno... Quizá en esta tanda no... pero en la siguiente... todo es ir probando... —respondió, intentando ocultar, aunque de una forma bastante torpe, las dudas que tenía sobre que nadie se interesara.

—Entiendo... Y si no, lo que me dijiste de buscar trabajos de lo que sea aunque sean ilegales, ¿no?

—¡En negro! ¡Dije en negro, no ilegales! —se sobresaltó. Capaz era de decirle a alguien de fuera que buscaba trabajo “ilegal”.

—¡Es verdad, es verdad! ¡Qué me dijiste que lo llamara así! —se rio.

—Sí... —dijo Victoria, antes de quedarse en silencio—. Bueno, ¿quieres que te ayude en algo más?

—No, no hace falta. Supongo que las cosas son así... —respondió ella ya sin sonreír. De pronto pareció darse cuenta de algo—. Oye, de todas formas, ¿esos sitios me dijiste que tienen una dirección donde luego te entrevistan si pasas?

—Eh... sí, claro.

—¿Y podemos mirarla por la internet?

—Bueno, sí, por poder podemos —dijo, mirándola fijamente, antes de girarse hacia el portátil de nuevo y empezar a teclear—. Aunque espero que no se te esté ocurriendo la idea de plantarte allí y preguntar, porque es perder el tiempo.

—¿Tú crees? —preguntó ella, intentando no desanimarse—. Bueno, era por si daba un paseo y estaba cerca de alguna o algo...

—¿Un paseo? No creo que ninguno de esos sitios esté por aquí cerca como para ir paseando.

—Quien dice paseo dice visitar la ciudad... —intentó disimular ella, aunque sin demasiado éxito. Victoria resopló, antes de ponerse a buscar.

—En fin, supongo que no pierdes demasiado... A mí me daría una pereza terrible ir para nada, pero parece que tú no andas falta de energía precisamente...

—¡Eh, ni tú tampoco! ¡A mí me pareces una chica muy enérgica! —respondió súbitamente Ángela con una gran sonrisa, provocando

que su compañera se riese.

—¡Vale, vale! ¡Lo pilló! —dijo mientras la empujaba cariñosamente, antes de volver al ordenador—. Veamos dónde está cada una...

Tras un rato de búsqueda, y después de recibir una serie de instrucciones de Victoria y Carlos sobre cómo moverse por Madrid, problemas en el metro y demás, Ángela por fin estaba preparada casi del todo para marcharse. Sólo le faltaba elegir cuáles serían sus "armas" a la hora de abordar la situación.

—Tónico relajante, esencia de amabilidad, potenciador de encantamiento... —Uno a uno iba echando pequeños botes y tarros en su mochila de cuero. Iba a meter también el bolso cuando recordó el episodio del día anterior. Al principio volvió a sentirse triste por el hombre, pero luego pensó que debía aprender de sus errores y procedió a meter casi todo el dinero detrás de los recipientes que aún quedaban en el armario, dejando sólo lo indispensable en la bolsa.

—Y para dar buena impresión... —se dijo a sí misma mientras elegía qué ponerse de ropa. Tras probarse un par de vestidos, finalmente dio con el que le parecía adecuado—. ¡Perfecto!

Tras recoger, esta vez a mano, toda la habitación, por fin salió al rellano de la casa. Tenía tantas ganas de ir a la calle que estuvo a punto de abrir la puerta sin despedirse, pero pensó que sería un gesto bastante feo, así que se acercó al salón, donde estaban sus dos compañeros hablando.

—¡Bueno chicos, me voy! —dijo exultante, provocando que se girasen. Los dos se quedaron mirándola de arriba a abajo.

—¿Adónde vas, dices? —preguntó Carlos mientras sujetaba su taza de café y volvía a tocarse la barba como el día anterior.

—Pues a dar un paseo por ahí, ver un poco la ciudad... Y quizá mire alguno de los sitios que vimos Victo... Vic y yo en el ordenador —respondió mientras sonreía, antes de girarse hacia la compañera y darse cuenta de lo poco disimulada que había sido—. ¡Pero sólo

quizá, claro! ¡Lo primero el paseo!

—Ya, ya... Vas... muy guapa, sí —consiguió por fin mirarla a los ojos Victoria, sonriente. Por desgracia a su compañero le costaba más ser cínico, por lo que aún seguía fijándose indiscretamente en la ropa de Ángela. Ella lo taladró con la mirada antes de hablar—. ¿Verdad, Carlos?

—Sí, claro... Te queda muy bien ese verde tan intenso. Vas muy... impactante —dijo de forma pausada, costándole pronunciar las palabras de forma fluida. Cuando acabó la frase se levantó rápidamente y se dirigió a su habitación—. Bueno, yo tengo mucho trabajo, así que luego seguimos hablando... Suerte, Ángela.

—¡Muchas gracias! —respondió ella, consciente de que había pasado algo raro en la conversación, pero sin terminar de entender el qué.

—Bueno, pues... ¡que te vaya bien! —le deseó también Victoria, mientras pensaba en si estrangular a Carlos o no por haberla dejado sola ante la situación.

—¡A ver, a ver! —dijo la bruja antes de abrir la puerta de la casa—. ¡Luego nos vemos!

Tras bajar las escaleras canturreando, llegó al portal. Allí se cruzó de nuevo con la vecina del día anterior, la cual la saludó con algo más de interés que en su último encuentro, aunque siguiera mirándola de forma extraña.

—Buenas —dijo la chica mientras se apartaba para dejarla pasar. A Ángela le llamó la atención el gorro tan curioso que llevaba, negro y rojo. También se fijó en que cargaba con una bolsa de la compra que parecía bastante pesada, pero no pudo ver nada más al tener que pasar.

—¡Buenos días! —le respondió amablemente, antes de salir del todo a la calle.

Una vez allí pudo comprobar que la vida matutina de Madrid era ciertamente diferente a la tarde que había contemplado a su llegada. Si ya entonces la había agobiado la cantidad de gente y coches, ahora se encontraba totalmente desbordada. Risas, gritos, pitos, gente yendo a toda velocidad por su lado, humo, malos olores,

ruidos metálicos por todas partes... Empezaba a plantearse incluso si la idea de ir en autobús a su primer destino, como había pensado, no sería lo mismo hasta menos aconsejable que ir en el metro. Sin saber demasiado bien qué hacer comenzó a andar hacia la plaza, observando de paso todo lo que ocurría a su alrededor. Al principio pudo caminar unos metros más o menos libre, pero rápidamente comenzó a tener que esquivar a la gente o incluso chocarse con alguno.

—¡Perdón! ¡Disculpe! —repetía una y otra vez ante personas que normalmente ni se giraban. Tras un par de minutos de sufrimiento y desconcierto, por fin llegó a la plaza. Allí se encontró de nuevo al mismo hombre en el banco, con su carro metálico al lado y la misma ropa del día anterior. Éste al principio no pareció verla, pero luego finalmente le sonrió.

—Veo que ya va sufriendo los efectos de la ciudad —dijo riéndose, mientras se echaba un poco a un lado, dejándole sitio.

—¡Ay, ay, qué agobio, por favor! —respondió ella mientras miraba de nuevo hacia atrás, preguntándose cómo había podido salir de allí. Después se giró al hombre y vio el espacio que éste le había dejado—. ¡Ah! Muchas gracias, hombre, pero ahora no puedo quedarme. ¡Tengo que ir a dar una vuelta y buscar trabajo!

—Así sin más, ¿eh? —dijo el hombre mientras se fijaba en su ropa—. Desde luego, seguridad en sí misma no le falta.

—¿Usted cree? —preguntó, avergonzada—. No sé yo, que mis compañeros de piso me dijeron tantas cosas malas sobre eso que no sé yo si conseguiré algo...

—Bueno, sus compañeros están en su piso, y yo estoy aquí —La miró más serio, antes de volver a hablar afablemente—. Y estoy seguro de que va con la actitud correcta. Seguro, créame.

—¡Ay, muchísimas gracias! —dijo ella muy contenta, mientras los camareros del bar de detrás los miraban extrañados—. ¡Necesitaba oír algo así! Ahora sí que creo que conseguiré algo.

—Qué fácil fue alegrarla, mujer... —dijo por lo bajo él, antes de volver a mirarla—. Me alegro, me alegro.

—¡Y yo! —exclamó ella, antes de mirar su reloj—. Bueno, se me hace tarde y aún no sé adónde ir primero y en qué ir... ¡Me marchó! ¡Ya hablamos!

—Vale, vale... Que tenga buen día.  
—¡Igualmente! —Tras decirlo empezó a andar, para de pronto pararse a los pocos metros y volver—. ¡Por cierto! Yo me llamo Ángela, ¿cómo se llama usted?

—Ángela, ¿eh? —sonrió antes de recostarse ligeramente en el banco—. Yo soy Manuel.

—¡Encantada, Manuel! Espero que podamos hablar en otro momento, que es usted muy agradable —dijo sonriendo, antes de girarse y salir andando erráticamente, sin terminar de decidirse entre subir la calle o meterse en la boca de metro.

—Lo mismo digo, mujer extraña —se rio para sus adentros, antes de girarse hacia los camareros, los cuales aún alternaban la mirada entre él y ella—. ¡Eh, vosotros! ¡Dejad de zanganear y a trabajar, que suerte tenéis de tener curro!

\*~\*~\*

—Son... gigantescas... —Aunque ya las había visto de lejos desde el autobús, no podía imaginarse que las cuatro torres vistas desde justo debajo le parecerían tan sobrecogedoras. Se encontraba tan impactada que tuvo que sentarse en la barandilla de la carretera para no caerse, antes de cerrar los ojos y bajar la cabeza un momento. A su lado pasaban sin cesar personas que salían del metro, de las cuales alguna se fijó momentáneamente en ella, pero sin decirle nada.

“Según el mapa el sitio está al otro lado de las torres... ¿Pero cómo voy a pasar por ahí debajo? ¡Podrían caérseme encima en cualquier momento!” —Tras un rato con los ojos cerrados intentó armarse de valor y volver a miraras, convencida de que realmente no podían ser tan horribles como ella creía si la gente las toleraba sin tanto problema... pero pronto se dio cuenta de que no era así. Cada vez que alzaba la vista no podía evitar imaginárselas derrumbándose sobre ella como aquellas que se cayeron en Estados Unidos años atrás, así que volvió a mirar al suelo.

—¡¡Aagh!! —gritó de pronto, cuando el chirrido de un autobús frenando a su lado le hizo creer que realmente se venían abajo. En

esa ocasión sí que hubo unos cuantos transeúntes que se pararon, extrañados. Ella se disculpó con un gesto, mientras notaba cómo las gotas de sudor le caían por la espalda.

“Venga Ángela, relájate, relájate... No tienes ni siquiera que mirar arriba. Simplemente pasa lo más rápido que puedas por debajo de ellas y ya está. No va a pasar nada... Nunca pasó nada. ¿Por qué iba a pasar nada? Nada, nada, nada, nada...” —Mientras trataba de convencerse echó a andar de forma decidida, aunque notase que las piernas le temblaban a cada paso. Primero el paso de cebrá, luego hasta el primer árbol, después hasta el siguiente... Notó que poco a poco iba cerrando los ojos más y más, hasta que se dio cuenta de que estaba andando con la cabeza agachada y los párpados completamente apretados. Un fugaz pensamiento le aconsejó que mejor sería pararse a andar así, pero no le hizo caso hasta que fue demasiado tarde.

—¡Pero señora, cuidado! —escuchó brevemente antes del golpe. Al caer al suelo abrió por fin los ojos y pudo ver que acababa de chocarse contra un carro de la limpieza. El hombre que la había avisado era el propio barrendero, el cual se acercaba corriendo a socorrerla. Por desgracia no fue lo único a lo que se dirigió su mirada.

—¡Por dios, vaya golpe! ¿Está usted bien?

—¡iiiih... Iiiiih... —respondió ella en voz baja, mientras comenzaba a alzar el brazo.

—¿Qué? ¿Qué me quiere decir? —preguntó él, preocupado, antes de mirar por fin a donde le señalaba. Pudo contemplar entonces que se encontraban justo debajo de la segunda torre, ante la cual había caído justo de frente Ángela.

—¡liiiiaaaah! —Antes de que pudiera él decir nada, notó cómo la bruja se incorporaba y salía corriendo a una velocidad sorprendente para una persona de esa edad. Por el camino se le cayó la mochila que llevaba, por lo que tuvo que pararse, cogerla sin abrir los ojos, y volver a correr, haciendo que la gente se apartara a su paso.

—Arf... arf... arf... —Sentía como si el corazón fuera a salirse del pecho, a pesar de que llevaba ya un buen rato sentada en el suelo. Delante de ella podía ver todo el camino que había corrido,

así como las malditas torres, sólo que esta vez desde el otro lado.

“No podrías haberte parado y tomar el tónico, no...” —se recriminaba, sabiendo que con un simple trago habría podido realizar ese esfuerzo sin apenas inmutarse. Por el contrario ahora apenas podía despegar su espalda de la pared del edificio en que se había apoyado. A pesar de la vergüenza que le daba estar ahí tirada, pasaron aún algunos minutos más hasta que pudiera levantarse y caminar a duras penas hasta el bar que había al lado, buscando un sitio donde reponerse.

—¿Se puede... usar el baño? —preguntó al entrar. El camarero la miró con cara de pocos amigos.

—Sólo si hace consumición.

—Vale... Póngame entonces... Un zumo.

—¿Un zumo? ¿Y de qué, señora?

—De lo que sea —respondió agotada, mientras se dirigía al cartel de los aseos sin que él le quitara ojo de encima—. Lo pago a la salida, no se preocupe.

—Espera... ¿Dónde estoy? —dijo finalmente, tras mirar durante unos segundos a la luz que tenía sobre ella, justo después de despertarse. En un principio se asustó, al verse dentro de un pequeño servicio, sentada sobre el váter y con su mochila abierta y tirada en el suelo. Finalmente recordó que había ido allí a realizarse el conjuro de curación... pero no podía recordar si había llegado a terminarlo o no antes de quedarse dormida. Se disponía a levantarse para comprobarlo cuando pudo escuchar unas voces al otro lado de la puerta.

—Pero Paco... Es que lleva una hora ahí...

—¿Y dices que pidió un zumo “de lo que sea”?

—Sí, sí. Parecía que lo único que quería era ir al baño.

—Joder... joder... No me digas que esa vieja ha venido aquí a... —De pronto el hombre paró de hablar, al escuchar el portazo con que Ángela salió del servicio.

—Disculpen si los asusté. Estaba muy agotada y se ve que me quedé dormida. Lo siento —dijo muy seria, ante la estupefacta mirada de los dos camareros.

—Oh, está usted bien! ¡Cuánto me alegro!

—No, mire, nosotros no creíamos que...

—¿Dónde está ese zumo? Creo que me vendrá bien —dijo mientras sacaba un billete de 5€ y se lo daba a uno de ellos mientras salía del baño.

—Eh... En la barra, gracias —respondió él, antes de ver cómo Ángela se bebía todo el zumo de un trago y salía por la puerta.

“¡Habrás visto! ¿Vieja? ¿Qué sabrán ellos lo que es ser “vieja”? A saber qué se creerían que estaba haciendo en el baño... Y ahí cuchicheando, sin tener la decencia de preocuparse o preguntar si me había pasado algo.” —A pesar de que se sorprendía a sí misma por estar tan enfurecida, no podía evitar pensar que habían sido unos desconsiderados. Con tal enfado iba por la calle, que cuando quiso darse cuenta ya estaba delante del edificio al que quería ir.

—Qué grande... ¿Así serán las peluquerías en la ciudad? —se preguntó según entraba, olvidándose rápidamente de todo lo anterior. Tras subir por las escaleras llegó a un recibidor con muchas sillas llenas de gente y una mesa con una joven recepcionista detrás. Ésta le sonrió.

—Buenas, ¿qué desea?

—¡Hola! ¿Es aquí donde hay trabajo de peluquera? —preguntó, mirando de reojo a la gente de las sillas.

—Sí, es aquí. ¿Recibió nuestra confirmación?

—No, aún no, pero... —dijo, antes de que la recepcionista la cortara.

—Entonces, lo siento, tendrá que esperar a recibirla para venir.

—¿Pero no pueden al menos...?

—Lo siento —volvió a repetir, sin variar lo más mínimo la sonrisa del principio.

—Entiendo —respondió apenada Ángela, antes de echarle un vistazo de nuevo a la gente y empezar a bajar las escaleras. Parecía que realmente Victoria y Carlos tenían razón... Iba ya a salir a la calle cuando de pronto se frenó.

“¡No, no, no, Ángela! ¡No viniste aquí para rendirte a las primeras de cambio!” —Tras darse un par de palmadas en la cara

cogió su mochila y la abrió. Al fin y al cabo dentro tenía todo lo que necesitaba para conseguirlo si se lo proponía.

—Señorita, disculpe —volvió sobre sus pasos, con una copia de su currículo en la mano—. Mire, es que vine desde muy lejos sólo para ver si podía al menos hablar con el encargado y ver si había sitio o no, prometo que no molestaré mucho...

—Señora, ya se lo dije, si no recibió el correo... —empezó a decirle de nuevo, esta vez ya sin sonreír tanto como antes.

—Sólo cinco minutitos de su tiempo, señorita... O por lo menos con que se lo lea por encima me sirve... —dijo mirándola a los ojos, mientras dejaba el papel en la mesita.

—... —La chica frunció el entrecejo, antes de coger el papel y echarle una ojeada, mientras el resto de gente allí presente miraba la escena con curiosidad. Tras tomarse su tiempo en leerlo entero, se lo devolvió.

—¿Y bien? ¿Cree que podrían...?

—Anda, búsquese un sitio donde sentarse y ya la llamaré cuando pasen los demás —respondió de mala gana, antes de girarse e ir a un cuarto detrás de donde estaban.

—¡Muchas gracias! —exclamó Ángela mientras la joven se alejaba. Después se dirigió a la única silla que quedaba libre, con los incrédulos ojos de los demás clavados en ella.

“Bien, bien. Esto es otra cosa.” —pensó mientras les sonreía.

\*\*\*

—¿Entonces dice que tiene experiencia como conductora de autobuses? —preguntó el hombre.

—Sí. En mi pueblo y alrededores tuve que llevar uno escolar algunas veces..

—Pero no veo que haya ninguna empresa aquí mencionada...

—Bueno, ya sabe usted cómo van esas cosas en los pueblos... —respondió Ángela sin sobresaltarse—. Si quiere le puedo dar las direcciones y teléfonos de los colegios para certificarlo.

—Entiendo, entiendo. Luego puede que se las pida.

—Sin problema.

—...

—...

—Me resulta llamativa la diferencia que hay entre unos trabajos y otros en su currículum, la verdad.

—Bueno, ya sabe que son tiempos duros. Hay que buscarse la vida.

—Sí, sin duda. Aquí sabemos valorar esa iniciativa —respondió él, mientras miraba las últimas hojas—. Imaginemos un supuesto.

—¿Cuál?

—Entra un cliente que sólo habla inglés al establecimiento. ¿Qué le diría?

—... Hola, ¿qué tal?

—Sorry! I don't speak spanish —respondió él, simulando ser un turista de una manera bastante cómica.

—Oh! Don't worry! I can speak english if you need it. What do you want?...

“¿De verdad que para puestos como éstos es necesario saber tantos idiomas?” —se preguntaba Ángela mientras miraba de nuevo al edificio al que había entrado con luz y salido de noche. A lo largo del día había conseguido ir al final a un total de seis entrevistas, lo cual le resultaba sorprendente incluso a ella. Todas habían sido muy diferentes entre sí, salvo dos detalles: los cambios de humor repentinos de los entrevistadores... y la presencia de los idiomas. Aunque en su día hubiese criticado a Teresa y Cecilia por hacerle estudiar tanto y engordar de esa manera el currículo, tenía que admitir que habían dado en el clavo. El haber podido al menos defenderse en inglés, francés y alemán le había ayudado bastante, a pesar de que no comprendiese ese requisito en casos como el de la peluquería o el de la empresa de limpieza... o que incluso en el caso del puesto de ayudante administrativo, resultara insuficiente.

—Ruso, italiano... Sigo sin verle la lógica —iba hablando sola por la calle, mientras bajaba la cuesta hacia la parada de Conde de Casal. Se encontraba tan sumida en sus pensamientos que reparó en la voz que llegó de repente hasta ella casi por casualidad.

—¡Eh, bruja! ¡No te creas que puedes ir por ahí sin que nadie se dé cuenta! —exclamó de pronto una voz aguda.

—...¿Qué? —Tras un momento en que se quedó completamente congelada, finalmente se giró hacia los arbustos de los que provenía la advertencia.

—No pretenderás escapar ahora, ¿verdad? ¡No tienes adónde ir!

—¿Quién eres!? —preguntó en alto, mientras se llevaba la mano a la mochila. Antes de hacer nada más, miró a ambos lados de la acera. Para su alivio comprobó que estaban absolutamente solos ella... y quien fuera que estuviera ahí.

—No te hagas la loca ahora... Sabes bien lo que queremos —dijo de nuevo la voz, tras unos segundos de silencio y con un tono más débil que antes. Ángela no podía ver nada desde donde estaba, así que optó por acercarse lentamente mientras se mojaba los dedos en polvo de destello.

—Lo que queréis... —dijo en voz baja cuando apenas le quedaban unos pasos para llegar hasta los árboles y comprobar qué era lo que estaba sucediendo... aunque para su desgracia siguió sin distinguir a nadie.

“¿Algún espíritu? ¿Quizá una forma del bosque?... Pero, ¿qué demonios harían seres así en mitad de la ciudad. ¡No tiene sentido!” —Las dudas se agolpaban en su cabeza, cuando de pronto la voz volvió a sonar alta a su lado.

—¡A la princesa! ¡Queremos que liberes a la princesa! —dijo la voz casi gritando, en un tono chillón que hizo que Ángela no pudiera esperar más.

—¿La princesa!? ¿Pero de qué me hablas!? —gritó mientras doblaba la esquina del pequeño parterre y se asomaba dentro, dispuesta a deslumbrar al autor de esas extrañas palabras.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaah! —gritó la niña.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaah! —gritó también ella, casi cayéndose al suelo del susto.

—¡No, no me coja! —se revolvió la pequeña ante sus ojos, mientras cogía los dos o tres muñecos que tenía en el suelo y se disponía a huir. Lamentablemente, se quedó enganchada en las ramas de un árbol, por lo que Ángela pudo llegar a ella sin problemas.

—¡Tranquila, tonta, que no te voy a hacer nada! —se reía mientras la ayudaba a quitarse la rama. No podía creerse que

hubiese podido tomar por una amenaza a una niña como aquella, por mucho que ésta demostrase que dar patadas y puñetazos al aire no se le daba nada mal—. Aunque si no paras no voy a poder.

—¿No me harás daño?

—No.

—¿Ni me llevarás a un sitio de esos donde nos hacéis dormir a veces?

—Eeeh... ¿No? —respondió ella mientras le quitaba el último enganchón del jersey, sin saber muy bien a qué se refería.

—Entiendo... Perdón por gritarte —dijo mientras se apartaba un poco, sujetando fuerte sus muñecos.

—Y perdóname a mí por asustarte —sonrió Ángela—. ¿Qué hacías hablando así? ¿Jugabas?

—¡No jugaba! —respondió la niña enfadada, antes de bajar la mirada—. Es una historia... La hago con mis muñecos.

—¿Una historia? ¿Y quiénes son los personajes?

—Pues la princesa, el amigo de la princesa, los padres y la bruja —dijo avergonzada, aunque mirándola de nuevo.

—Anda, mira... Aunque no sé, me falla algo.

—¿El qué?

—Pues son cinco personajes... y sólo te veo tres muñecos —dijo amablemente, aunque se arrepintió al ver lo seria que se quedaba la niña.

—Tengo más, pero no los necesito. Con éstos me basta —respondió mostrándole los que tenía en la mano. Estaban pintados y un poco destrozados, pero se notaba que los sujetaba con cariño.

—¿Y quiénes son cada uno entonces?

—Pues éste es el amigo, ésta la madre, ésta tan fea es la bruja... Y el padre no hace falta, porque nunca está en el castillo.

—¡Qué fea es la bruja! —se rio Ángela, acostumbrada al papel que solían tener ellas en la imaginación de los niños—. ¿Y la princesa? ¿Dónde está?

—La princesa... —dijo la niña contrariada, antes de quedarse mirándola con el entrecejo fruncido—. ¡La princesa soy yo!

—¡Anda! ¡Perdóneme, majestad!

—Ay, ay, ay... ¿Quién iba a ser si no? —dijo aún enfadada, mientras se los guardaba en el pequeño bolsillo de la sudadera.

—No volverá a pasar, se lo aseguro —hizo una reverencia

Ángela, divertida.

—Eso espero... —dijo la niña seria, antes de sonreír y mirar el reloj—. Bueno, me tengo que ir ya. Al menos el susto sirvió para darme cuenta de la hora.

—Bien está, entonces. ¡Que te vaya bien! —respondió Ángela antes de girarse, dispuesta a marcharse. Antes de hacerlo notó cómo le cogía la manga.

—No está bien. La princesa quiere saber cómo te llamas —dijo mirándola a los ojos.

—¿Qué exigente la princesa! Me llamo Ángela.

—Uuuuummm... Nombre de bruja.

—¿Nombre de bruja? Más bien todo lo contrario, ¿no? —se rio, aunque volviera a sentirse rara.

—¡Las brujas son listas! ¡Saben aparentar ser buenas!

—¡Jajaja, cierto, cierto! —se rio, al ver lo seria que se lo decía—. ¿Y la princesa?

—La princesa no tiene por qué decirte su nombre... Pero se llama Carla.

—¿Carla? Pues mira, a mí ese nombre sí que me suena a princesa.

—Sí, eso dicen —dijo seria de nuevo, antes de sonreír—. Bueno, me voy. ¡Encantada, bruja Ángela!

—Eeeeh... ¡Encantada también, princesa!

Ángela bajó lo que quedaba de cuesta imaginándose cómo muchas de sus amigas le habrían vaciado un tarro de ungüento de dominación entero a la niña, con tal de saber si era todo una sucesión de graciosas casualidades o si en verdad tenía la capacidad de distinguirla. En su caso simplemente había observado su mirada unas cuantas veces, para comprobar si había maldad contra ella o no... y no la había detectado. Tenía muchos otros aspectos positivos y negativos, pero desde luego no maldad.

—Me pregunto si la veré otra vez... Ojalá me saliera este último trabajo, a ver si me la cruzo de nuevo —comentó para sí misma, antes de entrar al metro. Después sus preocupaciones volvieron a ser otras, apretada por la gente en el vagón y con tantísimo trayecto por delante antes de llegar a casa.

—¿De verdad os parece tan extraño? —les preguntó de nuevo, estando los tres desayunando en la pequeña mesa del salón.

—Mujer, ya te comenté ayer... Si ya es raro conseguir una entrevista de trabajo hoy día, conseguirla sin los pasos previos es casi imposible.

—Exacto —intervino Carlos—. Además, que es que hablas de hacer seis entrevistas en un solo día... ¿Cómo demonios lo hiciste?

—Pues iba, les enseñaba mi currículum y les decía si podían hacerme un hueco para entrevistarme...

—¿Sin más?

—Sin más.

—Tela... —resopló Victoria mientras se echaba para atrás en el sillón—. Debes tener una labia que ya quisiéramos muchos si fuiste capaz de convencerlos sólo con eso.

—No sé... Quizá se me dé bien, sí... —respondió Ángela, sonrojada por la situación.

—Bueno, en cualquier caso es una alegría —dijo Carlos, sonriendo—. Aunque cuidado, que sigue sin significar nada. No te vayas a deprimir si no te coge ninguna, ¿eh?

—No, no. Ya lo comprendí cuando me lo dijisteis el otro día: tener paciencia y no venirse abajo.

—Eso es —sonrió Victoria, aunque no con demasiado ímpetu—. Es una buena señal, pero esperemos a ver qué ocurre.

Igual que le ocurriera con la pequeña conversación del día anterior antes de acostarse, Ángela tenía la sensación de que sus compañeros no terminaban de creerla del todo. Eran muy amables e intentaban que se sintiera cómoda, pero ciertas miradas entre ellos y algunos gestos le mostraban dicha reticencia. Aún seguía dándole vueltas al tema mientras salía de su habitación, rumbo a la calle.

—¿Qué, vas a dar una vuelta? —preguntó Victoria desde el sofá, al escucharla pasar por detrás de ella.

—Sí, voy a ver dónde está el supermercado y dar un paseo. Así me voy acostumbrando al barrio.

—¡Muy bien! Ya nos contarás luego qué tal, ¿vale?

Ángela se sorprendió al salir a la calle y encontrársela con mucha menos gente que el día anterior. Era cierto que entre unas cosas y otras había salido casi una hora más tarde, pero aún así no se esperaba tal diferencia.

“Lo de ayer debía ser lo que llaman “hora punta”... Quizá debería salir un poco más tarde siempre a partir de ahora.” —Al principio pensó si caminar hasta la plaza a ver si se encontraba de nuevo a Manuel, pero rápidamente se recordó a sí misma que había salido a conocer los alrededores, no simplemente a sentarse y charlar. Así pues, se dirigió hacia donde le habían marcado sus compañeros que estaba el súper más cercano, intrigada por ver cómo eran los ultramarinos de la ciudad.

—Desde luego... que no esperaba esto —murmuró al salir, mirando las puertas por las que acababa de pasar. A ambos lados de ellas dos mendigos pedían dinero mientras charlaban, si bien lo que le había molestado bien poco tenía que ver con ellos. Su enfado venía dado más bien por la poca calidad de los alimentos, los precios, la falta de limpieza, que una sola persona estuviera encargada de todo el establecimiento... Apenas había comprado dos o tres cosas, convencida de que ese infecto lugar debía ser el peor sitio para comprar comida del barrio, pero por desgracia esa creencia pronto se vendría abajo al comprobar cómo las otras dos recomendaciones que venían en su mapa eran tan malas o más que la primera.

“Pero bueno, ¿es que estos chicos no saben comer o qué pasa?” —Finalmente se dio por vencida y compró gran parte de la compra en el último súper, pero cuando iba a comprar las verduras y fruta no fue capaz de coger alimentos tan poco frescos. Aunque una vocecita en su cabeza le decía que tenía que acostumbrarse y adaptarse a lo que la capital podía ofrecerle, otra aun mayor la obligaba a buscar algo mejor. Fue así como empezó a andar en la dirección contraria, dispuesta a perder el tiempo que hiciera falta hasta encontrar al menos unos tomates, pimientos y algo de fruta en condiciones.

—Disculpe, disculpe... ¿Sabría usted decirme un sitio donde comprar verduras? —preguntó al primer hombre que se cruzó en su búsqueda.

—Mujer, pero si acaba de salir de él —respondió sorprendido.

—No, no. Verduras de verdad, no eso.

—Ah, entiendo —se rio con complicidad, antes de señalar hacia el otro lado de la plaza—. Por esas calles hay varias fruterías... o al menos las había hasta hace un par de semanas. Pruebe a ver, pero le saldrá más caro.

—No importa... ¡Muchas gracias!

—No hay de qué. Suerte —le sonrió de nuevo, antes de girarse.

“Qué hombre tan simpático... ¿Será de fuera de la ciudad también?” —pensó brevemente antes de dirigirse hacia donde le había dicho. Una vez allí comprobó que era cierto que había una frutería cada dos o tres manzanas, pero no tanto que fueran lo que estaba buscando. Si bien los precios eran como le había advertido, la calidad de la comida variaba demasiado de unos alimentos a otros. La que tenía buenos pimientos a cambio contaba con unos tomates pésimos, la que buenos tomates, horrible fruta, etc. Igualmente le llamó la atención ver que prácticamente ninguna estaba llevada por españoles, sino por gente de las más variadas nacionalidades. Al principio se sintió algo cohibida por ello, pero al poco empezó a tomárselo como un añadido a la compra, charlando con ellos, preguntándoles cosas y dejándose aconsejar para comprar algunos productos que no había visto en su vida.

—¡Hasta luego! ¡Muchas gracias! —salió del establecimiento donde por fin había conseguido unos limones que le convencieran.

—¡Adiós! ¡Tenga buen día! —la despidió el tendero hindú con el que había estado un cuarto de hora hablando, vista la ausencia de otros clientes.

—¡Igualmente! —respondió antes de girarse hacia la calle en la que estaba, preguntándose cómo podría hacer para llegar a casa. Con tanta búsqueda de buenas verduras las horas y los kilómetros habían avanzado más rápido de lo que ella esperaba... y no sabía dónde estaba. Pensó en intentar volver por las calles que había transitado, pero rápidamente desechó el pensamiento al notar cómo

el peso de la mochila y las bolsas la aplastaba contra el suelo. Volvió a echar de menos las facilidades que daba el uso de la magia en el Círculo para todas esas tareas, antes de dirigirse al chico que iba de frente hacia ella.

—Oiga, joven. ¿Puede ayudarme?

—Eeeh... —El chico la miró un momento con recelo, antes de ver las bolsas de la compra y hablar para sí en voz baja—. No, no lo parece.

—¿Disculpe?

—Ah, perdona. Dime.

—¿Sabe dónde podría encontrar un metro que me lleve a la línea 1?

—Pues mira, si vas a Lavapiés y bajas por allí acabarías llegando a Atocha, pero es un paseo... —le comenzó a indicar con la mano, antes de que la cara de agotamiento de Ángela le hiciera cambiar su discurso—. Pero bueno, si no, tienes ahí abajo Embajadores o la misma Lavapiés arriba, que es un par de paradas a Sol y ahí coges la otra.

—Embajadores ahí abajo... Entiendo —dijo mirando hacia atrás, antes de girarse y comenzar a andar hacia una pequeña calle—. ¡Muchas gracias, joven! ¡Tenga un buen día!

—Pero espere, que por ahí mejor no... —intentó advertirle sin demasiado éxito, dado lo rápido que caminaba la bruja, deseosa de llegar al metro.

Al principio no se sorprendió demasiado al encontrarse tres o cuatro personas junto a un coche, mirándola fijamente al pasar... pero cuando la escena se repitió tres veces en apenas dos manzanas, comenzó a inquietarse. Tanto fue así que en una de esas pasadas se quedó mirando de reojo a un hombre que la observaba sin miramientos, lo cual produjo que no viera a la chica que se encontraba delante de ella y se chocasen.

—¡Disculpe! Ay, dónde tengo la cabeza —dijo rápidamente, mientras le ponía la mano en el hombro a la joven. Ésta hizo un gesto con el brazo, dejando claro que el contacto no le gustaba.

—No... No pasa nada.

—Oiga... ¿se encuentra bien? —preguntó de pronto, al ver que la chica temblaba ligeramente. Nada más hacerlo pudo notar cómo la postura de varios de ellos cambiaba.

—Sí, perfectamente —contestó ella, sin mirarle a los ojos.

—Señora, ya está bien, ¿no? —dijo uno de los hombres del grupo con mirada intimidante.

—Pero si yo no...

—Ya, ya, si lo sabemos. Pero ya está bien.

—Perdonen... —musitó mientras se iba, sin terminar de entender por qué se habían sentido tan molestos. Se giró una última vez, pero ninguno de ellos la miraba ya. Cuando iba a reemprender de nuevo la marcha, sus ojos se posaron por un instante en el coche al lado del cual estaban. Su aspecto era bastante peculiar, lleno de polvo por todas partes, en mal estado y con las ruedas y bajos llenos de barro. Se encontraba mirándolo con curiosidad cuando escuchó una voz detrás de ella.

—¿Qué, es que te gusta el coche o qué?

—No, la verdad es que no —dijo mientras se giraba y veía a los dos hombres que la observaban, sonrientes pero con algo raro en su mirada.

—¿Entonces por qué no le quitas ojo?

—Porque me llama la atención que esté tan sucio y con tanto barro —dijo sin pensárselo, lo cual provocó la sorpresa en sus interlocutores, antes de que estallasen en carcajadas.

—Es que nos dedicamos a hacer rallies por ahí fuera, ya sabes.

—Anda, aparta un poco —dijo el segundo antes de pasar por su lado, sin violencia pero con firmeza. Ella no terminaba de comprender la situación, pero cuando vio que el resto se metía dentro del coche supo que ella ya no pintaba nada allí, así que empezó a andar de nuevo. Antes de llegar a la calle principal pudo ver otro coche en estado similar al anterior, pero esta vez aceleró el paso, en vez de pararse.

“No entiendo nada... ¿Se van a hacer carreras con el coche con tanta gente dentro?” —Estaba aún dándole tantas vueltas a la situación que se olvidó de bajarse en Sol, por lo que tuvo que retroceder dos paradas para hacer el transbordo. Entre unas cosas y otras, se daba cuenta de que no iba a llegar hasta las tres y pico o

cuatro a la casa. Lo cierto era que a ella le daba un poco igual, visto que estaba contenta con el paseo y las vivencias que había tenido, pero al llegar al piso comprobó rápidamente que no era una visión excesivamente compartida.

—¡Dios mío, ya era hora! ¿Dónde demonios estabas? —le recriminó Victoria nada más entrar en casa, sin apenas saludar. Detrás de ella Carlos salió de su habitación.

—Oye, Vic, relájate, que tampoco es que tenga que decirte qué hizo o dejó de hacer.

—... Bueno, sí, tienes razón... ¡Pero es que fue al supermercado y acaba de volver horas después!

—Ya, sí... ¿Y? Que haga lo que le dé la gana, ¿no? —dijo antes de dirigirse a Ángela—. No hagas mucho caso a esta histérica. Bienvenida a casa.

—Ho-Hola —respondió asustada, sin comprender por qué Victoria se enfadaba tanto.

—¿Histérica? ¿Me llamas histérica?

—Hasta que te relajes y la trates normal, sí —respondió él, sosteniéndole la mirada. Victoria lo miró con rabia, antes de bajar la cabeza avergonzada.

—Tienes razón... Lo siento, Ángela. No era mi intención gritarte.

—Mucho mejor —dijo él, sonriendo.

—No, hija, no... Perdóname a mí por haber estado tanto tiempo fuera. No pensaba que os fuera a molestar. No sabía nada de que...

—No es por eso, mujer —la cortó Victoria mientras subía la mirada, aún avergonzada pero más sonriente—. Simplemente es que... me das un poco de envidia.

—¿Por qué? —preguntó ella, desconcertada. Pudo ver entonces cómo Carlos se acercaba a la mesa y la llamaba con un gesto.

—Pues por esto... —dijo mientras le enseñaba un folio con números y nombres.

—¿Qué es?

—La lista de los que te llamaron esta mañana. Todos ellos estaban interesados en que te incorporaras cuanto antes a trabajar... Dijeron que les llamaras.

—¿Todos? ¿Los de ayer, te refieres?

—Sí, así es —dijo él sonriente, aunque se notase que se sentía en cierta parte igual que Victoria. Esta tomó la palabra acto seguido.

—Mira Ángela, prometo intentar no enfadarme y no volver a gritarte... pero algún día tienes que explicarme cómo leches lo has conseguido. No me lo explico.

—Pero es lo normal, ¿no? Hacer entrevistas, si les gusta tu perfil te cogen...

—No, querida, no es lo normal —la cortó de nuevo la joven—. No sé en qué España vivirías tú en tu pueblo, pero no es lo normal. No es normal ni que te llamen al día siguiente, ni que te acepten hacer una entrevista sin cita previa, ni que te...

—Vic... Relaja... —dijo Carlos, mirándola fijamente. Ella asintió.

—Sí, sí, no voy a acelerarme... Pero de verdad, cuando tengas un hueco y no te importe, espero que me expliques cómo lo hiciste, porque sigo sin entenderlo.

—Va-Vale, Vic... Victoria —respondió tímidamente, antes de ver cómo su compañera se levantaba y se dirigía hacia la habitación.

—Bien, con eso me vale... Ahora voy a descansar un rato, si no os importa. Tienes algo de comida en la cocina si no te apetece hacerte nada, Ángela.

—¡Muchas gracias! —dijo ella sonriente, si bien Victoria no se giró antes de cerrar la puerta. Carlos retomó la palabra.

—Perdónala, que realmente no te tiene rencor ni nada. Simplemente es así de impulsiva con todo.

—¿Pero... de verdad se molestó tanto?

—Mujer, entiéndelo... —respondió él sin mirarla a los ojos—. Recibiste esta mañana más ofertas de empleo que nosotros dos en varios meses. Y vale que tanto ella como yo nos buscamos las habichuelas por otros lados, pero aun así...

—... Lo siento —dijo Ángela, sintiéndose culpable porque ellos se hubiesen sentido mal por ella.

—No, no, no... No te sientas mal, en serio —le sonrió de nuevo él—. Simplemente, lo dicho: a ver cuándo nos cuentas un poco tu secreto a ambos, que nos vendría bastante bien, ¿vale?

—Sí, sin problema.

—Perfecto.

Tras un rato de charla en que le contó un poco cómo había sido su día, finalmente Carlos volvió a trabajar y ella pudo prepararse una ensalada para comer. Al acabar se fue a su habitación, no sin antes mirar con cierta pena a la puerta de Victoria. Aunque estaba contenta por lo rápido que habían contestado los entrevistadores, la reacción de su compañera le dejaba claro que había hecho ciertas cosas mal, así que le tocaba arreglarlo tan pronto como fuera posible. Con tal pensamiento en la cabeza entró en su cuarto, abrió el armario, y observó sus diferentes herramientas, hasta finalmente sacar uno de los pequeños tarros que había llevado el día anterior en la mochila. Se quedó mirándolo unos instantes, antes de sonreír para sí misma con cierta picardía.

“Maldita fragancia de manipulación... Siempre acabo pasándome con la dosis.”

Segundo correo





Segundo congreso

5402

*¡Hola amigas mías! ¿Qué tal va todo por allí?*

*Yo sigo adaptándome poco a poco, aunque ya vierais en el anterior correo que los inicios fueron más bien "extraños". Los trabajos aquí son muy diferentes a los de allí, pero si tienes paciencia acabas viendo lo bueno de ellos también... ¡Así que decidle a Verónica que no se preocupe tanto! Aún me río cuando recuerdo lo que me dijisteis que comentó al enterarse de que iba a...*

—¡Hasta luego, Ángela!

—¡Hasta mañana! ¡Tened buena noche! —contestó ella, mientras se alejaba de sus compañeras. Aunque no podía decir que se hubiera encontrado con mala gente del todo en sus anteriores trabajos, probablemente el grupo actual era el que le había parecido más simpático de todos. Tenían sus cosas, como todos, pero le hacían bastante llevadera la jornada.

"Ya si pudieran quitarme el dolor de espalda con que salgo todos los días sería..." —pensó mientras caminaba hacia la parada de bus, sonriendo de manera sarcástica. Aunque tareas como limpiar los baños y similares podía solucionarlas sin demasiado problema usando magia cuando no mirasen, nadie la salvaba de fregar los gigantescos pasillos del colegio cuando los niños se iban. Esto provocaba que, a pesar de todos los ungüentos y lociones que se aplicaba a diario, volviera siempre a casa medio encorvada.

"Así desde luego que sí que parezco una bruja de cuento" —pensó mientras intentaba contener la risa en el bus. Si algo le había enseñado el tiempo que llevaba en la ciudad era que eso no era

el extenso campo del Círculo, y ahí el hablar sola, reírse por lo bajo o hacer comentarios en voz alta solían implicar miradas de desaprobación. Mientras aún meditaba sobre lo que le había costado acostumbrarse se asomó a la ventana un momento, observando el trayecto que llevaba haciendo desde dos semanas atrás... aunque rápidamente se arrepintió. En ese instante pasaban justo al lado de la Plaza de las Ventas, lugar que la perturbaba especialmente. Su anterior visita a la capital había coincidido con la época en que las corridas de toros habían comenzado a ser tal como se conocían en el presente, y ya entonces le habían resultado inhumanas y salvajes. Llegó a pensar en su día que una costumbre tan sanguinaria no sería capaz de perdurar en la historia, pero ese destartalado y mal mantenido recinto le demostraba que había sido tremendamente ingenua.

Por suerte para ella, poco después comenzaba la parte del viaje que de verdad la fascinaba: la bajada por las calles Alcalá y Goya, el pequeño paso por la Castellana, la vista de la Cibeles y, finalmente, la llegada a Sol. No sabía describir exactamente las sensaciones que sentía al ver esos lugares tan emblemáticos, rodeados de tanta pobredumbre y desaliño, pero probablemente eran una mezcla entre maravillarse y sentir asco. La combinación entre la belleza de la estatua y la rabia de ver uno de los dos leones decapitado, el pasar de una zona llena de basura a otra de venta de artículos de lujo... el disfrutar de la majestuosa Puerta de Sol, pero sufrir al ver que el autobús tenía que pasar el control en la valla antimanifestaciones de la entrada. Todo ello hacía que el camino de vuelta a casa le resultase intrigante, pero en cualquier caso mejor que meterse en el metro y no ver absolutamente nada.

—Ya estoy aquí —dijo al entrar a casa, aunque sin el entusiasmo de cuando volvía las primeras semanas.

—Buenas... —respondió Carlos, mientras se acercaba al rellano haciéndole gestos de advertencia.

—¿Qué intentas...? —le comenzó a preguntar extrañada, sin poder acabar la frase.

—¡Angelita, Angelita, Angelita! —sonó la voz desde la cocina.

—... Hice algo mal de nuevo, ¿verdad?

—Me temo que sí... —respondió Carlos, mientras Victoria se acercaba a ellos.

—Sé que te dije que intentaría no cabrearme contigo y comprender que muchas cosas son diferentes aquí respecto a tu pueblo y que la gente es diferente allí y... —comenzó Victoria, intentando no mirarle a los ojos.

—Pero seguro que me merezco la reprimenda, no te preocupes —sonrió afablemente Ángela.

—Buuuuff... No seas amable, que me lo pones más difícil —se medio rio su compañera, antes de volver a ponerse seria—. ¿No se te ocurre por qué pueda ser?

—Uuuuumm... no.

—Te volvieron a timar, Ángela —intervino Carlos, mientras se apoyaba en el quicio de su habitación.

—¿Ah, sí?

—Sí... Por suerte esta vez no costó dinero —dijo Victoria mientras le dejaba paso para que dejase las cosas en su habitación.

—No como con aquello de la teletienda... —respondió ella sin pensar demasiado.

—Ni como con aquello de las rifas.

—Ni como con aquello de las ayudas al cáncer de no sé qué... —dijo Carlos, divertido.

—Ya son unas cuantas, ¿eh? —le sonrió Ángela, aunque rápidamente se disculpó con Victoria con la mano. Ésta refunfuñó.

—Sí, desde luego que sí... A este paso acabaremos haciéndote un listado.

—Cierto, cierto... —Se giró hacia ella, tras quitarse los zapatos—. Bueno, ¿y qué fue?

—La fibra óptica.

—...

—¿Recuerdas que te llamaran ofreciéndote una mejora en la fibra óptica?

—Eeeeh...

—Una mejora en internet —dijo Carlos, ya de nuevo en su ordenador.

—¡Ah, sí! Dijeron que nos iría muchísimo mejor.

—...

—... Mintieron, ¿verdad? —dijo avergonzada, al ver la cara de

su compañera.

—No exactamente, pero se presentaron esta mañana aquí y tuve que echarlos de malas maneras. —Resopló—. De hecho, hasta negué tu existencia en esta casa.

—¡Qué cruel!

—¡Si prefieres pagamos 30€ más al mes!

—... Vale, tienes razón —dijo mientras se giraba y buscaba una libreta en su cajón. Victoria la miró desconcertada unos segundos, antes de preguntar.

—¿Qué haces?

—Lo apunto a mi lista de cosas con las que tener cuidado aquí. Así no volverá a repetirse.

— En fin... —se rio para sus adentros la compañera, comprendiendo ya que era inútil decirle nada más.

“Tan pronto se enciende... tan pronto se apaga... Tiene suerte de que viniera yo y no la cara dura de Teresa.” —pensó Ángela mientras la veía irse de nuevo a la cocina, canturreando de nuevo como solía hacer cuando estaba contenta. Después terminó de apuntar el enésimo timo en que había caído en su libreta y se dispuso a prepararse algo de cenar.

En las semanas que llevaba en el piso, si algo valoraba por encima de todo era, aparte de las vistas al parque, los ratos que charlaba con sus compañeros a la hora de comer o cenar. A pesar de que tuvieran aspectos que no terminaba de comprender, como pudiera ser la necesidad de demostrar más madurez y seguridad ante su vida humana que las que realmente tenían, ciertamente se lo pasaba muy bien con ellos. Carlos resultaba ser alguien con unos ideales y energía ante la vida mucho mayores que los que le hacía parecer el estar casi todo el día delante del ordenador o la mesa de dibujo. Y luego Victoria era, simplemente, Victoria: una chica de carácter volcánico y desconcertante en sus estados de ánimo, pero con un optimismo que dejaba el suyo por los suelos en comparación. Más allá de los enfados y tensiones puntuales, estar con ellos en la casa era un pequeño oasis entre la frialdad que solía transmitirle el resto de la ciudad.

“Eso sí... Pasa el tiempo y sigo sin conocer a Sergio. El único día que vino yo no estaba... ¿De qué sirve tener una habitación alquilada si nunca la pisas?” —Se preguntaba cómo sería el otro compañero de piso, cuando Victoria la sacó de sus pensamientos.

—¿Más ensalada?

—No, no, gracias. Ya estoy a reventar.

—¿Con ese poco? Luego te faltarán fuerzas en el colegio...

—Déjala, mujer, que parece su madre —se rio Carlos, antes de dirigirse a la bruja—. Por cierto, hablando de los enanos, ¿te dan mucho castigo mientras trabajas?

—Para nada... De hecho apenas los veo. Cuando llego yo ya están de vuelta del patio.

—Vamos, que estás más tranquila que en lo de las oficinas.

—¡Y tanto! —se rio Ángela—. Aunque allí no acababa con la espalda tan dolida, la verdad.

—Bueno, no todo pueden ser ventajas —sonrió Carlos, mientras Victoria se quedaba pensativa.

—Desde luego, no deja de sorprenderme...

—¿El qué? —preguntó Ángela, intrigada.

—Esa capacidad que tienes para hacerlo tan fácil... Esa energía...

—¿Para fregar el suelo del colegio?

—¡Tú estás tonta! —se rio, antes de seguir—. No, mujer. Me refiero para ese saltar de un trabajo a otro, acabar uno y ya estar en el siguiente, no andar buscando uno indefinido como sea sino...

—¿Sino?

—No sé, esas ganas tuyas de probar diferentes trabajos a ver qué tal en cada cual, sin preocuparte por nada más en principio... Simplemente, me alucina que tengas esa vitalidad.

—Bueno, hija, tú tampoco vas falta de eso precisamente —se rio Ángela afablemente—. Consiguiendo siempre con qué apañarte y ahora por fin con un trabajo más o menos fijo... Por algo será, ¿no?

—Sí, bueno, supongo... Sigo sin creerme que me llamaran de pronto tras tanto tiempo, pero supongo que tienes razón.

—Pues claro, mujer.

—¡Pero eso no quita que sigas teniendo que contarnos tu secreto algún día! —exclamó de pronto su compañera, haciendo que se rieran los tres.

—Y tanto, y tanto, que menudo éxito te traes... Cualquiera diría que puedas desenvolverte tan bien en eso y luego ser tan pardilla con los timos —intervino Carlos con malicia, antes de llevar su plato a la cocina.

—¡No seas malo! Eso es porque la gente de la ciudad es retorcida...

—No lo niego, no lo niego —se rio él, mientras se dirigía a su habitación—. Bueno, me pongo a trabajar ya, que esos encargos no se van a hacer solos.

—Otro que también parece que está en buena racha, ¿eh? —dijo Victoria riéndose.

—Supongo que será para compensar tanto tiempo de estar sin nada... “¡Kharma, kharma!” Como tú dices.

—Ya te digo... ¡Kharma, kharma! —volvió a reír la chica, mientras Ángela los miraba sonriente, contenta de que la suerte hubiese empezado a tratarlos bien tras su llegada.

\*\*\*

—¿De verdad? —preguntó ella sorprendida.

—Pues sí... ¿Tanto te sorprende? —se rio Manuel, mientras seguía avanzando con su carro.

—Hombre, pues... —Se paró, al darse cuenta de que se había metido en terreno pantanoso.

—Tranquila, tranquila, que te entiendo... Pero muchos empresarios acabaron como yo, no es tan raro.

—¿Tan terrible fue la situación aquí en la ciudad?

—No te haces una idea... Gente de todas las clases se arruinó por completo en apenas un par de años.

—Qué horrible... —dijo ella entristecida, mientras intentaba mantener el ritmo de su amigo—. En el pueblo lo notamos en algunas cosas, pero ni de lejos fue así.

—Buen pueblo el tuyo, sin duda —se burló él.

—No está nada mal, la verdad —respondió, sin darse cuenta de la ironía.

—Me dijiste que viviste en diferentes aldeas del norte, ¿no?

—Así es. En pueblitos de Galicia, Asturias, León, Cantabria...

—Qué vida más agrícola.

—En nuestra familia nos hemos dedicado siempre al campo —contestó mientras reía por dentro.

—Ya veo... Bueno, pues ahí lo tienes, el famoso Palacio de Oriente —dijo él mientras señalaba al frente.

—¿Pero no era el Palacio Real?

—Lo mismo es.

—¡Ah! Vale, vale... Sigue igual que entonces —susurró en voz baja.

—¿Decías?

—No, nada... —respondió rápidamente, mientras miraba los alrededores de la plaza—. Pero en las fotos que hay en internet salía que todo esto era como unos jardines...

—Tú lo dijiste: era... Se ve que teníamos plaza ajardinada por encima de nuestras posibilidades.

—Ya me contaron mis compañeros algo de unos recortes o algo así... —dijo ella, mientras avanzaban.

—Los recortes, los recortes... Cuando comenzaron yo aún vivía en un dúplex, así que imagina.

—¿Dúplex?

—Una casa con dos pisos —dijo, antes de ver de nuevo la extrañeza en su mirada—. Bastante grande, vamos.

—Entiendo.

—Aún recuerdo esa época como si fuera ayer. Nos creíamos que sabíamos algo sobre la que nos estaban liando esos... —Se paró un momento, al ver que ella se quedaba atrás—. Oye, ¿quieres que descansemos un momento? Que llevamos ya varias horas andando.

—No, no te preocupes, sólo fue un momento... Me está gustando bastante el paseo.

—Si algo le queda a esta ciudad es que al menos los edificios importantes intentan mantenerlos sin caerse a cachos —dijo mientras señalaba al Palacio primero, y luego a los huecos en la fachada del edificio que tenían al lado—. Venga, vamos a Príncipe Pío entonces.

—Y allí dejas que te invite a algo de una vez.

—Por encima de mi estampa. El gusto de pagarme una cañas me lo doy yo, aunque sea cada mucho.

—Cabezota... —se rio ella, mientras reanudaban la marcha.

Era la primera vez que caminaba por la ciudad en ese plan, simplemente andando, charlando y viendo las partes del centro que él le iba enseñando. Hacía ya tiempo que había cogido como costumbre sentarse a hablar un rato con Manuel, ya fuera cuando lo encontraba en el banco o por otras partes del barrio. Tras varias de esas conversaciones, y después de reírse muchas veces viendo lo perdida que estaba por la capital, por fin le había ofrecido enseñarle algunas calles y partes del centro, para que así se situara mejor. Un paseo largo e interesante, del cual descansaban en los asientos de fuera del centro comercial.

—No puedo creerme aún que te hayan tratado así. —Volvió indignada, con una lata de cerveza en cada mano.

—Ya te dije que era tontería intentarlo...

—¿Pero qué daño le haces tú a nadie por entrar con tu carro?

—De imagen.

—¿De imagen? —preguntó ella, confundida.

—Sí, Ángela, de imagen... Siguen quedándote muchas cosas por comprender de cómo funciona todo aquí.

—Supongo que sí —dijo ella, mientras intentaba abrir la lata sin demasiado éxito.

—¿Entonces es verdad que hace años que no pruebas una mísera cerveza? —se rio él.

—Pues sí, así es. En mi familia controlamos mucho los gastos de lo que no nos es imprescindible.

—Por dios, qué recatados... —se burló él, mientras pegaba el primer trago.

“No querrás tú ver a un grupo de brujas borrachas, la verdad...” —pensó mientras lo miraba, recordando aquella vez en que unos campesinos les regalaron unas botellas de vino como agradecimiento por un trabajo. Les costó un par de décadas conseguir extinguir la leyenda de “el día de las luces blancas en la montaña”... Aún el sólo recordar cómo se les fue de las manos la abochornaba.

—¿Y qué, estás pudiendo enviar dinero allí bien? —interrumpió sus recuerdos Manuel.

—Menos del que me gustaría, pero sí. —Se paró un momento,

mirando cómo su amigo se secaba de cerveza la barba—. No me puedo quejar, visto lo visto.

—Esperabas otra cosa, ¿eh?

—Sí...

—Todos esperamos otra cosa... Hasta que un día dejas de esperar y te sientes mejor.

—¿Tú dejaste de esperar? —le preguntó ella sin pensar demasiado.

—Más al día no se puede vivir, ¿no? —se rio él—. Era eso o desesperarme, así que...

—Y si...

—¿Si?

—¿Si ahora te saliera un trabajo te plantearías cambiar de vida? —preguntó ella de pronto. Él se quedó mirándola fijamente a los ojos, antes de empezar a partirse de risa. Ella lo miraba extrañada.

—Ay, ay, ay, Ángela... En serio, eres genial.

—Tu reacción me hace pensar que volvía a decir algo inapropiado...

—No, mujer, no... Simplemente gracioso —dijo mientras dejaba la cerveza a un lado y se quedaba mirando a la que un día fue la Estación del Norte—. Es una pregunta con miga, desde luego.

—¿Y contestable o indiscreción?

—Ambas —le sonrió—. No, fuera broma... La verdad es que no lo sé, pero supongo que no.

—¿Por qué? —preguntó entristecida ella.

—Vale, pongamos que consigo un trabajo... ¿Tengo casa a la que volver?

—No.

—¿Y ganaría suficiente como para pagarme una?

—No...

—Tampoco verás muy conveniente que fuera con el dinero que ganara aquí en el carro, sabiendo el resto que lo tengo ahí...

—... —Lo miró de nuevo, cruzándose sus ojos en silencio, antes de que él volviera a hablar.

—Si me hubieras hecho esa pregunta un año, dos, incluso tres... después de perder todo, lo mismo mi respuesta era muy tajante... ¿Pero ahora? Ahora... Yo qué sé.

—... Siento habértelo preguntado —dijo ella, sintiéndose culpable por su curiosidad.

—No seas boba... Precisamente ese tipo de preguntas hacen interesante hablar contigo.

“Sí, eso me soléis decir todos... pero me gustaría no estar siempre molestándoos y pareciendo tan tonta.” —pensó al ver su sonrisa, dándose cuenta de la cantidad de reprimendas y caras largas que se llevaba por su ingenuidad. Por un instante pensó que quizá debería preguntar menos... pero rápidamente se quitó esa idea de la cabeza, recordando las palabras de su maestra: quien no pregunta y se informa, no aprende. Lo que tenía que hacer era saber formular mejor las cuestiones.

—Intuyo que no conocerás tampoco la Plaza de España —dijo de pronto Manuel.

—¿La que tiene un edificio que parece una pirámide?

—Eeeeh... ¿Sí?

—¿Pero se puede pasear por ella?

—¿Y por qué no se iba a poder? —preguntó él mientras se levantaba.

—No sé, nosotros vimos unas noticias que decían que...

—¡Anda! ¡Que te refieres a lo de las manifestaciones aquellas! —Se empezó a reír de nuevo—. No, mujer, la rehabilitaron hace mucho. Sí que hubo una época que estuvo vallada y con vigilancia, mientras la reconstruían, colocaban de nuevo la estatua y todo eso... Pero ya hace un año o por ahí que está de nuevo transitable... De aquella manera, pero transitable.

—Entiendo, entiendo... Pues vamos entonces —respondió ella, alegre.

—Lo único...

—¿Sí?

—Pues mira, que para llegar vamos a pasar por unos túneles donde me gustaría saludar a un par de amigos que supongo que estarán allí ahora... ¿Te importa que nos paremos un momento?

—No, no. Y si quieres hasta me los presentas —se rio ella, sorprendida por la ocurrencia.

—Esto... Bueno, vale, por qué no. Contigo supongo que está bien.

—Claro, claro —respondió ella sonriente, aunque sin terminar

de entender del todo la frase.

“¿Conmigo está bien? ¿Y por qué con otros no?... Además, qué raro que tenga amigos que están en un túnel, ¿no?”

\*\*\*

“... Aunque desde luego, qué graciosos fueron.”—se reía para sí por la calle, mientras volvía a casa de comprar el pan. Hacía ya varios días que Manuel le había presentado a sus amigos y había estado con ellos riéndose y comentando tonterías allí, en mitad del túnel. Al principio se había sentido un poco intimidada al ver que todos la observaban, oler la fragancia a alcohol que reinaba en el ambiente y demás, pero una vez comenzó a hablar con ellos abiertamente y Manuel les comentó un par de cosas, todo mejoró. Anécdotas, historias, charlas intrascendentes... Aunque en algún momento notó que alguno se comportaba de una forma extraña con ella, soltaba algún comentario fuera de tono, etc. Lo cierto es que lo recordaba con cariño aun pasado el tiempo. Y eso que Manuel había acabado sacándola de allí, enfadado con ellos, diciendo que ciertas cosas no se le dicen a alguien que acabas de conocer.

—¡Pero que no es para tanto, hombre! Que me lo estaba pasando bien.

—No, Ángela, no... Que aquí cuando das mano y cogen brazo hay que saber irse. No seas tan confiada.

—¿Pero es que acaso ellos...?

—Que sí, contra, que sí.

“Pero bueno, fue un rato muy agradable aun con eso. Y hasta me llevó a un par de sitios más después... Qué hombre más majo es, desde luego.”—Mientras meditaba sobre ello llegó al portal, abrió, y comenzó a subir las escaleras. Cuando llegó al segundo creyó revivir cierta situación al escuchar la puerta del piso abriéndose para dar paso a su joven vecina... y a una señora detrás que no conocía.

—¡Hola! —saludó a ambas con simpatía. La joven la miró con cara inexpresiva mientras hacía un gesto con la mano, mientras que

la mayor se quedó mirándola fijamente.

—Buenas —dijo, manteniendo el contacto visual con Ángela—. Perdone... No será usted la nueva inquilina de los chicos del cuarto, ¿no?

—Pues sí, soy yo.

—¡Anda! Pues aunque sea un poco tarde para decirlo, ¡bienvenida al edificio! —dijo la mujer con una efusividad que la sorprendió hasta a ella. Su sonrisa y amabilidad contrastaban con la frialdad y gesto hosco de la muchacha.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, no hay de qué... Yo me llamo Fina, y ésta es mi hija, Clara.

—Encantada. Yo soy Ángela.

—El placer es nuestro, Ángela... —Se paró un momento, aunque sin dejar de sonreír—. Bueno, ¿y qué tal con Victoria, Carlos y Sergio? ¿Te dan problemas o estáis bien?

—Pues la verdad es que genial. Son chicos muy simpáticos.

—¿Hasta Sergio? ¿Pudiste hablar con él? —preguntó inmediatamente Fina.

—Bueno, a él aún no lo vi, porque al parecer está de viaje...

—Ya me imaginaba.

—Pero con Victoria y Carlos muy bien.

—Son buenos chicos... Victoria quizá debería aclararse la cabeza un poco con ciertas cosas, eso sí.

—¿Usted cree? —preguntó ella, sorprendida más por el comentario en sí que por la indiscreción de hacerlo.

—Siempre con esos trabajos temporales, yendo de un lado para otro, tan atolondrada...

—Pero ahora... —Se paró un momento, sin saber muy bien por qué—. Bueno, sí, supongo que tiene razón.

—Y tú qué, Ángela... ¿Conseguiste ya algo de trabajo por aquí? Que recuerdo que me dijeron que venías con intención de buscar empleo.

—Pues sí, lo conseguí. Estoy muy contenta.

—¿Ah, sí? ¡Me alegro mucho! No es fácil en estos tiempos, desde luego.

—¡Muchas gracias! —respondió ella, intentando reflejar la misma efusividad. De pronto Clara se giró hacia ellas, después de

haberlas estado ignorando mientras miraba su móvil.  
—Bueno, ya va siendo hora de que vayamos —dijo de forma seca a su madre.

—Cierto, cierto, tienes razón —contestó Fina, después de mirarla con gesto contrariado—. Bueno vecina, pues un placer conocerte y espero que te siga yendo bien. Otro día hablamos más.

—¡Igualmente! ¡Hasta otro día! —contestó ella sonriendo, mientras veía cómo bajaban por las escaleras.

—Chao —dijo en último lugar Clara, sin mirar atrás.

“Qué mujer más enérgica... Quizá demasiado... Y qué hija tan intrigante tiene. Incluso sin llevar hoy ese gorro tan gracioso. No sé muy bien cómo describir su energía y sensaciones.” —Mientras le daba vueltas a la peculiar familia con la que acababa de cruzarse, llegó a la casa, donde Victoria estaba sentada en el sofá del salón.

—Buenas de nuevo, Ángela. —La saludó con la mano, aunque sin quitar la vista de su portátil.

—Hola de nuevo. Ya traje el pan —respondió ella, mientras se acercaba a la cocina a dejar la barra. Al volver al salón vio cómo Carlos la saludaba también desde su habitación.

—¿Qué tiempo hace? Que si ya me da pereza salir, como aun encima haga frío... —dijo mientras se encogía en la silla de su escritorio.

—Para mí, bueno... Para vosotros, tan flojos, no sé yo —se rio, antes de dirigirse a Victoria—. Por cierto, acabo de cruzarme con las vecinas del segundo.

—¿Con Fina y Clara? —preguntó, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Sí, con ellas... Qué amable es Fina, ¿no?

—Sí, bueno... Supongo que amable es un adjetivo que es válido para ella, sí.

—Aunque su hija es muy poco habladora, ¿no?

—Mejor así, la verdad —dijo Carlos desde la habitación.

—No seas tan malo, hombre —se rio Victoria—. Sí, es poco habladora... pero tiene carácter la niña cuando quiere, créeme.

—Sí. Antes cortó a su madre de una forma bastante tajante.

—Y mucha paciencia tiene... ¿Y qué tal el encuentro? Porque

no me creo que te saludara y te dejara ir.

—Pues bien, hablando de algunas cosillas... Me dijo que le habíais comentado lo de que vine a buscar trabajo y eso, y me apoyó.

—Entiendo...

—Aunque qué raro que no me hubiese cruzado con ella ningún día, ¿no? Yo estaba convencida de que la joven era la única que vivía en la casa.

—Pues ya ves que no... Tiene horarios muy particulares.

—Ya veo... —dijo Ángela, antes de dirigirse a la habitación—. Bueno, voy a hacer unas cosas antes de ponerme a cocinar... Espero que estéis preparados para caldo.

—¡Eso siempre! —se rio Carlos, antes de que la bruja terminase de cerrar la puerta. Una vez se aseguró de ello, el chico salió al salón, donde una expectante Victoria lo esperaba—. Oye...

—Dime.

—Tú... ¿le comentaste algo de eso a Fina?

—No recuerdo haberlo hecho.

—... Yo tampoco.

\*\*\*

—Para ser una bruja, a veces no eres muy lista.

—Y tú para ser una princesa, no demasiado educada, ¿no?

—¡Ah! Derechos reales. —se rio la niña, mientras se comía la chocolatina.

—Cómo sabéis hacer siempre las cosas los de sangre azul... —respondió también divertida Ángela, mientras caminaban por la calle—. Bueno, ¿y qué tal el colegio hoy?

—Como siempre.

—¿Bien y mal?

—Bien y mal.

—Ay... —se quejó, viendo la cara inexpresiva de Carla—. ¿Qué pasó ahora?

—No pasa nada. Ése es el problema.

—¿Qué quieres decir?

—Ay, Ángela, hay que explicarte todo... Que nada cambia, aunque las cosas vayan mal —dijo mientras se comía lo que le quedaba—. Hay niños malos. Hay profes malos. Hay gente mala,

gente que sólo molesta... Y nunca cambia.

—¿Y a ti te hacen algo?

—A mí no, porque me defiende —respondió, mientras hacía un gesto de pelea con las manos—. Pero a muchos sí. Y no se aprende nada, además. Es un aburrimiento.

—Entiendo... ¿Preferirías estar en casa? —preguntó, aunque se oía la respuesta que le iba a dar.

—No. Preferiría estar en la calle. En casa tampoco se aprende nada —respondió con gesto serio—. ¿Tú aprendiste mucho en tu colegio?

—Eeh... Bueno, supongo que sí. —Se quedó un momento recordando, antes de reírse—. Aunque eran muy duras las profesoras.

—Suerte tuviste... Ojalá los míos fueran duros.

Ángela la miró con tristeza, antes de girarse de nuevo al frente. El primero de los trabajos que había elegido era el que estaba cerca de donde se había encontrado con Carla la primera vez, ya que le intrigaba si volvería a verla o no. Cuando el mismo día de empezar se encontró ya con ella en el sitio de la otra vez, se alegró... Pero cuando todos los días la veía a la misma hora en la calle, sola y sin nadie cerca, comenzó a pensar que la situación no era normal. Era por eso que, más allá de la amistad que había trabado con la niña, se acercaba siempre que podía a la zona para estar un rato con ella. Aparte de la pena que le daba la situación, lo cierto es que era una muchacha muy especial... Aunque sabía que ciertamente no era más que una graciosa casualidad, de cuando en cuando decía cosas tan interesantes y maduras que se preguntaba si realmente sería tan inocente que la llamara "bruja" o había algo más detrás.

—¿Y cuánto te queda de trabajar en el colegio? —volvió a hablar Carla. Ángela la miró sonriendo. Al principio le sorprendían las preguntas tan directas que hacía, pero luego se había acostumbrado. Al fin y al cabo, en eso eran bastante parecidas.

—Pues en principio dos o tres semanas más y a revisar el contrato.

—El acuerdo.

—¿No es lo mismo?

—No. Si no hay firma no es contrato. Me lo explicó Dani el

otro día. Su padre siempre hace "acuerdos", porque dice que los "contratos" son tontería.

—Pues... Sí, acuerdo será, entonces.

—Que no te enteras, bruja.

—Lo siento, doña sabionda.

—¿Y volverás a cambiar de trabajo o no? ¿Qué te gustaría probar ahora?

—Pues no lo sé. La verdad es que estoy a gusto, pero a saber... De todas formas, muy fácil ves tú que yo pueda cambiar de trabajo, ¿no?

—Siempre lo haces.

—Ya bueno, pero...

—Ojalá otros supieran encontrar trabajo como tú.

—... —Ángela se quedó sin saber qué decir, mientras Carla se adelantaba unos pasos.

—¡Vamos al parque!

—Vale, pero cuidado con la basura de la otra vez.

—¡No pasa nada! Si me vuelvo a cortar, me curas con la crema que me echaste y ya está.

—La crema no es infinita.

—Sí, pero seguro que me comprarás más, ¿verdad? —le sonrió con malicia, antes de burlarse—. O la crearás con tus poderes mágicos...

—¡Ojalá fuera tan fácil!

—Tienes razón, tienes razón... Además, si pudieras hacer esas cosas no perderías el tiempo en cremas.

—¿Ah, no? ¿Y en qué lo perdería si puede saberse, alteza?

—Pues en crear billetes y billetes de dinero. Así otros serían los que trabajaran y tú podrías tocarte las narices —Aunque la frase era supuestamente graciosa, la dijo con una cara bastante seria. Ángela se quedó mirándola mientras iba corriendo hasta los restos de lo que algún día había sido un agradable parque infantil. A pesar de que ahora estaba destrozado, a Carla le encantaba colgarse de las raídas cuerdas del castillo o hacerle "palacios" a sus muñecos con la basura que se acumulaba en algunos puntos. Ella normalmente se quedaba cerca, dejándole espacio, pero sin alejarse demasiado. A veces incluso aprovechaba cuando no miraba para barrer un poco la basura con los pies y apartar latas o cualquier otra cosa que pudiera

hacerle daño.

—¿De qué tratará el cuento de hoy? —le preguntó, mientras se sentaba en lo poco que quedaba de la barandilla.

—No lo sé. Ya veré... ¿Te crees que pienso siempre las cosas antes de jugar o qué?

—Para no pensarlas se te da muy bien hacer las historias.

—Bueno, no es muy complicado. Fijarse en cosas aquí y allá da ideas.

—Tienes razón.

—¿Tú nunca hiciste historias de pequeña?

—Bueno... Supongo que sí. Es que para mí el ser pequeña me pilla lejos y me cuesta acordarme.

—En eso tienes razón. Es lo que tiene ser viejita.

—¡Pero bueno! ¿Qué edad crees que tengo? —Fingió enfadarse, aunque en realidad casi empieza a reírse a carcajadas.

—¡Mucha más de la que aparentas, seguro! —se rio la niña, ella sí, mientras se levantaba y corría hacia el otro lado del parque.

—Serás sinvergüenza...

—¡Que es broma! —dijo, ya de nuevo sentada en el suelo con sus muñecos—. ¿Qué tienes? ¿Cuarenta y cinco? ¿Cincuenta?

—O me miras con buenos ojos o eres muy lista tú...

—Vamos, que más... Viejita.

Después de un rato viéndola corretear, preguntar, increparle sus ingenuidades, jugar y, finalmente, teatralizar con sus muñecos el cuento de rigor con la princesa, el caballero sin nombre, la reina, la bruja, algún que otro juguete, el rey ausente... volvieron. Después de estar con ella siempre la acompañaba hasta el portal de su casa, sorprendentemente mucho más lejos de lo que habría esperado de las zonas donde solía querer ir. Una vez allí solían despedirse sin más, hasta que se volvieran a ver, sin quedar un día concreto ni nada parecido. Por alguna razón que no entendía, a Ángela le parecía que ésa era la mejor forma de hacer las cosas... Una sensación similar a la que la llevaba a no preguntar nunca por su familia.

—Bueno, pues ya nos veremos otro día.

—Sí. Cuidate hasta entonces, Carla. Y no critiques tanto a tus

amigos, que es de...

—¿De brujilla? —se adelantó la niña, con una sonrisa pícara.

—Lo sabes tú mejor que yo —se rio, antes de despedirse finalmente y empezar a bajar la cuesta hacia el metro.

“Si las novatas fueran la mitad de avispidas que esta chiquilla, el futuro del Círculo estaría asegurado.” —Aunque le costaba tener la cabeza despejada con el ritmo de la ciudad, lo cierto era que no había día que no dedicase un rato a pensar en sus amigas y alumnas. Estaba muy contenta con cómo le estaban yendo las cosas, pero aun así la vida era demasiado diferente. Tan pronto se encorajinaba a sí misma diciendo que se estaba adaptando muy bien y que se acostumbraría aun más, como empezaba a echar cuentas viendo cuánto tiempo más haría falta de enviar dinero para volver. Victoria siempre le decía que los primeros meses allí eran así para todos, pero aún no sabía si creerla o no.

—Aunque ella diga que era de campo también... Una capital de provincia no es campo —iba murmurando sola por la bajada cuando de pronto un chasquido a su izquierda la sorprendió. Al girarse no pudo ver nada entre los arbustos del descampado que había a su lado, pero considerando que era de noche no le dio más importancia... hasta que escuchó un segundo ruido. Tras quedarse parada mirando con intriga, comenzó a escuchar un murmullo.

—...irá por ahí tan contenta —escuchó de pronto una chirriante y extraña voz.

—¿Pero qué...?

—Mírala, y ahora se gira hacia mí como si nada la estúpida. ¿Qué demonios miras? Malditos humanos y su prepotencia, destrozándole la casa a cualquiera... Os creéis muy listos, pero a este paso nos comeremos la comida de vuestras cocinas antes de lo que pensáis.

—...

—¡Sí, regodéate, imbécil! ¿Qué pasa, que me oyes y te asusta? ¡Más te asustará cuando me vengue de lo que habéis hecho tú y esa niñata! Ocupar mi parque de esa manera cuando estaba comiendo... ¡Desgraciadas!

—...

—Te voy a seguir... Voy a saber dónde vives y voy a hacer tu vida un infierno, ya verás... Asquerosa humana, te juro que...

—Bueno, ya está bien, ¿no? —se quejó Ángela, cansada de escuchar tanto insulto y amenaza.

—...

—Venga, sal, seas quién seas. No sé qué te hice, pero hablemoslo normal.

—...

—¡Ah! Ahora no me escuchas, parece... ¿O es que se te comió la lengua un gato?

—¿¡Un gato!? A mí se me va a comer la lengua un bicho asqueroso de éstos, vamos... Se creerán muy listos con sus ojos rasgados, sus "rrruu", "rrruu" y sus...

—...

—Oh, vaya...

—Vale, acabo de verte. Voy hasta donde estás y hablamos, ¿vale?

—No, no, no, ¡¡no!! —De pronto los arbustos se movieron y se escuchó cómo algo salía de ellos a toda velocidad.

—¡Ah, no! Ahora después de tanto insultar, vas a hablar quieras o no. —Tras finalizar los movimientos de dedos en su espalda mientras hablaba, Ángela miró que no hubiera nadie alrededor y extendió el brazo hacia delante. Inmediatamente su amenazante interlocutor se cayó de lado, inmovilizado.

—¡¡Nooooo!! ¡¡¡Nooooooooooooo, por favor!!! ¿¿¡Por qué puedes escucharme y hablarme!?? ¿¿Por qué?? ¡¡Nooooo!!

—Tranquilo, hombre, que no te voy a hacer nada...

—¡¡Me vas a matar!! ¡¡Vosotros siempre nos matáis!! ¡¡Nooooooooo!!

—Pero serás escandaloso... Que no te voy a hacer nada...

—Entonces... Entonces... ¿Por qué... por qué no me puedo mover...?

—Porque quiero hablar contigo —dijo mientras lo cogía entre sus brazos, después de abrir su bolso.

—¿Hablar? ¿Pero entonces por qué me coges? ¿P-P-Por qué abres eso?

—Porque vamos a hablar en mi casa, no aquí.

—¡¡Nooooooooooooooooooooo!! —chilló por última vez, antes de

que todo se volviera negro.

\*\*\*

—Venga, habla de una vez.

—...

—Ya no tienes el hechizo de inmovilidad, así que no intentes hacerte el muerto, que no me lo creo —dijo Ángela mientras lo miraba desde la silla.

—... Maldita humana. —Tras decirlo comenzó a estirar sus patas lentamente, antes de darse la vuelta lentamente sobre su lomo—. Tampoco es que pueda moverme muy libremente que se diga.

—A saber lo que harías si pudieras.

—Je, en eso tienes razón...

“Espero que Victoria y Carlos crean que hablo por el ordenador... Coloqué la barrera sonora, pero algo debe escucharse desde fuera de todas formas.” —pensó la bruja, preocupada, antes de volver a dirigir la vista hacia el quejoso “invitado” que tenía sobre su cama.

—¿Por qué me insultabas? —volvió a insistir.

—... Porque os lo merecíais.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! ¿Qué es eso de irrumpir en la casa de otros y ponerlo todo patas arriba? —se quejó, mientras intentaba incorporarse sobre sus patas traseras.

—¿Irrumpir? ¿Qué casa?

—Lo sabes bien.

—No, ni idea.

—¿Que ni idea? —Iba ya a burlarse de ella, cuando vio en sus ojos que realmente no debía saber de qué le hablaba—. En el parque, estúpida humana.

—¿Esa era “tu casa”? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Estaba tranquilamente debajo de mis escombros cuando fuisteis tú y esa maldita niña... Pensé que iríais a otro lado lejos de mí... pero no. ¡Ahí al lado! ¡Y tú incluso me obligaste a salir de allí!

—Cuando di las patadas a la basura, supongo...

—¡Exacto! Cada vez que veníais me poníais nervioso, pero al menos no molestabais demasiado... ¡Pero lo de hoy fue demasiado! —chilló, enfadado.

—Entiendo, entiendo... —dijo ella, repentinamente apesadumbrada. No podía imaginar que, simplemente por haber barrido un poco la basura con los pies, podía haber causado tanto daño a otro ser.

—Qué vas a entender tú.

—... Lo siento. No creía que pudiera haber ahí nadie.

—Pues sí lo había, vaya si lo había... Mis cáscaras, mis restos, mis comodidades... ¿Sabes lo que cuesta montar todo eso?... No, cómo vas a saberlo —dijo él, antes de dejarse caer panza arriba en el edredón—. Y para colmo ahora me trajiste aquí, a saber a cuántos kilómetros de allí...

—Puedo llevarte de vuelta a allí si quieres.

—Sí, para encontrarme todo ese desastre, ¿no? Ay... —suspiró, sin variar su posición. Ángela se quedó mirándolo un momento, antes de cambiar de tema.

—Oye, por cierto...

—¿Sí, humana?

—¿Desde cuándo eres capaz de entendernos a las personas?

—Pues... desde siempre, supongo —dijo, antes de sentarse—. Lo que nunca me había pasado es que ningún humano me entendiera a mí... Eres rara.

—¿Es algo que puedan hacer también los de tu familia? —preguntó ella, haciendo caso omiso a la mirada de curiosidad de su interlocutor.

—No, qué va... Sólo conocí en su día a otro que pudiera hacerlo. El pobre murió atropellado, hace unos años.

—¿Y nunca te preguntaste por qué podías hacerlo?

—Cuando era joven, constantemente —se medio rio, antes de volver a estar serio—. Pero hoy día, ¿para qué? Nadie supo darme nunca respuesta, y no creo que nadie me la dé ya. ¿Para qué me voy a preocupar?

—Buena manera de verlo.

—La mejor si uno no se quiere volver loco.

—¿Y... cómo lo llevaste? —preguntó la bruja, mientras recordaba los pocos casos anteriores con los que había coincidido en su vida.

- Bueno... Es útil, desde luego. Te resulta más fácil sobrevivir.
- A gente como yo, supongo.
- A gente como tú, bien supones.
- ¿Y para los demás...?
- ¿Qué quieres decir?
- Que si te servía para ayudar a los tuyos también.
- Bueno... sí. Pero no se dejaban ayudar demasiado.
- ¿Y eso?
- No es algo que una humana como tú tenga por qué saber.
- Se quedó observándola, frunciendo su diminuto ceño—. La comunicación con los míos no es como la vuestra. No es tan fácil.
- ¿Fácil? Será difícil, ¿no?
- No. Dije fácil, humana... Vosotros podéis decir muchas cosas. Nosotros menos... Y cuantas menos cosas puedes decir, más difícil es todo.
- Entiendo... creo.
- Tú qué vas a entender —dijo él de nuevo, antes de quedarse mirando hacia otro lado.
- ¿Entonces vivías solo en ese parque?
- ¡Pero bueno! ¿Por qué tengo que contestar yo todas las preguntas? ¡Habla tú también!
- Tienes razón... —respondió ella, pensativa, antes de sonreírle—. De acuerdo, pregunta.
- ... —Se quedó callado él, sorprendido por lo directo de la respuesta—. Vale. ¿Por qué puedes hablar conmigo cuando ningún humano pudo nunca?
- Porque soy una bruja.
- ¿Perdón?
- ¿Lo dije muy bajo? ¿No lo oíste?
- No, no, lo escuché perfectamente... Y creo que me tomas el pelo.
- Tienes mucho para tomar, la verdad.
- Y aun así no sería suficiente... ¿Una bruja? —preguntó mientras se acercaba al borde de la cama, intentando verla más de cerca.
- ¿Sabes lo que es?
- Probablemente haya pisado más las bibliotecas que cualquiera de tus conocidos humanos... Sí, sé lo que es.

- ¿Y qué? ¿Sorprendido? ¿Me esperabas más terrible?
- Algo así, la verdad. De hecho...
- ¿Sí?
- Pues que realmente me cuesta mucho creerlo —replicó, escéptico, mientras miraba a su interlocutora—. Pero si estás hablando conmigo no hay demasiada duda de que eres alguien especial.
- Como tú.
- Podría decirse.
- No nos falta autoestima, ¿eh?
- No, sólo casa —dijo él, sarcásticamente—. A menos que puedas reconstruirmela entera, señora bruja.
- Pues hombre, podría. Me llevaría un tiempo el día que fuera, pero podría.
- Disculpe las molestias, Godzilla con escoba.
- De todas formas... —comenzó a decir, tras un momento de silencio, obviando el dardo—. Creo que hasta podría ofrecerte algo mejor.
- Muy bueno tendrá que ser.
- Incluye no tener que preocuparte de comida ni del tiempo.
- Uuuumm... Suena bien. Demasiado bien. Espero que no pretendas echarme a las alcantarillas o algo.
- ¿Habría algún problema con ello?
- No soy muy bien recibido allí de un tiempo a esta parte.
- Curioso —dijo ella, mientras se giraba hacia su bolso, abriéndolo y palpando botes dentro—. Pero no, no es echarte a las alcantarillas.
- ¿Entonces?
- Pues... ¿te gustaría la vida de mascota?
- ¿¡Qué!? —dijo él, sobresaltado. Habría pensado que era broma, de no ser por lo serio que lo miraba.
- ¿Tanto te desagrada la idea?
- No, no. Es que... no sé... ¿mascota yo? ¿Estás bajo los efectos de algún brebaje de esos vuestros?
- No es tan raro hoy día, créeme. Los humanos normales hacen cosas aun más raras.
- Ya, eso desde luego, pero...
- Además, me siento en deuda contigo después de destrozar tu hogar sin darme cuenta.

—¿De veras?

—Sí. —Finalmente sacó un tarro, antes de girarse y sonreírle—. Aparte, eres una gruñona caja de sorpresas. Creo que me caes bien.

—¿Que te caigo bien? ¿Eres masoquista o algo?

—Normalmente a alguien que me hubiera insultado tanto como tú lo habría mandado con mi amiga Teresa para que le echara un buen maleficio, sí... Pero en tu caso creo que es justificado. No pareces mala "persona", más allá del enfado.

—"Mala persona". Je... Definitivamente, eres muy rara.

—Sí. Me lo dicen a menudo, entre otras cosas. —Su cara mostraba ahora una sonrisa cómplice—. Bueno, ¿qué me dices?

—Pues... no sé... Supongo que podría probar, sí. Tú tampoco pareces...

—¿Parezco?

—Bah, desde luego que no eres mala persona, qué demonios —se rio él, antes de incorporarse y hacerle una burlona reverencia—. Acepto de momento su invitación, señorita...

—Ángela.

—Ángela, bien, bien... Yo no tengo nombre alguno, pero como los humanos sois incapaces de vivir sin poner etiquetas a todo, ponme el que más te guste.

—¿Yo? Jo, yo qué sé, ponerte un nombre ahora...

—Venga ya, mujer. El primero que se te ocurra.

—¿Toby?

—Puedo transmitir enfermedades de las que matan, advierto.

—¿Rufo? —Ambos se quedaron en silencio, antes de comenzar a partirse de risa. Ella a carcajadas, él en diminutos chillidos.

—No, ahora en serio. Que aún me voy.

—Es complicado... ¿Qué tal Jorge?

—¿Jorge? Eso es nombre de humano... ¿Algún viejo conocido?

—Algo así...

—Pues sí que tenías que odiarlo para ponerme su nombre, jajaja.

—¡No es eso! —se indignó ella, antes de acercarse a la cama—. Bueno, ¿te parece bien todo entonces?

—Supongo que sí. Jorge, Jorge... Tendré que acostumbrarme a que me llamen así. —Se giró un momento hacia ella, al ver cómo abría un frasco—. Oye, ¿qué es eso?

—Un polvo que será de bastante ayuda para que estés aquí. Tranquilo, no te molestará.

—Pero oye, espera, antes de... ¡Pero bueno! —Estuvo tosiendo unos segundos, rodeado todavía de la extraña nube dulzona con que de pronto lo había espolvoreado ella—. ¿Qué diablos es esto?

—Una especie de... limpiador, por así llamarlo —respondió, antes de acercarle un espejo para que se viera—. ¿Qué te parece?

—¡¡Pero por dios!! ¡¡Estoy completamente blanco!! ¡¡Todos mis pelos son ahora blancos!! ¡¡Bruja!!

—Sí, eso soy.

—¿Se puede saber por qué hiciste esto, maldita??

—Bueno, si quieres que mis compañeros de piso no griten cada vez que te vean, habrá que tomar una serie de precauciones. Ésta era la primera: limpiarte y dejarte "mono".

—Y qué será lo siguiente? ¿Comprarme una jaula?

—Pues mira, sería lo suyo —dijo pensativa, antes de ver su cara de angustia—. ¡Pero sólo para disimular, hombre! ¡No te voy a encerrar!

—Tú... tú...

—Relájate, que sólo es para disimular. Ya veremos cómo hacemos, pero por mi parte puedes estar completamente a tu aire.

—Eso espero, maldita humana.

—Gruñe, gruñe, que se te da bien —se rio ella, mientras veía cómo él se seguía mirando su blanca e impoluta cola, patas, pelaje... Aunque en cierta parte de sí misma se recriminaba el haber tomado una decisión tan poco meditada, por otra sentía un buen palpito, más allá de la gran curiosidad que ese animal le inspiraba. Se quedó mirando a su nuevo amigo un rato, mientras escuchaba cómo se quejaba sin parar de que le picaba el polvo albino en los bigotes y las orejas.

“Desde luego... A Verónica le va a dar algo cuando le diga que adopté a una rata parlanchina.”



# Tercer correo

Tercer curso

con  
lo q  
os d  
dif

alg  
reg

Ca

en

Jor  
pic

po

ma  
con

*Hola de nuevo, queridas.*

*Lo primero, perdón por haber tardado un poco más esta vez en contestar, pero están siendo días... curiosos, digamos. Os va a costar creer lo que os voy a contar, pero creo que así os quedará bastante claro lo que os decía en el anterior correo de que la ciudad es un lugar completamente diferente. Y su gente también, por supuesto...*

—Pero mujer, ¿qué esperabas? Algún día tenía que decirte alguien que no —dijo Victoria, mientras sujetaba a Jorge en su regazo y lo acariciaba.

—No, si tienes razón, pero...

—Ay, nuestra Ángela, que recibe su primera derrota —se rio Carlos.

—Podría verse así, sí —dijo la bruja, aún entristecida.

—Bueno, pero no te preocupes, que acabarás consiguiendo algo en breve... ¡Eres súper Ángela!

—Anda qué, no os burléis de mí —se quejó, antes de mirar a Jorge darse la vuelta panza arriba sobre su compañera—. Mira, te pide que lo rasques.

—¡Ahí va, que es verdad! No sabes tú ni nada, ¿eh, bribona?

—Quién me iba a decir que os llevaríais tan bien después de lo poco que os gustó su llegada...

—Ángela, me dirás que fue muy normal...

—No todos los días llega tu compañera de piso con una rata de mascota —dijo Carlos, mientras veía cómo ésta se retorció de gusto con la rascada.

—No digas que no es mono.

—No es eso... Me entiendes perfectamente.

—Ya, pero me la ofrecieron, si no la mataban...

—Que sí, que lo sabemos —intervino Victoria—. Y es un amor... pero te dejaste embaucar una vez más.

—Sí, pero...

Tras charlar un rato más, definitivamente ella y Jorge volvieron a la habitación. Nada más cerrar la puerta, éste empezó a reírse.

—Nunca dejaré de fascinarme la manera en que les ocultas las cosas... pero sonando completamente sincera.

—Oh, cállate... —respondió ella con molestia, agotada tras el largo día que había vivido.

—Perdone usted... pero es que es así.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que les diga las cosas tal como son?

—No, bruja mía, no... Eso pondría en peligro mi estancia en esta maravillosa casa.

—Entre otras cosas.

—Que sí, que sí... —dijo él, ya sin reírse de ella—. Y bueno, ahora lo importante: ¿qué vas a hacer ahora?

—Pues qué voy a hacer...

“Intentar no darle más vueltas o me acabaré volviendo loca...” —pensó mientras se recostaba en la cama, recordando escenas de la loca jornada que habían experimentado, hasta finalmente llegar al cómo había comenzado todo...

—Buuuff... Desde luego que es un sitio imponente —dijo Jorge, asomándose ligeramente desde el bolso de Ángela.

—Lo es, sí... Y con algo de suerte lo veremos muy a menudo —le contestó mientras quitaba la vista del estadio de fútbol y se dirigía a la puerta del edificio de al lado.

—¿Tan genial te parece este posible trabajo?

—Hombre, genialísimo no es... Pero son pocas horas y bastante dinero.

—Eso sí, la verdad... ¡Quién lo diría! ¡Ángela mileurista!

—¡Cállate! —se rio ella, mientras entraban por la puerta—. Ni que te estuviera dando mala vida con lo que gano.

—Ni que yo exigiera mucho dinero para mantenerme, no te digo...

—Anda, escóndete, que ahí está la recepción —dijo ella, acariciándole la cabeza con un dedo.

—Vale, vale...

Tras saludar a la recepcionista y comprobar que estaba en la lista de espera de las entrevistas, se sentó junto a otros dos hombres en el sofá del recibidor. Si bien las primeras entrevistas siempre había acostumbrado a pasarse un momento por el baño para echarse un poco de esencia, últimamente se daba cuenta que con la que se echaba en casa bastaba de sobra... Al fin y al cabo, lo que ella quería era que le dieran el trabajo, no más.

“Aún recuerdo la vergüenza aquella vez, cuando el jefe salió de la entrevista casi gritando que era un verdadero honor contratar a gente como yo... Madre mía, qué mal lo pasé.” —Tras ver cómo los dos candidatos anteriores a ella salían cabizbajos de la sala tras apenas unos minutos dentro cada uno, tocó su turno. La recepcionista le abrió la puerta con una enorme sonrisa.

—¡Mucha suerte!

—Eh... ¡Muchas gracias! —dijo ella, sorprendida por su efusividad, antes de cruzar el pequeño pasillo y llegar a la puerta abierta.

—Pase —escuchó una voz masculina antes siquiera de llegar, así que obedeció. Dentro se encontró con un hombre joven, de sonrisa afable, pero ojos cansados y distantes. Éste la observó un instante, para después invitarla a sentarse al otro lado del escritorio.

—Buenos días —dijo ella, sonriente.

—Buenos días, Ángela. Mi nombre es Pedro. ¿Qué tal está?

—Muy bien, gracias... ¿y usted?

—... Bien, bien —respondió sin cambiar la expresión, antes de coger una carpeta con papeles—. Bueno, he de decir que estuve mirando su currículum y, ciertamente, es muy sorprendente... Me llama poderosamente la atención la facilidad que tuvo para encontrar empleos temporales a su edad, tal como andan las cosas.

—No puedo quejarme, desde luego —contestó ella, contrariada

por ese primer comentario.

—No, desde luego que no... ¿Cómo fueron sus anteriores experiencias de oficina?

—Positivas —respondió. Al ver que luego el hombre se quedaba en silencio mirándola fijamente, habló de nuevo—. Bueno, quizá la de los pedidos fue un poco agobiante, pero entiendo que estaban bastante estresados por los problemas de la empresa, así que es normal.

—Se refiere a L.E.E.C., ¿no?

—¡Ah, sí, perdone! Me refiero a L.E.E.C., sí.

—¿Qué tal con el ordenador?

—Bien. Uso mi portátil a diario. También en diversos trabajos tuve que utilizarlo. Me manejo con todo el paquete de Windows.

—¿Incluso con la nueva aplicación de estimaciones?

—Bueno, ésa sólo la probé un poco, lo admito... Pero creo que entendí más o menos su funcionamiento.

—Suerte la suya... Yo no entiendo nada —dijo él echándose para atrás. Ambos se rieron.

“Parece un hombre agradable... Me había asustado un poco” —pensó, antes de que comenzaran con las clásicas peticiones de destreza en idiomas, conocimientos, una simulación teatral de trato al cliente... En un momento dado llegó incluso a sacar de pronto un portátil encendido y pedirle que hiciera un par de tareas con diversos programas. Cada prueba era más complicada que la anterior, aunque Pedro no perdiese la sonrisa.

“¿Cómo puede ser que los dos anteriores tardaran tan poco y conmigo llevemos ya casi una hora?” —Extenuada tras tanta pregunta, se sentía ya incluso incómoda, a pesar de que el ambiente no fuera tenso. Por suerte para ella, parecía que el tono del entrevistador empezaba a relajarse, por lo que intuyó que había pasado el listón y el final se aproximaba. Se encontraba ya incluso fantaseando con lo bien que le vendría ese dinero cuando de pronto las palabras de Jorge llegaron hasta ella.

—Ese tío te va a rechazar.

—... —Ángela agradeció que en ese momento Pedro buscara

algo en sus cajones, porque si no habría presenciado el cambio radical en su cara. Miró de reojo hacia el suelo, donde vio a su amigo con la cabeza fuera del bolso.

—Tranquila, ya sabes que no puede oírme... Pero es así, créeme. Su olor tuvo un cambio progresivo conforme te hacía las pruebas. Te va a rechazar.

—¿Qué? —se le escapó el susurro, si bien comprobó rápidamente que Pedro no la había escuchado.

—Sí, es así. Se está poco menos que riendo de ti... Si quieres comprobarlo, no tienes más que preguntarle. —A pesar de que su cara de rata hacía normalmente imposible ver qué gesto tenía, Ángela creyó ver algo de tristeza en sus ojos. De pronto el entrevistador volvió a hablarle.

—Bueno, señorita Ángela, tengo que admitir que sus conocimientos y destrezas son realmente sorprendentes... Por desgracia, tenemos un proceso de contratación complejo y muy protocolario, así que no puedo decirle que sí ya mismo, como me gustaría, sino que tendrá que esperar a que la llamemos para confirmárselo.

—Entiendo —dijo ella, seria, recordando las palabras de Jorge mientras veía la sonrisa de su interlocutor.

—Pero tranquila, que no creo que haya nadie con aptitudes mejores que las tuyas, así que lo más probable es que...

—Mire, Pedro... No hace falta que haga esto —dijo ella, interrumpiéndolo—. Si cree que no valgo para el puesto, dígamelo directamente, no pasa nada.

—... —Se quedaron mirándose un momento, en silencio. Fue entonces cuando de pronto, sintió el cambio: los inexpresivos ojos que la habían entrevistado tuvieron un momento de duda... Duda en que se mostraron las verdaderas sensaciones del hombre.

“Cuánta... maldad... y amargura...” —Aunque podía percibirlo gracias a sus capacidades, algo en ella le decía que podría haberlo notado incluso siendo una humana normal. Apenas duró un instante antes de que volviera a la expresión anterior, pero era suficiente.

—Pues mire, Ángela... En esta empresa realmente valoramos mucho a la gente directa como usted, así que se lo diré: su evaluación

fue bastante positiva y quedé realmente muy impresionado.

—¿Pero?

—Pero no buscamos su perfil, sino el de una persona joven que pueda dar buena imagen ante el público.

—¿Ya está?

—Sí, ya está —dijo él sin perder la sonrisa, antes de empezar de nuevo a coger papeles—. En cualquier caso, hasta el momento no encontramos a nadie que llegara a su nivel en las pruebas, así que no descarte que aun con esa consideración fuera usted la elegida...

—Miente. Su olor es aun más intenso.

“Lo sé” —pensó ella, si bien simplemente sonrió, antes de levantarse y dirigirse a la puerta.

—Bien. De acuerdo entonces. Esperaré su llamada si hay suerte.

—Genial... Un placer, Ángela.

—Lo mismo digo —sonrió ella, antes de dirigirse a la puerta. Al cruzarla la arrimó tras de sí, quedándose un momento parada. Después comenzó a buscar en el bolso, mientras Jorge se asomaba.

—¿Qué haces?

—Una comprobación. —Finalmente encontró el tarro que buscaba. Acto seguido lo abrió y vertió bastante de su líquido contenido en su mano, antes de restregárselo por el cuello y pelo.

—Vaya pestazo —se quejó él, antes de que ella se girase y volviera a entrar en la habitación.

—Disculpe que le moleste de nuevo, Pedro. Creo que se me cayó algo antes de salir. —Sin que el hombre contestara nada, se acercó a la mesa y fingió agacharse a recoger algo. Después se incorporó y miró al entrevistador—. Bueno...

—¿Sí, Ángela?

—Nada. Que si reconsideran lo del puesto, aquí estaré —dijo ella, sonriendo. Él la miró intrigado, antes de simplemente encogerse de hombros y devolverle la sonrisa.

—Así lo sabrá llegado el caso... Suerte.

—¡Gracias! ¡Hasta luego! —respondió ella, antes de salir de la habitación, el pasillo, saludar brevemente a la recepcionista e ir directa al baño, donde se encerró. Tras intentar lavarse el pelo y cuello con agua, se quedó unos segundos mirando al espejo, sin saber qué

hacer. Finalmente Jorge saltó desde el bolso al grifo, enfrente de ella.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Ese hombre no era normal, Jorge.

—Ya te digo... Menudo imbécil... Pero bueno, los humanos suelen serlo. ¿De qué te sorprendes?

—No me entiendes. —Cogió el bolso y sacó el bote que había usado antes—. Tres o cuatro gotas de esto sirven para que una persona prácticamente haga cualquier cosa que le diga... Me eché mucho más que eso ahí dentro y ni por esas sirvió.

—... Entiendo. Esta vez las trampas no te sirvieron por lo que sea, ¿eh? —se burló él, a pesar de sentir cierta intriga también.

—No es eso sólo. Cuando le miré a los ojos y busqué su esencia, encontré mucha maldad.

—De nuevo, algo habitual en tu maravillosa especie... ¿Qué hay de raro?

—Él... No puede aguantar como si nada la magia de una de nosotras... Debe ser... Debe ser... —Comenzó a sentir cómo el estómago le dolía, sólo de pensarlo.

—¿Ser?

—Algún tipo de ser demoniaco.

“Y sigo creyendo que lo es...” —pensó Ángela tumbada en su cama, mientras Jorge se seguía riendo a su lado. Cansada de escuchar sus carcajadas, acabó cogiéndolo y lanzándolo suavemente por los aires.

—¡Oye, tú!

—Te lo mereces, por reírte tanto.

—Mujer, me dirás que no fue gracioso... Mi cara debió ser increíble en ese momento, incluso siendo una rata.

—Ya te vi...

—Y luego cuando empezaste a decir que teníamos que destaparlo como fuera... Y nos pusimos a buscar símbolos mágicos por todo el edificio... ¿De verdad que pensabas que no te iban a pillar?

—Me despisté.

—Sí, estoy seguro que si hubieses estado menos paranoica con tu diablo empresario los guardias de seguridad habrían desaparecido

de los pisos... Suerte tuvimos de que te vieran vieja y no quisieran guerra.

—Gracias, ¿eh?

—Tranquila, ¡que ya sabes que yo creo que te conservas muy bien para tu edad!

—En fin...

—No, ahora en serio. —Empezó a escalar por la colcha, hasta que estuvo a su lado—. ¿De verdad sigues creyendo que es uno “de los nuestros”?

—¿De los nuestros?

—Gente con magia y esas cosas.

—¿Desde cuándo tienes tú magia, ratita presumida? —se rio por un momento ella, antes de volver al gesto serio—. Pues no lo sé... pero esto no me había pasado nunca.

—Hacia unos trescientos años que no venías por la ciudad hasta ahora me dijiste... ¿no?

—Sí, ¿por? —Se extrañó con la pregunta.

—Pues que hasta ahora todo te fue muy bien... Exageradamente bien, si me permites...

—¿Y?

—Pues que a lo mejor eso te cegó de ver que puede que haya gente y cosas de la ciudad que no puedes controlar... Ni siquiera con tu magia.

—Jorge... —Al principio sintió rabia por sus palabras, pero luego notó que más bien era impotencia. Aunque seguía sospechando de Pedro y esa esencia tan maligna e incorruptible, lo cierto era que también su amigo roedor tenía razón. En el Círculo hacía mucho tiempo que no se habían enfrentado realmente a ninguna crisis, vista la tranquilidad que les daba el anonimato del campo, y era bien posible que mientras la humanidad no sólo hubiera evolucionado tecnológicamente... sino también en algo más.

“Una posibilidad que me fascina tanto como me aterra, la verdad.” —Estuvo un rato pensando sobre ello, antes de finalmente dar de comer a la rata y apagar la luz. A pesar de lo cansada que estaba, le costó conseguir dormirse, dado que en su cabeza un pensamiento se repetía.

“Bruja estúpida... No vuelvas a confiarte como hasta hoy o lo llevas claro.”

\*\*\*

—Así que así son las ferias en la ciudad... —dijo Ángela, ensimismada por las luces y los sonidos que provenían de las cuatro o cinco atracciones que había en el descampado.

—¿De verdad nunca habías visto algo así? —le preguntó Carla, casi con sorna.

—Ya te dije que no... Es espectacular... —Se adelantó unos pasos, acercándose a la entrada. Detrás de ella la niña se encogía de hombros, mientras algo más allá Manuel se acercaba poco a poco.

—Seguro que le hacía más ilusión a ella traerte que a ti misma, ¿verdad? —le preguntó a Carla, riéndose.

—Y tanto... Llega a existir aún el parque de atracciones y le da algo.

—¿Tú llegaste a conocerlo?

—No, no me dio tiempo...

—Lástima... Cuando yo era joven era un sitio muy divertido —sonrió él, mientras miraba cómo Ángela caminaba entre las atracciones, interesándose.

—Oye... Tú eres un vagabundo, ¿no? —preguntó de pronto la niña.

—... Pues sí, así es —dijo él, sin sorprenderse—. ¿Tanto se me nota?

—La verdad es que no sé decir por qué lo supe, porque no lo pareces realmente.

—¿Cómo debería ser entonces para parecerlo?

—No sé... Pero los de mi barrio suelen dar miedo.

—Entiendo... Eso va un poco por zonas, hija.

—Ya, supongo... —Se paró ella, antes de que Ángela volviera hasta donde estaban con una gran sonrisa.

—Qué buena pinta tienen todas... Así que ya sabéis, ¡en la que queráis, que os invito!

—No admitirás un no por respuesta —dijo Manuel.

—Jamás.

—Lo suponía —se rio, antes de girarse hacia la niña—. Bueno,

pues que elija Carla, ¿no? ¿Cuál crees que le dará menos mareo a Ángela en su primera vez?

—El tiiovivo quizá sea demasiado para ella...

Si bien para ellos no resultaba en absoluto novedoso todo lo que había allí, se lo pasaban bien viendo la alegría de Ángela por llevarlos y estar pasando un rato juntos los tres. A ambos les había hablado del otro, pero no se habían visto hasta entonces... Manuel incluso había conocido a "Vic", cuando Ángela le dijo que guardara su carro y sus cosas en su casa mientras estaban fuera. Aún se reía por dentro recordando la cara de la muchacha al verlos aparecer con todos los trastos.

—¿No te fiabas de tus amigos para dejárselas? —le preguntó Carla después de que le contara la escena, mientras ambos esperaban sentados a que Ángela comprara unas palomitas.

—¿Te fiarías tú de los tuyos para dejarles tus juguetes más preciados?

—No creo... —dijo pensativa, antes de sonreír—. Pero de Ángela supongo que sí.

—Pues ahí lo tienes. Esa mujer no tiene apenas maldad... Se nota que aún no lleva mucho por aquí.

—Por eso es agradable estar con ella.

—Sí... —Miró a la niña con tristeza, antes de reírse—. Aunque cuidado, que pareces una viejilla hablando tan seria, ¿eh?

—¡No soy tan pequeña!

—¿Menos de diez años?

—... Puede.

—Pues eso.

—... Pero no soy tan pequeña —dijo finalmente, antes de girar la cabeza hacia otro lado. Estuvieron en silencio unos momentos, antes de que la bruja llegara hasta ellos con la comida.

—¡Aquí tenéis! A ver si están tan ricas como decís...

—¿Qué? ¿A que cada cartucho costó más de lo que decías? —se burló él.

—Tú ganas, listillo —dijo ella, fingiendo enfado.

—Si es que sigues con los precios de tu pueblo en la cabeza... Así no se puede.

—¿Tú también se lo dices? Que a mí no me hace caso —  
intervino Carla.

—No hay nada que hacer, es un caso perdido...

—¡Pero bueno! ¿Vais a seguir así toda la tarde? —se rio Ángela,  
contenta de ver la complicidad que parecía haber entre ellos.

“Tenía cierto miedo de que no se llevasen bien... pero ya veo  
que no hay nada qué temer” —pensó mientras los miraba. A pesar  
de que había escuchado las malas experiencias de Victoria y Carlos  
cuando habían juntado amigos diferentes, algo le decía que debía  
intentarlo... y por suerte había salido bien. Tenerlos juntos era aún  
más agradable que por separado.

—Bueno, me queda para otra más de los tres cuando nos  
acabemos este maíz tan curioso. Id pensando en cuál queréis.

—¡En la olla loca! —respondió Carla, con una sonrisa maliciosa.

—¡No había otra! ¿De verdad me vas a hacer escuchar de nuevo  
a ese pervertido diciendo todas esas soeces?

—Es parte del espectáculo de la olla, mujer... Sea gitano o payo  
el feriante, ha de estar a la altura —se rio Manuel al ver el sofoco  
de su amiga.

—Por favor, por favor... Además, no es algo que deba escuchar  
una niña como Carla.

—Bueno. Algo me dice que los oídos de esta princesa escucharon  
cosas más bestias que eso... ¿no?

—Mucho peores... Caminar entre la plebe es lo que tiene —le  
sonrió de nuevo la niña con complicidad, antes de que ambos se  
levantaran.

—En fin, supongo que no hay nada que hacer... Supongo que  
hoy tendré sueños bucólicos con tanto bosque, tanto bosque...

Cuando terminaron las palomitas, Ángela vio cómo se divertían  
en la olla, y acabaron de charlar un rato con uno de los feriantes,  
finalmente llegó el momento de ir a casa. Tuvieron que esperar en  
la parada la habitual más de media hora del urbano, pero como  
segúan charlando no se les hizo pesado. Al llegar al portal de Carla  
iba ya la bruja a despedirse como de costumbre, cuando de pronto  
la niña la sorprendió.

—Oye Ángela, ¿te importa que Manu y yo comentemos algo... en privado? —dijo con mirada vergonzosa, pero sin dudar.

—Eh... Claro que no, su majestad —se rio ella, a pesar de la sorpresa. Manuel también se quedó impactado, antes de que la pequeña lo cogiera por la mano y lo llevara unos metros más allá.

—¿Crees que aquí nos escuchará?

—No si hablas bajito.

—Bien, seré clara...

—Dime.

—¿Estáis... juntos? —dijo Carla, mirando al hombre sólo de refilón. Éste se comenzó a reír lentamente, pero sin llegar a la carcajada.

—No, hija, no... Es una grandísima amiga, quizá la mejor en años... —Paró un momento, mirando a la niña con una sonrisa triste—. Pero mis pensamientos son para otra persona... Siempre lo fueron.

—Entiendo... —dijo ella, volviendo a mirarlo fijamente—. ¿Me puedes prometer entonces una cosa?

—¿Será?

—Pues... prométeme que la vigilarás, para que no se junte con ningún imbécil que le pueda hacer daño.

—Son palabras muy duras para una princesita las tuyas —dijo él, sorprendido.

—Lo sé... pero prométemelo... Nadie que la haga llorar, que discuta con ella o que haga como que la quiere pero en realidad no.

—Entiendo... No puedo vigilarla en todo momento, pero te prometo que intentaré estar ahí si lo necesita, y aconsejarla si veo algo que no me gusta.

—... Me sirve. Gracias —dijo ella finalmente, antes de correr hacia la bruja—. ¡Ya está, ya acabamos!

—Sí que era largo ese secretito, sí —se rio Ángela.

—Era importante.

—Pocas cosas que digas tú no lo son.

—Soy una chica interesante, ¿verdad? —se rio la niña, antes de acercarse al portal—. Bueno, voy a subir ya.

—Vale, Carla... Que descanses. Espero que te lo hayas pasado bien.

—Sí... —contestó ella, mientras veía cómo Manuel se acercaba hasta la mujer—. ¡Genial!

“Cómo me gusta verla sonreír así... Cada vez lo hace más, a pesar de lo fría que era al principio” —meditó Ángela, antes de dirigirse con Manuel hacia el metro.

—Es una niña realmente simpática y especial —comenzó a hablar él, viendo que Ángela no decía nada.

—Sí, lo es.

—Y te quiere mucho, que lo sepas.

—Anda... ¿De eso iban vuestras charlas secretas?

—Eh, eh, eh... Eso es secreto de sumario. No me pidas que te diga nada, porque no lo haré.

—Un día con ella y ya te cuenta más cosas que a mí... ¡Qué desgracia! —dramatizó Ángela, antes de que ambos se rieran.

—La complicidad de los de la ciudad, ya sabes... ¡Te marginamos por ser de campo!

—¡Pero bueno! ¡Ahí os quedéis vosotros con vuestra ciudad fea y maloliente!

—¿No dijiste que ibas a intentar adaptarte y ver lo positivo?

—Ahí me pillaste...

—Suele ser muy fácil, ya sabes.

—Pero voy mejorando, ¿no? —le dijo sonriendo, antes de que empezaran a bajar las escaleras de entrada.

—Bueno, podría decirse —dijo él mientras se giraba y miraba en dirección a la casa de Carla.

—¿Podría decirse?

—Sí... Te noto más agria y malvada. ¡Progresas adecuadamente!

—¡Pero serás...!

\*\*\*

Ángela volvió a mirar por la rendija que dejaba la puerta, antes de dirigirse a Jorge.

—¡Es él! ¡De verdad está ahí en el sofá!

—Sí, vino ayer por la tarde mientras estabas con tus “dama y

vagabundo" en la feria. Se fue a acostar bastante pronto, por eso no lo viste.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—¿Tenía que decirlo? Es tu compañero de piso...

—Sí, pero... lo cierto es que sólo lo había visto una vez antes, y apenas cinco minutos.

—Curioso... —dijo la rata desde la cama, mientras se rascaba la oreja—. ¿Y qué, no piensas salir?

—Es que no están ni Victoria ni Carlos...

—¿Y?

—Que no sé... ¿De qué voy a hablar con él?

—¿En serio le estás preguntando a una rata sobre eso?

"Lo cierto es que no debería tener problema, pero... por lo que sea me incomoda" —pensó mientras lo miraba otra vez, antes de finalmente abrir del todo y acercarse al salón, decidida.

—Anda, si estás aquí. ¡Hola, Sergio! —exclamó, con su mejor amabilidad. Sergio se giró y la miró un momento, con esos ojos que parecían siempre estar en otra parte. Después volvió a mirar la televisión, mientras desayunaba un plato de cereales.

—Hola, Ángela.

—¿Qué tal? Me dijeron Victoria y Carlos que estuviste fuera de Madrid todo este tiempo...

—Sí, así es. Bien —respondió sin más.

—Me alegro —dijo ella, sin moverse del sitio. Después miró a Jorge, desconcertada, mientras éste le hacía señas de que a él qué le contaba.

—A mí no me mires. No te voy a sugerir temas de conversación.

"Tiene razón, la verdad... Pero aún así está siendo una situación muy tensa." —Tras unos segundos en silencio, fue a la cocina a comer algo, más por el no quedarse parada que porque tuviera hambre. Después de acabar con una triste manzana, volvió al salón, dispuesta a intentarlo de nuevo.

—Anda mira, si están echando la serie ésa del perro policía...

—Llevan años echándola a esta hora.

—¿Ah, sí? No lo sabía... —dijo antes de acercarse al otro extremo del sofá. Por un momento meditó preguntarle si podía sentarse o no, pero le pareció que no procedía en una relación de ser compañeros de piso, así que simplemente se sentó.

—Pues sí —dijo él, tras unos segundos callado. Después, el silencio volvió a instalarse, salvo la voz que salía del televisor. Ángela lo miraba de cuando en cuando de reojo, pero siempre se encontraba su inexpresivo rostro mirando al aparato.

—¿Y qué? ¿Estarás más tiempo esta vez? —dijo al fin.

—Es posible.

—Qué bien... —respondió ella, mientras veía cómo Jorge llegaba hasta su lado y trapaba por su pernera—. ¡Eh, mira quién está aquí!

—Ah, la rata —dijo él, girándose un momento—. Ya me comentaron ellos la mascota tan curiosa que tienes.

—Pues sí, no es un perrito o un gato, pero ya ves —dijo ella riéndose, aunque sin respuesta por su parte.

—Bueno, mientras te guste...

—Sí, me encanta —dijo mientras acariciaba la cabeza de su amigo. Éste la miró.

—Me vas a abrumar con tanto amor —se rio. Ella lo miró sonriendo también, pero sin decir nada—. Eso sí, coincido contigo en que es un tío peculiar.

—¿Tú alguna vez tuviste mascota? —dijo la bruja, dirigiéndose de nuevo al compañero.

—Perros.

—Qué agradables son, ¿verdad?

—Sí.

—Y los gatos, los caballos...

—De éstos no.

—Vaya... —Se paró un momento—. ¿Eres de Madrid o naciste fuera?

—Fuera, pero también de ciudad.

—Entiendo entonces lo del caballo —se rio, pero sin hallar contestación.

—Todo un ejemplo de empatía el muchacho, desde luego —escuchó hablar a Jorge bajo ella—. Además, empieza a oler diferente... Lo mismo le estás inflando las narices con tu cháchara.

“Puede ser, desde luego... Su esencia es bastante extraña... No me da para nada buena espina.” —Se encontraba pensando si no sería mejor irse a la habitación de nuevo, cuando de pronto el timbre de la puerta sonó.

—¡Ya voy yo! —dijo ella, apresurándose a levantarse y haciéndole un gesto a Jorge para que corriera a esconderse en la habitación. Cuando llegó a la puerta, vio al otro lado de la mirilla a Clara.

“Madre mía... ¡Me veo rodeada de jóvenes secos y con cara de pocos amigos!” —pensó por un momento, riéndose después para sí, antes de abrir.

—¡Buenas, Clara!

—Hola, Ángela —dijo la chica con su habitual parsimonia. Ángela se fijó en que volvía a llevar el gorro que tanto le gustaba.

—¿Qué querías?

—Un huevo.

—¡Ah! Espera, que ahora mismo te doy uno, no te preocupes... Pasa si quieres.

—Espero aquí.

—Como veas... —Ángela se giró, dispuesta a ir a la cocina, cuando de pronto notó la sensación de “aire helado” en su espalda. Se quedó completamente parada, antes de hacer como que se rascaba la cabeza y mirar disimuladamente hacia Clara. Fue entonces cuando vio cómo ésta tenía los ojos clavados en Sergio, sin moverse lo más mínimo.

“Sus ojos... Su cuerpo... Desprenden... Desprenden...” —Se sintió tan sobrecogida con la sensación que se dirigió rápidamente a la cocina, cogió el huevo y se lo llevó a la chica, a ver si seguía sintiéndolo así o sólo eran imaginaciones suyas... Por desgracia la situación parecía haberse amplificado más aun.

—A-Aquí tienes... ¿Quieres algo más? —dijo ella, forzándose a sonreír, a pesar de que se le estaban poniendo incluso los pelos de punta. La chica tardó en apartar su mirada del chico, pero cuando lo hizo su semblante no mostraba ningún cambio.

—Ah... Gracias. No, no hace falta nada más —respondió, cogiendo el huevo, antes de girarse—. Nos vemos.

—Sí... claro... Hasta luego, Clara —contestó ella desde la puerta, viendo cómo la joven comenzaba a bajar las escaleras. Siguió un rato ahí, quieta, dado que no se vio con fuerzas para cerrar hasta que escuchó cómo ella llegaba a su casa. Tras hacerlo miró a Sergio, el cual aparentemente no se había percatado de nada y seguía a lo suyo. Se sentía tan aturdida que entró a su habitación, dispuesta a tumbarse, pero al cerrar se encontró con algo que llamó su atención: Jorge estaba debajo del escritorio, pegado a la pared, hecho una bola.

—Pero... ¿qué haces? —preguntó ella, intrigada.

—¿Eh?... ¿Eres tú? —dijo él, con voz temblorosa.

—...¿Quién si no?

—Yo... yo... ¿Se puede saber qué demonios pasó ahí fuera!?

—Tú... ¿también lo sentiste?

—¿Cómo!? —dijo él, mientras se subía a la cama—. ¿Cómo podría no haberlo sentido!? ¡Ha sido como una puñetera explosión de sensaciones!

—Lo sé... Ese frío que sentí no era normal. Una cosa es sentir la esencia de alguien cuando cambia, y otra...

—¿Pero qué pasó?

—Vino la vecina. Clara, la chica callada que te comenté.

—¿Y ya está?

—Ya... Bueno, no. Cuando empezó a sentirse así...

—¿Sí?

—Estaba mirando a Sergio.

—¿A Sergio? ¿A don simpatía?

—Sí, exactamente. De hecho no le quitó el ojo hasta que... —De pronto se paró, al dejar de escuchar la tele de fondo. Jorge también se quedó completamente estático, mientras ambos escuchaban cómo unos pasos se movían por el salón, abrían una puerta que ella no había escuchado nunca, y después la cerraban.

—Tú crees... ¿que nos oía? —dijo ella, mirándolo.

—Mujer, nadie que no seas tú puede oírme... Creo.

—Ya, pero que justo haya cortado... ahora...

—Quiero creer que fue una casualidad.

—Y yo, pero... —Se quedó parada un momento, antes de

sentarse en la cama y acercar su cara a Jorge—. No sé qué está pasando, pero no termina de gustarme.

—Ya... Ni a mí... Aunque la otra se fuera, la sensación sigue estando en el ambiente. Es muy desagradable.

—Sí, lo es.

—... Oye, Ángela —dijo él tras un momento de silencio, en voz baja.

—Dime.

—¿Sigues pensando salir ahora a comprar?

—Pues... sí, supongo. ¿Y ese cambio de tema?

—Pues... que sé que no es lo más correcto, pero...

—¿Pero?

—¿Me puedes llevar? —dijo con vergüenza, esperando la negativa de su amiga. Por el contrario, se encontró con una cara seria y comprensiva.

—Sí, te llevaré... Te entiendo perfectamente —respondió, mientras se incorporaba e iba a por su bolso—. No sé muy bien por qué, pero a mí tampoco me gustaría quedarme sola con él ahora.

\*\*\*

—Bueno, Ángela, ¿qué tal? ¿Te vas apañando? —le dijo su compañera Marina.

—Muy bien, gracias... Me cuesta a veces aún un poco recordar dónde va cada cosa, pero va bien.

—Ya te irás acostumbrando, mujer, que sólo llevas dos días aquí y esto es muy grande...

—¡Y que lo digas! Jamás pensé que pudiera haber tiendas de ropa tan grandes en la ciudad.

—Pues tendrías que haber visto cómo era esto en los buenos años del centro comercial... ¡Aun más grande! —se rio la joven, viendo la cara de sorpresa de ella.

—¡Aun más!

—¡Sí, sí! Ocupaba todo el final de este piso, junto a las tiendas de deportes y la de muebles.

—Madre mía... —Se quedó mirando hacia fuera, tratando de hacerse una idea más o menos de cuánto espacio estaban hablando. Todo en aquel centro comercial le resultaba enorme e inquietante.

“Tanto sitio... para tener ropa que la gente viene aquí a comprar en vez de comprarla cerca de su casa... Una más de esas cosas incomprensibles.” —Sonrió sarcásticamente al pensarlo. Era un tipo de sonrisa que no recordaba haber tenido en todos sus años de vida, pero que curiosamente le salía cada vez más en las últimas semanas. Había cosas que intentaba comprender para adaptarse, pero con otras se daba cuenta rápido que no iba a entenderlas aunque lo intentara.

—Entonces tú eras del norte, ¿no? —volvió a decirle su compañera.

—Sí... ¿Y tú? ¿De aquí o de fuera?

—Nacida aquí, en Móstoles. Mis padres sí que eran de un pueblo de Granada.

—¡Anda, Granada! Qué bonita —dijo ella, recordando viejos tiempos en que una serie de encargos para ella y Cecilia las habían llevado hasta allí, antes de conocer a Teresa siquiera.

—Eso dicen siempre ellos... Tus padres también eran de Andalucía, ¿no, Lucía? —preguntó dirigiéndose a la otra compañera, la cual intentaba recoger todas las prendas que había por el suelo de la sección de ofertas.

—Pues sí, de Sevilla y Jaén. Vinieron aquí cuando aún había pesetas.

—¡Madre mía! No cayó de aquello ni nada...

—Ya te digo... La casa les salió por unos cien mil euros creo o por ahí. Con eso te digo todo.

—Cien mil euros por una casa aquí... suena tan al siglo XX.

—Al siglo XX... —intervino la bruja, después de escuchar a las dos jóvenes. Le hacía mucha gracia el concepto temporal que tenía la gente en la ciudad, comparado con el suyo.

—Bueno, claro, a ti todo esto te sonará a “mira las niñatillas éstas que ni existían entonces”, ¿no? —dijo Marina, sonriéndole.

—Tampoco es eso, mujer... Además, yo en esos años ni me enteraba de lo que pasaba en la ciudad, así que sé tan poco como vosotras.

—¿Pero de verdad estabais tan desconectados en tu familia de todo? —preguntó Lucía, intrigada.

—Podría decirse... Allí no hay la “necesidad” de información

que tenéis aquí.

—Jo... qué suerte —dijo la chica, haciendo que Ángela sonriera.

“La verdad es que sí, que ciertamente no nos interesamos en años y años por nada que no fuera el Círculo y si acaso los pueblos de alrededor... Lo que no sé es si realmente tendríamos que habernos interesado o hicimos bien.” —Se preguntaba a veces ese tipo de cosas cuando veía la cantidad de información que manejaba cualquiera a su alrededor, sobre todo gracias a internet. Cuando Teresa les comentaba lo útil que era, lo cierto era que ninguna de ellas le hacían demasiado caso, más allá de las estudiantes... Se encontraba meditando sobre lo mucho que había aprendido a manejar esa herramienta en su tiempo en la ciudad, cuando de pronto un potente griterío fuera de la tienda llamó su atención.

—¿Qué pasa? —preguntó Marina. Lucía se asomó a la puerta, antes de contestar.

—Buuuff... Me temo que fue Antonio otra vez —resopló, antes de que la otra chica se riera.

—¿Antonio? ¡Novedad! ¿Y qué hizo esta vez?

—Pues no puedo verlo, pero por los gritos de Manolo debió liarla bien gorda.

—Si es que ese hombre no aprende, desde luego... Yo lo que me pregunto es cómo no pierde el puesto.

—Ya te digo...

—¿De qué habláis? —preguntó Ángela, inquieta por el volumen de los gritos.

—Pues de Antonio, uno de los reponedores del supermercado... Que es un patán —dijo Marina.

—Pero de los grandes además —añadió Lucía.

—¿Y es normal que le grite así?

—Buufff, y esto no es nada... Lo raro es lo poco que le grita para las cosas que hace.

—¿Te acuerdas cuando derramó toda la leche que acababan de llevar? Y el tío tirando más y más botellas intentando frenarlo... —se rio Lucía, con su compañera acompañándola al poco.

—O cuando se equivocó poniendo los precios y la montó también.

—Ésa fue genial también, sí, sí.

—Entonces... ¿es simplemente que es algo manazas? —preguntó la bruja, sonriendo, pero sin ser partícipe de las burlas de ellas.

—Manazas se queda muy corto, Ángela... A ese hombre le falta un hervor por todas partes.

—Pero sus compañeros lo ayudarán... ¿no?

—¡Ayudarlo, dice! Los de allí llevan tiempo deseando que lo despidan, pero por lo que sea no lo hacen.

—Creo que es porque siempre se ofrece voluntario a las horas extra —dijo Lucía, tras asomarse de nuevo al seguir habiendo ruido—. Entonces aunque esté siempre provocando desastres, supongo que les compensará tenerlo trabajando a ese precio.

—Vamos, que entonces es buen chico —intervino Ángela, provocando las miradas de incredulidad de ambas.

—Bueno... Lo de chico se le quedó atrás hace mucho tiempo. Es un hombre de cuarenta y tantos, cincuenta, creo yo.

—Yo creo que también no lo despiden porque saben que si lo echan no vuelve a encontrar trabajo nunca, de lo mendrugo que es —se rio Marina, aunque paró al ver el semblante serio de Ángela. Ésta se acercó a su bolso y cogió unos pocos euros, antes de dirigirse de nuevo a ellas.

—¿Queréis algo del supermercado, chicas? Que me voy a pasar un momentito a por algo de bebida.

—Eh... No, gracias —respondió Marina, mientras miraba a Lucía con cara sorprendida.

—Yo tampoco.

—Bueno, pues entonces si no os importa, cubridme un par de minutos que ahora vengo. ¡Tengo la garganta sequísima!

—Sí, claro... No tardes...

“Con lo simpáticas que son para unas cosas, y lo crueles para otras... ¿Es que toda la gente joven es así?” —Al pensarlo no pudo evitar volver a recordar el extraño suceso con Clara y Sergio de apenas una semana antes, pero se lo intentó quitar de la cabeza rápidamente, dado que no era momento para volver a intrigarse con aquello. Comenzó a caminar hacia el supermercado, donde ya no se oía al tal Manolo gritar tanto, pero seguía diciendo frases humillantes

cada poco. Cuando dobló la esquina que daba a la puerta pudo ver cómo los compradores que había en las colas miraban de reojo aún, algunos riéndose, otros con curiosidad, al hombre que estaba arrodillado en uno de los pasillos. En el suelo había un gran charco, el cual limpiaba con un trapo, mientras que a su derecha estaba un recogedor, lleno de cristales y aceitunas. Poco más allá estaba el encargado, mirando enfurecido entre impropio e impropio.

—En serio, que no me explico cómo un desastre como tú encontró este trabajo... Gente así sois la que impedís que España vuelva a ser un gran país.

—... —El hombre que debía ser Antonio seguía en el suelo, recogiendo el líquido del bote que acababa de tirar. Aunque al principio no podía ver su cara, en un momento dado Ángela finalmente vio la expresión angustiada y triste de sus ojos. Antes de que pudiera siquiera pensarlo había pasado el arco de entrada y estaba a su lado, arrodillándose también.

—Espera, que te ayudo. El trapo que tienes está ya demasiado empapado —le dijo con una sonrisa, mientras sacaba servilletas de su bolso. El hombre la miró desconcertado, sin saber muy bien qué hacer.

—Señora... ¿Se puede saber qué hace? —dijo Manolo, tan cariacotencido o más que Antonio.

—Pues ayudarlo para que acabe más rápido.

—¿Pero no ve que lo rompió él? ¡Tiene que limpiarlo!

—Pero no tiene lo necesario para limpiarlo. Ni siquiera le habéis dado un cubo para escurrir.

—¿Un cubo...? —El encargado comenzó a acercarse, visiblemente enfadado—. Mire señora, aquí el encargado soy yo, y este patán va a limpiar lo que montó o...

—¿O qué? —dijo ella, levantándose a una velocidad casi imposible para alguien de su aparente edad. Tras hacerlo se quedó mirando fijamente a los ojos a Manolo.

—Pues... Bah, haga usted lo que le dé la gana —replicó, antes de darse la vuelta e irse por uno de los pasillos, murmurando.

—Bien, vete, no vaya a ser que ayudes algo —dijo ella por lo bajo, antes de dirigirse a Antonio—. ¿Qué, mejor con las servilletas?

—S-Sí. Absorben mejor. Ya casi está.

—Me alegro. Espera que te ayude a recogerlas —le sonrió mientras volvía a agacharse. Él la miró al principio, pero luego se giró, avergozado.

—No tiene por qué... Ya lo hago yo. Yo lo rompí...

—No seas tan bobo como ése —dijo señalando con la cabeza hacia donde estaba antes el encargado—. Todos tenemos fallos. Lo importante es querer compensarlos... y seguro que tú lo haces.

—... Sí. Siempre —respondió, mirándola directamente por primera vez.

—Pues eso es lo que importa.

—... Gracias.

“Destila bondad, el pobre... Quizá sea el que tiene la esencia menos “sucía” de todas las personas que conocí hasta ahora. Casi tanta como Verónica” —pensó mientras lo miraba, antes de que ambos se levantaran, una vez limpio todo. A su derecha pudo notar la indiscreta mirada de compradores y cajeras, pero le daba igual.

—Bueno, pues esto ya está...

—Sí... Aunque lástima de aceitunas —dijo él, con pena.

—Tranquilo, en la basura también cumplirán su función del ciclo.

—¿Perdón?

—No, nada, nada. No te preocupes —dijo ella, divertida porque se le hubiera escapado algo así delante de él—. Bueno, ya que estamos, ¿puedes llevarme adonde están las bebidas?

—Esto... Bueno, sí. Si me espera mientras llevo esto a tirar, sí.

—Por supuesto —respondió, antes de ver cómo se iba al almacén con el recogedor, para volver al poco tiempo. Al hacerlo pasó por su lado y le hizo una señal para que la siguiera. Una vez al lado de la nevera de las bebidas, se quedó a su lado mientras ella elegía, no sabiendo muy bien qué hacer.

—Si quiere lacteos también tenemos...

—No te preocupes. Que ya elegí —dijo mientras cogía una botella de un litro de gaseosa—. Aunque no sé si a las jóvenes como Lucía y Marina les gustará algo así.

—¿Lucía y Marina? ¿Se refiere usted a las de la tienda de ropa? —preguntó él, sorprendido.

—Sí... Yo soy la nueva dependienta y reponedora —le explicó mientras sonreía abiertamente.

—¿Usted?... —Se quedó un momento noqueado, aunque rápidamente su gesto cambió—. Es agradable ver gente de nuestra edad consiguiendo un trabajo tal como está todo. Me alegro por usted.

—¡Muchas gracias, hombre! —se rio, al verlo por fin sin tristeza y nerviosismo en sus ojos—. Además, tutéame. Soy Ángela.

—¡Ah! Como quiera... quieras, Ángela. Yo soy Antonio.

—Encantada.

—Y yo... Bueno, esto... Si te puedo ayudar en algo más... —comenzó a decir, de nuevo con los nervios anteriores. Ella sonrió.

—No te preocupes, hombre. Si venía sólo a por esto y tengo que volver ya antes de que se enfaden... ¡Nos vemos otra vez, Antonio! —exclamó, antes de comenzar a ir hacia la caja.

—Sí... ¡Eso espero!

La bruja estaba pagando en la caja cuando vio cómo Manolo la miraba con recelo desde la garita. Por un momento pensó en decirle algo, pero finalmente decidió que sonreír era lo mejor.

—¡Hasta luego! —se despidió con un gesto del encargado en voz alta, mientras la cajera la miraba, con ganas de reírse pero sabiendo que no debía hacerlo. Cuando Ángela enfiló hacia la tienda, pudo ver cómo Lucía estaba en la puerta, señalándose el reloj con cara algo enfadada. Aún así, no le hizo demasiado caso, toda vez que iba enfrascada en sus pensamientos.

“Que un hombre bueno y con ganas de trabajar esté bajo el mando de un bestia capaz de humillarlo delante de los clientes... Lo siento, pero a eso no puedo acostumbrarme.” —Le dio un trago al refresco, mientras de pronto sentía algo similar al asco. Aunque le sorprendió verse repentinamente con tanto enfado, curiosamente no hizo por apaciguarlo como siempre hacía... Algo le impedía ver el posible lado positivo que siempre le encontraba ella a todo.

“¿Y si es que no lo hay?... No, Ángela, no... No caigas en eso...”

# Cuarto correo

El Ayuntamiento de Madrid, en virtud de lo acordado en su sesión de 1.º de Mayo de 1900, y en cumplimiento de lo dispuesto en el Real Decreto de 1.º de Mayo de 1900, publica el presente bando para que los interesados en el concurso de obras de construcción de un edificio para el uso de escuela de niñas, que se celebrará en el mes de Julio de 1900, presenten sus propuestas de proyecto y presupuesto en el Ayuntamiento de Madrid, en el plazo de diez días hábiles, contados desde la publicación de este bando.

III

*Hola, amigas mías.*

*Sé que hace sólo unos días que hablé con todas por teléfono cuando me llamó Teresa, pero por alguna razón necesitaba escribiros después de lo que viví los últimos días. No paro de pensar últimamente que, por mucho que me estén yendo bien las cosas, la vida en el Círculo era algo que quizá no valorábamos del todo... ¡Aquí es todo tan complejo y triste a veces! Mirad, dos o tres días después de hablar con vosotras, me pasó que...*

—... La verdad es que fue muy divertido —finalizó Ángela su relato, mientras la niña seguía jugando.

—Ya veo... —respondió sin demasiado interés, antes de girarse hacia ella—. No paras de hablar de eso desde hace un tiempo.

—¿Tan pesada te soy? —se rio la bruja.

—Pesada lo que se dice pesada, no... Sólo cargante.

—¡Pero si es lo mismo!

—Quién sabe... —sonrió maliciosamente desde el columpio—. Que si Marina y Lucía por aquí, que si lo tonto que es Manolo, que si Antonio y lo simpático y amable que es...

—Vamos, que súper pesada.

—¡Súper pesada!

—No te voy a contar nada más ya entonces a ti, señorita princesa. —Fingió indignarse, aunque sin conseguir que picara.

—¡Eso, eso! ¡Ángela en silencio! ¡Lo nunca visto!

—Serás brujilla... —se medio rio, antes de escuchar cómo Jorge se asomaba por el lateral del bolso, el cual estaba a sus pies.

—Lo es, lo es... Y tú una pesada —se rio su amigo—. Bueno, voy a dar una vuelta por acá, que parece que hay cosas interesantes... ¿Está mirando o puedo?

—Puedes —susurró ella, sin dejar de mirar a la niña.  
—Perfecto. Vuelvo en un rato... Nada de irse del parque sin mí, ¿eh?

—Que sí, pesado... Pero ya sabes. Si viene algún otro niño o familia, de vuelta.

—Ya, ya. Como para no hacerlo con el pelo tan “discreto” que me dejaste... ¡Hasta luego!

“Antes esto era su casa y ahora se conforma con un rato de buscar cosas por ahí... Se me está aburguesando”—se rio recordando el primer encuentro con Jorge, su sorpresa cuando lo llevó a casa y cómo se había ido acostumbrando a ésta poco a poco, hasta el punto de ya apenas pedirle que lo llevara con él a la calle, salvo ocasiones muy puntuales. Su vida en la calle había sido sustituida por la buena comida, el dormir cuando quisiera, el tener el portátil disponible en cuanto se iba ella de casa... Demasiado placer como para rechazarlo, por muy rata que se fuera.

Igualmente recordó sus primeros momentos con Carla, mientras la veía jugar y divertirse. Seguía siendo la misma en casi todos los aspectos de su personalidad, pero notaba cómo se había abierto un poco más desde el día que pasaron con Manuel en la feria. Seguía sin conseguir que ninguno de los dos le contara el secreto que se habían contado aquel día, pero no le importaba más allá de la curiosidad. Conociéndolos, era imposible que fuera nada malo.

—Bueno, ¿y entonces qué? ¿Solucionaste el problema aquel con Dani, tu compañero de clase?

—Mucho tardabas en preguntar... —se enfadó la niña, mientras se alejaban del parque, camino a casa.

—Y mucho tú en contármelo, después de tanto que me dijiste el otro día...

—Sí, lo resolví.

—¿Bien?

—Bien.

—¡Así me gusta! —rio Ángela de nuevo. Tuvo tentación de chincharla sobre lo bien que se llevaban ese niño y ella, pero prefirió callar. Iba a reanudar la conversación con otro tema cuando de

pronto vio que Carla paraba en seco, mirando hacia delante con los ojos completamente abiertos.

—No...

—Carla, ¿qué pasa? Que te paraste así sin más...

—¡Ven, ven! ¡Sígueme y aparta de ahí! —le gritó la niña mientras corría a ocultarse en un soportal de la calle de al lado. Ángela en un principio no entendía nada, pero obedeció. Antes de hacerlo echó un último vistazo hacia donde había mirado Carla, pero no vio nada más que dos o tres personas andando.

—Espero que me expliques qué pasa... —comenzó a decir, mientras la pequeña pegaba la espalda a la pared, intentando ocultarse lo máximo posible.

—... Vale, pero no mires directamente hacia mí. Disimula.

—¿Disimular? ¿Por qué?

—¡Hazlo! —gritó levemente, lo cual sorprendió a Ángela. Iba a decirle que esas no eran maneras de pedir algo, pero al girarse vio cómo los compungidos ojos de la "princesa" la miraban fijamente—. Por favor, Ángela...

—Vale, vale... Haré como si nada.

—La niña está muy acelerada, así que no la presiones —escuchó que le decía Jorge desde el bolso.

—Mira Carla, voy a hacer una cosa... Voy a alejarme unos pasos y cuando me digas vuelvo, ¿vale?

—Sí... —dijo ella, antes de que la bruja se alejara. Cuando se aseguró de estar a distancia suficiente, se dirigió a la rata.

—¿Notas algo raro en el ambiente? Porque yo no...

—Nada de nada... Sólo que Carla está bastante asustada.

—Mis capacidades no llegan a tanto, pero si alguien quisiera hacerle algo, tú lo notarías, ¿no?

—Salvo que fuera alguien con mucho desodorante... —bromeó él, aunque rápidamente se dio cuenta de que su amiga no estaba para esas cosas—. Sí, lo notaría. Más o menos dependiendo de la persona, pero sí.

—¿Y nada?

—Nada... —empezó a decir él, antes de quedarse callado un momento, con el hocico fuera del bolso—. Aunque no se puede decir lo mismo de Carla. Está aun peor que antes.

—¿Cómo? —preguntó ella mientras se giraba. Al hacerlo

pudo ver cómo la niña se asomaba tímidamente desde su escondite, viendo cómo una mujer bajaba la calle en dirección hacia Conde de Casal. Cuando pasó de largo, salió del portal y corrió hasta la esquina, mirando de nuevo hacia la bajada de la cuesta.

“¿Esa mujer era su preocupación?” —Se quedó mirando extrañada a Carla unos segundos, hasta que finalmente ésta se giró y fue corriendo hasta ella.

—Ya podemos salir. Pero vamos rápido.

—Oye, Carla...

—Venga, rápido. Tengo ganas de estar en casa —la cortó la niña, mientras la cogía de la manga del abrigo.

—Vale... —Cuando volvieron a Doctor Esquerdo miró hacia donde había estado mirando Carla. A casi dos manzanas de distancia podía ver aún a la mujer de las sospechas. No le había podido ver apenas la cara, pero el chándal gris que llevaba sí la hacían fácilmente visible.

—¡Venga, Ángela! —gritó de nuevo Carla, mientras subía la cuesta rápidamente.

—Nunca me había gritado y hoy ya van dos veces... —murmuró la bruja para sí. Si bien Jorge la escuchó, prefirió no decir nada.

Cuando llegaron al portal de Carla, ésta se quedó un momento parada. Después se dirigió a Ángela, sin mirarle a los ojos.

—Perdona por haberte gritado, Ángela, pero...

—No pasa nada, hija —le respondió cariñosamente, enternecida por ver lo mal que lo estaba pasando.

—Lo siento... —dijo la niña, antes de por fin mirarla directamente—. ¿Te importaría esperar aquí un momento?

—Sin problema —respondió, viendo cómo su amiga iba hasta el portal.

—La pequeña Carla, siempre tan curiosa —dijo Jorge, lo cual hizo sonreír con cierta tristeza a Ángela. A los pocos segundos la niña volvió, apesadumbrada.

—Oye Ángela... Esto no tiene nada que ver contigo, pero...

—Quieres que nos despidamos ya, ¿no?

—Sí... —dijo ella, con el gesto compungido. La bruja no pudo evitar volver a sonreír, mientras le ponía la mano en la cabeza.

—Claro, no te preocupes... ¿Pasado mañana a la misma hora?

—Sí...

—Vale, pues entonces nos vemos pues —respondió afablemente, antes de despedirse con la mano—. ¡Pórtese bien en el colegio y en casa, majestad!

—... Lo haré, bruja —dijo la niña intentando sonreír, antes de que Ángela se girase del todo y comenzara a andar hacia el metro. Cuando apenas llevaba una manzana, de pronto pudo ver cómo de frente venía la misma mujer que había provocado la reacción de Carla. Con un caminar errático y la mirada perdida, subía la calle con una bolsa de plástico en su mano.

—Jorge, ¿estás ocupado?

—No, dime.

—Por favor... Olisquea lo mejor que puedas con ese precioso hocico que tienes.

—Ay, que me ruborizas —se rio él, mientras asomaba ligeramente la nariz por entre las cremalleras—. De acuerdo, en ello estoy.

—Vale —dijo ella, antes de quedarse en silencio y seguir andando. La mujer pasó a su lado sin siquiera percatarse de su presencia, incluso aunque Ángela no hubiera reparado lo más mínimo en disimular y la hubiera estado mirando fijamente. Cuando pasó de largo, la bruja se paró y giró, mirando cómo se alejaba lentamente.

—¿Y bien? —preguntó Jorge.

—Sólo dime una cosa...

—Tú dirás.

—¿Olía parecido a Carla?

—Creo que sé por dónde vas... y sí, su olor era muy parecido al de vuestra princesita.

—Lo que me temía... —dijo con amargura en su voz, mientras no podía evitar seguir mirándola.

\*\*\*

—Pues no está nada malo el pollo... —dijo Ángela, mientras cogía otro nugget.

—¿Verdad? Ya te dije que te gustaría —sonrió Antonio, mientras rebañaba el plato.

—Sí. Sobre todo el... rebozado... —respondió ella, intentando mantener la compostura.

“Ay... Si me vieran Cecilia y Verónica comiendo esto no quiero ni pensar lo que me dirían”—pensaba mientras lo miraba devorando todo el contenido del cubo de cartón. Le costaba comprender qué podía ver él en un sitio tan mediocre, por mucho que fuera el mejor restaurante del centro comercial... Mas aun con todo se encontraba bastante a gusto.

—Se me hace raro —dijo de pronto él, sorprendiéndola.

—¿El qué?

—El estar aquí comiendo los dos... Hasta ahora sólo habíamos charlado en el súper o en el metro.

—Cierto, cierto... Bueno, ya era hora, ¿no?

—Desde luego —contestó él con una gran sonrisa. A pesar de lo inseguro y triste que parecía cuando lo conoció, con el tiempo se le había mostrado como alguien bastante simpático y alegre cuando se sentía cómodo... El problema es que sólo parecía estar así cuando estaban los dos solos.

—Oye, y lo que me contaste de... —Se paró de pronto, al ver cómo Marina y Lucía se les acercaban, ya preparadas para irse—. Anda, mira quiénes están aquí.

—Eso deberíamos decir nosotras... ¿Os quedáis a cenar después del curro o qué? —preguntó Marina, sin ocultar su sorpresa, antes de girarse hacia él—. Hola, Antonio.

—Hola —respondió él, sin mirarla directamente.

—Teníamos ganas de comer algo... ¿Vosotras os marcháis ya? —preguntó la bruja.

—Pues sí, que a nosotras nos queda aún un trecho... Y cuanto más lejos de este sitio, mejor —respondió Lucía, con gesto hosco.

—Tampoco es que sea un mal lugar, ¿no?

—Psé... —respondió de nuevo con molestia la chica.

—Bueno, bueno, con calma... —intervino Marina de nuevo.—. Bueno, pues nosotras nos vamos entonces ya... Nos vemos ya mañana, ¿vale, chicos?

—¡Claro! ¡Que vaya bien!

—¡Igualmente! —se despidió la chica. Desde la mesa pudo ver cómo se iban, cuchicheando y riéndose, pero no las miró durante mucho tiempo. Al dirigirse de nuevo a Antonio, vio que éste seguía sin levantar la cabeza del cubo.

—Ya se marcharon... ¿no?

—Sí, ya se fueron... No te caen demasiado bien, ¿eh?

—Ni yo a ellas. No se molestan en ocultarlo —respondió él secamente, mientras miraba al plato. Su gesto le recordaba a Ángela al de un niño pequeño cuando se enfada.

—Bueno, ya sabes cómo son los jóvenes... No tienen modales en algunas cosas...

—Ni compasión, ni agallas —la cortó él, ya por fin levantando la cabeza—. Al menos, ellas.

—Bueno, bueno, ya está... ¿Qué tal fue hoy el día? ¿Conseguiste que Manolo te dejase en paz?

—Sí, eso parece. Últimamente está muy suave conmigo... Que siga, que siga.

—Eso. Que te deje tranquilo —sonrió ella, recordando lo furioso que se ponía el encargado las primeras veces que trató con él.

“Me pregunto si él mismo se dará cuenta de que vive mucho mejor desde que no se enfada tanto...” —pensó con malicia, mientras cogía el donut de postre y lo miraba con cierto recelo. No terminaba de entender cómo ese bollo tan grasiento podía gustar tanto a la gente.

—Y a ti qué... ¿al menos a ti sí te tratan bien? —reanudó la conversación él.

—¿Marina y Lucía? Sí, sí, muy bien. Y el encargado de la tienda las pocas veces que viene también. Tienen sus cosas todos, pero todo es saber de qué cosas hablar y cuáles no.

—Qué suerte... Aunque no me extraña, con lo simpática que eres tú con todo el mundo.

—Ni que tú no lo fueras —se rio ella.

—Ya ves para lo que me sirve...

—Ay, no seas así, que no es para tanto.

—Ya, bueno... Tú siempre ves las cosas buenas de mí y minimizas

las malas.

—¿Por qué será? —dijo ella sonriendo. Él se quedó mirándola fijamente sin decir nada durante unos segundos—. Oye, ¿quieres mi donut? Que yo estoy llena y veo que tú te quedaste con hambre.

—¡No me quedé con hambre!... Pero si no lo quieres...

Aunque en principio habían quedado en estar sólo un rato, antes de que se dieran cuenta los camareros del restaurante se acercaron a ellos, comentándoles que tenían que cerrar. Ángela se acaloró por la vergüenza de no haberse dado cuenta, haciendo reír a Antonio.

—No pasa nada, mujer. Les hacen quedarse a trabajar hasta esa hora aunque no haya clientes.

—¿De verdad? ¿No podrían haberse ido a casa antes de no estar nosotros?

—Más quisieran...

Tras recoger sus cosas se fueron al metro, trayecto que llevaban ya unos cuantos días haciendo, toda vez que él vivía apenas a tres paradas de su piso. Durante el recorrido solían hablar de un poco de todo, desde la graciosa forma de ser de Victoria hasta lo complicado que era para Antonio cuidar de su madre cuando sus hermanos se desentendían. Aunque comentaban también tonterías y trivialidades, notaba cómo poco a poco cada vez éstas eran menos, sabiendo el uno del otro algo más cada día.

“El día menos pensado se me escapa algo del Círculo o lo que sea... ¡Cuidado con las confianzas, Ángela!” —se reía para sí mientras veía cómo él la miraba conmocionado, incapaz de comprender cómo podía resultarle el béisbol más interesante como deporte que el baloncesto... Desde que habían comenzado a volver juntos a casa, raro era el día que él no se sorprendía con algo que dijese, provocando su risa posterior.

—Bueno Antonio, llegó mi parada... —dijo con cierta tristeza—. Nos vemos el lunes, ¿vale?

—Claro que sí. Ten buen fin de semana, Ángela... ¡Y cuidado ahora en la calle!

—¡Igualmente! Y déjate de tonterías, hombre, que vivo al lado —le sonrió abiertamente ella, antes de bajarse a empujones del vagón y salir a la calle.

Cuando subió las escaleras le sorprendió no ver prácticamente a nadie en la calle, pero al poco se dio cuenta de que si les habían cerrado en la cena, muy pronto no debía ser. Comenzaba a hacer ya bastante frío por las noches, así que se tapó con el pañuelo y el abrigo lo mejor que pudo, antes de comenzar a andar hacia el portal. Estaba apenas a unos pasos de éste, cuando de pronto creyó oír algo en la calle que hacía esquina.

—¿Eh?... —Se quedó mirando un momento, pero no consiguió escuchar nada. Se disponía a abrir la puerta del edificio ya, cuando volvió a escuchar algo de nuevo, esta vez mucho más claro.

—... Ayuda. —La voz apenas sonaba como un murmullo, pero venía claramente del callejón. Parecía la voz de un niño, así que la bruja no perdió un segundo en dirigirse hacia allí.

—¿Quién está ahí? ¿Qué pasa? —preguntó en voz alta, sin parar de andar.

—Ayuda... Por favor...

—¡Ya voy, ya voy!

—Por favor...

—¡Tranquilo pequeño, que ya...! —Al doblar la esquina, algo le tapó la boca, impidiéndole acabar la frase. Al principio la sorpresa no le dejaba pensar, pero rápidamente comprobó qué era lo que le estaba ocurriendo: delante de ella dos hombres la miraban amenazantes, mientras un tercero la sujetaba por la espalda, impidiéndole moverse. Había caído de lleno en una trampa.

—No parece ser de las que tienen mucho dinero... pero nos servirá —dijo uno de ellos, antes de dirigirse al que la sujetaba—. Venga, Tico, llévala al fondo.

—Vale... —dijo el gigantesco hombre detrás de ella, sin dejar de sujetarle la boca. De pronto pudo ver cómo su cara aparecía a su lado—. Sé buena y ven conmigo sin decir nada... porque como intentes gritar o lo que sea te mato aquí mismo.

—No se te escape la navaja, que no quiero líos —dijo el tercero, mientras se rascaba el brazo sin parar. A pesar de que intentaba no

oponer resistencia, el hombre la llevaba de una manera tan violenta que no podía evitar tropezarse cada poco. Antes de que se diera cuenta, habían entrado en una galería abandonada, a la cual apenas llegaba la luz de un patio al fondo.

“Bueno... Desde luego que estoy en problemas... Tengo que ver la manera de escapar, pero no puedo montar un escándalo.”— Aunque en un principio había sopesado la idea de dejarse robar, considerando que no tenía demasiado encima, un rápido vistazo a la esencia de sus atacantes no terminaba de asegurarle que no fueran a intentar hacer algo más. La cuestión era cómo hacerlo sin tener que recurrir demasiado a la magia... y sin que hubiera posibilidad de fallo, claro.

—Bueno, aquí es suficiente, creo yo —se paró el que parecía ser el líder, a medio camino entre la calle y el patio—. Pásame el bolso, a ver qué tiene esta “señorita”...

—Aquí tienes, Rafa —obedeció el otro, sin que el grandullón dejase de sujetarla en ningún momento.

—A ver... Vaya, qué de potingues. ¿Trabajas de maquilladora o algo? —se rio el hombre, mientras seguía rebuscando hasta encontrar el monedero—. Bueno, aquí está.

—¿Y bien?

—... Una mierda. No nos da ni para pillar una —dijo con molestia, antes de girarse hacia ella—. Mira a ver si tiene más encima, o si algo de su ropa es caro.

—Pues vaya suerte tenemos... A ver si la doña al menos lleva algo útil. Sujétala fuerte, Tico —dijo el otro mientras comenzaba a abrirle el abrigo y buscar en los bolsillos. Aunque intentó resistirse en un principio, rápidamente el otro le enseñó la navaja, haciéndole gestos de que se estuviera quieta.

—¿Algo?

—Pues me temo que salvo los zapatos o el abrigo, nada de nada —dijo enrabiado—. Pillamos una vieja de noche en este barrio y resulta ser una pobretona... ¡Qué mierda!

—Y tanto... Pero espera, que voy a mirar yo —dijo el otro de pronto. Inmediatamente Ángela notó cómo el aire se enrarecía... y comenzó a temblar.

“Ese desalmado... ¡Me va a matar! ¡Su esencia cambió totalmente al saber que no llevo nada! ¡Me va a matar! ¡Me va a matar!” — Aunque sabía que tenía que preservar el secreto de su magia, la tensión del momento la llevó a intentar repasar mentalmente qué hechizo podía usar que no la descubriera, pero le permitiese huir. Normalmente se le habría ocurrido uno casi instantáneamente, pero en esos momentos estaba tan nerviosa que le costaba concentrarse y no terminaba de ocurrírsele. Para colmo, que el tal Rafa comenzase a cachearla de malas maneras buscando cualquier cosa de valor no ayudaba.

—¿Encuentras algo? Que empiezo a cansarme de sujetar — comentó con molestia Tico, mientras escupía al suelo.

—Tranquilo, que me temo que no vas a tener que sujetarla mucho más.

—¡Te lo dije! ¡La vieja no tiene nada! Oh, dios, dios... —El otro hombre empezó a dar vueltas por el oscuro pasillo, rascándose de nuevo de forma descontrolada.

—Bueno... Pues aquí ya no hay nada que hacer —dijo finalmente, tras dejar de buscar. La miró a los ojos fríamente, antes de extender el brazo—. Dame la navaja.

—Pero Rafa, sólo es una vieja...

—Una vieja que nos ha dado la noche. Dámela —dijo de nuevo, esta vez mirando a su compañero. Durante un momento no pasó nada, pero después notó cómo su captor aflojaba la presión un momento para darle el arma. En ese instante, aunque fuera levemente, su boca quedó liberada.

“No te saldrás con la tuya, desgraciado.” —Hacía muchos años que no sentía tanto odio como en ese momento, pero no le importó lo más mínimo. En apenas un susurro recitó los sonidos necesarios, mientras los dedos de sus manos hacían el gesto correcto. Miró a los ojos al hombre que quería asesinarla. Pudo notar cómo su rostro se desencajaba, aunque no tanto como realmente habría sido su deseo.

—Pero qué diablos... —Los tres hombres comenzaron a encogerse, llevándose las manos a la tripa. Durante un momento hubo silencio, pero rápidamente los ruidos y el olor delataron que el

conjuro había funcionado perfectamente.

—Dios... —Las manos que habían estado sujetándola todo ese tiempo se aflojaron, incapaces de aguantar. Ella se echó hacia delante lentamente, notando cómo el hombre caía al suelo entre sollozos. Tras comprobar que los otros dos se encontraban en igual estado, fue a por su bolso, el cual tenía dos o tres botes esparcidos a su alrededor.

“Mientras mantenga la concentración no podrán levantarse... Tendría que llamar a la policía, pero no sé cómo hacerlo a estas horas.” —Mientras se levantaba de recoger sus cosas, se lamentó por primera vez de no tener un móvil. Recordó los enfados de Victoria, molesta porque no se le pudiera contactar cuando hacía falta, o los comentarios de Carlos sobre lo seguro que era estar localizado... Mientras pensaba en ello sus ojos se posaron en la figura de Rafa, hecho un ovillo en el suelo. La peste comenzaba a ser insoportable.

“O quizá debería quedarme aquí, manteniendo el hechizo hasta que sus cuerpos no lo resistan...” —pensó por unos segundos... hasta que se dio cuenta de lo que estaba planteándose y se asustó. ¿Cuándo había sido la última vez que había pensado en matar a alguien? ¿En las ejecuciones de Oviedo? Ahí seguro que sí, pero... ¿había habido alguna después?... Se encontró de pronto a sí misma con los ojos encharcándosele de lágrimas por los recuerdos y el pánico de haber estado a punto de perder el control. Tras esquivar a los dos hombres comenzó a caminar rápidamente hacia la salida. Tan rápidamente que no lo vio venir.

—¡Ah! —gritó de dolor, al notar cómo el cuchillo cortaba su pierna, haciéndola caer. Se llevó las manos a ella, momento en que pudo ver cómo el tercer hombre, el único del que no había escuchado el nombre, se intentaba incorporar lentamente.

“¡Oh, no! ¡Perdí la concentración! Pero aun así, los otros aún están en el suelo... ¿Por qué él no? ¿Cómo puede...?” —Las preguntas no dejaban de agolparse en su mente, cuando de pronto todo se quedó en blanco, al ver cómo él ya se había levantado, con el cuchillo en la mano.

—No sé... No sé qué narices nos has hecho... pero lo vas a pagar... No pillaré hoy nada, pero tú de aquí no sales... —En apenas un segundo llegó hasta ella, para después empezar a levantar el cuchillo. A esa distancia no tendría tiempo de hacer nada que no fuera intentar algún hechizo de reacción... ¿Pero podría controlarlo? Y si lo controlaba, ¿cómo haría para salir de allí sin que nadie la viera después del escándalo? Eso sin contar con que lo mismo se equivocaba y volaba todo eso por los aires, o que igual confundía el conjuro y ejecutaba el que no era... ¿Le daría tiempo a uno de protección? No, definitivamente no. Y aunque le diera, no lo controlaba, así que podía desmayarse y que fuera todo en vano...

“¿Qué puedo hacer? ¿¡Qué puedo hacer!?” —pensaba mientras concentraba la energía, viendo que el hombre ya había levantado del todo el arma.

—¡Muere, maldita! —escuchó su grito en el silencio de la galería. Cerró los ojos, dispuesta a liberar la energía y que fuera lo que tuviera que ser, cuando de pronto una voz extrañamente familiar le dictó que no lo hiciera.

—De eso nada, imbécil.

\*\*\*

Apenas fueron unos segundos, pero Ángela podría haber descrito tranquilamente cada uno de ellos durante un buen rato: el cómo el hombre se giró sorprendido, el momento en que sus dos compañeros se levantaron al liberarse del dolor de su hechizo, la sombra con forma de mujer que había en el hueco de luz del patio y cómo corrieron sus agresores a acabar con ella...

Pero, sobre todo, podría haber descrito durante horas la violencia y belleza de sus movimientos.

—¡A por ella! —gritó Rafa, mientras intentaba recuperarse del dolor en su abdomen. Sus dos compinches no tardaron en abalanzarse sobre la intrusa, pero antes de que pudieran entender nada, ella comenzó a correr hacia ellos... hasta que de pronto,

simplemente desapareció.

—Pero qué... —dijo Tico, mirando en todas direcciones, desconcertado.

—¿¡Dónde se ha metido!? —gritó Rafa—. ¿¡Está abierta la puerta de alguna de las tiendas!?

—No... no lo veo... —dijo el tercero—. Está todo muy oscuro... ¡No veo nada! ¡Saca tu mechero!

—Ya... ya voy. —Se acercó hasta ellos, mientras lo sacaba. Después lo encendió, enfocando hacia las paredes a ambos lados.

—Yo... yo comprobé antes de venir que estaba todo cerrado —dijo Tico.

—Y lo está... —respondió Rafa con voz temblorosa, mientras iba de una tienda a otra, comprobando las puertas—. ¡Está todo cerrado!

“No me digas que...” —Ángela los observaba con los ojos abiertos por completo. Había intentado levantarse para huir, pero el corte era más doloroso de lo que pensaba y le hacía volver a caer al suelo. Había empezado a aplicarse un conjuro de curación lo más rápido que podía, pero el ver cómo la chica desaparecía de pronto la había dejado tan noqueada como a ellos. Se encontraba pensando si sería posible lo que se estaba planteando, cuando la situación volvió a llamar su atención.

—Oh, vaya... ¿Tenéis miedo a las sombras? —dijo la voz, con un tono extraño y escalofriante. Era como si proveniese de varios puntos al mismo tiempo.

—¡Está ahí! ¡Matadla! —gritó Rafa, enfocando rápidamente la luz hacia donde había escuchado él, pero sin hallar nada.

—No. No estoy ahí.

—¡Es aquí, Rafa! —dijo Tico también, pero cuando el otro se acercó, de nuevo se encontraron el vacío.

—Tampoco.

—Su voz... su voz... —comenzó a decir el tercero, mientras daba pasos hacia atrás, en dirección a la salida de la galería—. Es como...

—¿¡Qué!? ¿¡Qué dices, Javier!? —le chilló Rafa, acercándose rápidamente para cogerle de la raída chaqueta de cuero—. ¿¡Qué dices!?

—Es... como si viniera de todas partes... —murmuró finalmente en voz baja, con las gotas de sudor frío cayéndole por la mejilla. Sus dos compañeros lo miraron en silencio, igualmente asustados, hasta que ella confirmó sus temores, rompiendo el silencio.

—Eso es más acertado.

Antes de que pudieran siquiera reaccionar, una masa de luz roja se desplazó como un rayo ante sus ojos hacia a Tico, el cual acto seguido salió volando por los aires. Tanto Ángela como los otros se quedaron paralizados al contemplar la escena. Tico también se quedó unos segundos parado en el suelo, dolorido, hasta que intentó levantarse para entender qué demonios había ocurrido... Por desgracia para él, nada más comenzar a hacerlo de nuevo un brillo rojo apareció a su alrededor, volviendo a hacerlo levitar, antes de llevarlo a chocar terriblemente contra suelo, techo y paredes repetidas veces, tan rápido que no podía siquiera llegar a gritar. Tras estar así el rato suficiente como para que tanto Rafa como Javier comenzasen a temblar descontroladamente, la escena paró, quedándose de nuevo Tico suspendido en el aire, sin moverse lo más mínimo. Luego volvió a salir lanzado a lo lejos, hasta aterrizar cerca de la luz del patio, pero sin llegar a asomarse.

—Oh... dios... dios... —Javier no sabía en qué momento había caído de rodillas, pero a pesar de todos sus intentos por levantarse y salir corriendo, era incapaz. Era como si una siniestra fuerza lo obligase a estar allí quieto, mirando cómo "algo" destruía a su compañero. El mismo "algo" que, a pesar de haber estado a varios metros apenas medio segundo antes, ahora estaba a su lado. La distancia era tan pequeña que podía distinguir cómo el brillo no era realmente brillo, sino más bien algún tipo de bruma. A su lado Rafa estaba sentado en el suelo, en un estado similar al suyo.

—¿Cuál de vosotros es el jefe? —preguntó la voz, casi susurrando.

—¡Él! ¡Él!! —chilló Javier, antes de que Rafa pudiera siquiera reaccionar. Cuando éste lo miró con odio, para su sorpresa se encontró con que ya no estaba de rodillas, sino levantándose poco a poco... pero no porque él quisiera—. No... no...

—No. No te ibas a salvar por eso —dijo la sombra rojiza, antes

de que Javier cayera hacia el suelo violentamente, para después ser arrojado en la misma dirección que Tico. Al igual que éste, una vez caído no volvería a levantarse.

“No me lo puedo creer... Ella es una...” —Después de que el hechizo hubiera curado del todo su herida, Ángela pensó que quizá lo correcto sería salir corriendo mientras ese ser seguía entreteniéndose con los ladrones... pero rápidamente desechó la idea. Aparte del deseo de ver cómo terminaba todo, y si de verdad era quien por su voz parecía, tenía claro que si quería también hacerle daño a ella, correr no serviría de nada. En lugar de eso intentaba recuperar la energía que podía, mientras se preparaba por si tenía que lanzar algún tipo de ataque capaz de contrarrestar la fuerza de esa bestia.

—Bueno, pues sólo quedas tú —dijo la voz, antes de comenzar a rodear por todas partes a Rafa, el cual seguía sin poder dejar de tiritar—. ¿No eras tan fuerte con la navaja? ¿Por qué no atacas?

—Yo... yo... No... Por...

—Ah, claro... Que no la tienes. Que sin ella no eres nada... Bueno, qué demonios, con ella tampoco eras una mierda, créeme —dijo con desprecio, mientras comenzaba a levantar al ladrón del suelo, como a los dos anteriores.

—No... Por favor... No... No... —sollozó él, mientras comenzaba a llorar. Súbitamente su ascenso cesó, al tiempo que una seca risa salía de entre la niebla.

—¿Que no te haga lo de esos dos? Tranquilo... Lo tuyo va a ser mucho peor —sentenció con tono serio. Rafa intentó gritar y liberarse, pero antes de que pudiera hacerlo el vapor rojo se volvió granate a su alrededor, para después comenzar a brillar como el fuego. Ángela intentó ver qué ocurría, pero lo único que pudo contemplar durante unos segundos fue una masa llameante convulsionándose... Y luego, el silencio, previo ver cómo de pronto ésta se difuminaba y Rafa caía al suelo.

“Lo que me temía... Se alimentó de uno de ellos” —pensó fríamente, viendo cómo el rostro desencajado del ladrón se encontraba mucho más delgado que antes, pálido y aparentemente falto de vida. Sus ojos estaban completamente abiertos, mirando un

punto en el infinito, mientras sus manos estaban sujetas al pecho, probablemente el último movimiento que había hecho dentro de la presa de su depredadora. Tras mirarlo unos instantes, finalmente Ángela se incorporó, sin ver nada ni nadie a su alrededor. Por un momento se vio tentada de intentar salir en silencio, pero después decidió hablar, con las manos aún preparadas para hacer los gestos necesarios.

—¿Tengo que temer que me ataques por alguna razón o con él te fue suficiente? —preguntó tranquila, a pesar de la tensión. Después de unos segundos de silencio, chasqueó la lengua con molestia—. Venga, Clara, muéstrate ya... Si querías que no te reconociera, haberte callado.

—... ¿Todas las brujas viejas sois así de desagradables? —se quejó con sorna la joven, antes de salir de un punto imposible entre las sombras. Iba vestida entera de negro, salvo el detalle en que tantas veces se había fijado Ángela: el gorro rojo y negro. De no ser por lo inquietante de la situación, se habría reído al comprender por qué le había llamado siempre la atención.

—No todas, mujer... Pero si conoces alguna que no lo fuera después de lo que acabo de ver, espero que me la presentes —dijo sonriendo, pero sin bajar la guardia.

—Lo haré, lo haré... Pero más raro sería encontrar una que agradeciera que acabe de salvarla de...

—Muchas gracias, Clara. De verdad —la interrumpió la bruja, provocando la sorpresa de la joven. Por primera vez desde que la conocía, vio algo parecido a una sonrisa en su cara.

—Vaya... Supongo que siempre hay una primera vez —dijo irónicamente, antes de señalarla—. Pero si quieres que te crea de verdad, sería mejor que dejases de preparar hechizos con la otra mano, ¿no crees?

—¡Oh! ¿Es que puedes notarlo aun con ese "represor" tan gracioso que tienes? —respondió, sorprendida porque la hubiera descubierto.

—Bueno, tengo que admitir que es terriblemente eficaz —contestó mientras se tocaba el gorro, masajeándose la cabeza. Después volvió a mirarla con ojos cansados—. Pero incluso con él, lo que sea que prepares en tu espalda desprende tanta magia que lo

habría notado incluso con cinco como éste.

—Entiendo... Pues nada, ya está —dijo mientras le enseñaba las dos manos—. ¿Mejor?

—Desde luego... Aunque si de paso dejas también de intentar captar mi esencia mientras hablamos, sería ya genial por tu parte.

—¡Pero bueno! —se rió ella—. ¿Se puede saber cuánta esencia eres capaz de captar, hija?

—Por desgracia para mí, demasiada... Si me quitara el gorro, probablemente captaría la de todos los que viven en esta manzana.

—Oh, vaya... —respondió Ángela con cierta tristeza—. No debe ser nada agradable.

—No, no lo es. Y menos con la cantidad de maldad que hay en este sitio —respondió con sarcasmo Clara, antes de dar dos pasos hacia ella—. Pero supongo que es el precio que tenemos que pagar las “marcadas”.

—¿Voluntaria o involuntaria? —preguntó Ángela sin pensar, ajena al hecho de que la chica se le hubiera acercado. Después se dio cuenta de lo atrevida que había sido—. Ay, perdona... Siento haberte preguntado eso.

—Tranquila, tranquila. Por lo poco que te traté, ya sé que eres así —sonrió la joven sin mucho entusiasmo, antes de agriársele el rostro—. Y respondiendo a la pregunta, desde pequeña soy así, así que me temo que involuntaria... No sé quién hizo el pacto en mi nombre, pero lo de éstos sería una caricia comparado con lo que le haría.

—Entiendo...

“Así que una marcada... Supongo que eso explicaría el carácter tan distante que tiene” —pensó mientras sentía pena por ella por lo que debía haber pasado en su vida. Sólo había conocido a cinco marcadas antes, pero todas ellas compartían esa forma de ser. El inmenso poder que controlaban solía ser una carga muy complicada de sobrellevar.

—En fin... ¿Salimos de esta galería? —decidió romper Clara el silencio—. Que estuve controlando las ondas sonoras para que nadie lo escuchara desde fuera, pero comienza a cansarme un poco, la verdad.

—¡Ah! Sí, sí, salgamos —dijo ella, antes de girarse hacia sus agresores—. Aunque espera. ¿Ellos están...?

—El grandullón y el "picorcitos" sólo están inconscientes, aunque cuando se despierten me da que les va a doler un poco.

—¿Y el otro?

—Bueno... Ya sabes lo que hacemos nosotras.

—Sí, por eso.

—... No, no está muerto —resopló la joven, incapaz de aguantar la mirada insistente de Ángela—. Pero tardará unos días en volver a estar "vivo". ¿Contenta?

—No del todo, pero supongo que no puedo quejarme después de que me hayas salvado.

—Y tanto... Sobre todo cuando la barbaridad de hechizo que estabas preparando cuando entré los habría dejado bastante peor.

—¿Tan potente era? —se asustó la bruja, preguntándose cómo podía haberlo notado de esa forma a tanta distancia.

—Lo suficiente.

"Así que los habría fulminado..." —se quedó pensando un momento Ángela, triste por comprobar que realmente había perdido el control por culpa del miedo, pero también en cierto modo orgullosa de ver que tantos años de vida pacífica no le habían hecho perder capacidades. Estaba absorta en esos pensamientos, cuando de pronto se dio cuenta de que algo no encajaba.

—Oye, Clara... ¿Cómo es que viniste a ayudarme?

—Buuuuff... Pensaba que nunca lo preguntarías —se rio, mientras se asomaba a la calle y miraba a ambos lados.

—¿Y bien?

—Bueno, te diré que no fui yo quien supo que estabas en problemas.

—...

—¿Te crees que es casualidad que viva donde vivo? —se burló, viendo la sorpresa de la bruja.

—¡... Fina!

—Grítalo más, que lo mismo te oye desde aquí.

—Perdona, perdona... —se disculpó sonrojada, antes de acercarse a ella hablando más bajo—. Pero es que me sorprende

mucho. ¡No noté nada raro en vosotras!

—A mí es normal, con esto —dijo señalándose la cabeza—. A ella... Bueno, tiene sus trucos, digamos.

—Ocultar su esencia... ¿Se puede saber qué tipo de...?

—No te voy a decir nada, así que no sigas por ahí —la cortó, comenzando a andar en dirección a su portal, mientras le hacía señas de que la siguiera—. Y no, no es porque tenga ningún tipo de secreto que ocultar, sino porque no lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¡Pero si es tu madre!

—... —La chica se giró y la miró fijamente, con ojos agotados.

—... Vale, intuyo que no es tu madre biológica.

—Bien, Sherlock.

—¿Y cómo es que vivís juntas?

—Larga historia —dijo Clara, antes de volver a andar—. Típica de “adopta a niña huérfana y la trata como su hija”, en resumen.

—Pero sabía que tú...

—De sobra. El gorro me lo tejió ella —la interrumpió.

—Entiendo —dijo Ángela, sorprendida aún por el relato mientras caminaban. Siguieron andando un poco en silencio, hasta que al llegar a la plaza de pronto su vecina se paró.

—Bueno, de aquí al portal no creo que te ataque nadie más... así que aquí nos separamos.

—¿No vuelves a casa? —preguntó, con más curiosidad que miedo.

—No. Salí cuando me dijo que era posible que tuvieras problemas, pero si no lo habría hecho igual.

—Claro... Vosotras necesitáis salir a... cazar.

—Así es —dijo ella, sin variar lo más mínimo su expresión—. Pero tranquila, que en esta ciudad hay muchos a los que no da el más mínimo reparo dejarlos como el de antes.

—Supongo... —contestó la bruja, antes de quedarse las dos en silencio.

—Lo dicho, me marchó —dijo finalmente Clara, antes de girarse y empezar a andar—. Ya nos vemos un día de éstos.

—¡S-Sí! Y muchas gracias de nuevo por todo, Clara.

—Ve con más cuidado... Aquí la gente mala está por todas partes. Incluso más cerca de lo que crees —dijo por último con una pequeña sonrisa triste, antes de comenzar a andar y despedirse con la mano.

“Más cerca de lo que creo...” —Repetía las palabras en su cabeza, preguntándose si aquello tendría algo que ver con la forma tan extraña de mirar a Sergio que había tenido en aquella ocasión. Pensándolo bien, ahora todo tenía sentido: aquella “ola” de energía que habían sentido Jorge y ella provenía de una marcada... y una ciertamente fuerte, por lo que acababa de comprobar.

—Una marcada... —Se giró hacia donde la chica debía estar, pero no vio nada. Probablemente ya se habría convertido en sombra, o habría trepado hasta arriba de alguno de los edificios. Se decía de ellas incluso que podían poseer animales para viajar sin cansarse, pero nunca había terminado de creérselo.

Seguía aún dándole vueltas a esa peculiar especie, cuando llegó por fin al portal. Al ver la puerta de pronto le temblaron las llaves, al plantearse súbitamente lo que podría haber ocurrido si Clara no hubiera aparecido. Podría no haber vuelto a cruzar ese rellano... o haber matado a tres personas y quién sabe si incluso alguna más.

“Por tonta, por tonta y por tonta...” —se recriminó a sí misma, mientras subía las escaleras, pensando en lo bien que habría ido el día si simplemente se hubiera despedido de Antonio y hubiera ido a casa, sin caer en un truco tan burdo. Se hallaba aún presa de la culpabilidad cuando llegó al segundo piso. Al hacerlo sus pensamientos cesaron, al no poder evitar mirar hacia la puerta de Fina y Clara. Se quedó unos segundos así, mirando intrigada.

“Es que no siento ni la más mínima señal de magia...” —pensó, mitad fascinada, mitad frustrada por no ser capaz de detectarla. Tras un momento de duda decidió acercarse hasta quedarse a un palmo de la puerta. Luego posó su índice en la madera, decidida a intentarlo.

—Mu... chas... gra... cias... por... to... do... —dijo en voz baja, mientras escribía la misma frase en la puerta, dirigiendo una parte nimia de su energía a la punta del dedo. Tras hacerlo se separó un par de pasos, esperando alguna respuesta. Ésta se hizo esperar tanto que empezó a plantearse si no habría fallado y debía subir a casa...

pero finalmente comenzó a aparecer.

“Increíble...” —Ángela se quedó perpleja, observando cómo de la puerta empezaban a brotar hojas y musgo por la zona en que había escrito ella. Al principio parecía todo una masa verdosa en mitad de la madera, pero luego pudo comprobar cómo la propia vegetación se reagrupaba y organizaba, formando una inscripción clara.

“Non hai de qué” —leyó Ángela, antes de que todo el verde que había aparecido se convirtiera en polvo y desapareciera. Tras quedarse unos segundos viendo la puerta, de nuevo sin nada, no pudo evitar reírse tímidamente, antes de volver a las escaleras.

—Así que era eso... Si es que haberlas, haylas.

\*\*\*

—Buuufff... Qué buena —dijo Manuel, antes de dejar el botellín en la mesa.

—¿Mejor que las que sueles tomarte tú? —preguntó Ángela, a su lado en el sofá.

—Ni comparación, querida... Vas a matarme con estos lujos que me das en tu casa.

—¡Serás tonto! —se rió ella—. Y más a menudo que te los daría, de no ser por tu manía de sólo querer venir cuando no están mis compañeros.

—Mis razones tengo. No todos son como tú o la princesa.

—Pero estoy segura que ellos...

—Por cierto, ¿cómo les va? ¿Siguen tan bien como la última vez?

—Pues lo cierto es que sí... Victoria sigue con trabajo más o menos estable y a Carlos le siguen saliendo encargos. Ojalá sigan así.

—¿Y el otro? ¿Volvió a venir?

—Un par de veces, pero estando ellos aquí también. —Resopló ligeramente, antes de seguir—. Y menos mal.

—Aún no te quitas el mal fario que te dio, ¿eh? —se rió él,

antes de volver a beber.

—No, desde luego que no...

“Y no creo que me lo quite hasta que descubra qué demonios quería decir Clara” —pensó, recordando las palabras de su vecina tras el episodio de la semana anterior. Había vuelto a cruzarse con ella y Fina un par de veces en el rellano, pero más allá de un par de indirectas y sarcasmos no habían vuelto a mencionar nada sobre el tema. Se sentía con ganas de agradecerles de alguna manera lo que habían hecho o incluso entablar relación con ellas más a menudo, pero le daba la sensación de que eso podía incomodarlas.

—¿Y el hombre éste del trabajo del que tanto me hablabas últimamente? —la sacó Manuel de sus pensamientos, haciendo que se sobresaltase ligeramente.

—¿Antonio? Pues muy bien, la verdad. Es un tipo muy simpático y agradable.

—Aunque un poco panoli...

—¡No te metas con él! —exclamó ella, dándole amistosamente con el puño en el hombro, mientras Manuel se reía—. Es como es, con sus cosas buenas y malas.

—Si lo digo por meterme contigo, mujer —se rio—. Debe ser un tío majo si ya hasta te quedas a comer con él y todo. Me alegro.

—Eso es otra cosa... —dijo ella sonriendo, a pesar de que no terminase de entender del todo la afable sonrisa de su amigo.

—Aunque imagino que su relación con tus compañeras de trabajo seguirá como siempre.

—Bueno, ellas son jóvenes, maleducadas...

—Cruelles.

—... Sí, quizá también —respondió ella, sin ganas de defenderlas—. Ahora no se meten tanto con él, pero no les perdona todos los feos que le hacían.

—Si lo tenían como poco menos que el paria del centro comercial, no me extraña.

—Hombre, tanto como paria... —dijo ella, ligeramente molesta por el calificativo. De pronto vio cómo Jorge se asomaba por un lateral del sofá, acercándose a ellos.

—Anda, mira quién anda por acá —sonrió Manuel, al tiempo

que la rata se le acercaba.

—Ya era hora de que se despertara el señorito —dijo Ángela, fingiendo enfado.

—Como para no hacerlo cuando dejas la puerta abierta —se quejó Jorge, al tiempo que se subía a la mesa.

—Subiendo aquí, ¿eh? Me da que tú quieres algo —dijo Manuel, antes de derramar un poco de cerveza en el cuenco que tenía al lado.

—Oh, dios... ¡Qué bien me cae este tío! —exclamó Jorge, antes de abalanzarse sobre el líquido—. ¡Ostras! Esta vez le compraste una de más calidad, ¿eh? Cómo lo disfruto...

—Me lo tienes malacostumbrado —dijo ella, riéndose por dentro con la alegría de su amigo roedor.

—Oye... ¿Y la princesita?

—Vaya... —No pudo evitar que se le escapara, ante lo inesperado de la pregunta—. Pues sigo preocupada, la verdad.

—¿Por lo que me comentaste de la madre o por algo más?

—Por eso... y por su forma de comportarse desde entonces. Llevaba un tiempo que estaba mucho más relajada y simpática, pero sin embargo desde ese día volvió a estar triste y tensa... Jugamos, se ríe, me cuenta cosas de su amiguito y el colegio... pero no sé...

—Que se le nota el miedo a encontrársela de nuevo, vamos.

—Sí... O incluso algo más, no sé. Ya sabes que es una niña muy especial —dijo, antes de quedarse en silencio con mirada triste.

—Lo sé, lo sé... Y eso que tiene una "abuelita callejera" que le alegra bastante la cara.

—¿Abuelita callejera? —se rio ella, ante lo cómico del término—. ¿Entonces tú que eres, su "tío callejero"?

—Bueno, aún no hablé tantas veces con ella... Lo dejaremos en "amigo callejero".

—Suen a que le vayas a enseñar los secretos de la vida o algo así.

—Seguro que lo haría mejor que tú... "abuelita".

—Estoy de acuerdo —dijo Jorge levantando la cabeza del cuenco un momento, antes de seguir bebiendo.

—¡Pero bueno! —se rieron todos, aunque Ángela hiciera como que se había molestado.

—De todas formas, no sé... ¿Le preguntaste alguna vez

directamente sobre todo esto? —volvió al tema Manuel.

—No... Me da algo de reparo, la verdad. No sé cómo podría responder.

—Ya, bueno, lo entiendo. Pero si quieres ayudarla, a veces es necesario conseguir información.

—Conseguir información... —Se quedó callada un momento—. Sí, quizá tengas razón...

Tras un rato más hablando, Manuel decidió que era momento de marcharse, por lo que Ángela lo ayudó a bajar el carrito y las diferentes bolsas que llevaba en él. El primer día que lo invitó se habían encontrado un vecino al subirlas y el momento había sido un poco extraño, pero ahora ya le daba igual que alguien los viera. Era más: que alguien se atreviera a juzgar a su amigo por su vida, que no dudaría en lanzarle algún pequeño conjuro de desgracia como respuesta... De la Ángela que había llegado a la ciudad evitando tener conflicto con nadie, cada vez quedaba menos. Tener unas cuantas personas a las que de verdad quería mucho hacía que también sintiera cada vez más rechazo por la maldad de los demás.

—Bueno, señorita... Pues nos vemos un día de éstos —se despidió Manuel en el portal, ya con el carro preparado en la calle.

—¿Estarás por Alonso Martínez esta semana?

—En principio sí... Si la policía empieza a dar por saco, ya me pasaré por aquí o por la zona de Iglesia.

—Perfecto. Pues si tengo un rato antes de trabajar algún día, nos vemos.

—Bien, bien... Dale un saludo a Carla y pásalo bien con Antonio estos días.

—¡Muchas gracias! Y sí, ya se lo doy, no te preocupes.

Tras despedirse con la mano, volvió a subir a casa. Al abrir la puerta se encontró a Jorge tirado sobre la cama, con la tripa hinchada y boca arriba.

—Comienza a serme demasiado familiar esta escena —se rio ella. Él soltó un pequeño eructo, antes de responder.

—Di lo que quieras, pero esto es la verdadera salud.

—Ya se te ve, ya... Pero no te me vayas a volver una rata alcohólica, ¿eh?

—Tranquila, señorita, que yo controlo —dijo con un acento que ella no terminó de comprender, pero que le hizo gracia igual.

—Anda que...

—Oye, por cierto —dijo él, intentando medio incorporarse—. ¿Cuándo vas a invitar a tu otro amigo del centro comercial? Que Manuel es la leche, pero me intriga el otro también.

—Bu-Bueno, ya veré. Cuando me apetezca —respondió ella, saliendo de la habitación.

“Me gustaría saber por qué todos me preguntan siempre por él... No entiendo la insistencia” —pensó mientras recogía la mesa del salón, antes de que sonara el timbre de la casa. En un principio creyó que pudiera ser Clara, pero rápidamente lo desechó, al no notar ese aura tan característica que tenía. Al mirar por la mirilla pudo ver a dos hombres con mono azul esperando.

—Qué raro... —dijo para sí, antes de girarse hacia su habitación. En ésta pudo ver cómo Jorge estaba ahora perfectamente de pie sobre la colcha, en posición de alerta. Tras asentirse mutuamente, procedió a abrir.

—Hola señora. Revisión de gas, agua y electricidad —dijo el más alto de los dos.

—¿Todo junto? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí, señora —comenzó a contestar el otro—. Ahora lo hacen así, para evitar costes. ¿No lo vio en las noticias?

—No, apenas veo la televisión...

—Bueno, pues es así... ¿Nos dejapasar? —preguntó amablemente el alto, sin hacer ademán de intentarlo, pero mirándola fijamente.

—Eh... Sí, claro —dijo ella lentamente, antes de echarse a un lado para que entrasen—. Aunque esperen un momento aquí, que tengo que ir a la habitación un momento.

—Sin problema —dijo él, antes de que Ángela cerrase la casa y fuera con Jorge, arrimando la puerta de la habitación tras de sí. Allí pudo encontrar a su amigo con expresión de molestia. Se acercó a él, antes de empezar a susurrar.

—De estas cosas sabes más tú que yo, pero... No son gente de

fiar, ¿verdad?

—Desde luego que no. Huelen a estafa pura y dura —dijo él, muy serio—. Si también lo sentiste, ¿por qué los dejaste entrar?

—Pues porque... me apeteció —dijo ella sonriente. Su amigo la miró con cara extrañada.

—No me digas que...

—Ahora verás... Y si te apetece echarme una mano en algún momento dado, se agradecerá.

—Entiendo.

Ángela abrió la puerta de nuevo y se acercó a los dos hombres. Uno de ellos estaba en la puerta de la cocina, mientras que el otro le echaba un ojo a las estanterías del salón. Al ver a este último ella carraspeó, haciendo que se girase rápidamente y fuera con el otro.

—Supongo que lo que tengan que mirar será en la cocina, ¿no? Que no llevo mucho viviendo aquí y no tengo mucha idea.

—Sí, señora. Bajo el fregadero, en la caja de la luz y en los contadores.

—Bajo el fregadero... vaya...

—¿Pasa algo? —preguntó el más bajo, intrigado.

—No... Bueno, quizá... Me dijeron mis compañeros que tuviera cuidado con esa zona, que está bastante deteriorada —dijo ella, mostrando preocupación.

—¡Ah! No se preocupe, señora, que estamos acostumbrados a estas cosas.

—Si usted lo dice... —dijo ella, viendo cómo ambos se acercaban al grifo, siendo el más bajo el que se agachaba a abrir el armario de debajo.

“Veamos qué tal anda de olfato...” —pensó ella, divertida, antes de comprobar cómo el hombre palidecía al abrir la puerta. No tardó más de un par de segundos en girarse y comenzar a toser violentamente, mientras se tapaba la nariz con la manga.

—¿Qué pasa, Pedro? —preguntó el alto, sorprendido, pero antes siquiera de que el otro pudiera contestar, se llevó las manos a la boca—. ¡Oh, dios! ¿Y este pestazo?

- ¡Es insoportable!
- Creo que es porque hay una tubería en mal estado o algo así... Nosotros ya estamos acostumbrados —dijo Ángela desde la puerta, con tranquilidad.
- Buuuff... Bueno, contendré la respiración y miraré si... —dijo de nuevo el que estaba agachado, antes de que un chorro de vapor ardiendo pasara por su lado durante un segundo, haciendo que cayera de culo—. ¿Pero qué leches?
- Ya les dije que estaba un poco deteriorado...
- ¿Deteriorado? ¡No sale vapor así porque algo esté deteriorado! —se quejó el del suelo, antes de que el otro se agachara, con un pañuelo en la mano.
- Anda, quita, que le habrás dado a algo.
- ¡Yo no le di a nada!
- Bueno, deja que yo... —comenzó el otro, antes de que otro chorro pasase al lado de su brazo—. ¡Agh!
- ¡Te lo dije, Iñaki!
- ¡Dios, dios...! —se quejaba éste, mientras se frotaba el brazo. Al arremangarse pudo ver cómo se le había enrojecido ligeramente la zona.
- ¡Ay, cómo lo siento! —dijo Ángela, antes de acercarse—. ¿Quiere que le traiga algo de algodón y agua oxigenada?
- No... No hace falta, señora —respondió, volviéndoselo a tapar y disimulando el dolor—. Simplemente díganos: ¿hay alguna forma de hacer que eso no ocurra?
- Según mis compañeros, si se deja correr un rato el agua fría, deja de pasar. Yo no lo comprobé aún, pero en otras revisiones lo hicieron así.
- Otras revisiones... —dijo el hombre lentamente, antes de girarse hacia su compañero—. Bueno, pues dejemos esto un rato con agua fría y vamos comprobando lo otro.
- S-Sí. Vamos a la electricidad —dijo Pedro, antes de dirigirse a una caja que había en el suelo, al lado del horno. Tras sentarse delante de ella, sacó una extraña máquina de su mochila.
- ¿Esas cosas no se medían en unos contadores de todo el edificio? —preguntó Ángela con ingenuidad.
- Sí, pero de un tiempo a ahora nos piden medir también la intensidad y calidad de la luz —respondió sonriente Iñaki, aunque

siguiera frotándose el brazo.

—Ah... —respondió secamente ella, antes de que el chispazo y posterior grito de Pedro llamara su atención.

—¡Aaah! —gritó, al tiempo que se echaba hacia atrás.

—¿Qué pasó? —preguntó rápidamente Iñaki, al ver la cara de susto de su compañero.

—La caja... me pegó un calambrazo —respondió, con el sudor comenzando a caer por su frente.

—¿La caja? Pero si eso está súper aislado...

—Te digo lo que pasó, ¿vale? —respondió malhumorado Pedro, antes de girarse hacia él—. Y si no me crees, pruébalo, como en el fregadero.

—Hombre, yo creo que... —dijo mientras acercaba un destornillador. En el momento que éste tocó el tornillo que tenían que abrir, varias chispas saltaron en todas direcciones, haciendo que retrocediera—. ¡Ostras!

—¡Te lo dije!

—¿Quieren que los ayude? Que quizá pueda yo...

—No, señora, no —respondió rápidamente Iñaki, sin dejar de mirar a la caja, estupefacto—. Eso es muy peligroso... Ya volveremos otro día con mejor material para revisarlo.

—Como vean... —dijo ella, antes de ver cómo él se acercaba a la hornilla poco a poco, al retroceder—. Uy, tenga cuidado, no se acerque ahí, no vaya a darle al...

—¿Qué? —preguntó intrigado, antes de notar cómo su espalda tocaba levemente con los mandos de los fogones. De pronto una llamarada ascendió desde éstos hasta el techo, haciendo que él cayera al suelo—. ¡¡Por dios!!

—¿¡Estás bien, Iñaki!? —gritó Pedro, incorporándose rápidamente para sacudir las pequeñas llamas que se le habían formado en el mono.

—¡Lo siento, lo siento! Intenté avisarlo, pero no me dio tiempo —se disculpó Ángela, mientras corría a apagarlo—. Ese fuego tiene un problema de un contacto o no sé qué, y si se le da comienzo a salir así...

—¿¡Hay algo que funcione bien en esta casa!? —comenzó a quejarse Pedro, pero antes de que pudiera decir la siguiente frase, sus ojos se quedaron posados en la puerta. Al ver su cara, Iñaki también

se giró, pudiendo comprobar ambos cómo Jorge los miraba desde allí, haciendo como que olisqueaba.

—Eso es... ¿una rata? —preguntó lentamente éste, al tiempo que la señalaba.

—¡Oh, no! Si hay una ahí, es que consiguieron abrir el agujero de nuevo... ¡En cuanto se enteren las demás van a comenzar a entrar! —gritó Ángela mientras corría hacia Jorge, haciendo como que iba a darle una patada—. ¡Fuera, fuera!

—¡Un placer! —dijo su amigo, antes de huir en dirección a su habitación, satisfecho.

—Malditos roedores... —dijo ella con aparente enfado, antes de girarse hacia los dos hombres y luego hacia el fregadero—. Siento que estén teniendo tantos contratiempos, pero ya saben, es un piso antiguo... Creo que lo del agua ya estará preparado, eso sí. Lo mismo sale un poco a presión en algún momento, pero al menos no será vapor ardiendo.

—Bueno... —comenzó Iñaki, ya de pie, mientras ayudaba a su compañero a incorporarse—. Visto que está todo en mal estado y que no tenemos el material necesario, creo que mejor volveremos otro día, ¿de acuerdo?

—¿No van a mirar lo del agua?

—N-No, tranquila. Ya lo miramos todo cuando sea —dijo Pedro, después de coger sus cosas y dirigirse a la puerta—. ¿N-Nos abre, p-por favor?

—Sí, claro... Los estaré esperando —respondió ella, tras abrirles la puerta.

—Sí, sí. Ya nos veremos, señora. Un placer —dijo Iñaki intentando sonreír, mientras su compañero ya comenzaba a bajar las escaleras.

—Pero esperen, ahora que caigo... ¿Estas revisiones no cuestan dinero? ¿No tendría que pagarles algo?

—No, no, no... No se preocupe. Ya volveremos otro día, en serio —respondió él, apurado, antes de hacerle un gesto con la mano y seguir a su compañero. Ella se quedó en la puerta mirando un rato, sonriente, antes de entrar de nuevo a la casa. Al hacerlo pudo ver cómo Jorge la esperaba en la cama, aplaudiendo con sus diminutas patas.

—Creía que siempre seguirías cayendo en esta clase de timos,

pero veo que me equivocaba.

—Enfadada por tus dudas, agradecida por tu rectificación —se rio ella, mientras hacía una pequeña reverencia.

—Lástima no poder contárselo así a Victoria y Carlos, porque yo creo que estarían orgullosos... Por fin su pueblerina e ingenua amiga comienza a comportarse como una "chica de ciudad".

—Supongo que tuvisteis que esperar mucho, sí... —sonrió ella, antes de mirar de nuevo a la cocina, esta vez con gesto más agrio—. Aunque me pregunto si realmente ese cambio es para bien o para mal.



—¿Qué es lo que buscas?  
—Busco a mi hijo, ¿sabes?  
—¿A tu hijo?  
—Sí, a mi hijo.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.

—¿Qué es lo que buscas?  
—Busco a mi hijo, ¿sabes?  
—¿A tu hijo?  
—Sí, a mi hijo.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.

—¿Qué es lo que buscas?  
—Busco a mi hijo, ¿sabes?  
—¿A tu hijo?  
—Sí, a mi hijo.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.

—¿Qué es lo que buscas?  
—Busco a mi hijo, ¿sabes?  
—¿A tu hijo?  
—Sí, a mi hijo.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.

—¿Qué es lo que buscas?  
—Busco a mi hijo, ¿sabes?  
—¿A tu hijo?  
—Sí, a mi hijo.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.

—¿Qué es lo que buscas?  
—Busco a mi hijo, ¿sabes?  
—¿A tu hijo?  
—Sí, a mi hijo.  
—¿A cuál?  
—A aquel que me dio a luz.

Quinto correo

[CA]

*¡Buenas de nuevo, queridas!*

*¿Qué tal todo por allí? ¿Se están portando bien las novatas y las estudiantes? Me dejó muy intrigada lo de que Verónica y Manuela iban a probar un nuevo método para que los árboles dieran el doble de fruta... ¿Lo consiguieron? La verdad es que estaría genial que hubieran podido conseguirlo y venderlas luego en el mercado. ¡Los ingresos del Círculo mejorarían mucho! Pero bueno, si no salió no tengáis problema en decírmelo, que a veces lo importante es simplemente que lo hayan intentado...*

Ángela intentaba no chocarse con la gente, pero le resultaba absolutamente imposible, hiciera los esfuerzos que hiciera. Por todas partes había personas moviéndose en todas direcciones, tanto saliendo del recinto como pasando por delante de él. Ni siquiera el hecho de que Antonio tirara de ella hacia una zona más tranquila hacia que se le pasara el agobio.

—No estás acostumbrada a tanta gente, ¿no? —preguntó él, al ver su cara seria.

—No, la verdad es que no... Llega a ser más molesto incluso que el metro.

—Ya, te entiendo... Antes, cuando abrían las cuatro puertas, era todo mejor, pero ahora...

—Ah, ¿pero es que hay más puertas? ¿Y por qué no lo hacen? —preguntó ella una vez habían salido del todo de la marabunta. Acto seguido se giró hacia atrás, dirigiendo su vista hacia el enorme Palacio de deportes del cual acababan de salir—. Con lo grande que es, sería lo lógico en vez de salir todos por ésta, ¿no?

—Sí... pero entonces tendrían que pagar a los guardias de cada puerta.

—... ¿Y ya está? ¿Es por eso?— Preguntó, sorprendida.

—Pues sí.

—No puedo creérmelo...

—Hace unos años jugaban aquí dos equipos de baloncesto normalmente, y la ley del deporte o no sé qué demonios los obligaba a tener guardias en cada puerta, todas abiertas... Pero desde que no están, hacen lo que les da la gana con tal de no gastarse un duro.

—¿Y qué pasaría si un día sucede lo que sea?

—Pues lo que ya pasó aquella vez en el otro pabellón... No te creas que les importa un pimiento.

—Entiendo... —dijo ella, fingiendo saber de qué hablaba, mientras se decía a sí misma que más tarde lo buscaría en su ordenador—. Oye, y siendo un Palacio de deportes... ¿cómo es que esos equipos de baloncesto no siguen aquí?

—Bueno, uno de ellos se hizo su propio pabellón y juega ahora allí, mientras que el otro...

—¿El otro? —preguntó ella, notando el cambio en el rostro de Antonio.

—Bueno, es una larga historia, bastante deprimente —respondió sin mirarla fijamente, antes de cambiar de tema—. Eh, mira, allí hay un banco libre. ¿Te apetece sentarte un rato o prefieres que demos un paseo?

—Mejor un paseo, que ya estuvimos mucho rato sentados ahí dentro —dijo ella, sin insistir más en el tema anterior.

—Genial. Así te enseñó un poco esta zona, que creo que no la conoces.

Tras observar un buen rato la escultura de Dalí, la cual habían visto de lejos al llegar pero sin poder pararse a contemplarla, comenzaron a bajar Goya. En un primer momento había pensado decirle que ese trayecto lo había realizado muchas veces meses atrás con el autobús, pero le gustaba ver la agradable ingenuidad con que le explicaba cosas aquí y allá, aunque muchas veces se diera cuenta de que se las había preparado de memoria más que saberlas. Recordaba prácticamente todos los establecimientos que le llamaban la atención, las zonas donde solía haber mendigos y las

que no, los edificios aún intactos y los que comenzaban a caerse... pero sin embargo pasear entre ellos le resultaba diferente ahora. Entonces los había visto como algo externo a ella, mera observadora, mientras que ahora los veía como algo medianamente propio... y al mismo tiempo, obvia y sin importancia. Cuando se percató de esa frialdad, sintió por un momento bastante culpabilidad... si bien Antonio la sacó de ella rápidamente, atónito por lo que acababa de decirle.

—¿En serio me vuelves a decir el béisbol? ¿De todos los deportes que hay, el que más te gusta es... el béisbol? —preguntó con una mezcla entre sorpresa y enfado, tras haber vuelto a salir el tema en una de sus conversaciones.

—Sí, en mi familia es muy popular... ¿Tan sorprendente es?

—Hombre, en estos días en que muchos chavales pueden ver cualquier cosa por internet, no sé yo... Pero a mí me choca, desde luego.

—¿Aquí no lo jugabais? —preguntó ella, sonriente, mientras recordaba esos tiempos de jugar en la pradera detrás del edificio de las novatas, mucho antes de que el resto del mundo lo conociera.

—Mi padre me dijo una vez que había un campo en la zona de La Elipa, creo... Pero no, desde luego que no.

—¡Vosotros os lo perderíais!

—Sí, claro, tiene pinta de ser tan divertido... —se rio él, mientras llegaban poco a poco a Colón. Ambos se pararon un momento, viendo la gigantesca bandera. Aunque los bomberos hicieron un gran trabajo cuando le cayó un rayo unos días antes, no habían podido evitar que se quemara un gran cacho. La imagen de verla con un tercio calcinado resultaba ciertamente curiosa para Ángela.

—Oye, ¿y qué tal tu madre? —preguntó de pronto, al acordarse de ella.

—Pues bueno, ahí está. Gruñona y molesta como siempre. Por lo menos se encuentra ya mejor de lo de la pierna.

—¿Y tus hermanos siguen sin...?

—Sí, "siguen sin" —dijo él, mientras hacía un gesto de molestia con la cara—. Supongo que como piensan que dentro de poco es su cumpleaños y ya la verán, para qué preocuparse en dar señales de vida.

—Bueno, tu hermana Andrea al menos me dijiste que sí, ¿no?  
—dijo ella, no sabiendo si arrepentirse de haber sacado el tema.

—Ya, ya... Ella está fuera de esto, claro. Ya bastante hace viniendo desde tan lejos cuando viene, con los niños y tal. Pero... ya me entiendes.

—Sí, sí...

—¿Y tú con la niña que me contaste? ¿Está mejor? —preguntó él, volviendo su expresión a la sonrisa habitual que tenía cuando hablaba con ella.

—Bueno... Sigue estando muy rara. Ya no tanto como cuando casi ni venía, pero... —contestó sin demasiada convicción. Por la razón que fuera, de ese tema en concreto se le hacía mucho más fácil hablar con Manuel que con él.

—¿Y no probaste a hablar directamente con ella?

—No creo que sea lo mejor con una niña como es Carla —respondió ella, sorprendida por la ingenuidad de su propuesta.

—No sé... Yo creo que lo mejor es hablar las cosas siempre.

—Sí, pero cuando la otra persona quiere hacerlo también, ¿no? —Se paró un momento, antes de mirarlo con cierto sarcasmo—. ¿O es que a ti hablar con Manolo te sirve de mucho?

—No... ¡No es lo mismo! —respondió él secamente, con enfado. Tras un momento de no dirigirle la mirada, no pudo evitar hacerlo y ver su sonrisa—. Él es una mala persona.

—Ay, ay, qué simple lo ves —se rio ella.

—Es que es así.

—Que sí, que sí... —dijo socarronamente, pero sin llegar a enfadarlo de nuevo.

—Bueno, y si no quieres hablar... ¿no se te ocurre alguna otra manera de saber qué es lo que le pasa?

—¿Alguna otra manera? ¿Como cuál? —preguntó ella, recordando las palabras de Manuel sobre la información.

—Pues no sé... La lista aquí eres tú —se rio afablemente, aunque con cierta cara de pena.

—Listísima, vamos... —se burló, antes de quedarse pensativa un rato, mientras seguían caminando. De pronto Antonio se paró, quedándose unos pasos por detrás de ella. La bruja tardó en darse cuenta, pero cuando lo hizo no pudo evitar mirarlo con cierta extrañeza.

—Oye, Ángela... —comenzó él, mientras miraba hacia varios puntos de la calle.

—Dime.

—Sé que te dije cuando íbamos por Velázquez que te acompañaría a coger el metro, pero...

—¿Sí? —preguntó, intrigada.

—Pues que ya que estamos subiendo Génova, y aquí hay varios sitios de comida... me preguntaba si te apetecería cenar.

—¡Oh, que era eso! —exclamó ella—. Pues mira, por mí genial.

—¿Sí?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

—¡Qué bien! —no pudo evitar alegrarse él, aunque rápidamente intentó volver a su estado anterior—. Bueno, ¿y dónde te gustaría de los que ves?

—No sé, no conozco ninguno... ¿Qué te parece ése? —dijo, señalando a la gran estrella roja que veía al otro lado de la calzada.

—Ése... Está bien, sí. ¿Vamos?

—Sí, pero... —dijo Ángela, quedándose seria un momento, mientras recordaba lo ocurrido unas semanas antes.

—¿Qué pasa?

—Que luego, si no es molestia... ¿podrías acompañarme hasta el portal de mi casa? —preguntó con franqueza, esperando ver cierta reticencia en el rostro de Antonio. Para su sorpresa, lo que se encontró fue una gran sonrisa.

—¡Por supuesto! ¡Sin ningún problema!

—¿Estás seguro? Que luego tendrías que coger el metro tarde y...

—¡Nada, nada! Le digo ahora mismo a mi madre por teléfono que se acueste cuando quiera y ya llegaré yo más tarde.

—... vale. Muchas gracias —respondió, contenta, pero a la vez conmovida por su energía.

—No hay de qué, mujer. La ocasión lo merece —dijo sonriente, mientras le abría la puerta del restaurante.

—Sí... Quizá tengas razón —le respondió finalmente con otra sonrisa, antes de entrar.

\*\*\*

—Vamos, que otro buen día en la oficina, ¿no? —preguntó Ángela a Victoria, mientras ambas subían las escaleras, después de encontrarse en el portal.

—Pues sí. Ya sabes lo que te digo siempre de que tampoco es que económicamente sea bestial, pero simplemente con estar soportando un trabajo tanto tiempo...

—Lo sé, lo sé —la cortó Ángela, sonriente—. No sabes cuánto me alegro, hija. Te lo mereces.

—Pero... así de pronto... ¡Pero qué maja eres cuando quieres! —Le dio un codazo amistoso Victoria, ligeramente sonrojada por lo amable de sus palabras.

—¡Fue a hablar!

—Bueno, bueno... que bien te quejabas de mis broncas al principio...

—Normal. No parabas de quejarte por todo lo que hacía.

—Ni tú de meter la pata en todo lo que hacías —respondió con malicia, haciendo que la bruja sonriera.

—En eso puede que tengas razón... pero mejoro al menos, ¿no? —dijo riéndose, recordando el episodio de los "revisores".

—Mucho, mucho. Ya hasta a veces creo que podrás coger el metro sin perderte.

—Malvada y de lengua viperina hasta el final... —se rio Ángela, mientras abría la puerta. Ni siquiera habían terminado de cruzarla, cuando el primero de los gritos hizo que se acabara la diversión.

—¡Te dije que tenía que ser ayer! ¡¡Te lo dije, maldito imbécil!! —escucharon la voz de Sergio desde su habitación, a pesar de que ésta estaba cerrada. Ambas se quedaron mirándose, atónitas.

—Pero qué leches... —murmuró Victoria, antes de que un nuevo grito las sobresaltara.

—¿¡Y a mí qué demonios me cuentas!? ¡Quiero ese maldito dinero antes del viaje! ¿Me oyes? ¡¡Antes del viaje!!

—No, deja —dijo Ángela mientras apartaba suavemente a Victoria, al ver que ésta iba a cerrar de golpe la puerta. En vez de eso la encajó suavemente, sin hacer ruido. Su compañera la miró extrañada, mientras sonaba la voz del otro chico de fondo.

“No me mires tan extrañada, Vic... Tú también lo harías si una marcada te advirtiese sobre él” —pensó un momento, para

darse cuenta después del sarcasmo que suponía ni plantearse que una humana normal como su amiga pudiera entender lo que eso significaba. Antes de que pudiera seguir meditando sobre ello, otro nuevo grito la obligó a focalizar su atención.

—¿¿Que no puedes?? ¿Estás jugando conmigo, maldito ruso? ¡Te voy a matar como no lo traigas! ¿Me entiendes? ¡Te voy a matar! —Las palabras salían de su boca con una violencia tan grande que no necesitaba ser bruja para saber que iba en serio. De pronto unos pasos comenzaron a sonar en la habitación, haciendo que ambas mujeres se quedaran heladas.

—¡Oh, no, que viene...! —susurró Victoria, mientras se planteaba si ir hacia la cocina o su habitación. Detrás de ella, Ángela fue más rápida de reflejos, corriendo sigilosamente hasta su cuarto, para arrimar sigilosamente la puerta antes de que Sergio terminara de salir al salón.

—¡No me importa cómo lo hagas, pero hazlo! ¡Hazlo o sabes lo que te pasará! —gritó amenazadoramente, antes de apagar el móvil con gesto de rabia. Nada más hacerlo levantó la vista, cruzando sus ojos con los de una Victoria que no había tenido tiempo para llegar a su habitación del todo.

—Pro-Problemas en el trabajo, ¿no? —preguntó ella, intentando sonreír.

—Sí, podría decirse —contestó secamente él, mientras recorría el salón y el rellano con la vista—. Volviste antes de trabajar de lo normal.

—Sí, hoy no hacía falta que me quedara allí hasta el cierre, así que me dejaron marcharme...

—Entiendo...

—...

“No me gustaría estar en su lugar” —pensó Ángela desde el otro lado de su puerta, mientras detrás de ella Jorge la miraba serio desde el escritorio. Por su expresión intuía que debía llevar escuchando al compañero un buen rato.

—No sé qué demonios hace ese tío, pero tu mal rollo era justificado. Lleva toda la mañana con llamadas de ese estilo, desde

el momento en que Carlos se fue a la academia —comentó la rata, consciente de que el otro no podría escucharlo. Ángela lo miró un momento, antes de que la situación en el salón hiciera que volviera a dirigir su atención fuera.

“Esa... esa sensación...” —A pesar de que cuando llegó a Madrid sus habilidades perceptivas eran más bien bajas en comparación con otras de las brujas de su Círculo, gracias a algunos consejos de Fina y a la convivencia día a día con Jorge, había aprendido a manejarlas mucho mejor. Era por eso que, aunque las palabras de Sergio fueran amables, sabía que algo fallaba.

—Te va bien en el trabajo por fin —dijo de pronto el chico.

—Sí... Ya era hora, ¿no? —se rio ella.

—Pues sí...

—¿Y tú? ¿Bien en el tuyo?

—...

—Oh, perdona, perdona, que ya vi que no... —dijo ella, apesadumbrada por lo absurdo de la conversación—. Supongo que...

—No te preocupes. Son gajes del oficio.

—S-Sí, gajes... —Se quedó callada, al igual que él. De pronto Sergio se giró hacia su habitación, saliendo al poco con una maleta a cuestas.

—Bueno, que me iba justo cuando entrabas. No volveré en unos días, así que coméntaselo a Carlos y Ángela.

—Va... ¡Vale! Ten buen viaje.

—Gracias. Nos vemos en breve.

—Sí... ¡Hasta luego! —dijo ella, antes de ver cómo cerraba su puerta con energía y se marchaba de casa, sin decir nada más. Tras unos segundos de silencio en los que ni se movió de donde estaba, vio cómo Ángela aparecía por fin en el salón, con Jorge subido al hombro.

—No te dio tiempo a llegar a tu cuarto...

—No, no me lo dio —respondió ella, aturdida.

—¿Y se va, así sin más?

—Suele hacerlo, ya sabes.

—¿Tras gritar de esa manera a quien sea?

—No... Eso no se lo había visto antes.

—Entiendo... —dijo la bruja, mientras miraba lo pálida que estaba Victoria. Jorge la observaba también, intrigado.

—No tiene nuestras capacidades, pero esa mirada me dice que vio en los ojos del tío algo de lo mismo que sentimos nosotros —dijo él, antes de que Ángela volviera a hablar.

—¿Te encuentras bien?

—Sí... Sí... Voy a mi habitación, que tengo que hacer unas cosas antes de pensar siquiera en comer —respondió Victoria, antes de girarse hacia su cuarto y comenzar a andar.

—Vale... Luego preparó yo la ensalada, no te preocupes.

—Gracias, Ángela —intentó sonreír desde el quicio de la puerta, pero su gesto se quedó en mueca. Tras cerrar, la bruja y la rata se quedaron unos segundos en silencio.

—Se acaba de acostar —rompió el hielo finalmente él—. De hecho, mi olfato no da para tanto, pero algo me dice que está mirando el techo.

—Ese hombre...

—Sea lo que sea, no está metido en algo bueno —dijo Jorge, antes de notar cómo ella se dirigía hacia la habitación de Sergio—. Oye, ¿qué haces?

—Averiguar qué es lo que hace —respondió seria, mientras abría la puerta.

—¿Pero y si vuelve y te pilla? Ya sabes que de cada veinte palabras que dice, la mitad son para advertir de que no entremos en su parte.

—Pues si vuelve y me pilla, ya veré qué hago —contestó secamente—. Ahora necesito saber qué le pasa por la cabeza.

—Dios, dios... —se quejó él, antes de volver a dirigirse a ella—. No te vale con meterte tú en problemas, que me tienes que meter a mí...

—Puedes quedarte fuera si quieres.

—No, mujer, no... Contigo adonde sea —se rio de forma cómplice—. Incluso al cuarto de un sociópata en busca de a saber qué.

—Bien. Pues entonces ayúdame a buscar —dijo ella, antes de adentrarse un par de pasos. Nunca se había planteado cómo sería la habitación de Sergio, pero desde luego que en ningún caso la habría imaginado así. Por raro que fuera, que un joven de su edad tuviera

las paredes absolutamente impolutas, la habitación diáfana sin ni un adorno o atisbo de basura, la cama sin sábanas ni mantas sino con el colchón al aire... Todo ello era...

—Como si no quisiera estar mucho tiempo aquí —la sacó de sus pensamientos Jorge.

—¿Eh?

—Digo que parece la habitación de alguien que no quiera permanecer demasiado en un sitio, más que para lo necesario —comentó mientras bajaba al suelo a investigar.

—Cuánto sabes tú de las costumbres de los jóvenes humanos, ¿no?

—Tener los ojos abiertos y ver cómo son da para mucho —respondió él a su sarcasmo, antes de reírse—. Bueno, y “la internet”, ya sabes.

—Ya decía yo... —sonrió ella, para después volver a agriar su gesto—. En fin, vamos a ver si encontramos algo. Aunque tal como está todo, suerte si siquiera hay ropa en el armario.

—Bueno, si algún momento se va y queréis alquilar su habitación, desde luego que no notaréis demasiado la diferencia... Podríais empezar a enseñársela a candidatos ya mismo, de hecho —se rio, mientras abría los cajones vacíos de la mesilla de noche con las patas.

—Ya ves... —comentó mientras observaba cómo, ciertamente, el armario tenía apenas dos o tres prendas dentro.

—¿Algo por allí?

—Nada... ¿Y tú?

—Pse... Unas pilas y unas llaves.

—Por dios... ¿Es que lleva todo en esa maleta?

—Eso parece... —dijo él mientras bajaba al suelo—. ¿Miro debajo de la cama?

—Pues sí, a ver si por lo menos ahí... —se quejó ella, mientras veía el enésimo cajón del armario sin nada más allá de un par de calcetines y unos calzoncillos.

—Anda, pues mira.

—¿Hay algo?

—Sí... pero vas a tener que sacarlo tú, que es gordo.

—Voy, voy —dijo ella, antes de agacharse y ver la caja de metal que había justo debajo de la almohada. Comenzó a sacarla con

cuidado, pero pesaba tanto que al final tuvo que tirar con fuerza.

—Parece una caja fuerte, ¿no? —comentó Jorge, mientras ambos la miraban. Tenía tres pequeñas ruedas de metal en la parte de arriba, pero sin números ni ninguna indicación más allá de una ligera hendidura en cada una de ellas. Tampoco había ningún hueco para llaves.

—Cuánto pesaba...

—No parece tener forma de abrirla... ¿Tienes algún truco de los tuyos preparado?

—Siempre puedo hacerla volar por los aires —dijo seria, antes de reírse con la cara de su amigo.

—Estamos chisposos hoy, ¿eh? No tienes tú ganas de bromas ni nada desde que andas con el tío ése...

—¡Oye! —se quejó Ángela, aunque sin saber muy bien por qué. Acto seguido comenzó a mirarla por todas partes mientras la palpaba—. Fuera bromas, si es algo que pudiera mover con...

—... ¿con?

—Con esto —dijo ella, al tiempo que de pronto la caja comenzó a agitarse, hasta que finalmente el pestillo saltó.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó él, sorprendido.

—Bueno, una tiene recursos cuando son cosas pequeñas... ¿La abrimos?

—No sé a qué esperas —dijo él, risueño... Sonrisa que se le quitó en cuanto su amiga hizo caso y destapó la caja. Ambos se quedaron mirando el contenido en silencio, sin moverse.

—Eso... eso...

—Dirás que sé demasiado de los humanos, pero me da que todo lo que hay ahí sirve para... matar gente, ¿no?

—Sí... De una forma u otra... sí —respondió ella, pálida, antes de empezar a ponerse nerviosa—. Hay... Hay que cerrar esto. Ya. Cerrarlo, meterlo debajo de nuevo y salir de aquí cuanto antes...

—Tranquilízate, Ángela. No huelo que esté cerca ni nada por el estilo.

—Sí, sí, yo tampoco noto nada raro... Pero hay que guardar esto ya —dijo mientras la cerraba de nuevo, rogando porque no hubiera roto el pestillo. El sonido del enganche hizo que respirara aliviada, antes de guardarla de nuevo, coger a Jorge, y salir de la habitación.

—Dejamos todo tal como estaba, ¿no? —preguntó él, haciendo

que Ángela volviera a mirar todo, antes de cerrar la puerta. Después fue a la habitación rápidamente. Allí se quedó unos segundos en silencio encima de la cama, con la rata esperando a que hablara.

—¿Qué-Qué vamos a hacer...? —comenzó finalmente—. Tenemos en la casa a un... a un...

—Sí. Lo tenemos.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Decírselo a Carlos y Vic? ¿Ir a...?

—Relájate, Ángela —dijo él secamente, haciendo que su amiga asintiera y volviera a callarse unos segundos. Finalmente una idea cruzó su mente, haciendo que se tranquilizara al momento.

—Ya sé lo que voy a hacer.

—Algo me dice que sé lo que es incluso sin preguntártelo... Me basta ver tu cara —dijo con burla, antes de sonreír al ver cómo la bruja le explicaba lo que ya se suponía.

\*\*\*

—Aún no sé cómo me convenciste para esto —se quejó Antonio, mientras miraba el reloj.

—Dijiste que estarías encantado de ayudarme con lo de Carla —respondió ella, mientras miraba el portal al otro lado de la calle, expectante.

—Sí, pero...

—Y que tenía que encontrar algún modo de averiguar qué pasaba con su familia.

—Vale, sí, lo dije...

—¿Entonces?

—Pues que esto es una locura... y por la tarde tenemos los dos que ir al trabajo...

—Yo no. Pedí día libre —sonrió ella, sin quitar ojo de la puerta—. Pero respecto a ti, tranquilo, que si en algún momento te aburres o quieres irte, no hay problema...

—¡Sí, hombre! Ya que estoy, al menos me quedo contigo hasta ir al trabajo.

—Bien —volvió a sonreír, aunque esta vez sí que se giró hacia él al hacerlo.

—Bueno... —comenzó él mientras le mantenía la mirada, antes

de girarse avergonzado—. ¿Y qué vamos a hacer entonces? ¿Esperar aquí hasta que salga...?

—Sí. Esperar a la madre. Y luego seguirla.

—¿Adónde sea que vaya?

—Adonde sea.

—¿Y si se mete a su trabajo tranquilamente y se queda allí horas?

—Con algo me entretendré mientras.

—Ay, dios... —se quejó él, mientras se recostaba en el banco que tenían al lado, dándole la espalda al objetivo. Tras unos segundos de silencio, Ángela lo sobresaltó, al darle varias veces en el hombro.

—¡Levanta, levanta! ¡Que ya está ahí!

—¿Cómo? —preguntó, antes de levantarse—. ¿La de la mochila grande y el chándal cutre?

—A mí no me parece tan "cutre" —dijo la bruja, burlándose de esa palabra que tanta gracia le hacía—. En cualquier caso, venga, hay que estar cerca de ella.

—Como nos vea va a creerse que...

—¿Qué la seguimos? —se rio ella, mientras tiraba de él, cogiéndolo de la manga de la chaqueta.

—Ay, dios...

“Lo mismo tiene una vida normal y simplemente se llevan mal y ya está... Pero algo me intriga” —pensó mientras entraban detrás de ella al metro, no pudiendo evitar echar de menos a Jorge y su olfato para esas cosas. Igualmente había pensado en que Manuel podía echarle una mano, con sus consejos y su tranquilidad... pero al final, por alguna razón, había decidido contárselo a Antonio. A aquel que probablemente sería el menos “avisado” y de ayuda de ellos, pero con el cual se sentía ciertamente cómoda, a pesar de ser tan ingenuo.

—Y ahora transbordo... Uuufff... —se lamentó Antonio, al ver cómo la mujer se bajaba en Nuevos Ministerios, provocando que Ángela y él tuvieran que salir también.

—Habla más bajo, que no queremos que nos escuche.

—¿Pero tú crees que se va a enterar? Si va que ni va...

—Ya bueno, pero con cuidado... —le increpó de nuevo, antes

de volver a la charla que mantenían mientras la seguían. Así se mantuvieron mientras subían a la línea 10, tenían que coger el autobús en Begoña por el derrumbamiento del túnel, volvían a cogerla en Fuencarral, y finalmente se bajaban en alguna parada en cuyo nombre no se llegó a fijar. Al salir se sorprendió al ver las casas eran algo más bajas y el paisaje diferente.

—¿Qué miras? —preguntó él.

—¿Esto sigue siendo Madrid?

—No. Estamos fuera... Llevamos una hora y pico en el metro, sí.

—Madre mía... ¿Y adónde irá para ir tan lejos? —preguntó, mientras avanzaban unos veinte metros por detrás de ella.

—Pues supongo que a trabajar... Aunque no sé en qué trabajará con esa ropa.

—Le cogiste manía al chándal, ¿eh?

—Es que es tan...

—¿Tan?

—Bah, paso, que siempre te ríes de mí —se quejó. Ella sonrió con malicia, al tiempo que aceleraba un poco el paso.

—Ya será menos... Vamos un poco más rápido, que empiece a cogernos ventaja. —Tras cinco minutos andando, se comenzó a preguntar incluso si no se habría dado cuenta de que la seguían y estaba intentando despistarlos, visto el "viaje" que les estaba dando. Iba a comentárselo por lo bajo a Antonio, cuando de pronto vio que ella al fin se paraba.

—Por fin —dijo él, al tiempo que rebajaban el paso. A lo lejos podían ver cómo manejaba su mochila.

—¿Qué hace? Parece que está sacando algo... Espera, ¿qué es eso?

—Parece un... ¿cartón? —dijo él, tan extrañado o más que la bruja.

—¿Y se puede saber para qué quiere un cartón? —Ángela observó atónita cómo la mujer sacaba también después una gorra, antes de cerrar la bolsa y cruzar un paso de cebra. Creía ya que de nuevo les iba a tocar andar, cuando la madre de Carla le quitó la razón: al doblar la esquina había un gran supermercado, al lado de cuya puerta se sentó, tras saludar al guardia de seguridad.

—Ella... —comenzó Antonio, sin terminar de creerse lo que

veía—. ¿Está... pidiendo?

—No me lo puedo creer —dijo Ángela, mirándola con una cara tan sorprendida que si se hubiera girado hacia ellos habría sabido perfectamente que la espiaban.

—¿Ha venido hasta aquí para ponerse a pedir en la puerta de un súper?

—Eso parece —dijo ella, girándose hacia el parque que había justo enfrente—. Vamos ahí, que podremos verla mejor.

—¿Verla? ¿Y qué más quieres ver? Yo creo que ya se ve bastante... —comentaba Antonio atropelladamente, incapaz de terminar de entender lo que estaba viendo.

—Pues qué hace.

—¿No es obvio? ¡Mendigar! ¡La madre de tu pequeña amiga es una mendiga!

—Ya bueno, eso ya lo veo —dijo ella, comenzando a estar molesta con la situación—. Pero ya que vinimos aquí, quiero saber si esto es todo lo que hace o hay algo más.

—Pero es que...

—Además, ¿hay algún problema real porque pida dinero en la calle? —le cortó de golpe, no pudiendo evitar acordarse de Manuel.

—... No, no lo hay —dijo él, avergonzado por haberse puesto tan nervioso—. Pero es que es... tan triste...

—En eso no te puedo quitar la razón —respondió ella, apesadumbrada. Aunque intentara sacarlo de sus pensamientos, no dejaba de imaginar qué vida tendría Carla si su madre se veía en esa situación. Ella nunca le había hablado de a qué se dedicaban sus padres... pero desde luego jamás se habría planteado ese escenario.

“¿O si a lo mejor no lo sabe? Es una niña muy lista, sí, pero un adulto podría ocultarle más o menos la información y que no lo supiera...” —Entre pensamientos del estilo y alguna pequeña conversación con Antonio, antes de que se dieran cuenta llevaban allí una hora y cuarto observándola. No había contado las monedas que le echaban los compradores del supermercado, pero intuía que no debía llevar más de ocho o nueve euros. La gente que pasaba por su lado era imprevisible... Lo mismo le daban varios en poco tiempo, que se tiraba diez minutos sin que nadie se fijara en ella.

—Oye Antonio... Son las dos. Quizá deberías irte a trabajar ya, ¿no? Que estamos lejos...

—Es línea directa, no te preocupes.

—Pero sigue siendo tarde y...

—Tranquila. No voy hoy a trabajar y ya está —respondió él, serio, sin quitar la vista de encima a la madre, apoyado en el banco del parque en el que estaban.

—¿Perdón?

—Sí, ahora llamo y les digo que me puse malo o algo.

—Ni hablar. Tú ahora mismo vas a trabajar —exclamó de pronto la bruja. En un principio le dio cierta vergüenza haberlo dicho con un tono tan imperativo, pero luego se dio cuenta de que era lo mejor con alguien como él.

—Pero es que necesitarás ayuda, y...

—No te preocupes. Sé cuidarme —dijo mientras se acordaba de nuevo de la noche del intento de atraco.

—Eso lo sé bien... Pero aun así, prefiero quedarme contigo y ver si...

—¿Y meterte en problemas? ¿Y que Manolo vuelva a tratarte mal? No, Antonio. No quiero eso —le contestó sonriendo, pero con tristeza en sus ojos.

—Pero...

—No te preocupes, de verdad. Tú ve ahora a trabajar, y esta noche o mañana nos vemos y te cuento lo que averigüe, ¿vale?

—... De acuerdo, mandona —bufó él, al tiempo que se comenzaba a incorporar—. Parece que te molestara que estuviera aquí.

—Para nada. Todo lo contrario y lo sabes... Pero no quiero problemas tontos.

—Entiendo, entiendo... Pues nada, vuelvo entonces por donde vinimos. ¿Me avisas si nos vemos esta noche? —preguntó, mientras sonreía con cierta vergüenza.

—Por supuesto. Salvo que ocurra algo raro, allí estaré.

—Entiendo... Pues nada, me voy. Ya me contarás qué sacaste de este rato.

—Lo haré, sin duda —contestó amablemente ella, pero sin quitar los ojos de la mujer en un principio. Sólo al notar que Antonio seguía de pie a su lado, por fin lo miró—. Estaré bien, en serio. Ten

buen viaje de vuelta y que vaya bien la tarde.

—... Ya veremos —contestó él, antes de despedirse ambos. Por un momento Ángela sintió una extraña y molesta sensación de soledad, pero rápidamente volvió a dirigir su atención a la madre. Con su mochila al lado, su gorra delante, su girar la cabeza hacia un lado y otro y su no mirar fijamente a quien le echaba dinero, estaba claro que el estar allí era algo que tampoco le resultaba agradable.

“Y si fuera una de esas que...” —Tras otra media hora larga de observación, más que cansada físicamente comenzaba a estarlo en lo mental. Verla ahí, sentada, sin cambiar de posición lo más mínimo durante tanto tiempo comenzaba a agotarla. Ante tal situación, los pensamientos se agolpaban en su cabeza, pensando el cómo podría haber llegado a esa situación una mujer como ella... a lo que de pronto tuvo una posible respuesta en ese comentario que le había hecho Manuel tiempo atrás.

“Cuando las personas lo pasan mal, comienzan a perder las vergüenzas” —le había dicho su amigo... y desde luego estaba comprobando que era cierto. Andaba pensando sobre ello cuando de pronto comenzó a ver cómo la mujer miraba su reloj, se levantaba y recogía.

—¡Ya era hora! —susurró, mientras esperaba a ver qué dirección tomaba la mujer, antes de levantarse. Después comenzó a seguirla, sorprendiéndose al ver que volvían hacia el metro. Creía ya que iban a entrar de nuevo, cuando justo antes la mujer se metió en el bar de la esquina.

“No puedo creerlo.” —Tras cinco minutos de espera, pudo ver cómo salía con una vestimenta completamente diferente: una chaqueta de cuero bastante elegante, un pañuelo rojo en el cuello, vaqueros y zapatos. Igualmente creyó verla maquillada, aunque le costara dada la distancia. Al ver cómo comenzaba la mujer a bajar las escaleras del metro aceleró el paso, procurando no quedarse atrás.

Las siguientes cuatro horas fueron aún más desesperantes que las anteriores. Tras bajarse a dos paradas de allí, la madre de Carla

había entrado en un edificio, el cual, por la forma de saludar al conserje, compañeros y demás, debía ser su sitio de trabajo. Resultaba curioso comprobar la metamorfosis de la mujer, hasta tal punto que incluso la mochila parecía más limpia y nueva en ese ambiente. Tras entrar allí, Ángela tuvo que volver a esperar al otro lado de la calle a que saliera. Aunque se había llevado lectura por si ocurría algo así, el tener que estar pendiente de la puerta constantemente no le permitía concentrarse como le habría gustado. Para colmo, al poco rato la luz fue insuficiente, por lo que no halló más entretenimiento que tararear canciones de las que le había enseñado Cecilia de pequeña, repasar mentalmente lo que les diría en el próximo correo, u observar a la gente que pasaba, fantaseando sobre cómo serían sus vidas. Estaba ya hasta sopesando si no debería marcharse y volver a casa, previendo que la mujer estaría ya toda la tarde allí, cuando de pronto ésta apareció sorpresivamente por la puerta, mochila al brazo.

“¿Ya? ¿Jornada de... tres horas?” —Ángela dudó al principio de que pudiera ser así, pensando que a lo mejor iba a hacer algún recado o algo, pero cuando vio cómo se metía en el metro y pasaban las paradas, comprendió que realmente no iba a volver. Con la tranquilidad de saber adónde volverían, se permitió el lujo de seguirla más despacio o incluso meterse en otro vagón, pendiente de ella pero ya sin estar alerta. Las pocas veces que miró hacia ella, la vio observando un punto en el infinito, o jugando con el móvil. Nada hacía pensar que esa mujer tan bien aparente hubiera podido estar pidiendo dinero apenas unas horas antes.

Cuando llegaron por fin a Conde de Casal, eran ya casi las nueve de la noche. Mientras subían la cuesta hacia la casa de Carla no pudo evitar pensar qué habría hecho la niña durante esas horas... Últimamente se lo preguntaba mucho, cada vez que no podía pasar una tarde con ella. Llegó incluso a plantearse la posibilidad de qué haría si de pronto se la encontrara en ese momento, pero intentó no dispersarse. Al fin y al cabo estaban ya cerca de la casa, con lo que vería a la mujer meterse en el portal, podría volver ya y darse por satisfecha con los hallazgos que le había proporcionado el día.

“Espera... ¿Qué hace?” —Se sorprendió, al ver que la madre no sólo no entraba en el edificio, sino que pasaba completamente de largo. Tras seguirla unos metros más, pudo ver cómo se metía en un bar. Después de sopesar qué debía hacer, decidió entrar también, viendo al hacerlo cómo la mujer se acercaba a una mesa, en la cual había un hombre bebiendo una jarra de cerveza.

—¿Qué quiere, señora?

—¿Eh? ¡Ah, perdone, joven! —se disculpó con el camarero de la barra, al cual no había prestado atención—. Un café con leche, por favor.

—Vaya horas... —se rio él. Ángela mientras no quitaba ojo a la pareja de la mesa, la cual había comenzado hablando normal, pero comenzaba a subir el tono de la conversación poco a poco. Por las cosas que decían, intuyó que debía tratarse del padre de Carla.

—¿Sólo esto hoy? ¿Tan mal fue? —preguntó él, con claro gesto molesto, mientras contaba el dinero que le había dado la mujer.

—Ya sabes que los martes son malos.

—Ya bueno, pero esto es poquísimo.

—Sí, ya... ¿Cuánto conseguiste tú hoy?

—No empecemos...

—Ah, cierto... Que olvidaba que no trabajas ni buscas trabajo.

—Te dije que no empecemos...

—Claro, para qué vamos a empezar nada... —resopló ella, mientras comenzaba a buscar algo en la mochila—. ¿Te bastará con una cerveza más o voy sacando la cartera también?

—No me ridiculices. Aquí no.

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza que tus “amigos” vean que tu mujer no es una tontita que te espera en casa feliz tras tus botellines de rigor?

—Habrías hecho mejor yendo a casa directamente, sí.

—Claro... Y también que durmiera a Carla antes de que llegases, para no tener ni que hacer el esfuerzo de darle un beso de buenas noches.

—No metas a nuestra hija en esto.

—¿Nuestra? Pues para ser “nuestra”, bien poco que la ves... Y mira que no tienes una agenda muy apretada que se diga.

—Marisa...

—Ya, ya. Que te ridiculizo y todo eso. Tranquilo, que ya me voy.  
—Ángela vio cómo se levantaba, antes de ir a la barra. Junto a ella, varios pares de ojos indiscretos la seguían, intrigados por la escena que estaban montando—. Ernesto, dime cuánto es lo que bebió ya y una más.

—S-Son... doce euros, Marisa —dijo él, titubeante al cruzar su mirada con la del hombre.

—Doce... —Por un momento se quedó callada, mirando el monedero, pero después se dirigió a su marido—. ¿Se puede saber cuántas horas lleva Carla sola en casa? ¿La recogiste al menos del colegio?

—¡Claro que la recogí! —gritó él, bajando luego la voz, avergonzado—. Y no lleva tanto tiempo sola. Estaba jugando tranquilamente cuando salí.

—Jugando... o escapándose de la casa como suele hacer. Qué gran padre —dijo mientras lo miraba con desprecio, antes de empezar a andar hacia la puerta.

—¡Te dije que no me ridiculizaras! —gritó él mientras se levantaba. Tras tambalearse ligeramente, fue rápidamente hacia su mujer. Ángela dejó que ambos pasaran por su lado, antes de ver cómo la alcanzaba en la calle, cogiéndola del brazo.

—¡Suéltame, desgraciado! —exclamó ella, sacudiéndose sin dificultad su mano.

—No, yo no... —intentó responder él, contrariado.

—¡Me da igual lo que quieras hacer o dejar de hacer! ¡Métete de nuevo ahí a beber hasta reventar si te da la gana!

—¡No iba a beber más!

—Y pretendes que me lo crea... Siempre igual, Jose, siempre igual... Y pensar que yo tengo que hacer lo que tengo que hacer porque tú... tú...

—¡Eso sí que no! ¡No me culpes de eso!

—¿Y entonces a quién culpo? ¿Al sistema? ¿A la crisis? ¡Oh, venga! —dijo ella despectivamente, antes de darle un empujón en el hombro.

—¡No es mi culpa! —gritó él, mientras le cogía el brazo de nuevo. Ambos se quedaron en silencio en esa posición unos segundos, mientras dos personas pasaban a su lado rápidamente, no queriendo verse involucrados.

—Venga, hazlo... Te sentirás mejor —comenzó a susurrar ella, con una sarcástica sonrisa de desprecio en los labios.

—No... no... Pero tú, tú... —vaciló él, aunque sin soltarle el brazo.

—Hazlo, hombre. Delante de tus amigos. Delante de los vecinos y la gente que pasa. Quédate a gusto.

—No me ridiculices... No lo hagas...

—No sé a qué esperas. Si yo fuera tú aprovecharía y... —comenzó de nuevo ella, no haciendo ningún esfuerzo por liberarse de la presa de su marido, cuando de pronto una voz los interrumpió desde la puerta del bar.

—Ya basta.

—¿Eh? —Se giró Marisa extrañada, al tiempo que miraba a Ángela con intriga—. Espera... Yo a ti te vi hoy en el metro. ¿Qué demonios...?

—Ya basta.

—No te metas donde no te llaman, vieja —dijo él de forma seca, al tiempo que aflojaba lo suficiente la mano como para que su mujer se liberara.

—Eso... Además, ¿quién eres tú? —preguntó la madre de Carla, mientras ambos se quedaban mirándola. La bruja bufó un momento, antes de mirarlos con asco durante unos segundos. Finalmente, contestó.

—Una amiga de vuestra hija. Una que se explica ahora muchas cosas... y que está bastante enfadada con vosotros.

\*\*\*

—¿Entonces con tu amigo Dani ya se calmaron las cosas? —preguntó Ángela, mientras veía cómo Carla jugaba con los muñecos sobre el banco.

—Sí, mucho mejor... Aunque me dio un poco de vergüenza pedirle perdón.

—Siempre la da, ¿verdad?

—Supongo... —sonrió tímidamente, mientras veía a una señora pasar detrás de ella, bajando hacia Conde de Casal—. De todas formas...

—¿Sí?

—Nada, que aparte últimamente también estoy con otros... amigos. Ya no voy sólo con Dani.

—¡Anda! ¿Y cómo fue eso? —se sorprendió gratamente la bruja.

—No sé... Un día estuve un rato hablando con ellos y me lo pasé bien.

—Vaya, no muerden entonces...

—¡No te rías de mí! Antes eran muy estúpidos y lo sabes... O al menos lo parecían.

—Lo sé, lo sé. No se me enfurezca, princesa —se rio, viendo su cara de enfado. Después se quedó un momento callada.

—Oye Ángela.

—Dime.

—Creo que me cansé de que me llames princesa —dijo mientras la miraba con gesto serio.

—... —Iba a contestar, sorprendida, cuando la niña volvió a hablar.

—Ni tú eres una bruja, ni yo una princesa. Somos Ángela y Carla, nada más que eso.

—... Por favor, qué madurez. De pronto me siento más joven —se rio finalmente, aunque por dentro siguiera sorprendida.

—¡No te burles! ¡Es verdad!

—Vale, vale...

“Cómo me alegro de verla así...” —Cada vez que se quedaban en silencio, no podía evitar mirar a la niña con una gran sonrisa. Allí, en mitad de la calle, a la vista de cualquiera, jugando con sus muñecos pero también hablando ya casi como una adolescente... Aunque le dijera que no, para ella lo más probable es que siempre fuera su “princesa”. Una princesa por la que habría hecho incluso mucho más de lo que hizo si hubiera sido necesario.

—Bueno, son ya las siete... Debería ir a casa.

—Es la hora a la que vuelven, ¿no? —preguntó Ángela afablemente.

—Sí... A ver qué tal les fue.

—Seguro que bien. Venga, vamos. —Al levantarse le hizo gracia comprobar que, como esperaba, Carla se le cogía de la manga

del abrigo. Era un gesto que últimamente repetía mucho, lo cual le encantaba... Iban subiendo la cuesta, cuando de pronto Carla se paró, al ver que sus padres estaban ya delante del portal de la casa, charlando. Ángela la miró extrañada, pero la niña, por el contrario, observaba a sus progenitores muy tranquila, aunque se hubiera frenado.

—Ángela...

—Dime, Carla.

—¿Tú... crees en Dios?

—¿... En dios? —dijo finalmente la bruja, completamente noqueada por la pregunta. Para colmo ahora la niña la miraba a ella y no a sus padres—. Mujer... no sé... La verdad es que hace tiempo que dejé de plantearme esas cosas... Supongo que... no sé...

—Bueno, bueno... Si no en Dios, en los milagros al menos —dijo Carla, viendo el apuro de su amiga.

—En los milagros... Pues en principio no, la verdad —contestó finalmente, antes de seguir—. Yo creo en lo que la gente es capaz de hacer por sí misma y por los otros. Y a veces hacen cosas muy buenas.

—Entiendo... ¿Entonces crees en gente que pueda hacer milagros por otros?

—Bueno... yo... ¡Yo qué sé! —dijo finalmente, haciendo reír a Carla con sus aspavientos.

—Pues yo sí creo. ¡Tú te lo pierdes, bruja!

—¿Pero no decías que no querías ya esos nombres? —se rio, antes de notar que le soltaba la manga y se iba corriendo hasta sus padres. Aunque siguió andando hacia ellos, prefirió dejar que terminaran los besos y abrazos antes de llegar del todo.

—Buenas tardes, Ángela —la saludó sonriente Jose.

—Buenas... Aquí os dejo a la diablilla. ¿Todo bien? —le devolvió la sonrisa.

—Bueno, ya sabes. Estas cosas llevan su tiempo... Pero sí, bien.

—Me alegro mucho —contestó, mientras veía a Carla cogida del brazo de Marisa. Ésta se giró hacia ella.

—Oye Ángela, ¿no te apetece tomar algo? Que si quieres subimos y te hago un café y charlamos un rato o lo que sea.

—¡Ah, no, no! No te preocupes, mujer, que además tengo que volver a casa rápido. Hoy me toca hacer la cena y les prometí

un plato de mi tierra, así que no quiero hacerles enfurecer... Pero muchas gracias, Marisa.

—Pues nada, otro día será... —se resignó la mujer, antes de dirigirse a su hija—. Bueno, entonces qué, ¿subimos ya o quieres dar un paseo?

—A casa, a casa. Tienes que ayudarme con los deberes, no te escaquees... —dijo la niña, provocando la risa de los demás. Tras despedirse, estaba ya Ángela a punto de comenzar a bajar, cuando la niña de pronto se giró, mirándola seria a los ojos.

—¿Pasa algo, Carla? —le preguntó, mientras sus padres la miraban también extrañados.

—No, no pasa nada... Sólo quería darte las gracias. ¡Hasta luego!

“Darme las gracias, ¿eh?” —Se quedó pensando, tras ver cómo la familia entraba al portal. Aunque ya lo había intuido antes por lo de los milagros, ese último comentario acababa de confirmárselo: Carla sabía qué había pasado. Quizá de una manera, quizá de otra... pero lo sabía. Finalmente dejó de mirar hacia la puerta, mientras pensaba la nueva oportunidad que tenían los tres.

“Espero que la disfruten... Ella se lo merece” —se dijo para sí, antes de comenzar a bajar hacia el metro con una sonrisa en la cara. A partir de ahora podría jugar como una niña normal, disfrutar con sus padres, vivir sin andar escondiéndose a cada paso o enfadada con todo el mundo... A partir de ahora podría tener una vida feliz, sin necesidad de tener que escaparse por las tardes a charlar con una bruja ingenua como ella por no tener a quién poder contarle sus cosas.

Sin duda, se lo merecía... Aunque le pusiera también un poco triste por otra parte, se lo merecía.

\*\*\*

—¿Pero se puede saber qué ocurre? —preguntó Ángela sobresaltada, al ver a prácticamente todos sus vecinos en la calle al lado del portal. En la calzada había dos coches de la policía, aunque no se veían agentes.

—Nos han desalojado, querida —le dijo la mujer mayor del primero, de la cual siempre olvidaba el nombre—. Hubo un tiroteo.

—¿Un tiroteo...? —Se quedó callada, sin poder hablar. Rápidamente comenzó a intentar andar a través de la gente, aterrada por lo que estaba imaginando—. ¡Oigan, necesito pasar! ¡Necesito ver si...!

—Tranquila, mujer, que no hay más herido que el propio que disparó —la paró el vecino de la puerta de enfrente a ellos, con su clásica sonrisa triste—. Eso sí, lamento decir que fue vuestro compañero, Sergio.

—¿Que el de los disparos es... Sergio? —preguntó sorprendida en un inicio, aunque esa sensación no le durara demasiado.

—Sí, al parecer comenzó a disparar contra la del segundo... Ya sabes, esa chica que... —El hombre de pronto paró de hablar, al comenzar a escucharse un murmullo desde los que estaban más cerca del portal—. Ah, mira, deben estar saliendo ya.

—Saliendo... —La bruja se apretó a la gente lo más que pudo, hasta que vio finalmente cómo aparecían varios policías tirando del chico. Al principio no pudo verle la cara, dado que iba prácticamente dejándose llevar arrastrado, como si no pudiera apenas moverse... pero al apoyarlo en el coche antes de meterlo sí que lo vio por fin, prácticamente de frente.

“Madre mía...” —A pesar de lo que habían encontrado ella y Jorge en su habitación semanas antes, al ver el estado en el que estaba se le olvidaron durante un momento todas las intrigas y malas sensaciones hacia su persona. Era complicado sentir otra cosa que no fuera lástima por ese joven lleno de magulladuras, hematomas, heridas y sangre. Que para colmo se le viera completamente confundido y desconcertado no hacían sino reforzar esa imagen de desamparo.

—Yo... yo... no sé... —intentaba hablar Sergio, mientras miraba hacia ninguna parte en particular, haciendo que los policías pusieran cara de circunstancias.

—Que sí, que ya te hemos oído. Que no sabes cómo sacaste el arma e hiciste lo que hiciste... Pero ya se lo contarás a quien se lo tengas que contar, no a nosotros —dijo uno de ellos, haciéndolo

entrar en el coche por la fuerza, visto que Sergio intentaba resistirse débilmente.

—Digo... ¡Digo la verdad! Yo... yo... —Por un momento Ángela creyó ver cómo los ojos del chico se posaban sobre los suyos al buscar apoyo en la multitud de vecinos, pero no estaba segura del todo. Tras remarcar varias veces que las molestias habían sido causadas sólo para garantizar su seguridad, los policías se metieron en el coche y se fueron. El grupo quedó así entre comentarios, muchos “era un muchacho raro”, y demás frases sobre lo ocurrido. Visto que la gente no parecía tener mucha intención de volver a entrar, Ángela comenzó a avanzar entre ellos, hasta cruzar el portal y subir las escaleras. Al llegar al segundo encontró a quien esperaba, aunque no fuera en las mejores circunstancias posibles para lo que ella quería.

—Mire, estamos hablando con su hija, así que por favor pare de entrometerse —le decía uno de los dos policías a Fina en la puerta de su casa, mientras al lado Clara tenía cara de pocos amigos bajo su gorro negro y rojo.

—No lo haría de no ser porque ya es la tercera vez que Clara les dice que no tiene ningún arma blanca entre sus cosas, agente.

—Pero mire, las heridas que tenía ese hombre no eran sólo golpes... Por mucho que su hija Clara sepa kárate como nos cuentan, no hay manera de que...

—Ya les dijo que Sergio chocó contra las esquinas un par de veces.

—Sí, pero aun así... Además, ¿qué hacía ella en un piso que no era el suyo?

—Pero bueno, ¿acaso no les explicó que había subido a por sal?

—¿Y sube las escaleras, en vez de pedírselo al de enfrente?

—Me llevo muy bien con ellos —intervino brevemente Clara.

—Ya, eso no lo dudo, pero... —De pronto el policía paró, al percatarse por fin de la presencia de Ángela—. Perdone, ¿quiere algo, señora?

—No, yo, esto... Sólo quería saber si estaban todos bien... Soy una de las compañeras de piso del chico que...

—¡Ah! ¿Es una compañera? Pues hable usted con sus otros dos compañeros, que ya tienen la orden de declaración en su casa para cuando vayan a hacerla.

—¿Declaración? Pero si...

—Y ahora, por favor, déjenos trabajar. Sus dos vecinas están bien, como puede ver —contestó el hombre muy serio, mientras el otro agente también la miraba de forma intimidante.

—Bueno... yo... Pues nada, ya hablamos, Fina —le dijo a la meiga, mientras ésta se encogía de hombros.

—Sí, ya hablaremos luego, que ya ves cómo están estos señores... Atiende un poco a Victoria, que estaba algo mal cuando subí antes.

—... Vale, lo haré —respondió, tratando de explicarse qué habría pasado realmente, aunque algo se oliera. Se había girado ya para subir las escaleras, cuando de pronto la voz de Clara retumbó en su mente.

—La rata lo sabe todo, Fina se lo dijo, así que pregúntale a él. —Tras la sorpresa inicial, Ángela se volvió hacia ellas, únicamente para comprobar que la joven ni siquiera la miraba, pues estaba de nuevo hablando con los policías.

“Así que Jorge lo sabe... A ver qué me cuenta.” —Se encontraba pensando cómo habría podido hablar Fina con él mientras subía los peldaños, cuando al llegar al piso sus pensamientos se pararon al ver los agujeros de bala en el techo y la pared, todos ellos al lado de la puerta de su propia casa. Tras quedarse sobrecogida unos instantes, entró rápidamente. Al hacerlo se encontró con Carlos y Victoria en el salón, sentados ambos en el sofá en silencio. La chica, nada más verla, corrió hacia ella para abrazarla.

—¡Ángela! ¡Ángela! —gritó varias veces mientras la apretaba contra sí, con lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Tranquila, que ya estoy aquí...

—Oh, Ángela, fue tan... tan...

—Tranquila... —dijo una vez más, mientras la mujer sollozaba sobre su hombro. Enfrente de ellas Carlos las miraba, sin llegar a ese nivel de emoción, pero también bastante conmovido.

—Menos mal que estamos todos bien... —dijo finalmente, antes de sumarse al abrazo.

—Sergio quería... quería... —balbuceó Victoria, antes de que la bruja la cortara.

—Ya, ya me contaron lo que hizo, Vic —mintió compasivamente,

intentando que se relajara.

—Ooooh... —comenzó a llorar de nuevo, haciendo que sus dos compañeros se mantuvieran un rato más en esa posición, dejando que se desahogara. Finalmente Ángela comenzó a separarse ligeramente.

—Chicos, voy a quitarme la ropa y hacer una cosa y ahora mismo hablamos, ¿vale? —dijo mientras acariciaba el pelo de Victoria, haciendo que ésta asintiera mientras se limpiaba los ojos—. ¿Queréis que os haga una tila o algo cuando salga? Así, calentita...

—No te preocupes, Ángela. Se nos irá pasando poco a poco —respondió Carlos.

—Vale, de acuerdo... Pues ahora hablamos entonces. —Se dirigió a su habitación con lástima de no seguir abrazados, pero con la convicción de que necesitaba saber lo que había ocurrido cuanto antes, si la reacción de sus compañeros era ésa. Nada más abrir la puerta se encontró a Jorge sobre el escritorio, tumbado de lado. Por un momento se asustó al verlo así, tan quieto, pero luego su amigo agitó una pata amistosamente.

—Siento recibirte así, dadas las circunstancias... pero créeme, me duele hasta simplemente vivir.

—No te habrá pasado algo con lo de... —dijo ella en voz baja, tras cerrar la puerta.

—Bueno, depende de cómo lo mires, podría decirse que sí —contestó lentamente, al tiempo que volvía a recostarse—. Dios... Ya podría haberse esperado esa amiga tuya a contarte las cosas cara a cara en vez de meterse en mi cabeza.

—¿Esa amiga? ¿Cuál?

—La meiga, mujer... —respondió con voz quejosa, mientras cerraba los ojos—. Estaba yo aquí, aún asustado por los tiros, cuando de pronto una voz comenzó a hablarme, diciéndome que sabía lo que era yo, que no me asustara... pero que me necesitaba para hablar contigo.

—¿Sabía... que estabas aquí? —preguntó ella, sorprendida por la capacidad sensitiva de Fina.

—Vaya si lo sabía... Demasiado bien lo sabía... Me advirtió que cuando me metiera toda esa información en la cabeza me iba a sentir "algo molesto". Será desgraciada...

—Ah, entiendo... Los efectos de la telepatía suelen ser dolorosos,

sí —intentó consolarlo ella.

—¿Te lo hicieron alguna vez?

—Bueno, a mí a nivel mayor no, pero según me contaron...

—Según te contaron, leches. Esto es insufrible —se quejó él, suspirando. Tras unos segundos en silencio, volvió a hablar—. Bueno, ¿qué? ¿No me vas a preguntar nada?

—Me da miedo hacerlo, dado tu estado —dijo tímidamente ella, haciendo que Jorge se riese.

—Bueno, hablar aún puedo, creo...

—Entonces, dime... ¿qué ha pasado?

—Resumiendo, que Sergio vino a casa con un arma, pegando gritos y diciendo que os iba a matar.

—... —Ángela se quedó mirándolo, atónita ante lo directo de sus palabras.

—De pronto, antes de que le diera tiempo a abrir, comenzaron a oírse golpes y gritos al otro lado de la puerta... y lo siguiente que había era él tirado en el suelo del rellano, destrozado, con la jovencita del gorro de pie a su lado.

—¿Lo viste?

—No exactamente... Es de las cosas que esa mentirosa metió en mi cabecita.

—Y sabes si él...

—Sí, tenía intención de mataros. Como bien les dijiste a las dos bichas raras ésas, estuvieron atentas para cuando volviera de su viaje, así que en cuanto notaron que estaba en el edificio, llevaron a cabo el plan.

—¿El plan?

—¡Ah, perdona! Debe ser de esa información que me pasó por error...

—Si Fina lo hizo, no fue por error... ¿Qué plan?

—Yo de estas cosas no entiendo demasiado, ya sabes, pero algo me dice que debían tener pensado que la meiga le hiciera algún tipo de hechizo que... no sé, como que le hiciera perder el control de sus emociones o algo así. Al contármelo comentó algo de prepararle una coartada a la otra, pero no recuerdo exactamente las palabras.

—¿Y por eso se puso tan violento?

—Sí, tiene pinta... Vamos, no pegaba nada esa forma de chillar con lo frío y siniestro que era siempre, la verdad.

—Comprendo... ¿Y Victoria y Carlos llegaron a...?

—No, no lo vieron, pero ambos estaban dentro y escucharon todo, por desgracia. Además, Victoria estaba al lado de la puerta cuando comenzaron los tiros, así que se asustó muchísimo.

—Vaya... Espera, dijiste que perdió el control de sus emociones. ¿Qué era exactamente lo que decía?

—Bueno... Dijo algo así como "¡sé que habéis entrado! ¡Lo sé! ¡Os voy a matar!"

—¿Qué? ¿Sabía que habíamos entrado? ¿Cómo? —se sobresaltó.

—Ya había venido esta mañana al piso, cuando no había nadie. Entonces al parecer esas dos ya le habían echado el ojo, pero no decidieron actuar hasta que...

—¿Hasta que? —preguntó ella, intrigada porque la rata de pronto hubiera parado de hablar. Ésta se giró lentamente sobre su espalda, hasta quedar mirando hacia ella.

—Hasta que notaron que su "aura" se ensombrecía totalmente.

—No... —Ángela se quedó completamente bloqueada al escucharlo, no pudiendo siquiera contestar.

—Aunque sea uno de esos conceptos de brujas que desconozco, en cuanto tu amiguita me lo metió aquí dentro creí entender bastante claro lo que significaba...

—...

—Sí, hija... Si es lo que yo creo, definitivamente ese tío pretendía realmente mataros, tarde o temprano. Ya cuando vino esta mañana noté algo raro en su olor un poco antes de irse, pero como estaba medio dormido no le hice mucho caso.

—Pero... Si dejamos todo colocado y...

—Debía tener alguna trampa para saber si alguien se metía, Ángela. —la interrumpió, mirándola seriamente—. Por dios, querida... Que ambos vimos lo que había en esa caja. ¿Tan raro te parece que tomara sus precauciones?

—Bueno, sí, supongo que... —Se paró un momento, antes de seguir—. Espera, ¿entonces quiere decir que por mi culpa...?

—Eeeh., bueno... Sí. Podría decirse que por tu intrépida curiosidad habrías podido provocar la muerte de Victoria, Carlos e incluso la tuya, si es lo que estás preguntando...

—...

—Pero antes de que te sientas culpable, tienes que saber darle

la vuelta a la tortilla.

—¿La vuelta a la tortilla? —Lo miró fijamente, haciendo que éste sonriera.

—Sí. La vuelta a la tortilla. Porque tu decisión de avisar a Fina y Clara en vez de a la policía o lo que fuera, fue desde luego la más correcta, aunque a mí no me convenciera en principio.

—Correcta salvo para Sergio —contestó sarcásticamente ella, al recordar en qué estado había bajado su compañero de piso. Tras hacerlo volvió a sentirse mal—. Pero, Jorge, eso no quita que...

—Lo quita todo.

—Pero...

—Lo quita todo, no seas boba —dijo secamente mientras volvía a ponerse panza arriba, mirando al techo—. Así que ahora si yo fuera tú, aparte de no ansiar morirme de esta manera, tendría la conciencia bien tranquila.

—Jorge...

—No en vano, es muy posible que tu decisión les salvara la vida. No lo olvides.

—Tú... —Ángela se quedó mirándolo fijamente, antes de notar cómo se le humedecían los ojos, al ser consciente ahora de toda la situación en su conjunto. Su amigo tenía razón: por una parte los había puesto en peligro, pero por otra había hecho lo necesario para que ese peligro desapareciera de su vida. ¿Y si realmente ya en ese momento en que escucharon su conversación había tomado la decisión de liquidarlos? ¿Y si un día Victoria hubiera entrado por curiosidad a la habitación y él se hubiese enterado? ¿Y si Carlos por lo que fuera hubiese provocado que...? Ahora ya no había posibilidad de ninguno de ellos, y eso era lo realmente importante.

Tras pensarlo se frotó los ojos con la manga, antes de acercarse hasta Jorge, sonriente, al tiempo que hacía una serie de gestos con los dedos.

—Espero que el hechizo que estás preparando sea lo que necesito...

—Sí, lo es. Te lo has ganado.

—Desde luego que sí —se rio él, mientras notaba cómo el dolor disminuía nada más ponerle ella el dedo en la frente.

—¿Mejor?

—Sí, mejor. Y ahora sal ahí fuera y pégales un buen abrazo, mujer... que ya esperaron suficiente.

...de la vida...  
...de la vida...  
...de la vida...

...de la vida...  
...de la vida...  
...de la vida...

...de la vida...  
...de la vida...  
...de la vida...

...de la vida...  
...de la vida...  
...de la vida...

## Sexto correo

—Sí, mejor. Y ahora sé alé fuera y pígalos en brazos, a  
majos... que ya empezaron a salirte.

## Sexto correo

*Hola, Ángela.*

*Te envío este correo porque aquí están todas un poco preocupadas al no haber recibido anteayer tu mail de cada viernes, además de que llamamos dos veces a tu casa y no lo cogió nadie... ¿Estás bien? ¿Pasó algo? Yo les digo que no se preocupen, que alguna razón tendrías o lo mismo se te fue la cabeza, pero ya sabes que Verónica y Cecilia no son tan pacientes como yo...*

—Maldita sea... —Aunque le costaba ver su reloj por lo apretada que estaba en el vagón, lo poco que intuía le servía para hacerse a la idea de lo apurada que iba a llegar. Hacía tiempo que no se preguntaba cómo podía ser que el metro diera un servicio tan nefasto, pero aun así lo de los últimos días sobrepasaba hasta las perspectivas más negativas. Todo apuntaba a que hoy también llegaría prácticamente al límite, sin haber podido hacer el final de trayecto con Antonio y con el consiguiente enfado de éste... El lunes y el martes era cierto que había salido justa de casa y en cierto modo "se lo merecía", pero ese día se había tomado la molestia de salir con casi una hora de antelación y ni por ésas.

"Y no me apetece nada escuchar sus quejidos hoy, la verdad... Nada de nada." —A pesar de que seguía pasándoselo muy bien con él y ya era raro el día que no compartía un largo rato con él fuera del trabajo, notaba que desde hacía un tiempo ciertos comentarios y cosas que decía la irritaban mucho más que al principio... Bueno, en realidad todo la irritaba más desde el episodio con los padres de Carla y el posterior problema con Sergio. Aunque ambos temas habían acabado bien, todo ello le había dejado un desagradable poso

que no se iba a pesar del paso de las semanas... y el cual se sumaba además a toda esa lista de cosas que le desagradaban últimamente en su vida, a pesar de que apenas unos meses antes ni siquiera habría reparado en ellas.

—¡Apártese, por favor! —gritó a la mujer que le entorpecía incomprensiblemente el paso para salir de la boca de metro, antes de correr hacia el centro comercial. Nada más entrar se encontró con Laura, una de las compañeras de trabajo a las que Marina, Lucía y ella hacían relevo. Ésta levantó la mirada de su móvil al escuchar los pasos de Ángela.

—Otro día al filo, ¿eh?

—Sí... Y esta vez no del todo por mi culpa.

—Ya... Bueno, pues corre, que esas dos estaban ya preguntándose si hoy también llegarías tarde o no.

—No me puedo... —comenzó la frase, pero luego vio que su interlocutora había vuelto a mirar el teléfono, así que no tuvo ganas de acabarla. Por el contrario comenzó a andar rápido de nuevo, calculando si le daba tiempo a pasarse antes por el supermercado a disculparse con Antonio, aunque no le hizo falta hacerlo, dado que se encontró con éste en mitad del pasillo.

—Anda, la tardona —dijo él, mirándola con cariño pero también cierto enfado.

—Lo siento, Antonio. Hoy sí salí de casa con mucho tiempo, pero ni aun así.

—¿Tiempo de veinte minutos como ayer? —preguntó él, con cierta sorna.

—Tiempo de casi una hora —respondió ella secamente, provocando que él cambiara su expresión a una menos severa.

—Bueno, bueno. Te creeré —dijo encogiéndose de hombros—. Ahora tengo que entrar ya o Manolo me dirá algo, pero luego hablamos cuando salgamos.

—Bien. Ten buen día —contestó ella sonriendo, agradecida de que no hubiera insistido más, pero sin tampoco demasiado énfasis.

“Ahora las otras...” —Al llegar a la tienda se encontró a ambas mirando hacia ella con ojos de reproche. Marina comenzó a hablar mientras se señalaba el reloj.

—Menos mal que prometiste que hoy llegarías a la hora.

—Y salí de casa como para estar hasta con tiempo, pero el metro fue fatal.

—Ya, bueno... Esta vez te salvas, que estaba Lucía comentándome que ella también tuvo problemas llegando, pero...

—¿Pero qué? —se le escapó a Ángela, molesta por el tono altivo de la joven.

—... Nada, Ángela, nada. —se calló, sorprendida, antes de girarse hacia Lucía hablando por lo bajo—. No sólo llega tarde, sino que lleva unos días que vaya...

—Ya te digo —contestó la otra, sin dejar de mirar a la bruja, en un gesto que ésta interpretó como que les daba igual que las estuviera escuchando. Haciendo caso omiso de la provocación dejó sus cosas al lado de ellas, al tiempo que se quitaba el abrigo. Lucía se rio al ver que bajo él llevaba el pañuelo palestino que usaba desde hacía una semana.

—Sí, lo sé, que soy muy vieja como para llevarlo, que no me pega nada y que parezco una... ¿yayaflauta, era? —interrumpió la risa de su compañera, molesta pero intentando suavizar su tono.

—Madre mía, te lo dices tú todo.

—Como para no, con lo pesadas que sois con el tema —respondió ella, antes de reírse—. Anda que si yo me pusiera a opinar de las ropas y “accesorios” que os ponéis vosotras...

—¿Es que tienes algo contra cómo vestimos? Porque yo creo que las dos tenemos bastante gusto... —comenzó Marina, ante lo que ella se rio aun más.

—Sí, sí, desde luego que estáis “doradas y divinas” —dijo mientras se acercaba a ellas, ya con todo preparado para trabajar—. Bueno, a trabajar se dijo.

—Sí, supongo... —respondió Lucía, tan molesta en apariencia por el comentario como Marina.

“No es tan gracioso cuando la varita apunta hacia vosotras, ¿verdad?” —pensó con malicia, aunque venciendo finalmente la tentación de verbalizarlo. A pesar de que seguía hasta cierto punto irascible, sabía que no le convenía mantener ese estado más de la cuenta, por lo que intentar calmarse era probablemente la opción más inteligente... aunque por desgracia la situación estuviera a

punto de convertirlo en imposible.

—¿Entonces cree que éste sería mejor? —preguntó la clienta mientras sujetaba ambos modelos.

—En mi humilde opinión, sí, señorita —contestó Ángela con su mejor sonrisa. El centro comercial estaba inusualmente lleno para ser un miércoles, así que el tener bastante trabajo la mantenía distraída y la había relajado un poco.

—Bueno, pues me fiaré de usted entonces —sonrió a su vez la chica, antes de dejar el otro en su sitio—. ¿Si no está bien podría cambiarlo?

—Por supuesto. Ahora cuando vaya a caja, pregúntele a mis compañeras y... —paró un momento, al sentir una extraña sensación viniendo desde fuera de la tienda. La clienta la miró extrañada, antes de girarse también en esa dirección.

—Perdone... ¿pasa algo?

—¡Ah! Disculpe, señorita. Me pareció oír algo, pero supongo que... —Antes de que pudiera siquiera acabar la frase el estruendo que vino desde la puerta del recinto hizo que ambas se agacharan por el susto.

—¡Aaaaaaaaah! —comenzó a gritar la clienta delante de Ángela, toda vez que tras el ruido inicial el sonido había cambiado a disparos y chillidos. Ella misma se quedó también unos segundos noqueada e incapaz de entender qué había pasado, antes de mirar a su alrededor. Marina y Lucía se habían escondido detrás del mostrador, mientras el resto de clientes se encontraban en una situación muy similar a la de la mujer que tenía enfrente; agachados, llevándose las manos a la cabeza y gritando varios de ellos.

—¿¡Pero qué pasa ahí afuera!? —gritó a los pocos segundos, sorprendida al comprobar cómo, aunque estuviera asustada, por otra parte una intensa emoción de rabia ante el desconcierto comenzaba a crecer en su interior. A pesar de que los disparos proseguían y cada vez había más gritos, empezó a incorporarse lentamente, intentando ver qué ocurría en el pasillo.

“No me lo puedo creer...” —Se quedó mirando hacia fuera del establecimiento unos segundos, incapaz de comprender. Ante ella podía ver cómo varios hombres armados corrían de una tienda

a otra, gritando, lanzando ráfagas de disparos hacia el techo y amenazando a todo el que se encontraban por el camino. Habría seguido observando la escena de no ser porque dos de esos hombres habían comenzado a correr desde el negocio de golosinas que tenían al lado, apuntando con sus armas hacia la tienda.

—¡Todo el mundo al suelo! ¡¡Todos al suelo!! —gritó el primero de ellos, antes de disparar hacia el techo, justo encima de la caja. Unos cuantos trozos cayeron acto seguido al suelo sobre el sitio en el que debían estar Marina y Lucía, provocando que Ángela reconociese perfectamente el chillido de la segunda entre todos los ruidos.

—Pero... vosotros... —escuchó a uno de los clientes balbuceando, antes de que otra ráfaga impactase contra el pilar justo detrás de ella.

—¡¡Ha dicho que al suelo!! —dijo el otro hombre de la puerta, haciendo que cualquier intento de mantenerse de pie o comunicarse con ellos por parte de los allí presentes fuera rápidamente sofocado. Durante unos segundos el ruido prosiguió incesante, pero luego poco a poco fue bajando su intensidad, hasta que finalmente un silencio sepulcral reinó en todo el recinto. Así se mantuvo más o menos un minuto, roto sólo por los trozos de techo que caían de cuando en cuando por la acción de las balas, hasta que una voz por megáfono rompió al fin esa tensa espera.

—¡Atención, trabajadores y clientes del centro comercial! ¡Atención! —dijo la voz con tono metálico, carraspeando un momento antes de seguir—. Les informamos de que hemos tomado todo el recinto y son ahora todos ustedes nuestros rehenes... Repito, son ustedes nuestros rehenes. En principio no tenemos intención ni necesidad alguna de hacerles daño, pero si alguno intenta algo raro, ya habrán comprobado que estamos armados y que no tendremos problema en apuntar hacia objetivos que no sean sólo los techos y paredes.

—Si quieren que no haya problemas, simplemente hagan lo que les decimos —le siguió otra voz, también por megáfono, aunque ésta más pausada—. Como verán cuando se levanten, tenemos uno o dos hombres en la puerta de cada establecimiento. Se quedarán ahí hasta que todo acabe, dado que no queremos que ninguno de ustedes salga del lugar donde está, ¿entendido? Se sientan donde puedan, se hacen a la idea y esperan hasta que nosotros digamos. Si

todo va como debería ir, esto no durará muchas horas, así que no se impacienten. Si alguno necesita ir al baño, que nos lo comunique y se le acompañará al mismo, pero no saldrán de donde están por ninguna otra razón, así que nada de intentar trucos o hacerse el héroe, que no les conviene lo más mínimo, créanme...

—Cuando acaben de escuchar esto deberán levantarse, ir hasta los guardias de su tienda y entregarles su móvil, tablet o cualquier otro artilugio que pueda servir para comunicarse con el exterior... Sé que pensarán que pueden encontrar alguna manera de salirse con la suya y que no lo notemos, pero les advierto que si vemos a alguien con un móvil o similar en la mano después de la entrega, la reacción será... acorde, digamos —dijo la primera voz, haciendo una pausa después de la amenaza antes de dar la señal—. Bien, ya pueden hacerlo. Recuerden lo que les hemos dicho y nadie resultará herido, podrán salir todos en unas horas de aquí y seguir con sus vidas como si nada hubiera pasado. Ténganlo en cuenta.

Tras la señal, la gente comenzó a levantarse lentamente, muchos aún con lágrimas en los ojos, incapaces de procesar del todo lo que había ocurrido. Al principio no se movían del sitio en el que estaban, aún aterrorizados, pero después las órdenes de los terroristas hicieron que empezaran a acercarse lentamente a los guardias de cada tienda y les dieran sus móviles y demás, sin atisbo alguno de que ninguno intentara resistirse.

“No me lo puedo creer... ¡Pero si ése estuvo antes en la tienda viendo cosas!” —Tras levantarse con los demás, Ángela se quedó estupefacta al poder fijarse ya con calma en el hombre que mostraba su pequeña ametralladora delante del pecho, amenazante, mientras la gente le daba los aparatos a su compañero. Miró hacia fuera un momento, para comprobar cómo igualmente algunos de los que se veían en las puertas de las tiendas cercanas también le sonaban de haberlos visto paseando por allí desde que había llegado. Estaba tan sorprendida con las posibilidades que le planteaba esa circunstancia que necesitó que el guardia se dirigiera a ella de malos modos una segunda vez para percatarse de que la llamaba.

—¡Señora, su móvil!

—Ah, que es a mí... —Bajó su mirada hacia el hombre, sin moverse del sitio—. Mire, es que yo no tengo.

—Que no tiene, dice... —Se giró hacia su compañero, riéndose con desprecio, antes de dirigirse a ella de nuevo, esta vez apuntándola con su arma—. ¿Se cree que somos imbéciles? ¡Venga, el móvil!

—No creo que sean imbéciles si fueron capaces de montar todo esto, se lo aseguro... Pero no tengo, de verdad. Pueden registrarme.

—Oh, venga ya... —se quejó el terrorista, antes de comenzar a bajar su arma—. ¡Venga aquí ahora mismo y enséñenos todo lo que lleve en los bolsillos!

—De acuerdo —respondió ella de forma flemática, sin dejar de mirarlo a los ojos, antes de hacer exactamente lo que le pedía. Tras comprobar con sorpresa cómo ciertamente no llevaba nada, los guardias la dejaron volver, aunque en vez de ir hacia donde estaba se dirigió hacia Marina y Lucía, las cuales estaban acurrucadas en un rincón, visiblemente asustadas.

—Ángela... —balbuceó Marina al ver cómo se acercaba. La bruja no pudo evitar enternecerse al verlas tan desvalidas, a pesar del enfado anterior.

—Sí, estoy aquí... No os va a pasar nada, tranquilas —dijo mientras le apoyaba una mano en la cabeza a cada una, intentando tranquilizarlas. Tras hacerlo, de pronto notó en la pared cómo la luz natural comenzaba a reducir drásticamente su intensidad, hasta finalmente estar la tienda sólo iluminada por las bombillas.

—¿Q-Qué ocurre...? —preguntó Lucía mientras dejaba de llorar por un momento. Ángela se giró y miró hacia el pasillo, donde a lo lejos pudo ver cómo los terroristas estaban colocando algo parecido a una lona en la cristalera de la entrada, haciendo que dejaran de entrar los rayos del sol.

—Va a ser un día largo, me temo.

\*\*\*

Ángela se levantó y estiró los brazos hacia el techo por enésima vez, harta de estar sentada en el suelo. No sabía cuántas veces había repetido ya el mismo gesto, provocando las primeras que los guardias la mirasen con mala cara, pero ya las últimas sin respuesta alguna por su parte. Al principio había estado bastante ocupada consolando

a sus dos compañeras, así como a otros clientes, pero ahora que la calma y el tedio se habían instalado por completo hasta casi echaba de menos algún sollozo que rompiera tanta quietud. Mirase hacia donde mirase no veía más que gente cabizbaja, con la cabeza entre las rodillas, mirando a algún punto vacío frente a ellos. La atmósfera de la tienda hacía casi pensar que el tiempo se hubiese ralentizado.

“Para colmo ya ni vienen los terroristas que venían al principio a hablar con los dos matones ésos... Por favor, ¿cuánto tiempo llevamos aquí?” —Se giró hacia los hombres armados de la puerta una vez más, escudriñándolos hasta el último detalle. Tras haber requisado los móviles y tener controlada la tienda, durante un rato los dos parecían haberse relajado y habían estado hablando de algunos temas triviales en voz baja. Durante dichas charlas Ángela fingió estar tan consternada como los demás, pero en realidad había estado escuchando su conversación atentamente, buscando alguna explicación a lo que ocurría. Tras minutos de “espionaje” que se vieron zanjados cuando otro de los terroristas se acercó a ellos para comentarles algo, la bruja sólo podía sacar una conclusión clara: por su acento estaba claro que eran españoles... y probablemente de la misma Madrid.

“Y qué me dices de la ropa... ¿Será un disfraz o...?” —Mirando disimuladamente volvió a comprobar cómo ciertamente ambos vestían con chándal, ropa deteriorada y zapatillas desgastadas. Igualmente, una vez superada la imagen “imponente” del inicio al verlos con las armas, si se fijaba podía ver a dos hombres bastante deteriorados físicamente, sobre todo el más mayor de los dos. Se encontraba hipotetizando sobre el cómo podía gente así estar involucrada en todo ese tema cuando de pronto tuvo que girarse y dejar de mirar, ya que por el pasillo volvían a aproximarse los terroristas que se habían acercado con anterioridad a hablar con ellos dos. A pesar de que no podía verlos, lo poco que captaba de sus susurros le hacía pensar que debían tener algún tipo de autoridad sobre los “guardianes”.

“Esas caras... ¿son de nerviosismo?” —Después de que los visitantes volvieran a marcharse, pudo vislumbrar en las caras de

los dos hombres que lo que les hubieran contado debía haberlos intranquilizado bastante. Tras volver a sentarse y hacer como que se interesaba por una clienta, se concentró lo suficiente como para captar sus dos esencias entre tantas personas, lo cual no hizo sino confirmarle sus sospechas.

“No hay movimiento, no sabemos nada, están nerviosos... ¡Oh, estoy harta!” —Tras mirar un momento a Lucía y Marina y ver que seguían tan bloqueadas como el resto, se levantó de golpe, antes de dirigirse a sus captores.

—¿Se puede saber qué quieres? —preguntó el más joven, ligeramente sobresaltado por el aplomo con el que se les había acercado la bruja.

—Ir al baño.

—¿Ahora? ¿Tiene que ser precisamente ahora? —preguntó el otro con molestia.

—Sabrá usted que a ciertas edades, cuando es, es —le sonrió cínicamente ella, antes de seguir—. Además, no creo que haya esperado precisamente poco desde que empezó todo esto.

—Eso es cierto... —se le escapó al joven, antes de que el mayor lo fulminase con la mirada.

—En fin... —se quejó el otro, antes de girarse hacia la pequeña tienda de cosmética a su derecha, en la cual había otros dos terroristas—. Eh, Sebas... ¡Tú! Acompaña a esta pesada al baño.

—¿Y se puede saber por qué yo? —contestó de malos modos el otro, sin apenas mirar hacia ellos.

—¡Porque en vuestra mierda de tienda tenéis sólo cuatro personas y nosotros aquí a saber! ¡Venga! —le gritó el hombre, antes de bajar la voz al ver cómo los terroristas de otras tiendas lo miraban con ojos de reproche—. Vamos, señora, vaya con él y dese prisita.

Ángela se acercó sin decir palabra al otro hombre, el cual esperó a que ella pasara delante de él antes de seguirla. Mientras andaban en silencio por el pasillo, la bruja aprovechaba para observar la situación lo mejor que podía, constatando que todos los establecimientos estaban en el mismo estado que su tienda... o incluso peor, como era el caso del negocio de joyas de al lado de las escaleras, en el

cual dos mujeres estaban tendidas en el suelo con gesto de dolor, toallas ensangrentadas sobre sus piernas y otras personas alrededor mirándolas con cara de preocupación.

“No me digas que llegaron a... a...” —No había acabado siquiera el pensamiento, cuando rápidamente sintió la necesidad de ir al súper y comprobar que Antonio estaba bien. Aunque había pensado en él un par de veces tras el asalto, de alguna manera se había hecho a la idea de que en todo el centro comercial la situación habría sido como la suya, con mucho miedo pero sin que nadie saliera herido. Tras acelerar el paso de manera evidente, haciendo que el terrorista tras ella bufase de molestia por lo bajo, finalmente llegó al supermercado... delante del cual se paró en seco, provocando que el hombre casi se chocase con ella.

—¡Señora! ¿A qué demonios juega? —se quejó él, antes de tirar del hombro de ella.

—No lo veo... No está... —susurró Ángela sin dejar de mirar hacia los pasillos llenos de productos pero vacíos de gente. Al lado de las cajas se agolpaban clientes y trabajadores por igual, pero ni Antonio estaba entre ellos, ni parecía haber nadie más allá... La visión de Manolo en una silla con la cabeza ensangrentada y medio inconsciente no hacía sino intranquilizarla aun más.

—¡Venga! —gritó mientras la cogía del brazo el terrorista, tirando de ella para que siguiera avanzando. Al principio no pudo evitar mirar hacia atrás unos segundos más, buscándolo entre los ojos que la miraban, unos aterrorizados, otros extrañados... Pero al poco volvió a recuperar el control.

“Relájate, estúpida... Re-lá-ja-te... A la vuelta miraré de nuevo. Deben tenerlo más al fondo o haberlo llevado a otro sitio. No había sangre. Dijeron que no harían daño a nadie si no se rebelaba... ¿Y Antonio rebelarse? No, no... Está bien, seguro.” —Mientras pensaba en todo ello, ella y su acompañante pasaron al lado de la entrada al centro comercial, pudiendo ver de cerca cómo las lonas que tapaban cualquier vista al exterior colgaban de unos enganches en el techo. Nunca las había visto antes, por lo que el detalle le hacía pensar que quien fuera que estuviera detrás de todo aquello sabía lo que se

hacía y lo había planeado con tiempo y cuidado.

—Venga. A darse “brillo” —la sacó el hombre de sus pensamientos mientras le señalaba la puerta de los baños. El tono de la frase la repugnó tanto que estuvo a punto de contestarle, pero finalmente prefirió no hacerlo. Tras tomarse su tiempo simulando que hacía sus necesidades, esperó hasta sentir que el hombre no estaba ya tan pendiente de ella para salir. Al hacerlo vio cómo éste se había acercado al restaurante que había justo enfrente de los baños y miraba atentamente al gran televisor que había en el centro del mismo, algo que también hacían los otros diez o quince hombres armados que había dentro.

“Eso que ven es... ¿el telediario?” —Aunque desde donde estaba le costaba un poco distinguir las figuras en la pantalla y apenas oía nada de lo que decía el locutor, viendo las reacciones de los terroristas se le despejaron las dudas. Al principio todos observaban al presentador, callados, pero cuando aparecieron las primeras imágenes aéreas del centro comercial en el que estaban varios comenzaron a vitorear con gestos de alegría, mientras los demás asentían y sonreían. Aun sin entender nada de lo que estaba viendo, Ángela siguió observando unos segundos más, antes de que en la televisión cambiara la imagen, dando paso a otra noticia. Esto provocó que de pronto un gran silencio se instalase en el restaurante, para dar paso después a un conjunto de quejas y comentarios sobre lo extraño de la situación. Al poco los hombres comenzaron a salir de nuevo al pasillo, lo que hizo que ella se escondiera de nuevo.

—¿Cómo pueden no haber hablado siquiera de los otros más allá de Barcelona? Si llamaron hace un rato los de Granada y Valencia y allí también salió todo bien... —escuchó desde el baño cómo hablaban dos de los terroristas.

—Y los de Badajoz, y los de Santander... ¿Y lo de no mencionar siquiera las reivindicaciones?

—“Un grupo de terroristas hasta ahora desconocidos”... Tiene narices la cosa. ¡Pero si el vídeo lleva ya horas por internet!

—En fin... Ya sabemos cómo se las gastan. Espérate que en el próximo no empiecen incluso a manipularlo todo para que parezca

lo que no es.

—Ah, bueno, eso dalo por sentado... ¿Pero qué esperabas? ¿Que digan a la población que “hay varios centros comerciales por España secuestrados por activistas que buscan hacer presión contra el gobierno y su ausencia de medidas para bajar el paro y mejorar la distribución de riqueza”? —se quejó con sorna el otro, haciendo como que imitaba a un presentador. Por lo cercanas que escuchaba sus voces, debían estar yendo al baño masculino.

—No, bueno, pero a ver... —intentó replicar el otro, ligeramente avergonzado.

—En el único telediario que había esperanzas de que dijeran “algo” era en éste... y ya viste.

—Bueno, veremos cómo siguen moviéndolo Pedro y Javi con lo de... —De pronto Ángela dejó de escuchar nada más que un murmullo, por lo que supuso que habrían entrado ya al baño. Se disponía a salir cuando unos nudillos tocaron con fuerza contra la puerta varias veces, haciendo que retrocediera.

—Eh, señora, ¿es que tiene diarrea o qué? —Reconoció la voz del que la había acompañado hasta allí.

—No... Yo, como estabais allí... me volví... y...

—¡Ah! Mira, obediente y sin liarla como antes —se rio él, antes de volver al tono serio—. Pues venga, salga de una vez.

—Ya... Ya voy...

Al salir procuró mantener su apariencia de asustada y dócil, mientras él volvía a dejarla pasar delante antes de andar. Al llegar al pasillo le sorprendió ver cómo de nuevo el restaurante sólo tenía a los rehenes dentro, mientras que los terroristas que habían estado en él ya estaban distribuidos por las tiendas.

“Así que en varios puntos del país, bien organizados... ¿y con un propósito tan... “noble”?” —Se hallaba pensando sobre esa situación tan confusa cuando el ver que se acercaba al supermercado la trajo de nuevo a la realidad. La preocupación que le atenazó el pecho al recordar a Antonio sepultó rápidamente cualquier otro pensamiento.

—¿Se puede saber qué hace, señora? —preguntó molesto el terrorista, al ver que se paraba en seco.

—Quiero saber cómo está uno de los trabajadores del súper —dijo secamente, sin siquiera mirarlo.

—... ¿Qué? —dijo él, estupefacto, antes de intentar empujarla para que siguiera—. ¡Déjese de tonterías ya, que me está cansando! ¡Andando!

—¡De aquí no me muevo hasta que lo sepa! —le gritó la bruja a la cara, haciendo que el hombre se quedara completamente quieto y noqueado.

—Pero...

—¿¡O es que acaso me vas a decir que ya habéis matado a gente!? —chilló ella, presa en parte del nerviosismo, pero también queriendo que toda la gente de los alrededores la escuchara.

—No... Nosotros no... —El terrorista intentó mirarla a los ojos tras la acusación, pero fue incapaz de mantenerle la mirada. Tras apartarse un poco se giró hacia el otro lado—. ¡No hemos matado a nadie, por dios!

—¿Entonces por qué no quieres que pregunte?

—Porque... Oh, mierda, ¡haga lo que le dé la gana! —se quejó con un gesto brusco, antes de volver a mirarla—. Pero tiene que ser desde aquí. Nada de meterse dentro... Le pega un grito, confirma que está bien, y a la tienda de nuevo, ¿entendido?

—... Entendido —zanjó ella el tema, antes de girarse rápidamente y gritar todo lo alto que pudo—. ¡Antonio! ¿Estás ahí? ¡Antonio!

—...

—¡¡Antonio!!

—... ¡Sí, estoy aquí, Ángela! —escuchó a lo lejos cómo su voz le respondía, haciendo que de golpe se le fuera toda la tensión acumulada en ese rato.

—¡Qué bien! —dijo ella con alegría, antes de avergonzarse porque se le hubiera escapado una frase así en esa situación—. ¿Estás bien? ¿Estás herido?

—Estoy bien, no te preocupes... ¿Y tú? ¿Te hicieron algo? —preguntó titubeante desde algún punto cercano a la pescadería. Ángela supuso que no debía haberlo visto antes por estar en algún recodo u oculto tras una de las columnas.

—¡No, no me hicieron nada! ¡Estoy perfectamente! —respondió, antes de ver de reojo al guardia y cómo éste se estaba

impacientando—. ¡Bueno Antonio, me tengo que ir! ¡A ver si luego podemos vernos cuando acabe todo esto!

—Eh... ¡Vale! ¡Luego nos vemos, Ángela! —contestó él, sorprendido por el optimismo de sus palabras. Al bajar la vista la bruja comprobó que no era el único, ya que varios de los clientes y trabajadores que estaban al lado de las cajas la miraban como el que mira a una loca.

—Bueno, eso fue todo... Mucha gracias —se dirigió al terrorista con una sonrisa, haciendo que éste se quedara igualmente extrañado, antes de reanudar la marcha.

—Vale, vale, loca... ¡Tira!

“No mataron a nadie, ¿eh?... Aunque sí hirieron a unos cuantos por lo visto... ¿Será porque...?” —Mientras volvía a la tienda intentaba atar cabos en su cabeza sobre la situación tan extraña que estaban viviendo. Si bien estaba claro que lo ocurrido no era ninguna tontería, también era cierto que ni había sentido una especial “maldad” en ninguno de los que se había cruzado, ni parecía haber habido violencia alguna posterior al “estallido inicial”. Los heridos que había visto eran bastante aparatosos, sí, pero no le había parecido que ninguno de ellos hubiera sido disparado directamente por los terroristas. Además, esa ropa que se había fijado que tenían, su forma de hablar, sus maneras... Todo ello formaba un torbellino de ideas en su mente, aún no resuelto cuando los dos guardias de la puerta se apartaban para dejarle paso.

—Buenas —los saludó ella, sin sonreír pero con naturalidad.

—... ¿Buenas? —respondió al saludo el más joven, mientras el otro lo miraba con incredulidad.

Tras ver que la situación allí no había cambiado demasiado, Ángela se acercó hacia donde estaban Lucía y Marina. Se las encontró, tal como esperaba, calladas y ausentes, por lo que tuvo que zarandearlas un poco para que se percatasen de su presencia.

—Anda que estáis atentas a las cosas —se burló de ellas, aunque sin encontrar en la mirada que le lanzó Marina nada más allá de la incompreensión.

—... ¿Ángela?

—Sí, soy yo. No soy un fantasma —se rio, antes de mirar a los guardias. Cuando comprobó que éstos no miraban, se agachó hasta quedarse entre ellas dos, al tiempo que susurraba—. Y por cierto, traigo buenas noticias.

—Buenas noticias —repitió robóticamente Lucía, sin siquiera alzar la vista.

—Sí, buenas... Puede que los terroristas no sean tan malos al fin y al cabo.

—... ¿Qué? —Marina la miró de nuevo, esta vez con algo más de vida en sus ojos.

—Lo que oís. Sólo es una corazonada, pero algo me da que es así —le contestó medio sonriente. Al principio sus compañeras se quedaron en silencio, mirándola, antes de que finalmente Lucía rompiera el hielo.

—Je... Jejeje... Jejejejejeje... —comenzó a reírse de forma nerviosa, sin saber que poco después derivaría en una carcajada histérica que llegaría incluso a alertar a los guardias.

\*\*\*

Un par de horas después todo seguía igual... y al mismo tiempo, diferente. El comentario de la bruja y la posterior carcajada de su compañera habían sacado de alguna manera de su letargo a los allí presentes, haciendo que comenzaran a aflorar las primeras conversaciones por lo bajo, las presentaciones, los comentarios sobre la vida de cada uno, la intriga sobre la situación o el cuántas horas estarían allí. Al principio los guardias se habían inquietado por lo que ocurría, pero luego habían pasado a no atender demasiado a los rehenes e incluso empezar a hablar entre ellos tranquilamente.

“El ambiente se relajó un poco... y veo que no sólo aquí” —pensó Ángela al asomarse disimuladamente a ver cómo estaba el pasillo. Allí lo que encontró es que el sonido empezaba a aumentar poco a poco, primero con conversaciones entre los guardias como en su tienda, pero luego también por el murmullo que venía de dentro de los negocios.

—Eh, tú, ¿qué miras? —le dijo de pronto el guardia mayor, señalándola. Por lo visto no había sido lo suficientemente disimulada.

—El pasillo.

—... Eso ya lo veo, señora —contestó molesto, mientras el otro guardia reprimía la risa por lo sincero de la respuesta—. Lo que digo es que vuelvas allí con los demás.

—¿Tan terrible es que mire el pasillo?

—No sé si es terrible o no. Lo que digo es que no lo hagas.

—... —Se quedó un momento callada, pensando.

—Venga. Andando con los demás.

—¿O si no, qué? ¿Me dispararás? —preguntó finalmente con una sonrisa maliciosa, haciendo que el hombre se quedase mirándola pasmado, así como varios de los clientes.

—¿Crees que no lo haría? —respondió tras unos segundos él, antes de apuntarle con el arma. A su lado el joven había perdido la sonrisa y miraba con incertidumbre a su compañero. Estaba a punto de ponerle la mano en el hombro y decirle que se calmara cuando la voz de Ángela hizo que ambos se quedaran helados.

—No es que lo crea, es que estoy segura de que no lo harías. Ninguno de vosotros es tan mala persona como para pegarle un tiro a alguien porque sí, ¿verdad? —dijo muy seria, manteniendo su posición.

—¿Qué... has dicho? —preguntó, mientras bajaba ligeramente el arma.

—Lo que oíste... No estáis aquí para matar a nadie que yo sepa.

—Cómo... Tú...

—¿Me equivoco? —dijo la bruja, antes de girarse y ver cómo el resto de rehenes la miraban también cariacontecidos—. ¿Acaso serviría de nada disparar a alguna de estas personas para lo que queréis?

—¡Venga aquí! —gritó el guardia mayor, visiblemente nervioso, antes de volver a apuntarle firmemente. Para su sorpresa esta vez Ángela obedeció sin oponer la más mínima resistencia, acercándose a ellos muy tranquila.

—Pero qué vas a... —comenzó a decir el otro terrorista, antes de verse interrumpido.

—Yo me quedo aquí vigilando... ¡pero tú lleva a esta desquiciada a que vea a Marcos y Luis!

—Pero y por qué...

—No creo que yo sea precisamente aquí la que se está desquiciando... —susurró por lo bajo ella, mirando hacia otro lado.

—¡Porque sí! ¡Llévatela ya! —gritó furioso de nuevo, antes de empujarla hacia su compañero.

—... De acuerdo —se resignó el joven, antes de coger a la bruja del brazo, sin que ésta se quejara por ello.

“Cómo les molesta a algunos perder su capa de “malvados”...” —pensó ella mientras comenzaba a andar. Al mirar a los lados pudo ver la curiosidad en los ojos de terroristas y rehenes por igual. Los gritos del guardia habían intrigado a todo aquel que estuviera en los negocios cercanos... Más aun cuando comprobaban que esa mujer mayor y de apariencia inofensiva era quien los había provocado.

—Te la has jugado bastante... —escuchó de pronto hablar al que la llevaba del brazo. Al girarse hacia él vio que miraba al frente, evitando el contacto visual.

—¿Tú crees? ¿Me habría disparado?

—No, mujer, tanto no... Pero lleva muy mal que lo ridiculicen en público. No me habría extrañado que te hubiera dado unos cuantos puñetazos o algo así.

—Entiendo... Veo que lo conoces bien —comentó mientras sonreía.

—...

—Sois de por aquí, ¿verdad?

—... Estás preguntando más de la cuenta, te advierto —respondió él, apretándole un poco más el brazo, aunque sin hacerle daño.

—Eso es que sí... Vuestro acento os delata, joven.

—Jovencísimo, vamos —se le escapó al hombre, antes de volver al silencio. Ángela lo miró fijamente, antes de cerrar los ojos y dejarse llevar. Haciéndolo conseguiría la concentración necesaria como para intentar sentir su esencia... la cual se le reveló como aun más relajada de lo que habría esperado.

—Bueno, ya llegamos —dijo él, después de que entraran en una de las otras tiendas de ropa, fueran hasta el fondo del establecimiento y abrieran una pequeña puerta. Allí se encontró un

cuarto pequeño, con dos ordenadores portátiles frente a los cuales dos terroristas tecleaban cosas sin parar, mientras detrás de ellos otros dos estaban de pie, observando su trabajo—. Marcos, Luis... Siento interrumpiros, pero Eugenio insistió en que os trajera a esta mujer.

—¿Y eso por qué? —preguntó finalmente uno de los dos erguidos, después de que ambos miraran extrañados a Ángela.

—Porque lo sacó de quicio... y porque parece que sabe algo.

—¿Algo? ¿Esta mujer? —se extrañó el más alto de los dos, antes de dirigirse a ella—. Perdone señora, ¿cómo se llama usted?

—Ángela. ¿Y usted?

—Yo... Bueno, qué más da. Yo soy Marcos —se medio rio al decirlo, antes de mirarla de nuevo—. Y bien, Ángela, ¿qué sabe exactamente usted?

—Bueno, no mucho —sonrió ella, mientras analizaba la habitación con la mirada—. Más que nada, que no son tan terroristas como parece y que el propósito que tienen es bastante lógico.

—¿Qué propósito?

—Sacar algo en claro de esto respecto al paro... ¿no? —dijo ella, aunque no pudo evitar que un atisbo de duda cruzase su mente ante lo directo de la pregunta.

—Vaya... Debe ser la "tardona" que llevó antes Ángel al baño —dijo girándose hacia el que debía ser Luis.

—A alguno se le debió escapar lo que fuera y lo escucharía —comentó el otro, aunque sin despegar demasiado la vista de los ordenadores.

—¿Y ahora qué vamos a hacer con usted? —volvió a dirigirse Marcos a ella, con una sonrisa afable pero intrigante.

—¿Es que deberían hacerme algo?

—Bueno... Aunque tiene pinta de que no se enteró más que de cosas superficiales, tampoco nos conviene demasiado tener por ahí fuera a alguien comentando nuestros planes a todos los rehenes, ¿no cree?

—¿Y por qué no? —preguntó tajante, haciendo que el hombre se sorprendiera, antes de reírse.

—Mire, esa respuesta no me la esperaba... Qué mujer tan curiosa.

—Sí, me lo dicen a menudo... Pero no respondió a la pregunta.

—Bueno... Dejémoslo en que no nos conviene —dijo él también de forma seca, aunque siguiera sonriendo.

—¿Es que acaso cree que el que la gente lo supiera les iba a suponer algún problema? ¿Qué van a hacer, si no pueden contárselo a nadie de todas formas? —insistió ella. La energía de sus palabras hizo que tanto Luis como los dos hombres de los ordenadores se girasen un momento.

—¿Y en qué beneficiaría? —preguntó Luis con voz relajada. La bruja se quedó un momento callada, al no esperar ese tipo de pregunta.

—A que... no estuviésemos todos tan nerviosos —replicó finalmente.

—Nerviosos... ¿Es que acaso ve usted nerviosismo? —volvió a intervenir Marcos.

—¿Acaso no estoy aquí porque uno de los suyos casi pierde el control?

—Cierto, cierto... —asintió antes de hablar con Luis—. Y después de lo de la mujer de la joyería y sus piernas, no nos conviene que nadie pierda el control.

—Nadie debería, pero sabíamos a lo que veníamos —se quejó el otro, antes de volver a hablar por lo bajo con uno de los de los portátiles.

—Desde luego... Bueno, ¿entonces qué nos sugiere, Ángela?

—Pues yo...

—¿O es que cree únicamente que deberían saber nuestras intenciones y ya está?

—... Pues ahora que lo dice, no es lo único que se me ocurre, la verdad.

—Pues entonces abra la boca sin miedo... —sonrió él, antes de girarse también hacia los ordenadores, pero mirándola de poco en poco—. Ya que llegó hasta aquí, es lo menos.

—¿Y si les parecen lógicas mis propuestas las harán?

—Lo que es lógico es lógico, ¿no?... De hecho, en cierto modo esa frase es la que nos tiene hoy a todos aquí.

—Puede ser... —dijo ella, antes de pensar lo que iba a decir—. Aunque espere, ¿y si no les parecen lógicas?

—Bueno... Entonces se cansará de ver las cuatro paredes de esta habitación, porque no volvería a salir hasta que acabásemos —

respondió serio, antes de hacerle un gesto para que comenzara—. Y ahora, venga... A ver qué nos trae que sea entretenido.

\*\*\*

Como bien habían predicho los dos a los que había espiado desde el baño, ningún informativo o similar volvió a mencionar nada de su situación más que de pasada. Ni siquiera el canal de noticias lo nombraba más allá que para mostrar algunas tomas desde el exterior y repetir el mismo discurso de la primera vez. Todo ello hacía que los terroristas cada vez fueran más a la pequeña sala de los ordenadores, buscando información sobre el efecto que estaban teniendo sus acciones o no, así como sobre la reacción de la gente.

Mientras, para los rehenes la situación había cambiado radicalmente desde el paso de Ángela por dicha habitación. La gran mayoría se encontraban ahora en la plaza central del centro comercial, hablando unos con otros, discutiendo, e incluso algunos atreviéndose a comentar cosas con los terroristas que los vigilaban. Igualmente no eran pocos tampoco los que aprovechaban para comer algo tras las largas horas de ayuno que habían aguantado, aunque también seguía habiendo una parte que se mantenían en las tiendas o que preferían no hablar con nadie.

“Pero bueno, por lo menos ya no hay el pánico inicial... Aunque sea a costa de que yo ya no me vaya a poder mover”—pensó Ángela, contenta en parte, molesta en otra. Tras la charla con Marcos y Luis, y tras convencerlos de que las cosas que decía no eran ninguna locura, el trato había sido claro: se informaría levemente a los rehenes del por qué de toda esa situación, se les permitiría transitar por los pasillos y la plaza central, así como abastecerse de los restaurantes o el supermercado para poder alimentarse y se dejaría salir a Manolo y los pocos heridos más que había para que los atendieran en el exterior... Pero a cambio ella ya no se podría mover del banco del pasillo en el que la harían sentarse, así como no hablaría con nadie sin haber un guardia al lado.

—”O así o encerrada aquí”—repitió con burla las palabras de

Marcos, antes de que el ver cómo Antonio se acercaba por el pasillo le quitara en parte el enfado.

—¿Puedo sentarme aquí con ella? —preguntó él al terrorista que la vigilaba, no sin cierto miedo en la voz.

—Sí —respondió el hombre, sin hacer ademán de moverse. Antonio lo miró con temor, antes de sentarse hombro con hombro con ella. Tras hacerlo sacó un bollo de crema de su bolsillo.

—¿Qué tal estás, Ángela? Te traje esto, para que comas algo.

—Bueno, pues ya me ves... Muchas gracias, cielo —le sonrió, antes de reírse al coger el bollo—. ¡Aunque ya podrías haberme traído algo que no fuera "comida de ciudad"!

—Ah, cierto. Olvidé que no llevas las últimas semanas comiéndote uno o dos todos los días en el descanso... Supongo que habrías preferido que te trajera una lechuga y un tomate —respondió él con sorna, algo poco habitual y que incluso agradó a la bruja.

—¡Antonio siendo malo! ¡Esto es nuevo! —se rieron de nuevo los dos, ante la extrañada mirada del guardia... Por desgracia, pasado el momento divertido, volvía la incertidumbre.

—Oye, Ángela... ¿Cuándo crees que acabará todo esto? —preguntó finalmente él, mirándola con ojos tristes.

—No lo sé...

—Pero cuando estuviste con ellos...

—No son tontos, Antonio. No dejaron que me enterara de demasiado —dijo ella, mientras lo miraba cariñosamente. A pesar del tiempo que había pasado desde que lo conoció, seguía sorprediéndole que fuera tan ingenuo.

—Bueno, tienes razón. Si montaron todo esto deben estar bastante bien organizados.

—Pues claro... —respondió ella, antes de mirarlo a los ojos—. ¿Y tú qué tal estás?

—Bien. Salvo el golpetazo a Manolo, a ninguno de los del súper nos pasó nada.

—Me alegro...

—¿También por lo de Manolo? —dijo él mirándola serio, lo que provocó que la bruja se riera.

—¡Ay, pero cómo eres!... Aunque oye, admitamos que no fue del todo injusto que le cayera justo a él.

—Desde luego, desde luego...

“Ya tiene cosa que cuando mejor me estoy encontrando con él en semanas sea en este ambiente...” —Ambos se mantuvieron allí durante un rato que se les hizo bastante corto, a pesar de sobrepasar ampliamente la hora... y habrían seguido así de no ser por el cambio en la situación. Cambio del que él ni se percató, pero que a ella le había resultado bastante evidente.

—¿De verdad crees que pasa algo? —preguntó él, sorprendido por el comentario.

—Nos han cambiado el guardia tres veces en apenas un cuarto de hora... Y míralos allí. También a aquellos los están llamando para que vayan adonde están los ordenadores.

—Sí, es verdad... Pero puede ser simplemente un relevo o algo así, ¿no?

—Podría... ¿Pero todos pasan por los ordenadores en vez de simplemente descansar? Aparte, ¿qué me dices de que salgan con caras tan serias?

—No es que estuvieran muy sonrientes mientras pegaban tiros antes...

—¡No me refiero a eso, bobo! —sonrió ella mientras le daba un codazo—. Pero no sé, de verdad que noto algo raro en ellos.

—No sé... Yo no veo mucho, la verdad. Pero ya sabes que no es que se me dé muy bien fijarme en las cosas.

—Ay, no seas así... —dijo ella, mientras le daba un empujón cariñoso.

“Aparte, puede que no sean precisamente mis ojos los que me estén haciendo ver cosas raras...” —Aun sin concentrarse especialmente para ello, la atmósfera del lugar comenzaba a hacérsele especialmente pesada y tensa. Si bien la situación no había favorecido en ningún momento que aquello fuera un remanso de felicidad, desde que se había dado más libertad a los rehenes parecía que todo se había relajado... Y bueno, lo peor es que en realidad seguía relajado en la plaza entre la gente, que era lo que más la escamaba. Por tanto la negatividad debía venir de los terroristas... y cuanto más pasaban por la sala de ordenadores, más grande se hacía ésta.

—Oiga... —dijo girándose hacia el que los guardaba, ante la mirada de sorpresa de Antonio—. ¿Pasó algo malo?

—¿Perdón? —preguntó él, saliendo del ensimismamiento en el que estaba hasta ese momento.

—Le preguntaba si pasó algo malo, que veo a algunos de ustedes un poco con mala cara.

—¿Con mala cara? —dijo el hombre, antes de reírse—. Ya me habían advertido de que era usted una mujer curiosa...

—Supongo que sí.

—Pues no tenga tanta curiosidad, señora. Que no está el horno para bollos —respondió agriamente él, volviendo a mirar al frente.

—Entiendo... —dijo mientras lo miraba con tristeza, antes de volver a dirigirse a Antonio en voz baja—. Parece que estaba en lo cierto.

—O lo mismo simplemente lo molestaste... De hecho a mí casi se me sale el corazón del pecho cuando le preguntaste eso.

—Serás exagerado... ¿Qué iba a hacer? Que son personas también, hombre.

—Personas con ametralladoras, te recuerdo.

—Que sí, que sí...

“Aunque ciertamente me da mala espina que estén así... No sé qué habrá pasado fuera, pero espero que no se les vaya la cabeza a ninguno...” —Durante un par de minutos ella y Antonio se mantuvieron en silencio, observando también él intrigado a los terroristas por si captaba ese matiz que le decía la bruja, aunque sin demasiado éxito. Ella de cuando en cuando lo miraba sonriente, pero luego sus dudas respecto a la situación volvían. Estaba ya a punto de levantarse y decirle al guardia que si podía ir a hablar con Marcos y Luis, cuando de pronto notó un chasquido detrás de ella.

—Pst.

—¿Eh? —se giró hacia atrás intrigada, sin ver nada en un principio.

—¿Qué pasa? —la miró Antonio.

—No sé, me había parecido oír algo... —respondió volviendo a mirar hacia delante. Tras unos segundos, volvió a escuchar algo detrás de ella... pero esta vez mucho más nítido.

—A ver, Ángela... Que soy yo —reconoció la voz de Clara tras ellos, aunque antes de girarse ésta volvió a hablar—. Pero esta vez intenta no mirar hacia aquí como si hubieras oído una explosión o tendré que volver a esconderme.

— ... —Aunque estuvo a punto de contestarle en voz alta, comprendió justo a tiempo que la marcada estaba hablándole directamente a su mente, por lo que era absurdo intentar comunicarse con ella. En lugar de eso giró su cabeza lentamente y sin llamar la atención, lo suficiente como para ver el aura de su vecina escondida tras la esquina de uno de los establecimientos abandonados del final del pasillo. Tras verla miró de nuevo al frente, dejándole claro que la había visto.

—Bien... Seré clara, ya que el tiempo aprieta: aquí no tengo apenas sombras en las que esconderme y por lo que veo no te dejan moverte mucho, así que en cuanto puedas pide ir al baño, que sé que tienes permiso para hacerlo. Te esperaré allí para hablar. No tardes.

— ... —Ángela esperó un par de segundos antes de girarse y comprobar que ya no estaba allí. Acto seguido le entró una sensación de desasosiego mayor aun de la que ya tenía.

“Que esté Clara aquí debería tranquilizarme... pero tal como dijo las cosas no me gusta absolutamente nada.” —A pesar de que el tono de la joven solía tener siempre ese aire “cansino”, con el tiempo había aprendido a captar las diferencias en cuanto a cambios de humor, seriedad... Y el que acababa de usar era de todo menos agradable.

—Perdone... —dijo al poco, mirando al guardia.

—¿Y ahora?

—¿Podría... ir al baño, por favor?

—Ah, que sólo es eso... Venga.

—No tardaré, no te preocupes —se dirigió a Antonio, al ver el rostro de extrañeza con que la había mirado.

—V-Vale... Te esperaré aquí.

En el camino hacia el baño pudo volver a ver los rostros de terroristas y rehenes más de cerca, lo que no hizo sino confirmar sus sospechas de que el ambiente se estaba enrareciendo, ya incluso

entre los secuestrados. Cuando estaba a punto de entrar creyó ver que en el restaurante estaba Marcos discutiendo con otros hombres, pero el empujón que le dio el guardia para que siguiera avanzando evitó que pudiera fijarse más.

—No se enrolle —dijo el guardia, antes de que terminase de entrar. Al hacerlo se dio cuenta de que había otra mujer dentro, por lo que se metió en uno de los váteres a esperar que se fuera. La voz de Clara apenas tardó unos segundos en volver a sonar en su cabeza.

—Aunque tendrás que esperar a que esa pesada se vaya para contestarme, si quieres que te vaya contando simplemente asiente —escuchó que le hablaba desde el respiradero que tenía justo encima. Apenas una leve mota de humo rojizo se escapaba por entre las rejillas, pero tampoco necesitaba más para saber que estaba allí.

—... Dime —susurró mientras asentía.

—Menos mal que dije que no hablaras... —dijo burlándose la joven, antes de que su tono volviera a ser serio—. Bueno, primero de todo: estás más o menos enterada del por qué de todo este secuestro, lo que quieren, que hay otros centros comerciales igual, etc. ¿No?

—... —Ángela asintió, tras escuchar que la otra mujer aún estaba lavándose las manos.

—Bien... Pues básicamente, aunque aún no salió en los medios ni apenas por internet, Fina averiguó "a su manera" que la policía y el ejército ya recuperaron el centro comercial de Bilbao y el de Valencia.

—... ¿Y qué más? —preguntó la bruja en cuanto la mujer terminó de salir.

—Ha sido una masacre.

—¿Q-Q-Qué?

—Buuff... Si ya sabía yo que esto sería complicado —se quejó la marcada, al ver la cara de sorpresa y horror de Ángela. Tras un momento en silencio, reanudó bruscamente la explicación—. En Bilbao directamente entraron disparando a todo y todos, con lo cual se cargaron a todos los terroristas, pero también hay dos rehenes muertos y prácticamente todos están heridos de una forma u otra... En Valencia fue aun más sádico, porque no sólo entraron a lo bestia, sino que cuando algunos de esos infelices habían dejado las armas e intentaron salir para rendirse, los acribillaron antes de que pudieran

siquiera alcanzar la calle. Para colmo ése estaba cerca de un bloque de edificios, con lo que todos los vecinos de allí lo vieron y hasta hay vídeos de las ejecuciones.

—Pero... No... Oh... No... —balbuceó Ángela mientras notaba cómo se le humedecían los ojos. La conmoción era tan grande que no pudo seguir mirando a Clara y acabó llevándose las manos a la cabeza—. Pero cómo... cómo pueden...

—Pueden porque les importa todo una mierda, Ángela —respondió Clara con un desprecio que sorprendió a la bruja—. Para mí, la diferencia entre éstos y los desgraciados que te querían matar aquella vez, es que de unos me puedo encargar sin que nadie se entere y con los otros seguro que me acabarían descubriendo... Si no, el mismo trato les daría, créeme.

—Clara... —Ángela volvió a mirar hacia arriba, noqueada por la sinceridad repentina de su vecina. Iba a decir algo cuando ésta la interrumpió, volviendo a su discurso.

—El tema con todo esto, y por el que estoy aquí, es porque tienen planeado hacer la mayor “muestra de fuerza” en éste, dentro de más o menos una hora. Ahora mismo ahí fuera se están desplegando ya todos esos... trozos de carne con arma, esperando una orden que aún no les llegó, pero que ya fue tomada... En cuanto les indiquen, lo primero que harán será reventar toda esa cristalera de ahí fuera con un par de explosiones, antes de entrar y arrasarlo con todo.

—¿Con... todo?

—Con todo.

—¿Pero... cómo sabéis todo eso? —preguntó con la voz temblorosa, totalmente horrorizada con lo que estaba escuchando.

—Pregúntale a Fina.

—¿Y tú... desde cuándo...?

—Yo me pasé esta mañana por aquí... Lo que pasa es que no vi que hubiera tampoco una hostilidad enorme, en la tienda ésa no teníais ni un resquicio al que pudiera desplazarme... y bueno, Fina me había dicho que estuviera tranquila, que los terroristas no te iban a tocar.

—¿Ella lo sabía?

—El problema ha llegado esta tarde, cuando de pronto se ha empezado a encontrar mal —siguió la joven, sin responderle—. Ha hecho un par de conjuros de esos extraños de los que ella hace y es

cuando ha descubierto todo el tema.

—Pero entonces... oh... no puede ser... —Por un momento Ángela comprendió de verdad lo que le estaba contando, al imaginar los pasos que iban a dar y lo que provocarían: la cristalera cayendo sobre los rehenes, los disparos, las explosiones... Pudo incluso imaginarse cómo disparaban a Lucía, a Marina, a...

—Sí, puede ser. Y por eso tenemos que impedirlo —cortó sus pensamientos Clara.

—¿Tenemos? ¿Cómo?

—Mujer... Si te soy sincera, lo que me pide el cuerpo es salir ahí antes de que empiece el ataque y no dejar títere con cabeza —dijo con sequedad, antes de que su humo empezase a salir del respiradero en dirección al váter de al lado.

—...

—Pero eso no te gustaría, ¿verdad?

—Pero... ¿lo harías? ¿Así, sin más?

—Pues mira, hace unos años me planteaba eso de “bueno, es que al fin y al cabo reciben órdenes”, sí... Pero tras las manifestaciones de hace dos años se me quitaron las ganas, la verdad. Si se prestan a eso, a eso que se exponen.

—Pero... Pero... Clara, por favor... —Ángela notó cómo se le erizaba el vello de los brazos sólo con plantearse la “solución” que estaba comentándole. Se encontraba sin saber qué decir con tal de quitársela de la cabeza cuando la misma marcada fue la que habló.

—Pero repito: ni a ti te gustaría, ni a mí me vendría muy bien que se me viera haciendo esas cosas... Así que si tienes alguna sugerencia mejor, te escucho.

—¿Alguna... sugerencia? —repitió Ángela, antes de quedarse pensativa—. ¿Cuánto debe quedar para lo que dijiste?

—Pues si mi reloj no falla, unos cuarenta minutos.

—Es muy poco...

—Sí.

—¿Y no hay alguna salida por algún subterráneo o algo que...?

—Las hay. De hecho vine hasta aquí por ellas. Y sí, las tienen ya vigiladas.

—Pero entonces... No queda...

—Sí. Me temo que las únicas salidas son las normales del propio centro comercial. La de la plaza y las otras dos. —Tras decirlo

se quedó callada un momento, en el cual Ángela pudo ver por su sombra cómo se había “transportado” ya por completo a la cabina de al lado. De pronto la marcada volvió a hablar—. Mira Ángela, si quieres intento no hacer ninguna barbaridad, pero sinceramente, creo que no hay otra salida aparte de que yo monte algo fuerte ahí fuera y el resto aprovechéis para escapar.

—Pero entonces, tu identidad...

—Ya bueno... Ya iríamos Fina y yo a otro lado. O sólo yo, no sé. Ya vería.

—Clara... —Ángela se quedó mirando hacia el lateral, como si pudiera verla a través del tablón que las separaba. Estaba a punto de dar por buena cualquier idea que tuviera la joven con tal de evitar el escenario que le había planteado, cuando de pronto recobró la calma por un momento.

“No, Ángela. Ella y Fina hacen cosas en esta ciudad. Cosas buenas, aunque sea a su manera... No, no es ella la que debe ponerlo todo en juego. No es ella la que debe arriesgar su sitio con todo esto.” —Tras pensarlo se quedó un momento callada. Como si ese momento relajado y sereno fuera lo que le había hecho falta durante toda la conversación, rápidamente las ideas sobre cómo resolver el problema empezaron a venirle a la cabeza... Tantas que empezó a sentirse mareada.

—¿Ángela? —preguntó Clara, intrigada por el silencio de la bruja.

—Espera, Clara... Estoy intentando pensar... La forma...

—¿Es que se te ocurre algo acaso?

—Yo... creo que... —volvió a quedarse en silencio, ante el estupor de la marcada. De pronto alzó la vista, abrió su bolso y comenzó a sacar botes y dejarlos en el suelo, apresuradamente—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Creo que se me ocurre una manera de arreglar esto!

—¿¡En serio!? ¿¡Con esos botes enanos!? —preguntó su vecina, tan intrigada que se había agachado para mirar por debajo del tablón.

—No, no, no... Esos botes voy a necesitar que salgas tú antes que yo y los esparzas por el centro comercial cuanto más dispersos mejor... —comenzó a explicarle apresuradamente, intentando que los conceptos que manejaba en su cabeza no se le escaparan—.

¿Podrías hacerlo? ¿Podrías?

—Mujer, yo... ¡Claro! ¿Pero por dónde? ¿Cómo?

—Por cada esquina que puedas moverte en el recinto... y sobre todo, en la sala de ordenadores y la plaza. Sé que no hay muchas sombras allí, así que si puedes echarlos en el falso techo o en cualquier parte que se te ocurra, servirá... ¡Servirá! ¡Sí!

—¡Vale, vale! —respondió incómoda Clara, abrumada por tal cantidad repentina de energía en su vecina—. ¿Y algo más después?

—Después vuelve aquí y avísame, que no podré hacer las cosas hasta que hayas acabado —respondió, cogiendo tres de los botes que había desparramado por el suelo y devolviéndolos al bolso, mientras los demás se los acercaba al borde para que pudiera cogerlos del suelo—. Un poco de cada uno de ellos en cada punto que esparzas, con todos los polvos y ungüentos juntos en el mismo sitio, ¿vale?

—Sí, sí, entendido...

—Bueno, pues entonces venga —dijo Ángela con un tono tan serio que se sorprendió a sí misma. Estaba ya empezando a convertirse Clara en bruma cuando se dio cuenta de que se había olvidado de algo—. ¡Ah! ¡Y espera, Clara!

—¿Algo más?

—Sí... Por favor, cuando empiece con todo esto... quédate cerca de mí —le dictó con voz seria, haciendo que la marcada la observara intrigada desde el techo, ya en forma gaseosa.

—¿Por si acaso necesitas ayuda? —preguntó sosteniéndole la mirada.

—Sí... O por si todo falla.

\*\*\*

Al salir del baño el guardia la esperaba con cara de enfado, molesto por la tardanza. Iba a quejarse por ello, pero Ángela no le dejó hablar siquiera.

—Quiero hablar con Marcos y Luis.

—¿Perdón? —preguntó cariacontecido.

—Lo que escuchó. Sé más o menos lo que está ocurriendo y quiero hablar con ellos al respecto.

—Oiga... Pero usted qué se...

—No me creo nada. Tengo que hablar con ellos ahora —volvió a cortarlo la bruja, mirándolo fijamente a los ojos. El terrorista no fue siquiera capaz de rebatirla antes de que volviera a hablar—. ¿Sigue Marcos en el restaurante?

—Pues... sí... pero...

—Pues llama a Luis y dile que venga también. Os va la vida en ello, chico —replicó secamente. Estuvo unos segundos esperando, hasta que recibió el mudo y leve asentimiento de su interlocutor, para encaminarse entonces al restaurante. Al pasar por la plaza del centro comercial pudo ver cómo tanto terroristas como rehenes la observaban boquiabiertos, sorprendidos de verla caminando libremente sin ningún guardia cerca, pero sin que ninguno le hablara o intentara pararla. Sólo ya en la puerta del restaurante Marcos se dirigió a ella, con mirada furiosa.

—Pero bueno... ¿¡Qué hace usted aquí!? —le gritó, antes de girarse hacia otros de los terroristas—. ¿Es que acaso no tenía al lado a alguien para que no se moviera? ¿¡Quién tenía que encargarse de esto ahora!? ¿¡Quién dejó que esta...!?

—¡Oh, venga, cálese ya! —alzó la voz de pronto Ángela, haciendo que no sólo él se callara, sino que todos los allí presentes parasen de hablar—. Si estoy aquí es porque sé lo que ha pasado, por qué están ustedes tan nerviosos... y lo que es peor, sé lo que va a pasar.

—¿De qué... está hablando...? —comenzó a preguntarle Marcos con el rostro desencajado, mientras al mismo tiempo ella veía cómo Luis y unos cuantos terroristas más se acercaban hacia donde estaban. Cuando consideró que estaban lo suficientemente cerca como para escucharla claramente, volvió a hablar.

—Sé que ustedes forman parte de algún tipo de organización que planeaba toda esta red de secuestros como medida de presión a gobierno y empresas para conseguir mejores condiciones para todos. Sé que no tenían intención de hacernos daño a pesar de todo el arsenal que trajeron, así como que muchos se sentirán mal por los heridos que hubo... Sé que como aquí, hubo secuestros en centros comerciales en diferentes puntos de España y lo que les ha pasado.

—Pero... ¿cómo...? —comenzó a preguntar uno de los terroristas, mientras Marcos y Luis miraban anonadados a la bruja.

En cuanto tomó aire, ésta siguió hablando, esta vez más alto y con más violencia en su tono.

—¡Sé lo de las masacres!... ¡Sé que en Valencia y Bilbao policía y ejército se encargaron de deshacer los secuestros a tiros, matando a todos los que estaban aliados con ustedes e incluso disparando a los rehenes! ¡Sé que en Valencia incluso dispararon a la gente que se rendía! ¡¡Lo sé!! —Hizo una pausa, antes de gritar la última frase—. ¡¡Y sé que planean hacer lo mismo aquí en apenas media hora!! ¡¡Planean mataros a todos!!

Plaza, restaurante, pasillos y cualquier parte del recinto quedó en silencio absoluto durante unos segundos que se le hicieron interminables a Ángela. Mirase donde mirase sólo encontraba gente mirándola con los ojos como platos, incapaces de moverse, tratando de asimilar lo que acababa de decir. Finalmente, el metálico sonido de una ametralladora cayendo al suelo rompió la quietud, seguido del desplome del terrorista que la portaba.

—Oh... dios... nos van a... a... —comenzó a decir, sin siquiera terminar la frase antes de empezar a llorar. Inmediatamente después tanto terroristas como rehenes comenzaron a caer al suelo de rodillas, llevarse las manos a la cabeza, gritar... o simplemente negar con la cabeza, paralizados. Toda la calma que había reinado en el lugar hasta hacía apenas un momento se convirtió en un mar de lamentos, lágrimas y chillidos. La mayor parte de ellos venía desde el bando de los secuestradores.

—¿Pero tú cómo demonios...? ¿Qué estás diciendo? —intentó mantener la tranquilidad inútilmente Luis, mientras Marcos no sabía cómo hacer para tranquilizar a los que estaban a su alrededor.

—Poco importa el cómo lo sepa, creo yo... —respondió con aplomo Ángela, haciendo que los que estaban a su alrededor volvieran a mirarla—. La cuestión es que en ese rato que os digo, volarán por los aires toda la cristalera. Después, entrarán y dispararán sin compasión... Yo de política sé más bien poco, lo admito, pero por lo que me dijeron el término que se usa es "muestra de fuerza".

—Pero no puede ser... —Luis se sentó en una silla, incapaz de mantenerse en pie. Tras hacerlo observó a los secuestradores que miraban por los laterales de la lona hacia el exterior de la cristalera...

los cuales acto seguido gesticulaban de desesperación al ver que ciertamente fuera se estaba desplegando todo el dispositivo—. Estás diciendo... que no tenemos ninguna oportunidad...

—Bueno... Yo... —comenzó ella, antes de que de pronto le fallaran las palabras. A través de las ventanas del restaurante había visto cómo Antonio estaba al otro lado, mirándola fijamente y con la cara desencajada. Los ojos de cada uno se mantuvieron cruzándose unos instantes.

“Con todas las cosas que había pensado y dejado de pensar estas últimas semanas... Qué rabia habernos encontrado con esto. Qué rabia... Qué rabia” —pensó finalmente, antes de mostrarle una sonrisa triste y dirigirse de nuevo hacia Luis, Marcos... y el resto de los allí presentes.

—¡Eh, todos! ¡Tengo algo que deciros! —gritó tan fuerte como pudo, atrayendo de nuevo la atención de los demás. Después comenzó la explicación que tanto miedo le daba dar—. Tenemos aún unos minutos y creo que puedo encontrar la forma de sacaros de aquí sin que nadie reciba daño alguno... Pero tenéis que confiar en mí.

—... —De nuevo el silencio volvía a aparecer, pero esta vez fue cortado rápidamente por la risa nerviosa de uno de los rehenes, la cual Ángela no esperaba.

—Je... ¿Tú? ¿Pero qué nos estás contando? —preguntó mientras la señalaba. En su rostro podía verse que estaba fuera de sí, pero aun así Ángela no pudo evitar indignarse. Con todo lo que le había costado tomar la decisión, lo problemática que le resultaba y el esfuerzo que le iba a suponer... desde luego que no merecía esa respuesta.

—Será... —intentó contenerse, antes de ir hacia la barra del restaurante y coger un vaso con cerveza. Después se lo mostró a todos, quedándose al final mirando fijamente al que se había reído de ella—. ¡Tú! ¿Ves este vaso?

—Sí, claro... —dijo él extrañado, antes de ser cortado por Ángela.

—¡Pues mira! —exclamó ella, antes de estrellarlo contra el suelo. Iba a preguntarle Luis que si se había vuelto loca, cuando de

pronto la bruja hizo dos gestos con los dedos, alargó la mano... y el líquido empezó a levantarse del suelo, antes de salir disparado hacia la cara del que se había reído, empapándolo.

—Pero qué demonios... —empezó a decir el hombre, pero de nuevo la bruja no le dejó seguir la frase.

—¡Puedo intentar sacaros de aquí! ¿Lo entendéis!? —gritó de nuevo, sintiendo cómo la frustración por la situación casi llega a dominarla—. ¡Pero necesito que confiéis en mí, hagáis lo que digo... y que nunca, absolutamente nunca, le contéis a nadie lo que pasó!

—Eres... eres... —notó la temblorosa voz de Marcos tras ella, antes de seguir.

—¡Nunca! ¡O me veré obligada a maldeciros a todos! —dijo con energía, curiosamente mientras posaba su mirada en unas asustadas Marina y Lucía—. ¡¡Me veré obligada si alguien habla!!

—V-Vale... No lo haremos... —habló finalmente uno de los terroristas que primero habían entrado en pánico—. Pero por favor, ayúdanos.

—Bien —dijo Ángela mientras lo miraba con una gran sonrisa de gratitud, antes de dirigirse al resto—. ¿Estáis de acuerdo los demás?

—... Sí —alzó una de las rehenes tímidamente la voz, antes de que comenzara la cascada de “síes”, asentimientos y frases de apoyo. Primero fueron los rehenes los que comenzaron a levantarse, pero los secuestradores no tardaron mucho en unirse también. La bruja comenzó observando la situación con una sonrisa, pero al ver que la emoción volvía a apoderarse de ella volvió a mostrarse seria.

—Perfecto. Pues necesitare que vayáis al supermercado, las perfumerías y la droguería y me traigáis todo lo que voy a decir, en la mayor cantidad que podáis. Así como que sigáis este plan...

“Y por favor, espero que funcione tal y como creo que hará... Por favor, por favor, por favor.” —Minutos después, y a pesar de que ver tanto movimiento de gente llevándole a la plaza todo lo que había pedido la hacía sentir bastante bien, no dejaba de plantearse la posibilidad de que algo fallase. Que se lo jugaran prácticamente todo a sólo su carta era algo que no le gustaba lo más mínimo... Hasta llegar a la ciudad apenas había tenido que asumir grandes responsabilidades en el Círculo, y aunque en el tiempo que llevaba

allí ya había tenido que lidiar con situaciones que jamás habría ni pensado, ninguna había estado siquiera cerca de lo que se le presentaba ahora. Plantearse punto por punto todo lo que tenía que hacer a continuación era algo que la agobiaba enormemente... Tanto como para no sobresaltarse siquiera cuando escuchó tras de sí la voz que quizá menos quería escuchar en ese momento... o quizá la que más, no lo tenía muy claro.

—Ángela.

—Hola, Antonio —respondió ella, girándose hacia él con la misma sonrisa de antes de explicar todo a los demás.

—Yo... Tú... No sabía...

—Ni tú ni nadie, querido —le respondió ella, divertida en parte al ver cómo el hombre se rascaba la cabeza y miraba para otro lado, sin saber qué palabras escoger exactamente.

—Es decir... Vale, sabía que eras especial. Hasta un poco rara incluso, pero esto... —dijo finalmente, mirándola a los ojos avergonzado.

—Con que rara, ¿eh? —se rio ella.

—No, a ver, yo no quería...

—No pasa nada, tonto. Tampoco es que digas ninguna mentira —respondió ella, antes de que ambos se quedaran mirando a la plaza. En ésta unos y otros volcaban en el suelo botellas de agua, de aceite, de gel, refrescos, colonias... A cada nuevo producto vertido en el suelo, Ángela valoraba las posibilidades.

—¿Sabes que en realidad todos los secuestradores eran parados desde hace años? —habló finalmente Antonio.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí... Gente como tú y yo... —paró un momento, dándose cuenta del significado de lo que acababa de decir, pero prefirió seguir al poco—. Se fueron organizando poco a poco, contactaron con grupos armados y cosas así y planearon todo esto... Realmente creían que podía funcionar, los pobres.

—¿Los pobres? —se rio ella, al ver cómo él había empatizado con ellos, a pesar de lo que le costaba normalmente—. ¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Sorprendentemente, cuando dijiste tú todo eso, la gente empezó a preguntarles... y supongo que no sienten que tenga

sentido ya callárselo.

—Ciertamente, no lo tiene.

—Ya te digo... —dijo él, antes de fijarse en que ella miraba el reloj que había sobre la tienda de informática de la plaza—. ¿Cuánto queda?

—Ya estamos a sólo doce minutos según lo que dijo... Deberías ir poniéndote donde os dije y seguir el plan.

—Vale, lo haré —respondió él, serio... pero vislumbrándose al poco el temor en sus ojos.

—Antonio...

—¿Y qué será después, Ángela?

—Después... —Se quedó quieta, mirándolo, sin saber qué decir. Si por ella fuera habría empleado minutos e incluso horas en tratar de explicar todo lo que pensaba en ese momento, pero no contaba con dicho tiempo. Tras considerarlo decidió ponerle la mano en la mejilla, antes de decir lo único que se le ocurría en esa situación—. Será lo que tenga que ser, querido.

Después de separarse de él y evitar mirar atrás, se dirigió hacia la plaza, al tiempo que avisaba a todos de que habían hecho muy bien su labor y que tenían ya que esconderse en los establecimientos. Los pocos que aún estaban llevando cosas las volcaron al extraño charco de engrudo en que se había convertido el suelo antes de irse, siendo una de ellas Lucía.

—Ángela... —miró a su compañera un momento, antes de volcarse la tinaja de aceite de girasol que llevaba—. ¡Bueno, aquí está la última!

—Muy bien, Lucía, muy bien... A ver si a partir de ahora haces todo igual de bien, en vez de zanganear tanto y ser tan critica a veces —dijo la bruja medio riéndose, para sorpresa de la joven, que no se esperaba algo así en ese momento—. Y ahora venga, vete con los demás.

“Y ahora... a fiarse de las enseñanzas de Cecilia y Teresa todos estos años.” —Tras comprobar que sólo quedaba ella y que todos los demás se habían refugiado ya se acercó al centro de la plaza, con cuidado para no resbalarse. A pesar de que les había dicho

que prefería que no miraran, podía sentir cómo cientos de ojos la observaban desde cada negocio y cada tienda... Al fin y al cabo, no podía culparlos. No sólo iba a intentar salvarlos, sino que iba a mostrarles algo que supuestamente sólo pasaba en las historias y los cuentos. Algo que ella llevaba toda su vida haciendo... pero nunca como pretendía hacer en ese momento.

—Bueno, vamos allá —se susurró a sí misma, antes de cerrar los ojos y colocar los brazos en la posición necesaria. Iba a comenzar ya el ritual, cuando de pronto escuchó un ruido tras de sí... Al girarse pudo ver a Clara tras ella, completamente visible en su forma humana, con su gorro rojo y negro y su cara escéptica habitual.

—Tsk... —se quejó, al ver que se había percatado de su presencia.

—¿Así sin más? ¿Es que te da igual que te vean? —se rio Ángela, sorprendida por la actitud de la joven, pero al mismo tiempo aliviada por su presencia.

—Oh, cállate ya, pesada —respondió molesta mientras miraba mal a los que la observaban con extrañeza desde el restaurante—. Y venga, dale.

\*\*\*

Al principio todos se quedaron expectantes, preguntándose por qué no ocurría nada, a pesar de que la bruja estuviera con los brazos extendidos hacia el techo, completamente quieta. Luego comenzaron a sentir que algo pasaba aunque no pudieran ver nada diferente... y después, finalmente, lo que todos estaban esperando.

“Venga... ¡Venga!” —se dio fuerza a sí misma Ángela al ver cómo el conjunto de productos que había alrededor de ella por fin había comenzado a elevarse del suelo. En cuanto estuvieron más o menos a la altura de su cabeza, bajó poco a poco los brazos, hasta tenerlos en posición de cruz con su cuerpo, y mantuvo la vista en un punto vacío.. Entonces todos los líquidos empezaron a girar lentamente con ella como eje... hasta que la aceleración fue haciendo su efecto.

—Vaya asco... —se quejó Clara unos metros más atrás, al ver cómo esa amalgama pastosa giraba cada vez más rápido alrededor de

Ángela. El olor también era cada vez más desagradable, al mezclarse unos con otros y estar generando vapores de todo tipo.

—Quédate ahí —le dijo Ángela, seca, sin variar su postura.

—Ya, ya...

Durante un minuto la masa prosiguió acelerándose y creciendo cada vez más, hasta llegar un momento en que ya apenas se podía ver a Ángela entre tanta melaza de color marrón verdoso. Todos los que la observaban habían tenido que taparse la nariz con la ropa ante el insoportable pestazo que estaba produciendo el conjuro. Igualmente la subida de temperatura estaba siendo notoria, haciendo que unos y otros empezaran a sudar a mares.

—¡Oh, dios! —exclamó una de las rehenes al ver cómo de pronto el engrudo pasó de tener un sólo eje a tener tres, los cuales comenzaron a levantarse del suelo lentamente. Al hacerlo se podía comprobar cómo Ángela ya no estaba en el suelo de la plaza, sino que debía estar dentro de todo ese torbellino.

“Desde luego, se las habría arreglado sola aquella noche aunque yo no hubiera ido...” —pensó Clara, medio sonriendo, al ver cómo su vecina ascendía metro a metro dentro de esa inmensa bola de energía. Era tal la magnitud de lo que estaba sintiendo, que comenzaba a plantearse si no le convenía meterse en las sombras del pasillo que tenía tras de sí y transmutarse a su forma gaseosa, no fuera a ser que aquello acabara haciéndole daño... En cuanto los primeros chispazos aparecieron, terminó de convencerse de ello.

—¡¡Aaaaaaaaarrgghh!! —se escuchó de pronto la voz de Ángela gritando entre el estruendo de todo aquel material descontrolado. Tras los chispazos vinieron los rayos de electricidad en la superficie, luego las pequeñas llamas... y por último, el cambio de color del conjunto, cada vez más oscuro hasta convertirse en un negro absolutamente opaco.

“Ahora... Vamos... Ojalá... Ojalá...” —Los pensamientos se entremezclaban en la mente de la bruja, incapaz de concentrarse en nada que no fuera respirar a duras penas, mantener el giro de la

energía y calcular el momento en que debía liberarlo todo, el cual se aproximaba cada vez más deprisa... hasta que finalmente la poca consciencia que le quedaba le indicó que ya no podía aguantar más.

—¡Aaaaaaaah...! —Su último grito de dolor se ahogó antes de lo esperado, al no resistirle la tensión las cuerdas vocales. Justo después la inmensa bola de energía negra cambió de nuevo su color, esta vez a blanco, antes de inundarlo todo de luz y salir disparada hacia el frente, destruyendo la cristalera de la entrada al recinto en mil añicos, y envuelta toda ella en la tela de la lona que habían colocado los secuestradores.

Los soldados y policías que esperaban en línea a cien metros del centro comercial no tuvieron tiempo siquiera de reaccionar cuando de pronto esa cristalera tapada y oscura a la que tenían orden de atacar en cinco minutos saltó por los aires, rota por una inmensa "pelota" gris. Sí comenzaron a aparecer los rostros desencajados y las miradas de pánico cuando comprobaron que dicha pelota avanzaba por el aire hasta quedar justo encima de ellos, momento en que la lona no daba más de sí y se rajaba por la mitad, haciendo que el contenido comenzara a caer sobre las furgonetas de la policía, los camiones de transporte militar y todas las tropas allí situadas. La lluvia de goterones grisáceos rápidamente volvió a su color verde pastoso original, haciendo que unos y otros cayeran al suelo tosiendo y llevándose las manos a la boca y cuello. Aunque eran muchos los que intentaron huir al ver el efecto que estaba provocando esa "arma biológica" en sus compañeros, apenas resistían unos metros antes de también caer, paralizados y doloridos por las arcadas. En apenas medio minuto del dispositivo que se había movilizado para acabar con la "amenaza terrorista" ninguno era capaz siquiera de levantarse sin vomitar.

Dentro del centro comercial todos se habían quedado completamente paralizados, primero por el fogonazo de luz intensa, y luego al ver el destrozo que había provocado la bruja, con todos esos cristales rotos, la explosión... y los gritos de terror que escuchaban fuera, a lo lejos. Probablemente se habrían quedado parados más tiempo, de no ser porque la voz de Clara los sacó de su letargo al poco.

—¡¡Venga, imbéciles!! ¡¡Corred de una vez!! —gritó la marcada como no recordaba haber alzado la voz ninguna otra vez en su vida, irritada al ver que no eran capaces de avanzar.

—V-Va... ¡Vale! —gritó finalmente Marcos en respuesta, aún fascinado por lo que acababa de ver, pero intentando recobrar el aplomo como para aprovechar la oportunidad que aquella misteriosa mujer les había brindado—. ¡Venga todos! ¡Corred y recordad el plan! ¡Cada uno por el lado que se acordó!

—¡De acuerdo! —comenzaron a escucharse las voces de conformidad, los gritos de alegría mezclada con histeria, así como simplemente los jadeos de los que volvían a recobrar “el sentido” tras la parálisis inicial. Inmediatamente empezaron rehenes y secuestradores a correr hacia la entrada, esquivando los cristales rotos y sin reparar apenas en que Ángela no estaba por ninguna parte de la plaza. Una vez fuera dicho cúmulo de gente se distribuyó de forma organizada en tres hileras, las cuales se dirigieron cada una hacia una de las calles cercanas al centro comercial, sin que aquellos que tenían ordenado acabar con su existencia pudieran hacer nada más que mirar entre lágrimas y ahogos. En apenas unos segundos todas las personas que había dentro del centro comercial no sólo habían salido ya fuera, sino que escapaban callejeando por las calles colindantes sin que hubiera forma alguna de perseguirlas. Dentro sólo quedaban los restos del desastre, las armas que muchos secuestradores habían dejado... y un único rehén que no había escapado.

—¡Ángela! ¡Ángela!! —gritaba Antonio una y otra vez, mientras corría de pasillo en pasillo buscándola. Cuando salieron corriendo todos había esperado verla escapando con ellos, que estuviera agotada en el suelo o lo que fuera... pero ni había considerado la posibilidad de que se esfumara como por arte de magia.

“¿O será parte precisamente de esa magia? Pero no, ella no creo que pudiera hacer eso. Si no, lo habría aprovechado antes. No habría montado todo esto si pudiera hacerse invisible... No habría...” —Las preguntas se agolpaban dolorosamente en su cabeza, mientras no paraba de correr y llamarla. Estaba ya absolutamente desesperado cuando de pronto una voz sonó a su lateral, proveniente de un

pequeño pasillo.

—¿Es que no valoras una mierda lo que hizo por ti esta mujer? —preguntó tranquila pero enfadada Clara, mientras cargaba en sus brazos con Ángela. La joven había tapado a la bruja con su sudadera, haciendo que la capucha le tapara la cara, pero aun así Antonio pudo ver en el blanco absolutamente imposible de sus brazos que algo no estaba bien con ella.

—¡Ángela! ¡¡Ángela!! —Corrió irracionalmente hacia ellas, sin siquiera atender a la pregunta de la marcada. Por desgracia, cuando estaba ya a punto de alcanzarlas, la joven le dio un golpe en el hombro que le hizo girar sobre sí mismo y caer al suelo, un par de metros más atrás.

—Tsk... Pero mira que sois patéticos a veces, en serio... —dijo Clara con un marcado tono de desprecio, mientras se giraba y empezaba a andar en dirección opuesta—. Si quieres tanto como te crees a Ángela, haz el favor de correr, impedir que te cojan y seguir con tu vida, estúpido.

—Pero ella... ella... —intentó decir Antonio mientras se incorporaba lentamente. No era capaz de comprender cómo esa "chica" podía haberle causado tal dolor en el brazo, pero aun así encontró fuerzas en su ser como para levantarse e intentar seguirla.

—En fin... —se quejó Clara de nuevo, al ver cómo el hombre se resistía a hacerle caso. Tras mirarlo más con desidia que con lástima, finalmente dobló la esquina hacia el siguiente pasillo.

—¡No! ¡Ángela! —gritó Antonio por última vez, antes de correr todo lo rápido que le permitía su estado, intentando no perderles la pista...

Pero cuando llegó a la esquina, en el pasillo ya no había nada ni nadie... Sólo una neblina rojiza que se dispersaba poco a poco hacia el techo.

## Epílogo



El traqueteo del autobús al pasar por una carretera tan secundaria como ésta hacía que sintiera que le estaban clavando cientos de agujas en la espalda. Aunque siempre intentaba disimular cuando le dolían las secuelas de lo del centro comercial, Jorge solía enterarse de cuando estaba sufriendo.

—Te está matando tanto bache, ¿verdad? —preguntó su amigo con cariño mientras sacaba la cabeza del bolso.

—Tú y tu olfato... —susurró ella, evitando que nadie del bus la escuchara. Después lo miró sonriendo—. ¿Tú no ibas a estar escondido?

—Por favor, Ángela... que estáis tú, el conductor y otra señora allí delante.

—Vale, vale, me convenciste —se rio ella, antes de volver a mirar por la ventana—. Y sí, me está matando tanto bache... y lo que no son baches.

—¡Los daños derivados de ser una súper heroína!

—¡Anda, cállate! —le recriminó ella, antes de reírse los dos con la ocurrencia de la rata—. Si me dicen que después iba a estar así lo mismo me lo pienso, ¿eh?

—Y yo me lo creo, ¿no? ¿Qué son tres semanas en coma comparado con cómo se te infla el pecho cada vez que alguien te habla del tema?

—Tres en coma y dos sin poder moverme de la cama... Dilo todo, maldito.

—Bah. Minucias... —volvió a reírse él, antes de subírsele por el brazo hasta el hombro—. ¿Molesto aquí?

—Para nada.

—Madre mía... Tu tierra es todo campo. Nada que ver con aquello —dijo él, mientras miraban los dos a través del cristal.

—Y tanto...

—¿Y Fina entonces decías que también es de una zona así?

—Pues sí, o incluso más. —Tras decirlo paró un momento, meditando—. Ay, Fina...

—¿Eh?

—Menos mal que ella y Clara se encargaron de todo mientras yo “no estaba”, ¿verdad? —dijo con cierto tono triste.

—Vaya, y tanto... Y además, todos se creyeron la historia que contaron de que te habías tenido que ir rápido al pueblo y que sólo podías habérselo dicho a ellas.

—Bueno... No descartemos que se la creyeran porque “se la tenían que creer” —contestó sarcásticamente ella, haciendo que Jorge se riera.

—Mujer, eso desde luego. Y más siendo Fina, que no tiene tantos reparos como tú en usar lo que le haga falta llegado el caso.

—Desde luego, desde luego... Pero el meterse en mi mente para avisar a todos y que no se preocupasen, el tenerme ahí en su casa, el cómo se dedicaron ella y Clara a cuidarme...

—Buena gente, desde luego —dijo la rata—. A su manera, pero buena gente.

—¿Quién no lo es “a su manera”?

—Pues eso —dijo serio él, antes de seguir—. Aunque no te podrás quejar de los demás salvo el psicópata ése, ¿eh?

—Para nada —contestó ella, sonriendo—. Me ha dado tanta pena despedirme de Vic y Carlos...

—Y de Carla —la cortó él con malicia, esperando la reacción de su amiga.

—¡No seas malo! —se quejó ella, mientras se llevaba la mano a la cara—. Por favor, cómo lloraba y lloraba...

—Y que no te soltaba, ¿eh?

—Ya ves. Y lo que me costó que al final sonriera... Por lo menos tanta lágrima y tanto cariño me dejan claro que está mucho mejor ahora que cuando la conocí.

—Por qué será...

—Me sé de uno que se va a ir al bolso de nuevo, ¿eh? —se rio ella, mientras hacía como que lo empujaba fuera de su hombro.

—¡No, no! ¡Ya paro!

—Más te vale...

—Maldita —se quejó él, mientras intentaba volver a conseguir su posición al lado del pañuelo palestino. Su amiga se quedó pensativa, antes de volver a hablar.

—Si te digo la verdad, el que más me sorprendió con su despedida fue Manuel.

—Esa combinación abrazo, “que te vaya genial” y sonrisa... ¿verdad?

—Y el cómo los hizo... De una forma tan afectuosa y al mismo tiempo tan fría...

—Bueno, llevar una vida como la suya supongo que te hará tener ciertas cosas de la personalidad de aquella manera.

—Puede ser.

—En cualquier caso, espero que le vaya bien.

—Sí. Ojalá —dijo ella mientras apoyaba la cabeza en la ventana, quedándose callada. Jorge iba a comenzar a hablar de nuevo, cuando su olfato, una vez más, le dictó que mejor la dejara tranquila un rato. Desde que había ocurrido el suceso del centro comercial acostumbraba a quedarse a veces en ese estado, mirando algún punto vacío con cara triste... y aunque él nunca le había preguntado, intuía el por qué, así que prefería no comentarle nada que pudiera hacerle pensar más de lo necesario.

“Ya tiene cosa que haya conocido a toda esa gente por las triquiñuelas de una meiga cotilla...” —salió finalmente de sus pensamientos negativos, recordando el momento en que Fina, sentada al lado de su cama, le había confesado que la búsqueda de piso había estado amañada por ella para quedarle cerca. Aún podía recordar su sonrisa de inocencia cuando le admitía que le había podido la curiosidad al “sentir” con sus hechizos que una bruja iba a acercarse allí, que había empleado días en elaborar un conjuro capaz de atraer hasta por internet... así como que había llegado incluso a echar una pequeña maldición al piso de sus compañeros para que nadie se interesara por él hasta que ella llegara.

—Una meiga y una marcada que no se parecen en nada... ¿Cómo podemos creernos todos que son madre e hija? —dijo de

pronto y riéndose por lo bajo, haciendo que Jorge se inquietara.

—¿Qué cuchicheas?

—Nada, nada... Mira, ¿ves esas casas de allí en el valle? —dijo mientras levantaba con dificultad el brazo para señalarle el lugar—. Allí es donde nos bajamos.

—¿Allí? Qué chiquitito...

—¿Acaso necesitas más?

—Qué va, qué va... Contigo adonde sea, ya sabes —dijo Jorge mientras le daba vueltas alrededor del cuello, haciéndole cosquillas.

—¡Vale, vale, señor contento! ¡Para ya!

Cuando se bajaron del autobús, a pesar de que se encontró exactamente lo que esperaba, no pudo evitar emocionarse. Allí estaban Cecilia, Teresa, Verónica, Manuela, las otras instructoras, las estudiantes, las novatas... Entre estas últimas rara era la que no medía un palmo más que cuando se había marchado, lo cual le produjo una inmediata sensación de alegría y melancolía.

“Pues sí que pasó todo el tiempo que pasó...” —pensó mientras sonreía abiertamente al ver cómo se le acercaban.

—Realmente no era mentira que te habías quedado hecha un palillo —le dijo Teresa antes que nadie, haciendo que Cecilia le diera un capón en la cabeza.

—¿Tú te crees que ésa es forma de recibirla, animal? —le recriminó antes de girarse hacia Ángela—. Bienvenida a casa.

—En ningún sitio mejor —respondió ella, divertida por ver que nada había cambiado realmente. Después se dirigió hacia Verónica y Manuela, que esperaban en segundo plano, así como a las demás—. Ya estoy aquí, queridas.

—Pero... pero Ángela... —Verónica se quedó mirándola de una forma en que hasta ella misma podía notar lo mal que se sentía al verla tan deteriorada físicamente.

—Tranquila, tranquila... —intervino rápidamente, antes de que se preocupara más—. La meiga que os comenté me dio ungüentos y demás y me dijo que en un par de semanas volveré a estar como siempre.

—¿Y te fías de trafulleras? —preguntó Teresa con maldad, más

por pincharle que porque realmente lo creyera. La respuesta de su amiga, sin embargo, la sorprendió bastante.

—Fue a hablar la sartén sobre el cazo, ¿no crees? —dijo con sorna, antes de reírse al ver su cara de sorpresa.

—¡Venga! ¡Estudiantes y novatas, a bajar el equipaje de Ángela! ¡Volvemos a casa! —gritó Cecilia, haciendo que muchas fueran a ello... pero que otras tantas al acercarse no pudieran evitar fijarse en Jorge.

—Me siento ligeramente observado... —comentó él en voz alta, haciendo que las brujas se rieran.

—Ángela nos habló de que no eras precisamente tímido... No te vayas a frenar ahora, ¿eh? —se rio Teresa, al ver cómo las novatas alzaban sus brazos para cogerlo.

—Oh, chicas... Tratadme con cariño. Soy muy sensible... —dijo él medio en broma medio en serio, antes de dejarse finalmente coger por las pequeñas.

—No le gusta nada que lo mimen... —sonrió Ángela, mientras veía cómo hablaba y jugaba con las más jóvenes, mientras las demás se encargaban de su equipaje. Iba a comenzar a andar, cuando notó cómo Verónica la cogía del brazo, ayudándola a caminar.

—Lleva una semana diciendo que no piensa dejar que hagas esfuerzos —dijo por lo bajo Manuela, haciendo que Verónica la fulminara con la mirada. Ángela sonrió de nuevo al ver la situación.

—Tranquilas, que me pondré bien...

—Bueno, entonces te aseguraste de que ninguno de los que te vieron aquel día diría nada, ¿no? —preguntó de forma directa Cecilia sobre el incidente, haciendo que al principio Ángela se quedase sorprendida, pero luego sonriera al recordar lo seca que era su amiga.

—Sí, sí, me aseguré... —dijo antes de girarse hacia Teresa—. Por una vez, tengo que admitir que tus clases sobre maldiciones y encantos me fueron bastante útiles por allí.

—Mujer de poca fe... —se hizo la indignada ésta de forma burlona.

—Bien —las cortó de nuevo la superiora—. Que conste que estoy muy orgullosa de lo que hiciste y creo que era lo correcto, pero ya sabes que nuestra vida depende de...

—Sí, lo sé. No pasará nada, de verdad —fue esta vez Ángela la

que la dejó sin terminar la frase, con un aplomo que sorprendió a las demás.

—Vaya, vaya... —se rio Teresa.

—Eso digo yo... Mira que andar buscando los vídeos de eso por internet... —se dirigió a su amiga, algo avergonzada.

—Como para perderselo, ¿no crees?

—Ay, ay, ay...

—Oye Ángela, ¿te fueron útiles los polvos de fortuna que preparamos? —intervino Verónica, intentando cortar por lo sano las burlas de Teresa.

—Pues la verdad es que sí... Y más de lo que me esperaba, la verdad.

—¿Te sobraron algunos?

—Uuuumm... No. Yo... —paró súbitamente de hablar, mientras miraba al suelo. Se mantuvo así un momento, antes de levantar la vista. Al hacerlo pudo ver cómo Jorge ya estaba bromeando y tomándoles el pelo a las estudiantes y las novatas, y no pudo evitar sonreír.

—¿Ángela?

—Le envié los últimos que me quedaban a una persona que se los merece.

—Entiendo... —dijo Verónica, extrañada, antes de ver cómo Cecilia, Teresa y hasta Manuela, con sus ojos cansados, la atravesaban con la mirada.

“Se los merece, desde luego. Y le irá bien... Seguro.” —A pesar de que entre su estado y la cojera de Teresa cada poco rato tenían que parar para descansar, conforme se acercaban a su hogar se iba sintiendo cada vez mejor, más convencida de que todo había merecido la pena y de que había hecho lo correcto. El llegar al final del sendero y ver por fin las piedras que indicaban la entrada a los terrenos del Círculo no hizo sino confirmárselo.

—No sabéis cómo eché de menos esto —dijo de pronto, haciendo que Teresa y Cecilia cortaran la conversación que mantenían.

—¿De verdad? —preguntó Verónica, con una gran sonrisa en la cara. Ángela se la devolvió con fuerza, divertida al ver la felicidad de su pupila.

—Por supuesto, Vero... Pienso quedarme aquí todo el tiempo que pueda.

—Y nosotras encantadas, querida —dijo Cecilia.

—Aunque espera... ¿Entonces qué vamos a hacer cuando haga falta dinero de nuevo? —preguntó con sorna Teresa, haciendo que al principio se quedaran calladas, pero que luego hasta la superiora sonriera por la malicia del comentario.

—Pues mira, en todo este tiempo varias personas me dijeron que en Barcelona también hay trabajo y que es muy bonita, con su playa y todo... —respondió seria y pensativa ella, mientras avanzaban por sus campos bajo el sol del atardecer.

—Qué bonito debe ser el mar, ¿verdad? —apuntilló Teresa.

—Desde luego... La verdad es que debe tener un montón de cosas interesantes... —dijo ella sonriendo mientras miraba hacia los montes que la rodeaban, recordando momentos de su estancia en Madrid. Tras unos segundos así, al bajar la vista se encontró con las sorprendidas miradas de las demás, incluida la misma que había hecho la broma.

—Entonces... Estás diciendo...

—Que tranquilas, que cuando haga falta dinero... la que tenga que ir de vosotras no os preocupéis que seguro que se lo pasará muy bien.



## Contacto

### Lewis:

Escritor y guionista de cómic.

Twitter: @duende\_lew

Correo electrónico: duende\_lew@hotmail.com

Página web: <http://lascreadorasdelcaos.blogspot.com>

### Aitor I. Eraña:

Ilustrador y dibujante de cómic.

Twitter: @AitorIErana

Correo electrónico: aitorerabas@gmail.com

Página web: [www.aitorierana.es](http://www.aitorierana.es)





**En el círculo mágico donde vive Ángela, nunca habían pensado que la crisis tuviera que ver con ellas, las brujas... hasta ahora. Ante este hecho, se ven obligadas a tomar una dura decisión: enviar a la propia Ángela a Madrid, para conseguir dinero y mandarlo a casa.**

**¿Qué aventuras se encontrará esta anciana bruja en un Madrid que se acerca poco a poco al 2020?**

AYUNTAMIENTO DE MADRID



1401851235

